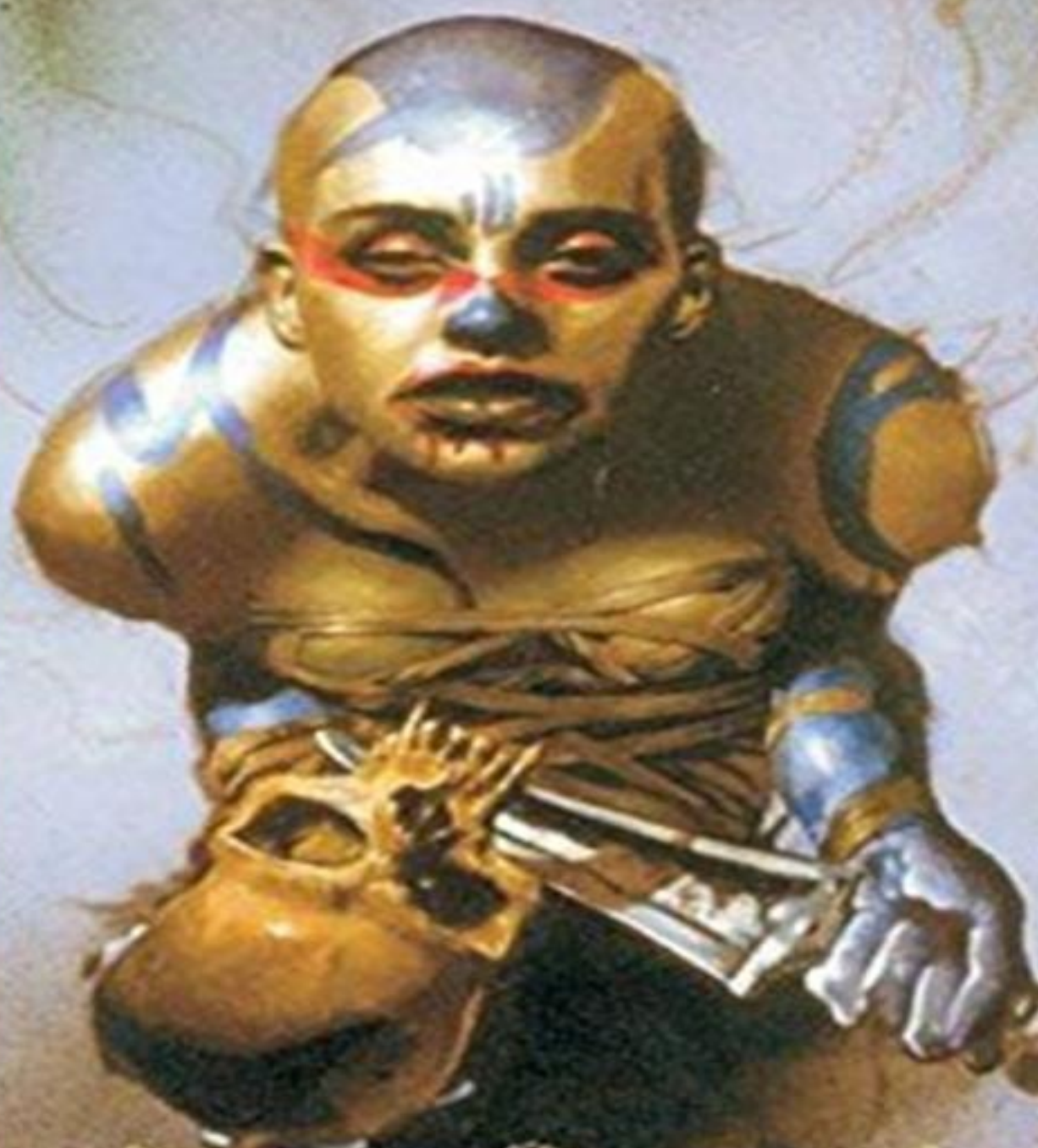


Edad oscura CAPADOCIO



ANDREW BATES

Edad oscura
VAMPIRO

Lectulandia



Se alzan los muertos:

Los caóticos vientos del destino han barrido el poderoso Imperio bizantino. Amenazan ahora con exterminar a los Capadocios, uno de los clanes de vampiros más antiguos.

Constancia, suma sacerdotisa del clan, abandona su monasterio de las montañas para ir en busca de Markus Giovanni, el vampiro que tiene la clave del oscuro futuro que ella ha predicho. Pero Markus tiene sus propios propósitos. Huye de la destrucción de Constantinopla y se encamina hacia los desiertos de Egipto, donde pretende alcanzar la gloria.

Cuando los dos se reúnen, los muertos se alzan para librar sus batallas por ellos. ¿Será esto suficiente para salvaguardarlos de la fuerza que los ha atraído hasta allí?

Lectulandia

Andrew Bates

Edad oscura: Capadocio

Mundo de tinieblas: Novelas de clan (Edad Oscura) - 3

ePub r1.0

Titivillus 21.07.2019

Título original: *Dark Ages: Cappadocian*

Andrew Bates, 2002

Traducción: Cristina Rupilanchas Solares & Manuel Mata Álvarez-Santullano

Diseño de cubierta: John Bolton

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

PREÁMBULO

(Lo que ha ocurrido hasta ahora)

Estamos en el año 1204 y la Cuarta Cruzada, desviada de su objetivo de atacar el Egipto musulmán y recuperar Jerusalén, ha llegado a Constantinopla. Por espacio de tres días y tres noches de abril, el así llamado Ejército de Cristo ha sometido a la mayor de las ciudades cristianas a un saqueo y un pillaje que le ha reportado incontables tesoros y lo ha hecho amo del Imperio Bizantino. Para los griegos de la ciudad, es una hora de derrota, indignación y desesperación.

Apartados de las miradas de los hombres, los vampiros están al acecho en ambos bandos del conflicto. Los depredadores de la noche bizantina han visto sangrar su ciudad y a Michael, el antiguo que los guiaba, destruido. Con la esperanza de encontrar al Dracón, un vampiro antiguo con el poder necesario para restaurar el sueño de Constantinopla, el vástago Malachite viaja hacia el monte Erciyes en Anatolia. Allí consulta a Constancia, conocida como el Oráculo de los Huesos, una antigua del llamado Clan de la Muerte de los Capadocios.

Entre tanto, en Constantinopla proliferan los rumores sobre una nueva cruzada enviada a Egipto. Un poderoso vampiro europeo, Hugh de Clairvaux, dice haber oído la voz de la virgen María en sus visiones y convoca a los suyos para llevar la cruz. Para Markus Musa Giovanni, otro miembro del clan Capadocio, eso puede suponer un problema...

PRIMERA PARTE
«CONSTANTINOPLA»

1

CONSTANTINOPLA *14 DE ABRIL DE 1204*

Markus Musa Giovanni logró liberar su considerable volumen corporal del sueño, a pesar de que el sol del atardecer aún teñía el cielo del oeste con sus últimos rayos. No tenía por costumbre despertar tan temprano, pero aquél no era un momento corriente. En los últimos dos días, su descanso se había visto perturbado por el terror y el saqueo que amedrentaban la ciudad que se erguía sobre su cabeza.

Estando en el ojo de un huracán de cambios, carecía de la perspectiva necesaria para saber en qué dirección soplaban los vientos. Existían demasiadas posibilidades como para poder decidir con facilidad cuál sería el mejor curso de acción. Había pasado la noche anterior sopesando sus alternativas. Aunque había reducido ampliamente su abanico de posibilidades, todas las opciones restantes conllevaban un riesgo implícito.

Podría regresar a casa, a Venecia y a su familia. Alejado y protegido de los estragos que azotaban la noche de Constantinopla, podría relatar lo que había aprendido durante los años de estancia en la Reina de las Ciudades. Por desgracia, no había mucho que mereciera la pena contar. Aún no había logrado aquello que en su momento le pareciera una tarea ridículamente sencilla. Y, además, ¿presentarse ante el patriarca de la familia, el gran Augustus Giovanni, sin nada más que un puñado de excusas...?

Markus rechazó ese pensamiento. Podría disculparse diciendo que los retos contra los que se había enfrentado eran mucho mayores de lo que nadie pudiera esperar; pero no sería más que un patético lamento. Equivaldría a admitir que no era merecedor del oscuro don que se le había otorgado. Como mínimo caería en la vergüenza, los miembros de su familia se burlarían de su nombre y lo rechazarían incluso las sombras que susurran en las habitaciones secretas donde los Giovanni llevan a cabo sus estudios nigrománticos.

Otra posibilidad era quedarse en Constantinopla. Podría aguardar y comprobar qué oportunidades se desvelaban en las postrimerías de una masacre que aún se prolongaba en las principales calles de la ciudad. Los

secretos que estaba encargado de averiguar podrían ser más fácilmente aprehendidos estando encubierto por la violencia. No obstante, quedarse en la ciudad podía exponerlo a peligros mortales e inmortales. Su sangre era más potente que la de muchos aquellos que tenían la marca de Caín pero, en términos vampíricos, Markus era todavía joven. Pese a la magnitud de su poder, no era invulnerable. Podría hallar lo que había estado anhelando durante años, sólo para sufrir una muerte definitiva cuando ya estuviera a punto de obtener el triunfo.

La tercera opción era huir, pasar las noches lejos de las responsabilidades familiares y las amenazas físicas, mas aquélla no era otra cosa que una fantasía fugaz. Markus era muchas cosas, pero no un cobarde.

Acosado por la duda de si debía enfrentarse a la posibilidad de admitir su fracaso o afrontar la muerte definitiva, encontraba muy difícil escoger un proceder.

Y, sin embargo, medrar en la oscuridad no me llevará a nada. Una mueca de resignación se asentó en sus anchas facciones. Era un Giovanni y un Capadocio. En su búsqueda de los secretos fundamentales acerca de la vida y la muerte el fracaso era inaceptable. *El tiempo de planear ha pasado. Ha llegado la hora de actuar.*

* * *

—¡Mira, Falsinar! Se aproxima un puñado de griegos. Prepara la piedra.

—¿Estás seguro de que son griegos?

—Mis ojos son como los de un halcón, amigo. Puedes comprobarlo en sus armaduras, ¿ves?

—Equivocas tus atributos, Beltramose. Tu nariz se parece al pico de un halcón, pero tu vista no es más aguda que la de una cuchara de madera.

—Disculparé esa mofa ofensiva, Falsinar. Tus palabras nacen de la envidia que me tienes por mi belleza e intelecto inigualables.

—Sí, desde luego son inigualables. Todavía no he conocido a otro hombre que sea tan horrible e ignorante como lo eres tú.

—Pobre Falsinar. Puedes sentirte agradecido de que yo sea un alma con el suficiente buen corazón como para considerarte un amigo.

—Sin duda, Beltramose. Con toda seguridad Dios debe estar castigándome por haber cometido algún pecado terrible.

—Ah, fíjate. Hemos perdido la ocasión. Han decidido no llamar a nuestra puerta.

—No desesperes. Mira ahí, ¿los ves? ¿Girando por aquel recodo?

—¿Qué? Ah, pero parecen venecianos. ¿Nos perdonaría Dios si atacáramos a nuestros campesinos?

—No veo por qué se iba a preocupar ahora por nosotros. De todos modos, mira cómo se dirigen directamente hacia la única puerta que permanece intacta en esta calle. Sólo unos suicidas podrían atreverse a franquear la entrada de nuestra humilde torre.

—En verdad no puedo encontrar fallo alguno en tu lógica, amigo mío. ¿Contaremos hasta tres entonces?

—Estoy a tu servicio, querido Beltramose.

* * *

Markus Giovanni escuchó unos golpes en la puerta de doble hoja que se encontraba dos pisos más arriba. Cuando se estaba acercando al rellano, oyó unos gritos de sorpresa en el exterior, seguidos por un estrépito ensordecedor. Un impacto sacudió la tierra, pero el cerrojo y los goznes resistieron con firmeza.

Puesto que la puerta permanecía en pie, Markus echó una ojeada a la pared opuesta de la torre achaparrada que constituía lo que restaba de su hogar. Aquellos que pretendían entrar desde la calle no tenían forma de saber que una porción muy significativa del otro lado de la estructura se había desplomado hacia dentro. El agujero permitía entrever una serie de edificios en ruinas que en su momento habían estado unidos a la torre. Todo el recinto había formado parte del almacén de un mercader veneciano. Los edificios humeaban aún por culpa de la conflagración que casi los había reducido a cenizas el día anterior. Markus refrenó un escalofrío. En las profundidades de su refugio, bajo la ciudad, había estado a salvo de las mortíferas llamas. De todos modos, el esqueleto de las estructuras carbonizadas era un sombrío recuerdo de la facilidad con la que podían caer las cosas, con independencia del cuidado que se hubiera tenido durante su construcción.

Los gritos de dolor y pánico que le llegaban desde el exterior lo despertaron de su ensimismamiento. Ascendió los peldaños de piedra que le faltaban y alcanzó el piso más alto de la torre. Espiando por el agujero dentado en la pared que miraba hacia la calle, vio a dos hombres que se miraban el uno al otro y reían con disimulo, mientras levantaban y nivelaban otro bloque de piedra.

—¿La ciudad está en llamas, —señaló Markus—, y lo único en lo que pensáis es en arrojar piedras sobre los saqueadores, idiotas?

El hombre situado a la derecha dio un respingo al escuchar el ronco vozarrón. El otro, incapaz de sostener solo el peso de la piedra, jadeó sorprendido cuando el bloque cayó hacia el suelo. Ignorando los escandalosos aullidos que les llegaban desde la calle, el hombre de la izquierda lo miró.

—Ah, el *Signore* ha despertado por fin. ¿Habéis tomado una decisión?

—Sí, la he tomado.

* * *

Falsinar y Beltramose subieron enojados los últimos peldaños que conducían al tejado de la torre. Markus se había saciado con las víctimas aplastadas bajo el peso de los bloques de piedra. La pareja debía deshacerse de los cuerpos y asegurarse de que otros saqueadores no tuvieran interés en violar la intimidad de su morada. El vampiro estaba de pie en el extremo más alejado de la torre, iluminado a contraluz por las hogueras que devoraban el Gran Bazar. Los hombres se movieron en la dirección opuesta a su señor y se situaron frente a la entrada principal de la torre, dejándolo a solas con sus pensamientos.

—Eso es algo a lo que todavía no me he acostumbrado —musitó Beltramose.

Señaló con un gesto de la cabeza a Markus, que murmuraba al vacío. Falsinar lo miró.

—Sí, bueno, ¿qué es eso que dicen los de su especie? ¿*Distintos planos del ser*?

—Eso no hace que permanecer aquí sea menos inquietante.

—Hmmm. Y, sin embargo —comenzó Falsinar, mientras, con aire pensativo, se daba unos golpecitos con el dedo índice sobre los labios—, nuestro amable señor y maestro no parece tener reticencias en traficar con los de su clase.

Beltramose frunció el ceño.

—¡Menuda novedad! Desde luego, amigo mío, tu perspicacia no conoce límites.

—Tengo la impresión de que tu halago no es sincero.

—Sabes que siento hacia ti tanto amor como el que tú me profesas, buen Falsinar.

—¿Ah sí? —Falsinar enarcó una poblada ceja hacia el otro hombre, más alto que él—. Entonces quizá debamos sentirnos los dos ofendidos.

Beltramose emitió un jadeo de sorpresa y olvidó la respuesta que pretendía dar a su compañero. Saltó a un lado y se estremeció, con una mezcla de furia y pánico en los ojos.

Falsinar dejó de reírse al advertir su mirada asesina.

—Discúlpame, amigo mío, pero cuando reaccionas así tienes el aspecto de una cigüeña amenazada. ¿Una de sus mascotas te está tomando el pelo otra vez?

—Ha pasado a través de mí. Me siento como si me hubieran arrojado un cubo de agua helada. —Tembló—. ¿Y por qué nunca te molestan a ti?

—Tal vez porque yo me he resignado a lo inevitable, mientras que tú aún conservas cierta esperanza.

—Es cierto que, comparado contigo, soy un optimista incurable. Pero el optimismo no debe confundirse con la esperanza.

Falsinar se encogió de hombros.

—Con todo, crees que tu destino será distinto al de nuestros amigos invisibles. Que, gracias a nuestro impecable servicio, él no querrá sumarte a su colección. Todavía debes comprender que ése es el precio que los hombres como nosotros deben pagar.

* * *

Habiendo completado los preparativos, Markus los despidió con un gesto. Las siete sombras a su servicio se marcharon revoloteando a gran velocidad, pues estaban obligadas a cumplir sus órdenes sin perder tiempo. Pese a su complexión vigorosa, se acercó hacia Falsinar y Beltramose con silenciosa parsimonia.

—Infantino me ha comentado que el monasterio de Obertus fue saqueado anoche, poco después de que los cruzados abrieran una brecha en las murallas. Al parecer ha advertido cierta actividad allí esta noche. Es probable que algunos de los monjes hayan regresado para averiguar qué pueden rescatar aún, ahora que los cruzados se han desplazado al centro de la ciudad.

Markus miró hacia el oeste. El monasterio de San Juan Studius se erguía a más de dieciséis kilómetros de distancia, enclavado dentro de las murallas exteriores de la ciudad, que había mandado construir el emperador Teodosio II. Desde la torre no se podía ver el monasterio, ni siquiera las gruesas columnas de humo acre y las nubes de ceniza que, semejantes a copos

de nieve, lo rodeaban por todas partes. Aunque no pudo ver las miradas que intercambiaron Falsinar y Beltramose, Markus conocía de sobra a sus lacayos.

—No hay necesidad de preocuparse, caballeros. Permaneced aquí y vigilad la torre. Infantino y los demás me protegerán adecuadamente.

—¿Estáis seguro? —La voz de Falsinar era enérgica, pero el vampiro entrevió el destello brillante de alivio que parpadeaba en su aura.

La capacidad de leer las auras era sólo otra de las virtudes que poseía la sangre que corría por sus venas muertas y otra de las razones para no regresar a Venecia con las manos vacías.

—Descansad un poco. Estoy convencido de que tendréis que ocuparos de ciertas tareas a mi regreso —sonrió—. Si os aburrís, tal vez topéis con otros saqueadores que os animen a practicar deporte.

* * *

Markus tuvo que encorvarse para poder entrar en el bajo pasadizo subterráneo. Gracias a la silenciosa advertencia de Infantino, no se sorprendió cuando dos figuras emergieron de sendas brechas oscuras abiertas en las paredes del túnel. La lámpara de aceite que sostenía su grueso puño iluminó a dos hombres vestidos con los sencillos hábitos de los monjes. Uno de ellos estaba de pie, a unos dos metros por delante de él y el otro a una distancia similar pero por detrás. Sin duda eran monjes, mas su piedad era una vergüenza para la fe verdadera. Al concentrarse en sus auras, Markus advirtió que eran mortales ghouls, siervos de los Obertus del Clan Tzimisce.

—*Isxe. ¡Ektopizai pan sudie!* —exclamó el primero.

Entre los talentos eruditos de Markus estaba el de asimilar con facilidad los distintos idiomas. Tradujo las palabras griegas sin esfuerzo: *Alto. Marchaos de inmediato*. Respondió con amabilidad, hablando como un bizantino nativo:

—Mis disculpas, hermano. No es mi intención entrar sin vuestro permiso. He venido sólo a ofreceros mi ayuda en estos tiempos de peligro.

—Sin duda son peligrosos —sonrió el segundo con desprecio—, pero parece que fuerais vos el que necesita auxilio.

Markus calló, mientras consideraba qué debía responder. La secta de los Obertus del Clan Tzimisce estaba formada por eruditos no muy diferentes a los de su propio clan, el de los Capadocios. Sin embargo, mientras los Capadocios examinaban y estudiaban la muerte, los Tzimisce alentaban la errada esperanza de encontrar alguna trascendencia en la carne y el hueso. Su

búsqueda solía ser, a menudo, degenerada y cruel. Por lo general, Markus no tenía mucho interés en tratar con los de su especie. *Pentaxa pamoneros*, depravados hasta la médula, como dirían los griegos. A pesar de ello, la secta de los Obertus y su abad principal, Gesu, habían reunido una impresionante colección de conocimientos en su secreta Biblioteca de lo Olvidado. Markus se había enterado de ello hacía poco, recopilando fragmentos de las conversaciones oídas en sus prolongadas noches de alterne con los no-muertos locales. Aunque estaba ansioso por descubrir lo que contenía aquella biblioteca, tenía todavía que acceder a sus bien protegidas estanterías. Había albergado la esperanza de que el caos que había seguido al ataque de los cruzados le brindara la oportunidad de acercarse.

Mientras que la presencia de este comité de bienvenida parecía indicar que aún restaban objetos de interés entre los rescoldos de la estructura, el antagonismo de los ghuls sugería que no tendría más éxito que en otras visitas anteriores. Markus se obligó a dominar la súbita y violenta frustración que sentía. Pese a lo gratificante que le resultaría abrirse paso a golpes, dar rienda suelta a la Bestia no resultaría provechoso en ninguna medida.

—Por favor, hermanos, suficientes pugnas se libran ya en la ciudad. Informad al hermano Gesu de mi visita...

Los monjes emitieron un grito furioso al unísono. Unas plateadas salpicaduras que pincelaban sus auras ponían de manifiesto su profundo pesar.

—¡No sois digno de pronunciar ese nombre! —escupió el ghoul que se encontraba a su espalda.

¡Una terrible tragedia debe de haberle acontecido al poderoso Gesu! La curiosidad lo dominó.

—No soy un desconocido para él; debéis creerme cuando os digo que mis propósitos...

—Vuestros propósitos son evidentes.

Una figura entró en el borde del haz de luz proyectado por la lámpara de aceite. Era una mujer de gran poder e influencia, vestida con delicados ropajes de Damasco y con un porte majestuoso que hacía que aquel sombrío pasadizo pareciera más mugriento aún. Pese a su edad, sus rasgos no carecían de belleza. Y, sin embargo, el mortecino color de su tez desvelaba que se trataba de una de los no-muertos, de hecho, una que compartía su mismo linaje. La dama Alexia Theusa, señora de la muerte y antigua del clan Capadocio.

Tras su primer encuentro, poco después de la llegada de Markus a Constantinopla, ella había dejado claro que no creía en los buenos propósitos de su familia, los Giovanni. Que Alexia fuera una de las razones cardinales por las que él había viajado hasta allí, hizo que el comentario fuera aún más molesto. En lugar de convertirse en la esperada fuente de sabiduría y artes oscuras, había pasado a ser el principal obstáculo que le impedía alcanzar el éxito.

—*Lady Alexia...* —comenzó a decir Markus, mientras en su fuero interno maldecía su mala fortuna.

¿Cómo no iba a estar ella aquí? Debe de estar ayudándolos a reunir los tesoros que no fueron presa del saqueo.

A pesar de que Alexia no sentía una devoción especial por las crueles prácticas de los Tzimisce, su sed de conocimiento era tan vasta que trascendía las cuestiones de ética personal. De hecho, siendo como era uno de los vampiros que residían en Constantinopla casi desde su fundación, su mecenazgo había contribuido a la creación de la Biblioteca de lo Olvidado. Lo que hacía que fuera aún más complicado que Markus llegara alguna vez a posar sus ojos en un solo tomo. De todos modos, no acostumbraba a aceptar la derrota mientras mantuviera vivos sus propósitos y existiera alguna posibilidad de alcanzar el éxito. Las sombras parpadearon en las paredes mientras la lámpara lo seguía en su reverencia.

—Soy consciente de que abrigáis ciertas dudas con respecto a las intenciones de mi familia. Como os dije en el pasado, los Giovanni no os guardan rencor. Estoy convencido de que compartimos...

—Nosotros no compartimos nada, señor. —El tono de su voz era suave, pero su frialdad cortaba como el hacha de un verdugo—. Sean cuales sean vuestros ofrecimientos, mi respuesta será siempre la misma. Vuestra ayuda no es ni requerida ni deseada.

¡Arpía mandona! Sus labios, casi incapaces de retener un gruñido, se fruncieron bajo la bien recortada barba. Podría haber convencido a Gesu o cualquier otro de los vampiros responsables de la protección de la Biblioteca de lo Olvidado. *¡Pero ella ni siquiera me permitirá acercarme a ellos!*

A través de una creciente neblina de rabia, Markus percibió algo... una tendencia oculta de enemistad y peligro que había estado ausente en los encuentros previos con Alexia. No se distinguía por su propensión a la lucha, pero era tan capaz de dejarse llevar por la violencia como cualquier otro vampiro. Y estas noches de caos eran la ocasión perfecta para deshacerse de la espina que Markus Giovanni constituía para ella.

La violencia que hervía en la antigua cainita lo impactó y le devolvió la lucidez. Con una voz estudiadamente calmada, dijo:

—Habéis dejado vuestra postura muy clara, *Lady Alexia*. Lamento que no lleguemos a entendernos.

Tras realizar una última reverencia, Markus desanduvo el camino y obligó al monje que guardaba su espalda a regresar a su agujero en la pared para ceder espacio a su inmenso cuerpo. Advirtió que un destello triunfante brillaba en los ojos de Alexia al mismo tiempo que ella se deslizaba en las sombras que proyectaba la luz cada vez más lejana. Del mismo modo que él podía percibir sus emociones superficiales, Markus sabía que ella había captado su frustración y... su miedo.

CONSTANTINOPLA
15 DE ABRIL DE 1204

Markus había conservado de sus días como mortal un paso enérgico. Era de gran estatura y sus piernas, como robustos troncos de árbol, avanzaban hasta dos metros con cada zancada. Incluso en su juventud en Venecia, hacía ya un siglo, había sido grande, inmenso más bien, pero al mismo tiempo ágil e increíblemente rápido, lo que le había hecho acreedor al apodo de *l'orso*: el oso. Tras entrar a formar parte de las filas de los no-muertos, estas capacidades se habían desarrollado más aún.

Pese a ser más fuerte que cualquier mortal, Markus no estaba interesado en probar su resistencia contra los hombres que atacaban Constantinopla aquella noche. Desde luego, estaba entrenado en las artes de la lucha, pero prefería eludir el enfrentamiento físico siempre que le fuera posible. Era, por encima de todo, un erudito que se dejaba llevar por la violencia sólo cuando la lógica o la persuasión fallaban. Su figura imponente contribuía mucho a que los demás se mostraran ansiosos por atender a sus razones. Con todo, eso no sería posible esta noche. No había forma de razonar con aquellos que invadían Constantinopla, ni tampoco con los que hacían un esfuerzo inútil por defender su hermosa ciudad.

Del mismo modo que no hay forma de razonar con esa bruja de Alexia, pensó. ¡Con gusto dejaría de lado las palabras y me alzaría en armas contra ella!

A pesar de lo gratificante de la fantasía, no era tan necio como para desafiarla abiertamente. Ella era mucho mayor, más poderosa y estaba mejor integrada en la ciudad que él. Puesto que operaba desde una posición tan desventajosa, Markus creía necesario actuar con suma precaución. Se guarecería fuera de la ciudad y trazaría planes desde la seguridad de su refugio.

No estaba preocupado por sus hombres mientras se encaminaban hacia el norte por las oscuras callejuelas de la ciudad. Falsinar y Beltramose recibían pequeños tragos de su potente sangre de tanto en cuando. Este regalo hacía

más fuertes a los dos criados o, por usar el lenguaje de los no-muertos, a los ghouls. Superaban en energía y resistencia a la media de los hombres, aunque no pudieran malgastar las fuerzas con frívolas bromas.

En cualquier caso, él prefería el silencio al escándalo de destrucción que había alcanzado sus cotas más altas en Constantinopla. Cualquiera con el que se encontraran tendría poco interés en averiguar si Markus y sus hombres estaban aliados con los cruzados latinos o con los defensores bizantinos. Labios invisibles le susurraban palabras silenciosas al oído, guiándole entre los grupos de hombres armados que se apiñaban en las calles cubiertas de ceniza.

Infantino y los demás fantasmas esclavizados que Markus había vinculado a su servicio durante el curso de su no-vida acertaban las más de las veces, pero sus instrucciones no eran infalibles. Sus ghouls y él habían cubierto sólo la mitad de la distancia que los separaba de la muralla del norte cuando sonó una voz de alarma. Markus se reservó la reprimenda por el momento; sus sombras serían castigadas más adelante por su descuido. El centinela oculto era ahora su máxima preocupación.

Volvieron a oír el grito, esta vez más alto y exigente.

—Es francés —murmuró Markus, mientras escudriñaba la calle con una agudeza preternatural—. Un cruzado. Allí, detrás de esa contraventana. Nos exige que le digamos nuestros colores y nuestra causa.

—Investigamos sus tropas cuando llegaron hace meses, *Signore* —le recordó Falsinar—. Escoged un nombre y continuaremos nuestro camino.

—A menos que tenga la mala fortuna de escoger los nombres de los hombres a los que ese centinela protege. No, no tenemos tiempo que perder. Beltramose, haz callar a ese idiota.

Markus se adelantó un paso, elevó la voz y habló en francés, para ofrecerle al hombre unas disculpas que velaran el sonido del cuero dando vueltas en la oscuridad.

El centinela bajó la guardia al escuchar su lengua materna. Abrió un poco la contraventana para poder ver mejor a los extraños que se encontraban debajo de él. Un proyectil de acero se abrió paso a toda velocidad por la ranura y se estrelló contra la sien del cruzado, cuyo diálogo quedó cortado tajantemente a mitad de frase.

Beltramose volvió a guardar la honda en su cinturón y levantó su saco, al tiempo que el vigía caía al suelo del piso inferior provocando con su armadura un gran estrépito.

* * *

Su destino, el puerto de Neorion, estaba a poca distancia de la muralla norte. Markus tenía la esperanza de llegar hasta él, embarcarse en una pequeña barcaza, atravesar el Cuerno de Oro y llegar a un refugio que no corriera el riesgo de ser devorado por las llamas o invadido por los frenéticos latinos. La veintena de cruzados rabiosos que los perseguía con algarabía tenía otros planes.

Markus ordenó a sus fantasmas que se adelantaran mientras él guiaba a Falsinar y Beltramose en una huida alocada. No tendrían oportunidad de sobrevivir si las sombras no encontraban lo que necesitaba. Por suerte, Riña, el fantasma de una joven pisana a la que había asesinado cuidadosamente hacía unos cuarenta años, regresó con una posibilidad prometedora. Markus no dudó. Corrió en pos del espíritu, atravesando con estrépito un cobertizo parcialmente derruido, descendió por una calle y entró en un edificio quemado. Lo que una vez había formado parte de los barracones militares del ejército bizantino, se había convertido hacía mucho en un almacén donde los latinos guardaban sus mercancías. Y, más recientemente, había servido como patético escondite para los vecinos latinos que tenían la esperanza de eludir la catástrofe, que asediaba la ciudad. No obstante, alguien había prendido fuego al lugar. La docena de desgraciados que habitaban allí habían bloqueado las entradas con tanta eficacia que no habían podido escapar a la voracidad de las llamas.

El que compartieran parentesco con los invasores no procuró a estas pobres almas ninguna protección, advirtió Markus. No importa. Sus cuerpos servirán a mis necesidades tan bien como lo harían los de los griegos.

—Disculpadme —jadeó Beltramose, mientras apoyaba las manos en las rodillas y se inclinaba hacia delante—. No... no me di cuenta...

—No malgastes tu aliento. —Puesto que no necesitaba respirar más que para conversar y hacerse pasar por un ser humano, Markus hablaba con la misma soltura que tendría si hubiera estado holgazaneando en la hacienda familiar—. La culpa es de los espíritus, que no se percataron de la presencia de ese maldito centinela.

—Por no hablar... de sus compañeros... que... que estaban... en el piso inferior. —Señaló Falsinar, casi sin aliento.

Una mirada del vampiro evidenció que aquél no era el momento idóneo para entablar una conversación informal.

Ya era malo que el vigía, muerto por la piedra lanzada desde la honda de Beltramose, hubiera caído desde el ático sobre los compatriotas situados en el piso inferior y que esto los hubiera alertado. Y peor aún que sus criados y él hubieran topado con otros dos grupos de cruzados franceses mientras huían. Desde luego, era un tema interesante que debatir en alguna ocasión, pero por el momento la amenaza de un fin desastroso era demasiado inminente.

—El daño ya está hecho, ahora debemos mediar con las consecuencias.

—¿Cuánto... tiempo? —logró articular Falsinar. Al igual que Beltramose, se recostó contra una pared cubierta de hollín intentando recuperarse de la apresurada carrera.

Markus desenvainó una daga.

—Unos pocos minutos. Infantino y los demás deberían de poder retrasar lo suficiente a nuestros vengativos amigos. Aún así, tendréis que protegerme si nos interrumpen antes de que yo haya terminado.

Los dos mortales asintieron. A pesar de que habían corrido cargados con unos sacos llenos a reventar, la sangre del vampiro regeneraba con rapidez su aliento y fortaleza.

Falsinar y Beltramose dejaron su carga junto a la pared y caminaron hasta el chamuscado umbral de la entrada. Las hogueras diseminadas por el barrio latino alumbraban toda el área. Falsinar bebió un sorbo de agua del pellejo, al mismo tiempo que extraía la falcata de la vaina. Tras tenderle el pellejo a Beltramose, desenganchó la ballesta de la cincha que colgaba de su torso y preparó un virote. Beltramose bebió también antes de comprobar el filo de su espada larga. La apoyó contra la pared, de forma que pudiera cogerla con rapidez en cualquier momento, desató la honda de cuero de su cinturón y aflojó el cordón que cerraba la escarcela en la que guardaba las piedras de acero.

Tras ellos, Markus miró una vez más a los cuerpos tendidos y carbonizados, y a continuación se hizo un corte con la daga en la palma de la otra mano. La herida fue una fría ranura blanca hasta que ordenó que manara la sangre. Extendiendo la mano, salpicó de vitae los cadáveres. Pronunció un cántico en latín, mientras las perlas rojas caían sobre los muertos, y entonces los cuerpos empezaron a sacudirse como si cada verso y cada gota fuera un golpe de martillo.

Acatando las órdenes de la voluntad de Markus, la sangre vampírica bañó los cuerpos e impulsó la regeneración en los músculos y ligamentos chamuscados. Canalizada por la magia capadocia, la energía oscura emergió

del inframundo para acelerar la recuperación de la carne carbonizada... y, entonces, el primero de los caballeros cadáveres pasó a la acción.

* * *

Falsinar y Beltramose se echaron a reír al escuchar los gritos confusos y frustrados de los cruzados que perseguían gemidos fantasmales.

—¿Abrigas aún sentimientos de antipatía hacia los invisibles esclavos de nuestro señor? —preguntó Falsinar.

—Humf. Tienen su utilidad. Mas nunca me acostumbraré a tratar con cosas que no puedo ver ni tocar.

—Y, sin embargo, no te cansas nunca de la compañía femenina.

—Déjalo, amigo mío, no te esfuerces. El sentido del humor te está vedado.

—Mis disculpas. Sin duda no tienes problemas para *ver* a los miembros de ese hermoso sexo. Y su desdén *difiere* considerablemente de estar privado de contacto físico.

—Qué curioso... —Una sonrisa malvada se dibujó en los labios de Beltramose—, tu hermana nunca fue desdeñosa conmigo.

Falsinar, levemente irritado, emitió una sonora carcajada. Se tapó la boca con la mano cuando tres figuras armadas doblaron la esquina.

—Ah, me temo que tendré que reservar mi fraternal indignación para otro momento —murmuró, al mismo tiempo que los cruzados comenzaban a registrar las ruinas—. Nuestros amigos francófonos parecen haberse cansado de perseguir fantasmas.

—Así es, llegarán aquí en pocos minutos. Comprueba que...

Calló.

Falsinar había escuchado también los ruidos que salían del fondo de la oscura habitación. Sonidos de arañazos y pisadas desiguales, de gruñidos y gemidos roncós, que se multiplicaban y aproximaban.

—Tal vez encuentres inquietantes a los fantasmas, —susurró Falsinar, con el rostro blanquecido y desprovisto del humor que había tenido un minuto antes—, pero quizá sea, mejor que *no* veas a nuestros aliados.

* * *

Sir Eustace de Vendôme estaba frustrado. Su señor, el conde Louis de Blois había confiado en él y le había encargado una labor de vigilancia. Su objetivo

era proteger la Puerta y Puerto de Neorion. Cuidar de que ningún pagano huyera con tesoros que pertenecían, por derecho, a la Iglesia, y deshacerse de cualquier tropa de refuerzo que viniera para sumarse a la defensa de Constantinopla.

Quizá «confiar» fuera un término poco acertado. Eustace sabía que su labor era un castigo. El puñado de refugiados que sus hombres y él habían encontrado en el barrio latino aquella noche llevaban consigo poco más que sus ropas. Y era imposible que llegaran a la ciudad más tropas de refuerzo. Los cruzados habían destruido Constantinopla. Cierto que aún permanecían en ella algunos de sus moradores, pero jamás lograrían organizarse para presentar batalla.

No, aquel pedestre detalle era una advertencia que tenía por objeto recordarle cuál era su lugar. Al conde Louis le complacía enfrentar a sus hombres, animándolos de forma sutil a que lucharan por una posición aventajada. Aquella situación era vagamente parecida a una partida de ajedrez, sólo que las piezas estaban vivas.

A Eustace no le suponía un gran problema. Era un hombre bastante ambicioso y sabía desenvolverse bien en aquel juego. No obstante, desde que, el verano pasado, los cruzados instauraran en el trono a Isaac y Alejo como co-emperadores del Imperio bizantino, Eustace no parecía hacer nada que agradara a su señor. Esta aburrida tarea era sólo un ejemplo más de la larga lista de trabajos de segunda categoría que había tenido que hacer en los últimos tiempos. Había llegado a la conclusión de que Louis estaba poniendo a prueba su paciencia, de la misma manera que Dios lo había hecho con Job. Hasta cierto punto, no le incomodaba que sus reconocidos talentos fueran puestos a prueba una vez más y sin embargo estos pensamientos no hacían que la tarea fuera menos aburrida.

Especialmente aquella noche. Louis y los demás estaban en la ciudad, reuniendo tesoros incalculables, por la gloria del Señor y de la Iglesia, naturalmente. Eustace y los pobres desafortunados que debían acompañarlo en su tarea tendrían suerte si lograban encontrar alguna cosa medianamente valiosa después del saqueo de sus compañeros.

Casi había concluido su misión allí cuando tres hombres, soldados a juzgar por sus habilidades, y cargados con grandes sacos, asesinaron a un centinela mientras sus hombres y él se tomaban un momento de descanso. El griterío de la persecución había atraído a otros hombres, pero los tres griegos cobardes se habían ocultado en los almacenes situados en la base de las murallas que separaban el barrio del puerto. Se deslizaban de una estructura

quemada a la siguiente, emitiendo el ruido justo para enviar a sus cada vez más enojados guerreros de un lado a otro en un infructuoso intento por encontrarlo. Jugando del mismo modo que lo haría el conde Louis.

Sufrir los caprichos del conde era una cosa y formar parte del juego absurdo de un puñado de paganos malolientes era otra muy distinta. Eustace reunió a sus hombres y emprendió una búsqueda más exhaustiva. Esos griegos debían de llevar consigo algo de valor y él estaba decidido a arrebatárselo.

Su lugarteniente y él escucharon el entrecuchar de las espadas en la calle colindante. Llamó al resto de sus hombres y cargaron en tropel. Lo embargó la inquietud al oír los alaridos; gritos en francés y en alemán. ¿Acaso los griegos habían preparado una emboscada?

Al girar por la esquina, Eustace no pudo contener un grito.

Horrores carbonizados de pesadilla atacaban a los cruzados. Criaturas con la piel arrugada y ajada como cerdos dejados durante demasiado tiempo en el fuego del espetón, cuyos tendones crujían y cuyos huesos chirriaban con cada uno de sus movimientos. Cargaron, armados con sus espadas y sus garras, contra los hombres dominados por el pánico. Su avance fue incontenible, a pesar de los grandes esfuerzos que los francos hacían por contenerlos.

Eustace escuchó una plegaria pronunciada en un torrente apresurado y se percató de que las palabras manaban de sus labios. Enfrentado con lo impío, el joven cruzado rezó a su dios con una devoción largamente olvidada. La plegaria alentó su alma temblorosa. Alzó sobre su cabeza la espada y vociferó alabanzas a Dios. Su lugarteniente se unió a ellas. Un puñado de los cruzados que se daban a la huida, se detuvieron en seco al oír aquellas palabras de fe y pureza.

Los seres muertos, una docena de ellos al menos, se acercaron; de sus espadas melladas y sus dedos como anzuelos goteaba la sangre de los cruzados. A pesar de ello, el caballero de Vendôme se mantuvo firme en su posición. Su griterío cobró intensidad y los soldados supervivientes acudieron a su llamada. Formaron una línea desigual frente al monstruoso enemigo y sus voces se elevaron hacia el Señor en una plegaria conjunta.

Las distantes hogueras en la llameante ciudad alumbraron tenuemente aquella calle bizantina carente de nombre y a los soldados de Cristo que se enfrentaban con los muertos sin alma.

* * *

Markus vio como sus caballeros muertos se abrían paso a través de las filas de cruzados. Uno de los franceses hizo un valiente esfuerzo por reunir a sus hombres, pero el gesto fue inútil. Los cuerpos animados luchaban con una fiereza que no tenía parangón.

Antes de cumplirse los diez minutos de lucha, ésta había cesado. La calle estaba cubierta de jirones de carne, desparramados junto a los cadáveres chamuscados de los que habían resucitado temporalmente. Markus Musa Giovanni emergió del almacén quemado y llamó a su lado a los cinco caballeros muertos que restaban. Convertidos en una personificación de la muerte, los muertos andantes anhelaban verse libres del que, por medio de un oscuro ritual y el poder de su sangre maldita, los había despertado y vinculado a su servicio. El vampiro mantenía un férreo control sobre ellos y disiparía sólo las energías de muerte cuando los caballeros lo condujeran a su barcaza en el puerto de Neorion.

Falsinar y Beltramose cogieron sus arreos y, no sin gran inquietud, se aventuraron fuera del almacén. Pisando con cuidado para sortear los numerosas restos humanos que yacían por todas partes, los hombres siguieron a su señor y se alejaron de la ciudad de Constantinopla.

3

OESTE DE CONSTANTINOPLA

23 DE ABRIL DE 1204

Ocho noches en el bosque, no muy lejos de la sufriente Constantinopla, dejaron desalentados a Markus y a sus hombres. Los venecianos, siempre dispuestos a recorrer el mundo en busca de nuevos mercados, se distinguían por sus habilidades como comerciantes. Ellos no eran diferentes, aunque Markus viajaba en pos de una sabiduría ilimitada en lugar de hacerlo para obtener mercancías convencionales.

Desplazarse a bordo de un barco o en una caravana suponía renunciar a lujos y comodidades. Pero, sin ninguna duda, era mejor que andar buscando nichos para protegerse del frío y la humedad de la primavera, y más relajante que estar constantemente alerta por si se topaban con algún cruzado, merodeador o bizantino huido. Aquélla no era una situación agradable, pero sí una nueva experiencia. Markus la sobrellevaba mejor que sus criados mortales debido a su constitución preternatural. Falsinar y Beltramose lo aguantaban pese a estar acostumbrados sólo a morar en ciudades. No obstante, los días de vigilancia en el agujero inmundo que servía al vampiro como guarida y las noches de frío y poco descanso en la diminuta cueva, comenzaba ya a hacer mella en ellos.

Markus no lamentaba su incomodidad. Aquellos hombres habían sobrevivido a circunstancias mucho peores en el pasado y probablemente tuvieran que volver a hacerlo en el futuro. Tenía asuntos más importantes de los que ocuparse que escuchar las quejas de Falsinar y Beltramose.

Durante sus años de estancia en Constantinopla había llegado a conocer la existencia de muchos objetos que su enorme familia estaría ansiosa de poseer. En las noches que siguieron a la huida de la ciudad, los espíritus que había vinculado a su servicio —Infantino, Vesta, Hartmut, Viator, Domnola y Riña— actuaron como sus ojos y oídos en la caótica Reina de las Ciudades. Los fantasmas recopilaron información sobre el estado de diversas haciendas, iglesias, bibliotecas y de sus contenidos. Por sus comentarios, pudo averiguar que casi todo lo que había de valor en aquellos lugares había sido saqueado, destruido o trasladado fuera de la ciudad. Desde luego no eran buenas

noticias, pero Markus estaba convencido de que restaba un importante alijo escondido en las entrañas de Constantinopla.

El problema estribaba en que todos sus intentos por seguir el rastro de ese alijo hasta la fuente habían sido frustrados. La razón era muy simple: había estado buscando la guarida de su homóloga Capadocia, Alexia Theusa. Había tratado de encontrar el refugio de Alexia desde el momento en que fue evidente que sus posiciones eran antagónicas. Por supuesto, había intentado derrotarla y no desechaba la idea de saquear su morada si con ello conseguía desvelar sus secretos.

Desde luego estaba convirtiéndose en todo un reto. Los vampiros eran especialmente cuidadosos a la hora de mantener sus refugios en secreto. El mayor de sus temores era que se los expusiera al sol cuando más vulnerables eran. Con todo, y gracias a sus fuentes fantasmales de información, Markus había creído que sería sólo cuestión de tiempo llegar a descubrir dónde se encontraba el nido privado de Alexia. Empero, tras haber perdido a dos sombras en el curso de su investigación, se vio obligado a recapacitar sobre la cuestión.

Ahora, por fin, parecía haber llegado el momento idóneo para actuar.

* * *

—¿Estáis seguro entonces de que ella se ha marchado? —inquirió Beltramose, al tiempo que engullía un bocado de conejo recién sacado del espetón.

Markus les había prohibido encender fogatas desde la primera noche de su vivaque, para impedir que el humo durante el día o la luz durante la noche revelaran su posición. Al despertar aquel anochecer, había descubierto que Falsinar y Beltramose habían desobedecido esta orden. El fuego era pequeño, lo suficiente como para asar un conejo cazado con uno de los proyectiles de la ballesta de Falsinar. Los ghouls se apresuraron a explicar que sólo lo habían hecho porque el cielo estaba encapotado. Markus decidió no castigarlos por desobedecerle. Al fin y al cabo, aquélla sería la última noche que pasarían en este escondite.

—Estoy razonablemente seguro, sí. Infantino y los demás la han estado espiando durante las últimas noches, en los raros momentos en que ella no se ocultaba de su vista.

Falsinar engulló un bocado de conejo con la ayuda de un trago de vino amargo.

—Teniendo en cuenta los problemas que tuvieron para seguirla, ¿cómo podéis estar convencido de que ha abandonado Constantinopla?

—*Lady Theusa* es poderosa, pero no omnipotente. Considerando las dificultades que he tenido para mantenerla vigilada, opté por cambiar el objetivo de mis pesquisas. En lugar de tratar de seguirla, ordené a Infantino y a los demás que vigilaran a aquellos con los que ella pudiera tener razones para contactar.

—¿Y uno de ellos dijo que se iba a marchar?

—Mejor que eso. Se marchó con uno de ellos. —Falsinar y Beltramose se pasaron el pellejo y brindaron por la astucia de su señor—. Según los informes de Infantino y Hartmut, el Nosferatu Malachite se ha marchado de viaje con Alexia como guía.

—Nosferatu —intervino Beltramose, arrugando los labios en un gesto de disgusto—. Comparados con ellos, los leprosos son tan hermosos como bellas doncellas vírgenes.

—No te equivoques, amigo mío. Pese a lo desagradable de su aspecto, los Nosferatu tienen gran influencia aquí. O la tenían antes de la caída de la urbe.

—Pero si ni siquiera son latinos —argumentó Falsinar, saliendo en defensa de Beltramose.

—Latinos o griegos. En nuestro gran sistema esas etiquetas son insignificantes. Pocos recuerdan que fuimos todos parte de un solo y magnífico imperio. La devoción de los griegos puede ser diferente a la nuestra, pero nuestro dios es el mismo. Como también lo es nuestro demonio. —Markus comenzó a pasear de arriba abajo, mientras el fuego lento de su frustración se transformaba en cólera. Continuó hablando, más para sí que para sus criados—. Sí, todo está relacionado con la percepción. Una percepción que no tiene efecto alguno sobre la verdad. Griego o latino, mortal o cainita... el *conocimiento* es lo que realmente importa. El conocimiento engendra poder. Y con el poder suficiente, todo es posible. Ah, ¿pero y la sabiduría? Suele estar ausente. Pero sin ella para controlar el poder, el fracaso está asegurado. No importa la tarea, desde la faena más sencilla a la gran aventura que todos tenemos en mente. —El vampiro se volvió para mirar a sus hombres—. Así es, Falsinar. Los Nosferatu que habitan en la herida Constantinopla no son latinos. Tampoco lo es Malachite, su descendiente. Mas esto no les debe privar de nuestro respeto. Sólo un idiota asume su superioridad sin haberse acercado primero a descubrir los talentos de su oponente. ¿Por qué crees que siempre he actuado como un educado visitante en esta tierra? ¿Por qué crees que nunca me presenté ante aquellos con los que

traté escudado tras la reputación del Clan Capadocio o tras el poder de mi familia? Porque, independientemente de mi poder, ¡muchos de ellos podrían haberme reducido a cenizas con un solo gesto de sus cabezas!

Falsinar y Beltramose se miraron el uno al otro. Markus era proclive a pasar de la mera conversación al discurso. Aquella era una consecuencia derivada de sus años como erudito mortal. Y, sin embargo, rara vez los ghouls veían desahogarse a su señor hasta tal extremo. Sin saber muy bien lo que debían hacer, permanecieron callados mientras Markus paseaba como el oso enjaulado al que debía su mote. El silencio, interrumpido sólo por el ocasional reventón de una chispa en el fuego, se prolongó más de un minuto.

Cuando finalmente logró recuperar cierta medida, el vampiro regresó a su asiento junto al fuego.

—Disculpadme, caballeros. Ha sido una época difícil para todos nosotros. Pero, por favor, Malachite es digno de vuestro respeto. He tratado poco con él, pero siempre se comportó con suma consideración. Que es mucho más de lo que puede decirse de mi colega, Alexia.

Falsinar asintió.

—¿La seguiremos?

—He estado meditando sobre ello, pero no. Alexia fue lo suficientemente hábil como para ocultar su rastro y despistar a los fantasmas. De modo que ni siquiera Infantino ha podido averiguar adónde se dirigía en compañía de Malachite. En cualquier caso, tengo la sospecha de que no sería mucho más comunicativa conmigo en cualquier otro lugar del mundo de lo que lo ha sido aquí. —Markus se acarició la oscura barba, mientras recordaba la constante frustración a la que se había visto sometido en sus tratos con la antigua vampira—. No, es posible que llegue a formarme una idea aproximada de sus proyectos si logro encontrar su guarida. Ha morado en Constantinopla durante muchísimo tiempo. Debe haber reunido un saber impresionante en ese período y, con toda seguridad, algo de ello tendrá relación directa con mi misión.

—O, en su defecto, os permitirá aprender muchas cosas, ¿verdad?

—Desde luego.

Beltramose volvió la mirada hacia el este. Capas de colinas y arboledas oscurecían la saqueada Constantinopla, que yacía como el cadáver de un animal legendario.

—Es un buen plan, *Signore*, ¿y nosotros qué debemos hacer?

—Deberéis permanecer a salvo o, al menos, todo lo a salvo que podáis estar dadas las circunstancias. Viator descubrió una cabaña abandonada no

muy lejos del camino que conduce a Adrianópolis. He trazado un mapa. Me esperaréis allí. —Se quitó una fina cadena de hierro que pendía de su cuello. Colgaba de ella la alianza de matrimonio de un estúpido mercader veneciano que había sido asesinado por piratas moriscos después de que, con unos comentarios poco inteligentes, menospreciara a las mujeres mahometanas estando en el puerto de Mallorca. La joven esposa del marinero se había arrojado al Gran Canal al conocer el inesperado destino de su esposo pero a pesar de estar muerta, no había sido capaz de separarse del símbolo de su trágica unión. A partir de esos estúpidos vínculos nacían los fantasmas esclavos. Markus le tendió la cadena a Falsinar—. Domnola os acompañará. Si os veis en peligro, llamadla y entregadle un mensaje. Ella me encontrará. Si no, me reuniré con vosotros una vez haya completado mi tarea.

* * *

El regreso a la ciudad fue una experiencia horrorosa porque la única entrada que garantizaba el poder hacerlo sin ser detectado era el laberinto de túneles del alcantarillado. Markus era tan corpulento que le resultaba imposible entrar en la mayoría de los pasadizos que, además, eran utilizados habitualmente por los Nosferatu. Y en todo caso, aunque su masa corporal se lo hubiera permitido, no tenía el menor interés en ensuciarse con los residuos nocivos que infestaban los túneles subterráneos. Pese a haber descartado los pasadizos subterráneos como vía de entrada a la ciudad, regresar a Constantinopla no suponía un reto imposible para alguien que podía dominar a los espíritus de los muertos. Tras una hora de paciente búsqueda, topó con un centinela que guardaba una abertura. Se deshizo del hombre, que pasaría a formar parte del cúmulo de desperdicios de la alcantarilla en cuanto lo encontraran, y siguió la voz susurrada de Infantino hasta el otro lado de las murallas de Teodosio.

Una vez dentro, Markus se sirvió del sistema de canales y acueductos que recorría casi por completo el interior de la ciudad. Como las alcantarillas, aunque mucho más espaciosas y limpias, estas rutas le permitían moverse sin que su presencia fuera advertida por los conquistadores de Constantinopla. Al cabo de una hora emergió por un pozo del canal conectado al acueducto de Valente, y no muy lejos de la Iglesia de los Santos Apóstoles. La gran basílica era la primera parada en su búsqueda del refugio de Alexia. Quizá no fuera su actual lugar de descanso, pero esa iglesia en particular era sumamente importante para ella y él había observado que la visitaba con cierta regularidad. Lo cual no era sorprendente dado que era el lugar en el que

reposaban los emperadores de Constantinopla. *Lady Alexia Theusa* estaba tan fascinada con la muerte como cualquier otro de los Capadocios —o «ladrones de tumbas» como solían llamarlos otros cainitas menos amables—. Markus suponía que Alexia debía estar examinando los cadáveres de los emperadores muertos para descubrir las diferencias entre la realeza por derecho divino y la gente común. ¿Dejaba el manto imperial marcas en la carne y en los huesos, y algún eco de la vida que una vez hubo en ellos? Suponía una incógnita que era algo más que frívola curiosidad para Markus, pero aún no había tenido la oportunidad de investigar la cuestión.

Se acercó a la Iglesia de los Santos Apóstoles con inquietud. El templo, con múltiples cúpulas y su planta cruciforme, irradiaba los efluvios de la fe de múltiples generaciones de devotos creyentes. El aura sagrada era una presión tangible incluso desde el lugar donde se encontraba ahora mismo, esto es, en el extremo más alejado del patio. No era muy distinto del calor emitido por un horno llameante. Y la comparación no era una mera hipérbole. Markus podría resultar quemado en aquel lugar sagrado si no reafirmaba primero su aceptación del poder ilimitado de Dios y de su infinita bondad.

No se le escapaba la ironía de la situación, es decir, que uno de los malditos osara entrar en el templo de Dios. Había escogido ese camino por voluntad propia, otorgándole toda su devoción al Señor y siendo muy consciente del peligro que esa elección suponía para su alma. En cualquier caso, sus acciones no pretendían ser un desafío a los cielos. Estando de pie en el extremo más apartado del patio, Markus inclinó la cabeza y rezó. Aquello lo ayudaba a tranquilizar el temor de su muerto corazón. Cuadró sus anchos hombros y atravesó con un paso comedido el patio.

Los espíritus a su servicio le aseguraron que nadie vigilaba la basílica. Al llegar a la inmensa puerta de entrada se dio cuenta del porqué. El umbral de la entrada se había convertido en un agujero dentado, el magnífico mármol estaba ennegrecido por causa de la ceniza y las puertas colgaban de un solo gozne. Sus sentidos preternaturales atravesaron la oscuridad y percibieron la destrucción que reinaba en el interior. No esperaba que el lugar se hubiera librado del saqueo, pero el verlo con sus propios ojos lo sorprendió de todos modos. Una iglesia, aun siendo bizantina, era un símbolo de fe y aprendizaje, del deseo de comulgar con un poder supremo y de alcanzar una comprensión mayor de uno mismo y del mundo. El ver cómo había sido profanado aquel lugar sacro despertó en él una furia helada. Contempló la posibilidad de emplear su poder para averiguar las identidades de quienes habían cometido

semejante acto. No sería fácil pero, con un poco de esfuerzo, podría descubrir el residuo de un aura que pudiera rastrear.

No. Éste no es mi lugar. Dejaré que Dios tramite su venganza. Tengo entre manos un asunto de mayor urgencia.

Protegiéndose del aura divina, Markus entró en la Iglesia de los Santos Apóstoles. Pugnando por mantener su escudo perceptivo contra la presión espiritual de la basílica, siguió, con el ceño fruncido, un rastro hacia el ala oeste. Hizo lo que pudo por ignorar el vello erizado de su nuca y el deterioro de su equilibrio, normalmente perfecto. La fiebre no era algo a lo que un vampiro estuviera acostumbrado, pero podría soportarla.

Durante su investigación previa de la iglesia, en sus continuos esfuerzos por hallar la guarida de Alexia Theusa, Markus había descubierto una entrada secreta que conducía al verdadero lugar donde yacían los emperadores bizantinos, desde el último de ellos hasta el mismísimo Constantino. La puerta estaba escondida detrás de un grabado que se asemejaba tremendamente al gran señor cainita, Michael, disfrazado de arcángel. Pese a que Markus sentía algo más que curiosidad por los secretos que debían de reposar en las catacumbas, no pudo continuar con su investigación. Una fuerza acechaba entre las criptas, algo con un poder lo suficientemente importante como para obligarlo a detenerse. Una criatura de Alexia, situada allí para vedar el paso a los intrusos o quizá incluso para desafiarlo a él en concreto. Markus no había podido averiguar nada más antes de que su esclavo fantasma se desintegrara en un efluvio espectral.

Nunca había descubierto qué fue exactamente lo que había causado la destrucción del espectro y los fantasmas que le restaban no estaban ansiosos por descubrirlo para él. Lo que, en cierto sentido, era bastante irónico porque la iglesia parecía aumentar sus fuerzas; de hecho, a Markus le resultaba más fácil percibir sus densas auras humeantes. No obstante, se negaban a aventurarse en el interior de las criptas. Infantino, la más fuerte de todas las sombras, no continuaría más allá del último peldaño de las escaleras de caracol que conducían a las catacumbas. Al carecer de la información suficiente para saber qué aguardaba entre las sombras, Markus había dejado el tema estar... hasta ahora.

Esperemos que el guardián partiera junto a Lady Alexia y el Nosferatu Malachite. El vampiro se permitió sonreír con frialdad. Aunque la entidad permaneciera en la reinante oscuridad de las criptas, trataría con más comodidad con lo que quiera que hubiera allí si no tenía que preocuparse de que la antigua Capadocio apareciera en un momento inoportuno.

Cuando hubo llegado al atrio que cobijaba la entrada secreta, encontró dos cuerpos: los de un monje y un cruzado, ambos en avanzado estado de descomposición. Durante su estancia en la urbe había visto demasiadas muertes. Sin embargo, y pese a estar dentro de una iglesia, aquella imagen era irrelevante comparada con la carnicería que ya venía siendo habitual en Constantinopla. En cualquier caso, su atención estaba fija en la entrada secreta de la cripta. El panel que la sellaba estaba abierto. No estaba seguro de si se había quedado entreabierta al mismo tiempo que los hombres resultaron asesinados o si alguien había pasado por aquí hacía un rato.

¿Fue el guardia de la cripta el que asesinó a estos hombres?, se preguntó. Teniendo en cuenta que el cruzado había sido decapitado de una manera particularmente horripilante parecía probable que un elemento sobrenatural hubiera estado involucrado. Recorrió el atrio con la mirada, mas no encontró nada que pudiera ofrecerle nuevas pistas. Ordenó a las sombras que descendieran e investigaran en las catacumbas, pero no tuvo más éxito que en ocasiones anteriores. Podría someterlas completamente a su voluntad pero el esfuerzo lo debilitaría. Lo que no sería nada recomendable si la amenaza seguía acechando en la oscuridad de la cripta. Markus tendría que comprobar por sí mismo qué era lo que moraba bajo la iglesia.

Se abrió paso con esfuerzo por el estrecho pasadizo, a la vez que murmuraba maldiciones a sus tímidos espíritus. El aura sacra de la iglesia se apagaba conforme iba descendiendo, hasta quedar reducida a un persistente latido en la base de la escalera. Inició una búsqueda rápida entre las tinieblas. Tenía la lámpara de aceite apagada en una de las manos, de forma que no anunciara su presencia prematuramente.

Al cabo de unos pasos descubrió, satisfecho, parches dispersos de hongos de un enfermizo color verde y una luz pálida que se filtraba por los angostos conductos de aire. La luz de la luna y los hongos procuraban una débil iluminación, pero era más que suficiente para complementar a sus antinaturales y aguzados sentidos.

Tras caminar unos minutos poniendo mucho cuidado en cómo y dónde pisaba, Markus se percató de que había llevaba un rato oyendo una voz. Se detuvo y escuchó con atención. Era una cadencia murmurada e hipnótica, un ritmo tan seductor como las olas solapándose y acariciando la orilla...

El vampiro cayó inconsciente y se hizo una brecha en la cabeza al golpearse contra la pared. El golpe le devolvió cierta lucidez. *La voz*. Lo había sumido en un estado de sopor. Era, al mismo tiempo, seductora y repulsiva; además carecía de la capacidad para expresar emociones pero en

sus palabras se adivinaba una gran urgencia. Al concentrarse en interpretar el sonido, en lugar de dejarse seducir por él, se dio cuenta de que él no era el objetivo de la cadencia. A pesar de dominar más de una docena de lenguas, Markus no reconocía el idioma de aquel murmullo que resonaba en las criptas. Siguió delante; la voz cobraba intensidad pero, por lo demás, no cambiaba.

Es una mezcla de idiomas, advirtió de pronto. Griego, latín, árabe, caldeo, arameo... y, por lo menos, otros dos más. Muchas lenguas habladas con una voz.

La precaución y la curiosidad competían en su interior. Su voluminoso cuerpo se arrastró tan silenciosamente como pudo por los estrechos túneles, decidido a encontrar la fuente de aquel misterio. Una luz tenue brillaba un poco más adelante, en el pasadizo. A juzgar por el parpadeo de las luces parecía tratarse de una antorcha. Ayudado por la iluminación, empezó a caminar con mayor confianza en sí mismo. Después de doblar otro recodo, vio la inmensa cámara que debía ser la tumba del emperador Constantino.

Una sola antorcha iluminaba un sarcófago que yacía en el centro de la habitación. El sarcófago estaba abierto; a un lado, y apoyada de costado, reposaba la olvidada tapa. Apoyada contra el otro lado había una espada larga en una vaina sin ornamentos. Una figura embutida en armadura, alguien que no era Constantino, estaba sentada en el ataúd abierto. Era enorme, no tanto como Markus, pero formidable no obstante. La cota de malla, que relucía con la apagada luminiscencia de la antorcha, estaba debajo del manto blanco bordado con la cruz roja de ocho puntas perteneciente a los Caballeros Templarios. Su indumentaria estaba tan limpia en comparación con la mohosa cámara que resplandecía. El cabello rubio enmarcaba un rostro ancho en el que se adivinaban inteligencia y compasión. Empero, su boca estaba abierta en una mueca de atontada inocencia; un hilillo de baba rosada le caía sobre el impoluto atuendo. Sus párpados aleteaban sobre unos ojos carentes de pupilas. No había en ellos otro color que no fuera el blanco. Sus grandes brazos, envueltos en la cota de malla, colgaban a cada lado del sarcófago. Las manos seguían, con movimientos esporádicos, el ritmo de la cadencia de aquel murmullo.

Markus podría haberse detenido a meditar acerca de la incongruencia que suponía el que un guerrero de Cristo profanara así la tumba de Constantino, pero había otros enigmas que le inspiraban mayor curiosidad. En primer lugar, la pálida aura del caballero indicaba que era uno de la sangre. Se trataba, por tanto, de un cainita. En segundo lugar, estaba sumido en un estado

de trance, posiblemente a causa del murmullo. En tercer lugar, era evidente que la voz no manaba de los labios del templario.

Este caballero no puede ser el guardián de Alexia. La voz... Debe haber quedado atrapado por lo que sea que mora aquí abajo.

Él se encontraba tan sólo en la periferia del sortilegio, pero su potencia no le pasaba inadvertida. ¿Qué era aquella cosa y cómo podría evitar convertirse también en su víctima?

El templario se agitó. Con los ojos todavía en blanco y la boca abierta, el caballero vampiro salió de la sepultura abierta. Se movió a tal velocidad que Markus hubiera tenido dificultades para seguirlo. Erguido de pie en la cámara, con la espada envainada en una de las manos, el templario extendió la mano libre hacia el sarcófago. Emergió primero del ataúd un brazo pálido del mismo color de la piedra que los rodeaba. Luego, otro. El caballero ayudó a salir a la forma que se asía a él. Era una mujer inhumanamente demacrada, vestida con una túnica sencilla. Se movía con la sensualidad ágil de una víbora, agarrándose al templario, retorciendo su delgado cuerpo para enrollar sus piernas alrededor de la cintura del caballero. Sus miembros se arrimaron al estoico templario en un gesto de una intimidad inquietante. Su rostro se aproximó al de él, sus labios a un suspiro de distancia de los fríos pómulos del caballero. Continuó con un susurrado murmullo de extrañas palabras.

¿Qué criatura es ésta, capaz de hipnotizar a un caballero no-muerto? Markus estaba demasiado cautivado por el espeluznante acoplamiento como para retirarse. El aura de la mujer era tan pálida como la del templario o la suya propia y, sin embargo, por todo su cuerpo se extendían fascinantes venas de matices rojos y dorados. Apartó la mirada con gran esfuerzo y regresó sigilosamente al túnel. *Es una cainita, pero de una clase que jamás había visto.*

Luego, finalmente, Markus escuchó en el canto una palabra que le ofreció respuestas... Inmediatamente después comenzó a formularse nuevas preguntas.

NORTE DE CONSTANTINOPLA
24 DE ABRIL DE 1204

Su nombre era *Sir Hugh* de Clairvaux, de los Caballeros Templarios. Pertenecía también a los Ventrue, un clan de vampiros nobles que creían ser los más aptos para gobernar a todos los no-muertos. Markus supo cuál era su identidad después, tras haberlo seguido por las laberínticas criptas que se extendían bajo la Iglesia de los Santos Apóstoles. El templario había abandonado la tumba de Constantino poco después de que Markus saliera de ella y se acurrucara dentro de un nicho en un intento apresurado por ocultarse. *Sir Hugh* había pasado de largo, cautivado aún por la guardiana de las catacumbas.

Tras debatir consigo mismo unos instantes, Markus decidió seguirlo. Con la ayuda de sus esclavos espectrales rastreó al caballero hasta un campamento militar enclavado fuera de las murallas de Constantinopla. Curiosamente los fantasmas se mostraban tan poco dispuestos a acercarse al templario, como lo habían estado de descender a las criptas. Por fin pudieron averiguar su nombre cuando un subordinado lo saludó.

Era evidente que *Sir Hugh* de Clairvaux era un individuo con cierto poder e influencia. Aunque secretamente se contara entre las filas de los ejércitos de no-muertos, lideraba a una tropa de templarios. Markus había percibido la piedad de los caballeros; sin duda, debían de ser verdaderos soldados de Cristo. Y lo mismo podría decirse de Hugh, a pesar de su condición de no-muerto.

La noche estaba a punto de terminar, de modo que fue al encuentro de Falsinar y Beltramose. Los ghuls habían acampado entre las destartaladas ruinas de la cabaña y se afanaban en preparar un lugar de descanso apropiado para su señor. El vampiro sólo tuvo tiempo de deslizarse en su nueva guarida antes de sucumbir al letargo del amanecer.

* * *

—El guardián que vigila bajo la iglesia es una... ¿qué, *Signore*?

—Es una Lamia.

Falsinar frunció el ceño.

—No estoy familiarizado con ese término.

—Es perfectamente comprensible. No es muy común. Yo tampoco había visto a un miembro de esa línea de sangre hasta ahora. —Se encogió de hombros—. Forman una rama menor de los Capadocios, tanto por su número como por su influencia y habilidad. Son un grupo muy selecto, principalmente mujeres, que comenzaron siendo un culto de mortales que adoraban a Lilith.

—Como...

—Sí, como la primera esposa de Adán. —Markus sonrió—. No puedo evitar preguntarme por qué las brujas no le pusieron ese nombre al culto para honrar a Lilith. En lugar de ello, el nombre procede del folclore, de la primera suma sacerdotisa que recibió el Abrazo de uno de los miembros de mi clan.

—¿Entonces son de la sangre? —reflexionó Beltramose.

—Formaron una senda divergente, pero sí.

—¡Ah! —La llama del entendimiento prendió en la mirada de Falsinar—. De modo que no son diferentes de los Giovanni.

Markus miró con frialdad a su criado.

—Mi familia es objeto de una aceptación sin reservas dentro del clan. Las brujas son poco más que sirvientes y guardaespaldas. No hay más semejanzas entre los Giovanni y las Lamia que la sangre Capadocio que comparten.

Falsinar inclinó la cabeza.

—Desde luego que no, *Signore*. Ha sido una estupidez por mi parte asumir lo contrario.

—Sí que lo ha sido. —Markus se frotó las sienes; un hábito que conservaba de sus días como mortal. Continuó en un tono más tranquilo—: La mayoría de los Capadocios son eruditos, como yo. En cambio, las Lamias son fieras guerreras. Mi sire, Guisseppi, me contó que ésa había sido la razón por la que las habían iniciado: para que el clan pudiera contar con un apoyo marcial. A menudo, la Lamia ofrece sus habilidades a un Capadocio; por lo general, un antiguo con cierta autoridad en la jerarquía. Debí haberlo supuesto —murmuró con desazón—. Son pocas y rara vez se aventuran más allá del Monte Erciyes. Aún así, debí haber supuesto que *Lady Alexia* tendría a una Lamia a su cargo. Nadie podría aspirar a tener un guardián mejor.

—Pero si es una guerrera, ¿a qué venían esos murmullos en diversas lenguas? —inquirió Beltramose.

—Aún no lo sé. Su raza cuenta con un estilo propio de artes oscuras. Se dice que pueden cautivar con una sola caricia o mediante susurros seductor. No sé qué pretendía al utilizarlos contra el templario. Lo averiguaré con el tiempo pero, en cualquier caso, la experiencia ha sido positiva. Si no la hubiera oído mencionar a Lilith, la Madre Oscura, aún seguiría ignorando su verdadera naturaleza. —Markus rememoró el encuentro en las catacumbas—. Me siento incómodo incluso al evocar la intimidad con la que trató al templario. Y su aura... Mi sire nunca dijo que las brujas se comportaran de una manera tan extraña. —El vampiro sacudió la cabeza para deshacerse del recuerdo—. En cualquier caso, estoy convencido de que la Lamia guarda la entrada al refugio de *Lady Alexia*. Desgraciadamente, incluso contando con vuestro apoyo, sólo Cristo y Caín saben quién saldría victorioso si me enfrentara a ella.

—¿Qué proponéis entonces, *Signore*?

—Buen Beltramose, no veo la necesidad de iniciar un ataque personalmente cuando alguien puede hacerlo en mi lugar. —Los ghuls se miraron el uno al otro con timidez. Markus rió a carcajadas—. ¡Vosotros no, caballeros! Hay otro. Uno mejor preparado que cualquiera de nosotros tres.

—¿El templario? —preguntó Falsinar, después de un minuto de reflexión.

Los blancos dientes del vampiro relucieron en contraste con lo oscuro de su barba.

—El templario.

* * *

Markus estableció una rutina para vigilar a *Sir Hugh* de Clairvaux. Conforme las noches se convertían en días y éstos en semanas, fue haciéndose evidente que el caballero Ventrue planeaba una nueva cruzada sobre las cenizas de la que tan recientemente había sido abortada. *Sir Hugh* se trasladó durante algún tiempo al cada vez más grande campamento de refugiados que se levantaba en las proximidades de Adrianópolis. Allí se dedicó a reunir a otras tropas bajo su bandera. Una vez que hubiera reunido el número suficiente de ellas para crear un ejército, levaría anclas rumbo a Egipto. Después de la Tercera Cruzada, Ricardo Corazón de León había decidido que Egipto, núcleo del poder y la riqueza musulmanas, debía ser sometido antes de poder reclamar Jerusalén. La Cuarta Cruzada se había reunido con este propósito pero, en lugar de cumplir sus objetivos, había descargado su furia sobre Constantinopla. Empero, *Sir Hugh* y sus templarios (un grupo de no-muertos

y ghuls leales a la causa, y marcados por sus lealtades divididas entre la sangre vampírica y la fe verdadera) no habían olvidado los verdaderos objetivos de esta última cruzada.

No tardaron en llamar la atención de otros. Al poco de la caída de Constantinopla corría el rumor de que el Nosferatu Malachite sería el salvador de la ciudad; pero hacía ya semanas que la había abandonado. *Sir Hugh* era el paladín de una causa completamente diferente, pero nadie podía pasar por alto su innegable carisma y su presencia. A falta de alguien que sostuviera el sueño de la Constantinopla dorada gobernada por poderosos vampiros nobles, tanto los cainitas como los mortales gravitaban en torno a la consecución de los objetivos del templario. Markus observó desde las sombras cómo iba ganando la cruzada egipcia cada vez más adeptos.

La influencia de la Lamia sobre *Sir Hugh* aumentó progresivamente. Los susurros de la criatura llegaban a sus oídos sin importar a qué distancia estuviera de las catacumbas e incluso emergían de sus labios durante las que él llamaba «sus sagradas visiones». Markus sabía que estos acontecimientos distaban mucho de ser divinos, pero prefirió guardarse sus opiniones para sí hasta haber averiguado los motivos de la Lamia.

Habiéndose ganado la lealtad de los descontentos y los desesperados, *Sir Hugh* abandonó los campamentos de las afueras de Adrianópolis para dirigirse a una hacienda cercana al puerto de Gálata, a pocos kilómetros de las imponentes murallas de Constantinopla. Aquella hacienda era el hogar de Gabriella de Genova, una cainita del linaje de los Lasombra que había ofrecido acogido a Hugh bajo su protección. Siendo como eran maestros de las sombras y la manipulación, los Lasombra tenían una gran influencia en todos los territorios latinos, así como en la patria de Markus, Venecia. Markus había oído hablar de Gabriella, pero la mujer no ocupaba una posición desde la cual poder ejercer una gran influencia en Constantinopla; de modo que nunca vio la necesidad de ponerse en contacto con ella. Dada la rapidez con la que Gabriella había unido sus fuerzas a las de Hugh, parecía evidente que el templario no era el único que estaba aprovechándose de la agitación que la caída de Constantinopla había engendrado. Con toda seguridad, la vampira tendría la esperanza de que la Cuarta Cruzada le propiciara mayor poder e influencia.

Después de haber ubicado definitivamente a *Sir Hugh*, Markus regresó a la ruinoso torre del barrio latino de Constantinopla. Aunque, tras el saqueo, la ciudad entera podía considerarse latina. Las fuerzas conquistadoras no habían vacilado a la hora de instalarse. Fue una novedad para Markus y sus hombres,

que no habían entrado en contacto con sus compatriotas latinos desde su retirada, en abril. Falsinar y Beltramose, nostálgicos de su hogar, consideraron que la camaradería con otros venecianos, lombardos y pisanos era mucho mejor que volver a dormir en camas y disfrutar de comidas calientes.

Con todo, Constantinopla no se parecía ni remotamente la bulliciosa ciudad, renombrada por la multitud de culturas que se alojaban en su seno, que había sido sólo dos meses antes. Pese a los esfuerzos del nuevo emperador, Balduino de Flandes, la ciudad y sus alrededores permanecían sumidos en el tumulto. Los latinos gobernaban en Constantinopla pero los bizantinos merodeaban en las regiones más aisladas. Las diferentes facciones se congregaban y reclutaban tropas con la esperanza de recuperar la ciudad. La tensión se cernía sobre el ambiente como la neblina en verano, y la violencia estallaba a menudo en la ciudad y en sus alrededores.

Los mortales no eran los únicos que tenían proyectos. Los vampiros de diversos clanes regresaban o llegaban por primera vez a Constantinopla, cada uno de ellos con sus propios planes. La Reina de las Ciudades se había transformado en un ruedo perfecto en el que los cainitas podían entretenerse. *Sir Hugh* y su cruzada egipcia no eran más que otro ejemplo de las interminables maquinaciones de los no-muertos.

Tras una serie de encuentros breves con otros miembros de la sangre, Markus empezó a encontrar la ironía realmente interesante. Constantinopla había sido gobernada desde las sombras por el vampiro Michael. La ciudad se había convertido en un símbolo del sueño que los antiguos tenían sobre una utopía vampírica, un ejemplo sin precedentes del prestigio y los logros de los cainitas. Su sueño había cobrado vida en la magnífica ciudad, gracias a la influencia que Michael y dos de sus compañeros antiguos, Antonius y el Dracón, habían ejercido a lo largo de los siglos. Pese a pertenecer a clanes dispares, Antonius y el Dracón compartían sin reservas el sueño de Michael. Tan intensa era la visión del Toreador Michael que pasó a tener una importancia crucial; la sola mención del «Sueño» hacía que todos los vampiros de Europa y Bizancio asintieran con conocimiento de causa.

Ahora la Reina de las Ciudades había caído, los antiguos Michael y Antonius habían sido destruidos y el Dracón se había desvanecido junto con la promesa del Sueño. En lugar de realizar esa utopía onírica, los representantes de clanes mayores y menores se acercaron hasta la ciudad con la esperanza de alcanzar importantes posiciones de poder. Muchos decían haber venido para resucitar el Sueño, pero Markus comprendió muy pronto

que sus palabras y acciones no eran sino un patético intento de hacer creer una mentira. Apenas había reflexionado sobre el Sueño de Michael porque había estado muy ocupado persiguiendo sus fines en nombre de los antiguos Giovanni. Pero, ahora que la ciudad había caído, ahora que estaba siendo testigo de la grotesca parodia que se había adueñado de aquel intenso y brillante reino, Markus sintió el pesar de la pérdida.

Fue por esta razón, así como por la intención de que sus acciones pasaran inadvertidas ante la mirada de sus posibles rivales, que el vampiro ordenó a sus hombres actuar con la mayor discreción. Falsinar y Beltramose debían estar atentos incluso cuando salieran a divertirse con sus compatriotas venecianos. Markus tenía un sueño propio, quizá no tan excelso como el de Michael, pero importante para él y tenía la intención de no dejar que resultara destruido en el proceso.

Este propósito no siempre resultaba sencillo, decidido como estaba a vigilar a *Sir Hugh* y a la extraña Lamia. El caballero Ventrue y la guardiana eran bastante poderosos. El que alguien lo descubriera en sus noches de espionaje sería muy negativo para él. Por descuido se expuso a los subordinados de *Sir Hugh* una o dos veces y tuvo que escapar de las catacumbas, presa del pánico, una tercera vez que la Lamia captó un destello de su aura. Y ahora *Sir Hugh* estaba otra vez cerca de Constantinopla; el templario había reanudado sus visitas clandestinas a las criptas que se extendían bajo la Iglesia de los Santos Apóstoles. Markus ansiaba conocer los secretos que compartían los dos durante esos encuentros, pero no se atrevía a seguirlos.

La influencia que la Lamia tenía sobre *Sir Hugh* dejó a Markus sumido en un mar de dudas. Por un lado, cuanto más tardara en romper su control, tanto más difícil le resultaría conseguirlo. Después de eso, no tendría mayores problemas para volver al piadoso Ventrue contra la pagana Lamia, pues estaba seguro que el cautiverio inconsciente de *Sir Hugh* no era consentido por su parte. Markus estaba convencido de que el templario destruiría rápidamente a la guardiana en un ataque de venganza justiciera o, en su defecto, que la debilitaría lo suficiente como para que Markus pudiera completar la tarea con el menor perjuicio para sus hombres y él.

Por otro lado, sentía muchísima curiosidad por los propósitos de la Lamia. No veía ninguna conexión entre la cruzada egipcia y los intereses de *Lady Alexia*. La Lamia estaba manipulando a *Sir Hugh* para que descargara sus fuerzas sobre Egipto, pero ¿con qué finalidad? ¿Qué beneficio obtendría *Lady Alexia* en esa antigua tierra? ¿O acaso la Lamia actuaba siguiendo sus propios

intereses? Independientemente de qué criatura estuviera detrás de esa influencia, las guerras sagradas significaban muy poco para los Capadocios. Debía de existir otro objetivo que mereciera la pena para el clan de la Muerte. Markus había escuchado diversas menciones sobre la fascinación que los antiguos habitantes del Valle del Nilo sentían por los rituales de la muerte; de modo que, a grandes rasgos, podía adivinar qué interés tenía Egipto para los Capadocios. No obstante, él era un hombre de detalles y hechos, no uno que se conformara con generalidades y suposiciones. Observar le sería de mayor ayuda para obtener información que pasar a la acción inmediatamente.

* * *

—Nadie pone en duda que vuestro conocimiento y sabiduría son excelsos, *Signore*. Y, sin embargo, ¿estáis seguro de que esta larga espera es el mejor curso de acción?

Markus enarcó una de sus pobladas cejas.

—Parece que hubieras extraído ese pensamiento de mi mente.

Como si esperara una respuesta iracunda por semejante presunción, Beltramose se apresuró a mostrarse sumiso y dócil.

—Eh... os puedo asegurar que carezco de tal habilidad, *Signore*.

—Eso podría cambiar si demuestras ser digno de recibir mi Abrazo. — Markus realizó un gesto desdeñoso con la mano, zanjando la cuestión por el momento—. No debéis preocuparos, caballeros. He meditado mucho sobre ello en las últimas semanas. A pesar de la curiosidad que siento por conocer los verdaderos motivos del interés que *Lady Alexia* podría tener en una cruzada contra Egipto, no podemos permitirnos el lujo de esperar indefinidamente para averiguarlos.

—¿Pensáis entonces que *Lady Alexia* está detrás de la influencia de la Lamia? —inquirió Falsinar.

—Puede ser. La criatura se ha conformado con proteger la guarida de *Alexia Theusa* durante... bueno, sólo Dios sabe cuánto tiempo. Es posible, sin embargo, que la bruja haya aprovechado la oportunidad que el caos reciente le ofrece para poner en funcionamiento algún plan. Pero quizá *Lady Alexia* haya hecho otro tanto. —Markus ignoraba todavía cuáles eran esos motivos, pero sus efectos no se le escapaban y eso lo inquietaba. La Lamia se había convertido en algo más que un impedimento para sus intereses. Percibía en ella una fuerza corruptora sin igual. El recuerdo de los cadáveres amontonados y las retorcidas ceremonias practicadas en la oscuridad que

reinaba bajo la Iglesia de los Santos Apóstoles relampaguearon en su mente por un instante. Markus se deshizo de las visiones con un gran esfuerzo de voluntad—. En cualquier caso, hemos llegado a un punto en el que observar desde las sombras no nos reporta ningún beneficio. Caballeros, ha llegado el momento de actuar.

CONSTANTINOPLA
15 DE JULIO DE 1204

Habían transcurrido casi tres meses desde que Alexia Theusa abandonara Constantinopla. Podría regresar en cualquier momento y Markus habría dejado pasar su oportunidad.

Durante una semana había estado preparando un ritual de sangre con el que esperaba liberar a *Sir Hugh* de Clairvaux del control que la Lamia ejercía sobre él. Los Capadocios conocían un sinnúmero de secretos de los muertos, desde la manera de acelerar la putrefacción hasta el modo de inducir la rigidez de la muerte en un cuerpo vivo. Tenía la seguridad de que podría dominar a *Sir Hugh* el tiempo necesario para inmovilizarlo con ataduras más convencionales. Luego practicaría sobre él un ritual capaz de transformar algunas de las propiedades de la forma vampírica y que, con un poco de suerte, transformaría los humores de Hugh, liberándolo definitivamente del control de la Lamia. No había puesto en práctica ese ritual hasta entonces, de modo que no sabía si lograría los efectos deseados, pero era el mejor plan que tenía. Por desgracia, *Sir Hugh* nunca estaba solo el tiempo suficiente como para que pudiera llevar su estrategia a la práctica.

Aquella noche lo intentaría por última vez. Si no conseguía hacerse con el control de Hugh, tendría que asaltar directamente a la Lamia. Podría contar con el apoyo de algunos cainitas detractores que holgazaneaban por las calles de Constantinopla. Si lograba convencerlos tentándolos con tesoros ocultos, serían carne de cañón contra la Lamia y no tendría que servirse de sus compatriotas mercaderes. No era un plan magnífico, pero era el único al que podía recurrir.

Al final, alguien decidió por él.

Durante un paseo por los muelles de Gálata en compañía de su confidente, una extraña joven árabe llamada Amala, *Sir Hugh* se había encontrado con un compañero templario. El aguzado oído preternatural de Markus le permitió escuchar con toda claridad las presentaciones que se llevaban a cabo a unos diez metros de distancia. Había dado por hecho que el tal *Sir Ingolt* de

Wolfram era otro templario conocedor de los secretos de los cainitas, hasta que vio que Hugh se desmayaba cuando el hombre dio un paso al frente para saludarlo con un abrazo. Markus aguzó su vista y vio que el aura de *Sir Ingolt* resplandecía como un cegador nimbo dorado.

¡Por Cristo y por Caín! Su alma quedó tan sobrecogida como lo había estado frente a la Iglesia de los Santos Apóstoles. *¡Su espíritu está imbuido con tanta piedad que su mera presencia sume a Sir Hugh en una agonía sin parangón!*

Markus observó mientras el impacto y el sufrimiento provocados por el aura sagrada de *Sir Ingolt* arrastraban al caballero Ventrue al frenesí. Perdida toda su humanidad, *Sir Hugh* se abalanzó contra el otro. Ingolt demostró gran valor al enfrentarse con el corazón puro y una rectitud inigualable a su babeante enemigo. Hugh salió triunfante del combate pero, después de partir por la mitad el cuerpo del auténtico templario con un golpe seco y brusco de su espada, se desplomó sobre el suelo.

Markus se marchó en silencio cuando la joven Amala corrió a socorrer al caballero Ventrue. El vampiro no había sufrido daños físicos, pero pasarían algunas noches antes de que pudiera recuperarse de las lesiones espirituales que *Sir Ingolt* le había infligido. Hugh le sería de poca ayuda ahora, de modo que optó por otro curso de acción.

Se deslizó por las oscuras callejuelas en dirección a la entrada de la red de alcantarillado. Aunque había procurado mantenerse alejado de los desagües hasta entonces, parecían el único medio factible para poder espiar a *Sir Hugh*. Hacía tiempo que los Nosferatu habían desarrollado un extenso sistema de túneles que serpenteaban por el alcantarillado de Constantinopla y que superaban las murallas de la ciudad, llegando hasta los muelles de Gálata e incluso más allá. Gracias a Infantino y a otros espíritus, Markus había descubierto algunos de estos túneles. Se ajustarían bien a sus necesidades en cuanto fuera capaz de obviar la presencia de los desperdicios.

Su otra preocupación, es decir, encontrarse con los residentes habituales de las alcantarillas, había resultado ser infundada. Al parecer, la mayoría de los Nosferatu se había trasladado a los campamentos de Adrianópolis después de que Malachite se marchara con *Lady Alexia* y un puñado de sus fétidos compañeros de clan. El sistema de desagüe estaba casi desierto, excepción hecha de la marea de desperdicios repugnantes que fluían por los incontables túneles.

Su oscuro ceño había quedado paralizado en una actitud de reflexión mientras se encogía para poder pasar por la abertura de la alcantarilla. Pese a

que había sido la necesidad la que había dictado aquel curso de acción, se sentía profundamente decepcionado. *Sir Hugh de Clairvaux* parecía ser la mejor solución para su problema con la Lamia. Markus no tenía intención de enfrentarse solo a la criatura, ni siquiera contando con la ayuda de sus compañeros no-muertos, sus ghouls mejorados por los atributos de la sangre y sus espíritus esclavizados.

Otros caballeros como el tal Sir Ingolt serían una alternativa interesante, pensó. Apretó una palanca escondida que desveló la entrada a un túnel oculto tras una pared falsa. *¡Un pelotón de esos caballeros armados con su fe verdadera, exterminaría con toda seguridad a la Lamia!*

Markus se permitió esbozar una sonrisa, al tiempo que entraba en el túnel y encendía una antorcha. No obstante, acercarse a unos guerreros tan piadosos equivaldría a flirtear con su propia destrucción. Y debía tener en cuenta que no sabía dónde encontrarlos...

De pronto el mundo comenzó a girar a su alrededor. Markus se desplomó y perdió la antorcha en la caída. Alguien le dio la vuelta con violencia y rapidez hasta dejarlo boca arriba, y a continuación lo apoyó contra la pared cubierta de excrementos de la alcantarilla. Pudo ver a su atacante cuando éste se arrodilló y apoyó la hoja de la daga contra su garganta. Se trataba de una figura anciana, cuya tez de color caoba estaba cubierta con multitud de arrugas. Una barba nívea nacía del anguloso rostro en el que brillaban dos ojos de depredador. Un aura malva inyectada con hilos color esmeralda fluctuaba a su alrededor. Teniendo en cuenta su sigilo y la facilidad con la que había movido el cuerpo de Markus, este árabe zanquivano tenía que ser un cainita. De hecho, el veneciano estaba casi convencido de que debía pertenecer a ese clan de temidos asesinos no-muertos llamados Assamitas. Comentaban que estos vampiros, que se hacían llamar los Hijos de Haqim y que rechazaban cualquier vínculo con la sangre de Caín, eran maestros en el homicidio. El asesinato era para ellos un arte, una religión, del mismo modo que la muerte lo era para los Capadocios.

El temor había conquistado su corazón muerto, pero Markus logró ofrecer una sonrisa cautivadora al Assamita que se erguía sobre él; bueno, delante de él. Pese a que su atacante estaba arrodillado, Markus era tan corpulento en comparación con el delgado árabe que estaban casi a la misma altura. Habló en griego.

—Creo que erráis, amigo mío.

—No, no, no —respondió el Assamita en la misma lengua, al tiempo que mostraba sus dientes—. Sé por la velocidad de vuestros movimientos en

nuestro último encuentro que sois cainita y ahora sabéis que yo también lo soy.

El «último encuentro» debía ser una de las veces en las que Markus había sido visto cerca del campamento de Sir Hugh. *Está demasiado seguro de sí; sobreestima su capacidad y pone de manifiesto sus intenciones.* Pese a lo comprometido de la situación, quedaba claro por las palabras y la conducta del Assamita que estaba más interesado en conocer sus propósitos que en hacerle daño.

—¿Entonces por qué sigue la pequeña daga apuntando hacia mi garganta?

—Para teneros controlado mientras hablamos, por supuesto.

—Me decepcionáis si creéis que algo así podría detenerme —respondió Markus.

Hizo ademán de ponerse en pie, mas el sarraceno le impidió moverse haciendo uso de una fuerza y una rapidez casi inverosímiles en sus delicados miembros. *Pero no está tan ansioso de conocer la verdad como para despreocuparse de su seguridad.*

Entre susurros el Assamita le explicó que se servía de una maniobra muy conocida entre los miembros de su clan y que consistía en bañar la fina hoja de la daga con un veneno que prometía dejar a Markus sumido en un estado de enajenación babeante, si no lo destruía definitivamente.

—Es mi turno de hacer preguntas y tengo muchas —afirmó el sarraceno—. ¿Quién sois vos?

Markus le dijo su nombre y se sorprendió al comprobar que una chispa de reconocimiento iluminaba la mirada del Assamita. La sociedad de los no-muertos no estaba familiarizada con el hecho de que algunos nigromantes venecianos neófitos se habían unido a los reservados Capadocios. *Esta criatura arrugada está exquisitamente bien informada.* Se preguntó qué secretos atesoraría la mente del sarraceno. Mientras meditaba el modo de invertir los roles de investigador e interrogado, Markus se perdió la mayor parte del confuso monólogo que el Assamita le ofreció acerca del clan Capadocio.

—Pero decidme, ¿qué hacéis en esta hermosa ciudad? —inquirió finalmente el anciano.

—Sentía curiosidad por el lugar, por la Iglesia de los Santos Apóstoles y por los tesoros que en ella pudieran ocultarse. —Con la esperanza de hallar un vínculo de intereses comunes, añadió—. Me temo que mi curiosidad es mi mayor debilidad y necesito saciarla a menudo.

—Eso puedo comprenderlo —respondió el Assamita. Su aura sugería que su interés por reunir información rozaba la obsesión—. ¿Y qué utilidad encontraréis en seguir de cerca los pasos de *Sir Hugh de Clairvaux*?

Una pregunta que sin duda podría formularos también a vos, amigo mío.

—Sí, bien... guarda cierta relación con este lugar.

—¿Con estos túneles?

—No exactamente.

—Por Ar-Rahman, no deberíais jugar así con la curiosidad de un anciano. Es difícil predecir cuándo se nos escapan esos juegos de las manos.

—No pretendía ofenderos —dijo Markus sonriendo, a pesar de la amenaza del Assamita. La sed de conocimientos que el arrugado vampiro sentía resultaba inconfundible. Ahora sólo le quedaba confiar en que esta debilidad pudiera ayudarlo en sus planes—. Estaba pensando que quizá nuestros propósitos sean los mismos. Suponiendo, claro está, que estéis aquí para detener su alocada cruzada y que no lo hayáis hecho ya debido a la preocupación de que algo pudiera estar manipulándolo desde las sombras.

—Tal vez.

Al advertir el anhelo apenas velado del Assamita, Markus dispuso la última de las redes de su nuevo plan.

—Sí, bueno, entonces «tal vez» encontraréis algo de vuestro interés en estos túneles. No muy lejos de aquí.

La figura anciana vaciló un solo instante, luego retiró el cuchillo y se apartó para que Markus pudiera levantarse.

—Mostrádmelo —dijo.

* * *

—¡Vuestras amadísimas sombras no han servido de nada! ¡Podríais haber sido destruido!

—Aprecio tu preocupación, Beltramose. Pero, como puedes ver, no estoy herido.

Pese a su actitud de despreocupación, Markus estaba disgustado y bastante nervioso. Después de descartar a *Sir Hugh* para sus planes, había olvidado también su precaución al dejar al caballero Ventrue con su concubina árabe. Por lo tanto, no era tan extraño que el anciano lo hubiera sorprendido en las alcantarillas. Incluso un vampiro que careciera del incomparable sigilo del maestro Assamita no habría tenido grandes dificultades para conseguirlo. La furia bulló en su interior, ahogando el miedo

que había sentido al evocar lo comprometido de la situación. No podía negar que había estado distraído, pero sus espíritus *deberían* haber advertido que el asesino cainita se estaba aproximando. *A menos que pensarán que ésa sería una oportunidad perfecta para liberarse de mi yugo.*

Habiendo sido obligados a servir mediante rituales nigrománticos, los fantasmas estaban lejos de ser siervos complacientes. De tanto en cuando se aprovechaban de las situaciones con la esperanza de poder liberarse de sus grilletes espirituales. Y, sin embargo, aparte de resistirse a investigar a la Lamia en las catacumbas o a seguir a *Sir Hugh*, parecían haberse resignado a su esclavitud tras la caída de la ciudad. Sin darse cuenta, Markus había dejado de vigilarlos estrechamente. Se percató de su error en los primeros minutos que siguieron al ataque en la alcantarilla, cuando sus inigualables sentidos le advirtieron de la agitada anticipación que los fantasmas habían sentido cuando lo vieron desplomarse frente al Assamita.

Echó una ojeada a las formas humeantes que se encogían aterrorizadas en el extremo de una de las habitaciones de la torre. Sin duda, su actitud suponía un cambio evidente con respecto al anterior estado de ansiedad. El turco Viator era el que se sentía más débil y miserable esta noche; los ecos espectrales de sus ampollas rezumaban pus ectoplásmico sobre el suelo. Había muerto a causa de las palizas que los cruzados, reunidos en Chipre, le habían propinado y se encontró esclavizado por Markus, evocando la agonía de su muerte una y otra vez. *Es una lástima, pensó el nigromante, pero ése es el precio del pecado.*

El vampiro decidió olvidarse de sus espíritus por el momento. Los castigaría por su insolencia una vez se hubiera ocupado de sus preocupaciones más inmediatas.

—Si el sarraceno me hubiera querido muerto, habría pasado a ser un montón de cenizas apiladas en las alcantarillas sin percatarme siquiera de haber sufrido la muerte definitiva. Ese ser, Fajr, buscaba respuestas. Y yo estaba ansioso de proporcionárselas.

—Gracias a Cristo y Caín, *Signore*. Pero os habéis puesto en peligro por espiar al templario sin nuestro apoyo.

—Caballeros, vosotros salvaguardáis mi sueño y hacéis diversos recados en mi nombre durante el día. Debéis descansar en algún momento. —Markus dio unas palmadas en el hombro a su lacayo—. De todos modos, a pesar de vuestras habilidades marciales, tampoco vosotros podríais vigilar a un cainita sin ser descubiertos en algún momento. Y puesto que mis «queridas sombras»

se negaron a acercarse a *Sir Hugh*, ¿quién más podría haberse encargado del asunto?

Viéndose incapaz de rebatir la lógica de este argumento, Beltramose se volvió hacia Falsinar en busca de ayuda. El robusto ghoul se encogió de hombros. El sirviente continuó:

—La situación es tan compleja que dejó de ser segura para nosotros hace tiempo, *Signore*. La ciudad se encuentra todavía sumida en el caos, y Balduino de Flandes sigue intentando asegurarse el trono. Esa Lamia que guarda el refugio de Alexia es aún un misterio. Y la única manera que teníamos de tratar con ella, que era utilizando a *Sir Hugh* de Clairvaux, decís ahora que nos está vedada porque este sujeto ha caído presa de la locura. ¡Luego sois asaltado por un asesino sarraceno! ¿Qué sentido tiene que nosotros negociemos con él? ¡Con toda seguridad nos traicionará a la primera oportunidad!

—Los Assamitas no son simples asesinos sedientos de sangre. Pese a no ser cristianos, os puedo asegurar que siguen un código de conducta tan riguroso como el de cualquier templario. —Markus había visto a más de un templario traicionar sus votos para satisfacer los deseos más básicos, pero mencionar este hecho haría que la conversación se fuera por la tangente—. Y posiblemente sean las criaturas más diestras en el arte de matar. ¿Y quién mejor para enfrentarse a la Lamia?

—Como vos digáis, *Signore* —accedió Falsinar—. Pero estoy de acuerdo con nuestro emotivo compañero. ¿Cómo podéis estar seguro de que el Assamita está aquí para poner fin a la cruzada egipcia? ¿Cómo podéis confiar en que él y esos otros con los que dice estar van a destruir a la Lamia?

—En los túneles, le describí a Fajr la influencia que la Lamia ejerce sobre *Sir Hugh*. El Assamita no es ningún ignorante; sabe de qué son capaces las brujas. Y lo que es más, ahora sabe hasta qué punto es peligrosa ésta con la que nos enfrentamos.

Para asegurarse de que el vampiro sarraceno no subestimaba la amenaza que suponía la Lamia, Markus le había mostrado algunas pruebas de su depravación. Había un sinnúmero de restos dispersos por las alcantarillas que rodeaban a la Iglesia de los Santos Apóstoles. Docenas de cadáveres, ofrendas que *Sir Hugh* le había llevado a su señora cuando sus cópulas habían alcanzado el cénit de la depravación. A los cuerpos no sólo se les había extraído hasta la última gota de sangre, sino que además estaban repletos de enfermedades que causaban una muerte agónica a todas las alimañas que se alimentaban de sus restos. Markus no había tenido que explicarle a Fajr que la

Lamia estaba infectada por una enfermedad de gran virulencia, tan corruptora para la carne mortal como lo eran sus oscuras artes para la mente de *Sir Hugh*. El perspicaz Assamita comprendió rápidamente las implicaciones de semejante amenaza. Con las fuerzas de *Sir Hugh* abriendo camino, la Lamia podría propagar la infección de la carne y de la voluntad a lo largo de todo el territorio musulmán.

—¿Y estáis seguro de que, al igual que el templario, los Assamitas no están también de parte de la Lamia?

—Los hechos indican lo contrario. Tened en cuenta que los Assamitas le rezan a Alá como cualquier otro buen musulmán. Egipto es una tierra musulmana... —Markus arqueó sus espesas cejas e invitó con el gesto a sus hombres a descubrir dónde residía la conexión. Desesperado por sus miradas confusas e interrogantes, continuó—. *Sir Hugh* ha organizado una cruzada cuyo destino es Egipto. Ha sido manipulado para este propósito por la guardiana de *Lady Alexia*, aunque desconozco el motivo concreto. Fajr me dio a entender que él y otros tantos estaban aquí para detener esa cruzada. Pero si destruyen a *Sir Hugh*, ¿no podrá la Lamia encontrar a otra persona que lleve sus planes a buen término?

—Ah... pero si la Lamia resulta destruida, los Assamitas no tendrán que temer que se organicen otras campañas una vez que la presente se haya cancelado.

—Así es, Falsinar. —Markus advirtió que su lógica no terminaba de sosegar la inquietud de sus hombres—. Tengo muy presente vuestras preocupaciones, caballeros, pero la Lamia debe ser destruida y yo debo encontrar el refugio de *Lady Alexia* antes de que regrese. El templario me es inútil y tampoco me servirán de nada sus hombres. Fajr y sus compañeros, sin embargo, son de la sangre. Cuentan con las habilidades necesarias.

—Pero ¿sarracenos, *Signore*? ¡Y especialmente cainitas sarracenos! Nos ponéis en peligro al negociar con semejantes individuos.

—Estoy de acuerdo en que pactar con esas criaturas supone una amenaza —respondió Markus, elevando el tono de voz a causa del enojo—, pero debo asumir esos peligros si deseo cumplir las obligaciones que he contraído con mi familia. No olvidéis, caballeros, que se nos ha encargado reunir toda la información posible para asegurar la condición de iguales de los Giovanni en el seno del Clan Capadocio. *Lady Alexia* ha demostrado no estar interesada en una alianza, pero eso no hace que sea menos útil a nuestra causa. No tendré una oportunidad mejor de entrar en su guarida y descubrir qué secretos guarda en ella. Y los Assamitas son la posibilidad más segura para obtener este fin.

Los ghouls mantuvieron su silencio en el ardor de la reprimenda de su señor. Después de meditar durante unos instantes, Beltramose emitió un gruñido y añadió:

—No puedo discutir vuestra lógica, *Signore*. Pero confieso que no me siento demasiado cómodo teniendo que negociar con los Assamitas. ¿Quién puede asegurarnos que no opinarán que sois una amenaza para sus planes una vez hayan aniquilado a la Lamia?

—Estoy convencido de que el objetivo básico de Fajr es eliminar a la Lamia. No hay duda de que ella es la instigadora de la cruzada egipcia y de que los Assamitas comprenden que la amenaza no procede de una simple ladrona de tumbas.

Markus guardó silencio, mientras su mente ágil comenzaba a ponderar una serie de variables. Estaba casi seguro de que sus planes seguían en curso, pero los Assamitas no debían ser infravalorados. Como Beltramose había sugerido, los maestros del asesinato podrían querer atar otros cabos sueltos una vez hubieran despachado a la Lamia. La mera cautela no bastaría contra los Assamitas, sobre todo considerando sus habilidades. Ahora que sabía que estaban en la zona, Markus podría protegerse de los Hijos de Haqim hasta cierto punto. La misma claridad preternatural de sus sentidos que le permitía advertir la presencia de los fantasmas, le confería también la capacidad de detectar a un vampiro que fuera invisible a la percepción normal. Sin embargo, no existía ninguna garantía cuando se mediaba con las variopintas disciplinas de los no-muertos. Y, a pesar de que Markus pudiera percibir a un Assamita al acecho o, en su defecto, a un Nosferatu (pues ambas criaturas compartían el raro talento de la ofuscación), sus criados mortales no podían hacer lo mismo.

—Beltramose, tu preocupación es justificada. Será mejor que nos mantengamos ocultos hasta que el tema esté solucionado. Recoged vuestras cosas; encontraremos otro lugar en el que descansar.

Puesto que los Assamitas podían no ser los únicos que tuvieran interés en averiguar dónde descansaba, Markus les explicó que aguardarían hasta después del amanecer para alejarse de la ruinosa torre. Envío a Falsinar a buscar una carreta en la que pudieran transportar el seguro y cerrado ataúd en el que él viajaría hasta su nueva guarida. Markus había registrado la zona unas cuantas noches atrás y había encontrado un refugio apropiado. Se trataba de un sótano en el interior de una estructura quemada en la frontera del barrio latino. Muy pocos deambulaban por aquellas calles al amanecer, lo que debería de facilitar su traslado.

Markus quedó sumido en sus reflexiones mientras Falsinar y Beltramose recogían lo poco que quedaba de sus pertenencias. Una de las razones por las que llevaban tantísimo tiempo a su servicio era que el vampiro apreciaba su franqueza. Solían proporcionarle consejos valiosos y detenerlo cuando su sed de conocimientos lo hacía alejarse demasiado de la prudencia.

Beltramose estaba en lo cierto acerca de los Assamitas. Era una estupidez otorgar credibilidad a las afirmaciones de Fajr de que sólo estaban interesados en poner fin a la cruzada egipcia. El Assamita vigilaba a *Sir Hugh* desde las sombras. ¿Quién podía saber cuántos sarracenos más hacían lo mismo o se habían infiltrado incluso en el campamento del cruzado? ¿Quizá la mujer árabe, Amala? ¿Y qué otros planes tenían en mente? Después de todo, si lo único que querían era detener la cruzada, ¿por qué no habían asesinado a *Sir Hugh* y a sus oficiales?

Frustrado por la falta de respuestas definitivas, Markus sacudió la cabeza para liberarse de sus pensamientos. Al final carecía de importancia. Lo fundamental era que había puesto a los Assamitas al tanto de la existencia de la guardiana. Muy pronto se encargarían de la Lamia y le dejarían el camino libre para descubrir qué secretos escondía Alexia en su refugio.

* * *

—¿Cómo puede estar seguro de que la Lamia será destruida?

—¡Por los colmillos de San Sebastián, Falsinar! Hoy estás siendo un terrible dolor de muelas. No está seguro. Ésa es la razón por la que blasfemamos entrando en la casa de Dios con las espadas desenvainadas.

—Bueno, al menos yo no blasfemo exhortando *groserías* en la casa de Dios.

—El Señor me perdonará porque sabe la dura carga que supone estar en tu compañía.

—Yo pensaba que era al contrario.

—Podrás preguntárselo cuando te postres ante él en el día del Juicio Final; momento que quizá acelere si continúas con tus tediosas preguntas.

—Una triste amenaza si tenemos en cuenta que tu espada es tan penosa que ni siquiera podrías utilizarla para afeitarme con cierta decencia.

—Eso explica el lamentable estado de tu rostro, amigo mío.

—Dame fuerzas, Señor. Querido Beltramose, permíteme que te aclare mi anterior, pregunta.

—Por favor, no te detengas por mi causa. Habla y con gusto te prestaré mi oído. Regálame las perlas de tu sabiduría de forma que mi entendimiento sea más completo...

—¡Cállate y déjame hablar!

—Aguardo tus palabras con un anhelo sin parangón.

—Escucha: nuestro amo dice que la guardiana fue atacada anoche.

—Así se lo confirmaron un par de sus endemoniadas sombras, mi perspicaz Falsinar.

—Pero ¿no es cierto que los espíritus no osan acercarse a las catacumbas? ¿Cómo pueden saber con seguridad lo que ha ocurrido?

—Ah, bueno, ¿acaso no vieron a los atacantes salir de allí más tarde?

—Es cierto que habían perdido a uno cuando eso aconteció, pero tus sospechas son ciertas, Beltramose. Sigue pareciéndome un dato curioso. Tres atacantes parece un número insignificante si lo comparamos con las tropas de sarracenos que pensábamos que estarían preparándose para atacar.

—Tal vez tengan algunas fuerzas en la reserva o quizá esos tres individuos se bastaran para completar la tarea. En cualquier caso, todo seguirá siendo un misterio puesto que tengo la sospecha de que los fantasmas no son muy dados a procurar detalles en sus relatos. ¿Es ésa tu pregunta entonces?

—Desde luego que no, sólo era un prólogo.

—¿Me aconsejas que me tumbe entre estas estatuas mientras narras tu historia?

—Con el aliento que has desperdiciado arrastrando nuestra conversación por los laberintos de la sinrazón, podría haberte formulado ya la pregunta dos veces, Beltramose.

—Y, sin embargo, aún no la he oído.

—Entonces prepara tus sentidos pues aquí está: ¿y no es posible acaso que las dos figuras que emergieron no lo hicieran como contendientes victoriosos sino como soldados en retirada? ¿No es posible que la Lamia haya sobrevivido, herida sí, pero aún potente? ¿O que derrotara a sus atacantes por completo, recibiendo a cambio un simple arañazo? ¿No es posible que permanezca aún bajo la iglesia a la espera de recibir la visita de nuevos intrusos?

—Uhm...

—Ya veo.

—Por desgracia debo admitir que tu pregunta no carece de cierto interés. Pero estoy convencido de que nuestro maestro razonó de manera similar; si

no ¿por qué nos habría encargado investigar las catacumbas ahora, a plena luz del día?

—Estoy de acuerdo contigo en eso, Beltramose. No obstante, aunque la luz del sol es dañina para los de su especie, ¿no están las catacumbas bajo tierra?

—Hablas con razón, buen Falsinar, ¿pero qué sugieres? ¿Qué nos detengamos aquí, justo frente al panel que oculta la entrada al refugio de la guardiana? ¿Qué regresemos junto a nuestro señor sin haber confirmado qué ha sido de la criatura?

—Acabaríamos uniéndonos a Infantino y a los de su especie. No, sólo quería que también tú tuvieras la sensación de que alguien tiene tu estómago en un puño. Es una sensación incomodísima que tengo desde que se me ocurrió por primera vez lo que te acabo de contar.

—Sin duda eres el mejor de los amigos, Falsinar. Gracias por compartir eso conmigo. A cambio, permíteme que te ceda el honor de entrar primero en el túnel secreto.

—Tu bondad no conoce límites, Beltramose. Pero no podría negarte ese honor.

—Insisto. Y no pierdas más el tiempo, amigo mío. El sol atraviesa su cénit mientras nosotros discutimos aquí.

* * *

Markus Musa Giovanni miró en rededor con sumo interés. Cuatro sarcófagos estaban dispuestos a ras de suelo; sólo las tapas sobresalían un poco. Cada una de las tapas había sido esculpida a semejanza del rostro de uno de los cuatro emperadores que habían ocupado el trono después de Constantino. Cuatro estatuas ocupaban los nichos en la pared más alejada. A juzgar por lo delicado de sus miembros y el estilo de sus prendas, parecían ser mujeres. No quedaba claro a quién se suponía que representaban, puesto que sus cabezas estaban hechas añicos. Al advertir que diversos elementos del vestir y de la joyería hacían juego con los retratos de los emperadores, Markus se figuró que las estatuas debían de ser una representación de las esposas de los respectivos soberanos. Aquellas mujeres habían sido enterradas en otros lugares, pero sus imágenes velaban el descanso de sus esposos. Muy emotivo, pero ésa no era la razón por la que Markus había venido.

De mayor interés eran los dos cadáveres vampíricos. Arrugado contra la pared como si se tratara de un juguete olvidado, el bulto disecado de huesos

era, no obstante, fácilmente reconocible como el Assamita Fajr. Debió ser un vampiro durante escaso tiempo, un siglo todo lo más, puesto que sus restos no se habían convertido en cenizas después de su muerte definitiva. A diferencia del segundo vampiro que debía haber sido bastante antiguo, teniendo en cuenta el montoncito de delicada ceniza que se apilaba en el centro de la habitación.

A pesar de haber sido instruido en el proceso degenerativo de los no-muertos, Markus no había visto nunca los restos de un vampiro. Las cenizas eran especialmente fascinantes; un montón inocuo de grueso polvo gris mezclado con algunos fragmentos de hueso. *Resta poca cosa pese a tratarse de una criatura tan poderosa.*

—A pesar de ser inmortales, somos todavía insignificantes frente a la voluntad de Dios.

—¿Signore?

—No es nada, Falsinar. —Markus se volvió para mirar a sus criados—. La Lamia debió de defender el lugar en el que era más fuerte. Por lo tanto, en este punto empezaré a buscar la guarida de *Lady Alexia*.

—¿Os ayudamos entonces? —se ofreció Beltramose, elevando la lámpara como si la mera iluminación fuera a indicar la presencia de un pasadizo escondido.

—Vuestros talentos son más aptos para la guerra que para la investigación. Además, es muy posible que haya trampas peligrosas para los mortales. Llévate a Falsinar y recorred otra vez las catacumbas. Aseguraos de que no quede ningún residente vivo. Y no olvidéis señalar vuestro camino con la tiza.

Falsinar extrajo un trozo de tiza suave de una bolsita y se la tendió a Beltramose. A continuación, después de echar una ojeada a los restos de la Lamia, cada uno cogió su lámpara y echaron a andar en dirección al pasillo. El lugar quedó en silencio, sólo interrumpido por el sonido de sus botas al caminar. Al cabo de un rato se escuchó el eco de los murmullos de su perenne conversación reanudada.

Markus recogió su lámpara y se aproximó a la pared que se erigía a la izquierda de la entrada a la cámara. Era bastante sosa, pero aquello no quería decir nada. *Lady Alexia* era astuta hasta extremos inesperados. Podría haber ocultado un panel o una palanca; podría ser cualquier cosa, incluso un simple bloque de piedra. Una fría investigación científica era la mejor manera de abordar el problema y asegurarse de que no omitía nada.

Aunque la guardiana había sido destruida y hacía tres meses que *Lady Alexia* había partido, Markus no quería dar por sentado que contaba con un tiempo infinito para llevar a cabo sus investigaciones. Su instinto le decía que ella seguiría ausente algo más, pero la razón le aconsejaba que, puesto que ignoraba a dónde había viajado Alexia, si había llegado a su destino o si ya estaba en su ruta de regreso a Constantinopla, lo más saludable era asumir que podría estar de vuelta cualquier noche. Teniendo eso en cuenta, preferiría haber rastreado la totalidad del refugio antes de que la antigua Capadocia estuviera de vuelta.

Dejando a un lado los pensamientos que lo distraían, Markus extrajo una fina sonda de acero de su cinturón y empezó a examinar todos los bloques de piedra en la pared de la cámara.

* * *

Dos noches después, Markus estaba sumido en un estado de gran agitación. Su exhaustiva búsqueda en las catacumbas que se extendían bajo la Iglesia de los Santos Apóstoles le había llevado a descubrir una serie de palancas escondidas con notable ingenio. Al accionarlas había desencadenado una sorprendente y profunda reconfiguración del complejo subterráneo y desvelado la existencia de un número determinado de cámaras secretas, entre las que se contaba el lugar de descanso de la Lamia que ahora estaba destruido.

Y, sin embargo, ni una sola de las palancas descubrió la entrada a la guarida de *Lady Alexia Theusa*.

Markus pasó horas gritando por todas las criptas cuando no pudo contener la frustración más. La sangre de Caín corría por sus venas, insuflándole una energía preternatural. Presa de la Bestia, su inmensa forma corrió como un rayo por los antiguos pasillos y junto a la veintena de criptas. Destrozó las estatuas y empujó las tapas de los sarcófagos. Tiró a un lado los cadáveres putrefactos y lanzó por los aires los tesoros escondidos en las sepulturas. Con el mugriento jubón de terciopelo negro hecho jirones, el oscuro cabello despeinado y la densa barba erizada, los ojos velados por una neblina rojiza y echando sangre y espuma por la boca, Markus arremetió contra la cámara en la que yacían los restos de la Lamia.

—¿¡Dónde!? —rugió—. ¿¡Dónde lo has escondido!? ¡No me vencerás, bruja!

Agarró una de las estatuas descabezadas y trató de derribarla con todas sus fuerzas. La figura de mármol se inclinó hacia delante después de una serie de embestidas brutales. Markus cayó hacia atrás, con el hombro izquierdo dislocado por la clavícula, al mismo tiempo que la estatua caía y se estrellaba contra el suelo. El impacto lanzó en rededor una ráfaga de aire fétido que dispersó los restos de la Lamia.

El dolor de su hombro dislocado lo ayudó a recobrar cierto control. Su fuerza decreció con rapidez a la vez que la Bestia se recogía a las profundidades de su alma. Mediante una combinación de esfuerzo físico y concentrando el poder curativo de su sangre inmortal, Markus pudo sanar la herida del hombro. Gritó por la oleada de dolor que lo embargó y se desplomó exhausto sobre la estatua caída. El hambre comenzaba a rondarle. La sed de sangre se iba haciendo más intensa, pero estaba demasiado cansado como para levantarse y alimentarse.

¿Dónde está tu refugio, Alexia? Meditó. A pesar de tu antigüedad, no podrás vencerme. Mi sangre es potente y mi ingenio agudo. Deberías haberte sentido complacida con nuestra alianza, bruja, pues has despertado la furia de un Giovanni. Descubriré todos y cada uno de tus secretos.

Entonces Markus percibió algo. Una presencia. ¿Habían regresado acaso los Assamitas para despacharlo de igual modo que habían hecho con la Lamia? El pánico hizo rebotar la sangre en sus venas, lo que provocó que su hambre se disparara de manera dramática. Entrecerró los ojos para analizar el espacio que yacía sumido en la penumbra de la luz de luna filtrada y la luminiscencia del moho fosforescente. Buscaba la presencia de otro, pero sin saber de qué le serviría descubrirlo puesto que carecía de la fuerza necesaria para defenderse en una pelea. Pasaron los minutos. *Si se tratase de los compañeros de Fajr, con toda seguridad habrían atacado ya.*

Y, sin embargo, algo atraía su atención. Había algo... allí. Se trataba del fragmento de una de las estatuas, un resto que reposaba entre las cenizas dispersas de la Lamia y cuyo tamaño no podía ser mayor que el de un dedo. Su mirada captó un destello instantáneo. Markus se levantó hasta quedarse a gatas y miró el fragmento con franca curiosidad.

Examinándolo más de cerca, advirtió que no era un trozo de una de las estatuas. No estaba hecho de mármol, sino de una piedra amarillenta. ¿Piedra arenisca, quizá? ¿Barro? No se parecía a nada que Markus hubiera visto en las catacumbas. Había un carácter grabado sobre él pero, ni siquiera con sus agudos sentidos, pudo leerlo en la tenue luz. *¿Será algún encantamiento de la Lamia o tal vez un amuleto que le diera Lady Alexia?*

Desesperado por obtener alguna otra pista, Markus cogió el fragmento. El frío engulló su mano; una frialdad que se le clavó hasta los huesos largamente muertos. Se extendió hasta el codo con sorprendente rapidez, dejándole el brazo entumecido antes de que pudiera percatarse de lo que había ocurrido. Markus contrajo los dedos presa del pánico mientras el frío lo dominaba, mas su mano se negaba a liberar el fragmento. Susurros e imágenes que cabalgaban a lomos de la gélida marea asaltaron su mente. Los recuerdos del pasado lo golpeaban y sumían en una tormenta de sensaciones. El fragmento encerraba unos conocimientos que jamás hubiera podido imaginar. Si se sometía al abismo, la omnisciencia le pertenecería.

De forma paralela a la sumisión de su voluntad, una chispa desafiante se prendió en su interior. Un odio que llameaba contra Alexia Theusa. *¡Tan cerca, pero burlado de nuevo! ¡No! ¡No sucumbiré! ¡No lograré vencerme en esta ocasión!*

Hizo acopio de la fortaleza que aún le restaba. Moverse era una agonía, pero buscó a tientas con su mano libre un trozo de la estatua rota. Con un rugido que era a partes iguales sufrimiento y triunfo, Markus estrelló el pedazo de mármol en su mano. El fragmento resbaló entre sus dedos rotos y la frialdad se desvaneció tan rápidamente como había surgido.

Pese a estar ligeramente agrietado y astillado, el fragmento seguía sorprendentemente intacto después del golpe. Yacía caído entre los restos de la Lamia; la misteriosa letra en su cara estaba oculta, como para tentar a Markus a que lo cogiera otra vez.

Se quedó tan quieto como las estatuas que lo rodeaban, mientras su mente se debatía tratando de comprender lo que había sucedido. El vampiro se llevó al pecho la mano rota y tembló ante los ecos de unos recuerdos que no eran los suyos.

6

CONSTANTINOPLA 27 DE JULIO DE 1204

Tras alimentarse y descansar durante todo un día, Markus se encontraba en un estado mental más apropiado para afrontar el misterio del fragmento. Contenía un poder sin igual, ¿pero cuál era su naturaleza? La promesa de omnisciencia no era una mera burla. El sencillo fragmento retenía de alguna forma las impresiones de los eventos que habían sucedido a su alrededor; quizá incluso más que eso.

En cualquier caso, Markus estaba convencido de que el objeto tenía algún valor para Alexia. La Lamia debió de haber sido una sirviente querida si la vampira le había confiado el fragmento. O tal vez Alexia lo hubiera utilizado para fortalecer su influencia y dominio sobre la Lamia. Teniendo en cuenta el calidoscopio de impresiones que había sentido durante su breve contacto con la cosa, era evidente que se requería un gran poder para no sucumbir a su influjo. Markus debía admitir que carecía de esa potencia; era muy posible que la Lamia tampoco hubiera podido resistirse. Eso explicaría por qué actuaba de una manera que resultaba extraña incluso para una de su especie. A pesar del peligro, una parte de él ansiaba volver a coger el fragmento. *Para dominar el poder de esa cosa; para aprender sus secretos... es posible con el control suficiente.*

Estaba seguro de ello porque había sido capaz de capturar un recuerdo completo en el instante en que su rabia había vencido a la frialdad de la astilla. La imagen destacaba sobre el tumulto de recuerdos incluso ahora.

Lady Alexia Theusa está de pie en una cámara inmensa. Examina un cadáver con sumo interés. Los nichos en penumbra que la rodean ocultan multitud de secretos y las mesas que se encuentran más próximas albergan toda clase de insólitos artilugios y curiosidades...

Su voluntad había sido lo suficientemente fuerte en ese instante como para ordenar al fragmento (aunque de manera inadvertida) que le mostrara una imagen específica: Alexia en su guarida. Pese a que no suponía un punto de

referencia, había logrado inspirarlo. ¡Puede que incluso sirviera para llevarlo directamente hasta el refugio!

Pero no era tan estúpido como para volver a coger el fragmento.

Salió de la habitación en la que estaba y se encontró a Falsinar medio dormido en otra.

—¿Dónde está tu compañero? —preguntó Markus, sacudiéndolo con la punta del pie.

—¡Ignore! —Falsinar trató de desperezarse—. Es su turno de vigilancia.

—Muy bien. Recoge tus armas. Beltramose se nos unirá.

—¿Dónde vamos? —preguntó Falsinar, al tiempo que extendía la mano buscando el cinto de su espada.

—A poner en práctica una teoría.

* * *

Markus colgó su lámpara de las manos unidas en gesto de plegaria de una de las estatuas descabezadas. Falsinar y Beltramose llevaban también una lámpara cada uno. La cripta, por tanto, quedaba iluminada desde tres ángulos distintos. Los hombres estaban inquietos y no sabían muy bien lo que debían hacer. Beltramose, sin duda, era el que más nervioso estaba, pues había sentido el escalofrío de un espíritu agitado. Markus había aplicado todas sus habilidades nigrománticas para obligar a uno de sus espectros, Vesta, a acompañarlos al interior de las catacumbas. El fantasma estaba bastante molesto, aunque el vampiro era incapaz de determinar cuál era el origen de su ansiedad. Podrían ser infinidad de cosas en un lugar tan antiguo como aquél. En cualquiera caso, su cuello espectral se extendía emulando el momento en el que había sido ahorcada por un crimen que no había cometido. La cabeza le colgaba sobre el hombro izquierdo y la lengua, que se había mordido con violencia antes de morir, le colgaba de la boca. Si hubiera contado con la facultad de aparecerse a los vivos sería una imagen absolutamente aterradora. Pero lo cierto era que sólo Markus podía verla y ya tenía demasiados misterios de los que preocuparse. Ignoró la angustia del espectro y se concentró en el fragmento que aún yacía entre los restos de la Lamia. Markus había estado demasiado cansado y asustado como para arriesgarse a llevárselo consigo la noche anterior.

Descansaba aún entre las cenizas, casi tan invisible a la mirada como lo había sido antes. Con una iluminación mejor y la cabeza más fría, el vampiro se percató de que se trataba del trozo de una tablilla de barro. Al haberla

tocado ya, Markus podía percibir su influencia como la melodía susurrada de una sirena en su mente. Tensó los músculos de los dedos de la mano, regenerada completamente gracias a la sangre de un saqueador desventurado que buscaba riquezas en una ciudad que hacía tiempo las había perdido. Asintiendo para sí, Markus se arrodilló para elaborar su primera prueba.

—Falsinar, deja a un lado tu lámpara y prepara tu cuchillo. Si ves que no puedo soltar el fragmento, tendrás que arrebatármelo.

Markus extrajo un pedazo de grueso terciopelo, cortado del atuendo que había arruinado la noche anterior, y lo utilizó para recoger el fragmento. Los susurros aumentaron de intensidad en su mente pero no sintió nada inusual, ni siquiera un escalofrío. Asintió en dirección a Falsinar para tranquilizarlo y transportó el fragmento hasta el sarcófago más cercano. Se arrodilló junto a la tapa y lo depositó sobre el relieve que cubría la primera de las criptas. Le dio la vuelta sirviéndose del paño, para poder echar un vistazo al símbolo tallado en la superficie.

Se trataba de una palabra escrita en caldeo y cuyo significado era *Lilith*. A juzgar por lo desgastada que estaba, era perfectamente posible que hubiera sido tallada por la antigua raza de caldeos que habitaba al sur de Babilonia siete siglos antes del nacimiento de Cristo. Aunque también podría haber sido elaborada más recientemente puesto que el caldeo era un lenguaje muy extendido en las culturas babilónicas para hechizos y encantamientos. En cualquier caso, parecía muy antiguo. Su origen podría incluso ser anterior a la fundación de la primera iglesia cristiana.

Lilith. La Madre Oscura. Adorada por las Lamias y largamente reconocida como miembro del gran reino de los no-muertos. Algunas leyendas de los cainitas reivindican que no sólo fue la primera esposa de Adán, sino que además se convirtió en la consorte de Caín cuando éste fue maldito con el vampirismo por asesinar a su hermano.

Markus no se sentía sorprendido de que la Lamia contara con ese recuerdo.

—Ponte en el lado opuesto a Beltramose —ordenó a Falsinar—. Permaneced quietos los dos, a menos que yo os indique lo contrario.

Cogió la lámpara y la situó cerca del fragmento de Lilith, y expuso la llama. Desató una de las cintas de cuero que llevaba colgadas del cuello bajo el jubón. Un hueso colgaba de la cinta. Se trataba del segmento de una vértebra del cuello de una mujer griega, conocida con el nombre de Vesta, cuyo espíritu Markus había obligado a prestarle servicio mediante un ritual.

Extendiendo el collar frente a sí, convocó a Vesta. El hueso aseguraba la lealtad del espíritu o al menos su obediencia. Tenía también otras utilidades.

Extrajo a continuación de su cinturón un estuche de pergamino lacrado, que contenía un pedazo del corazón de Vesta, secado y reducido a polvo. Con el collar en una mano y el estuche en la otra, Markus comenzó a murmurar un cántico. Las palabras eran latinas pero su destinataria era mucho más antigua. Percibió cómo se incrementaba el desasosiego de Vesta a medida que el ritual progresaba, pero no era nada fuera de lo común. Para empezar, los espectros no estaban nada satisfechos con ser los esclavos de Markus y además estaba destruyendo la poca independencia que aún le restaba. No obstante, no sentía remordimiento alguno. Todo aquello formaba parte del estudio de la muerte y el alma, y era la razón principal por la que había aceptado el regalo de la no-vida hacía un siglo.

Al alcanzar el final del cántico, sostuvo el extremo del estuche por encima de la lámpara hasta que el sello lacrado empezó a derretirse. La esquina se abrió y el estuche extendió unos dedos negros hacia su mano. Inclino la funda hacia delante y el polvo cayó sobre la llama. Una llamarada de frío fuego azul irrumpió con una intensidad cegadora. Markus estaba preparado, apartó sus hipersensibles ojos en el último instante pero los curiosos Falsinar y Beltramose no tuvieron tanta suerte. Ignoró sus gritos de sorpresa y dejó caer el estuche chamuscado.

—*Mostra mihi portum* —ordenó Markus, mientras bajaba el collar.

Muéstrame el refugio. Las palabras en latín compelieron a Vesta y conformaron el paso final del ritual.

El hueso pendía justo encima del fragmento de Lilith. Entonces, la vértebra se precipitó hacia la piedra como un metal atraído por un imán. Ascendían vibraciones por la cinta de cuero al mismo tiempo que el espíritu de Vesta se alejaba del reino físico y entraba en contacto con el fragmento de barro.

La habitación estaba en completo silencio salvo por el zumbido del collar. El hueso se fracturó con tanta fuerza que saltaron infinidad de astillas y muchas de ellas se clavaron en la carne de Markus. El dolor supuso una distracción momentánea, pero logró sanar las heridas con una aplicación instintiva de sangre y voluntad. Mayor impacto les causó el aire gélido que irrumpió en la habitación dejando tras de sí una película de escarcha sobre la piedra.

—Eso no me lo esperaba —admitió Markus, mientras contemplaba el residuo dejado tras de sí por Vesta al desaparecer de las catacumbas.

* * *

El espíritu de Vesta carecía de la fuerza necesaria para sobrevivir después de haberse enfrentado al fragmento de Lilith. Fue aniquilada y convertida en nada, pero cumplió la última orden que Markus le había dado. Merodeando en la Iglesia de los Santos Apóstoles estaban los demás espectros, que pudieron sentir el aullido psíquico y el residuo ectoplásmico que había dejado el paso de Vesta al salir de la cripta y recorrer toda Constantinopla. Si no hubieran estado vinculados a unos collares similares al que había sido destruido en la cripta, los cinco fantasmas restantes no habrían regresado jamás para relatar lo que habían visto.

Los espectros se arremolinaron angustiados al tiempo mientras informaban a Markus. Sus auras de inquietud sangraban en el mundo físico, lo que hacía que Falsinar y Beltramose también se sintieran incómodos. Empero los hombres no podían percibir a sus homólogos fantasmales, de modo que Markus hubo de relatarles los detalles.

—Vesta huyó hacia el este. Infantino dice que se sumergió bajo tierra cerca de la Acrópolis. La encontró antes de que se perdiera definitivamente por el efecto del fragmento.

—¿Qué significa todo esto, *Signore*?

—El triunfo, Beltramose —respondió Markus, los ojos brillándole de excitación—. ¡Triunfo! Lo he encontrado. ¡He descubierto la guarida de *Lady Alexia*!

* * *

La Primera Colina era el corazón de Constantinopla o eso decían algunos, pues la ciudad había encontrado allí su principio, en la espiga de la península. A través de los siglos, muchas estructuras venerables, como la catedral de la *Hagia Sophia* y la Basílica del Senado, fueron elementos paradigmáticos para los habitantes mortales de la ciudad. Y, sin embargo, otros lugares, especialmente los barrios que rodeaban a la Acrópolis, languidieron en la oscuridad. La Acrópolis quedó en ruinas mucho antes de que empezaran los saqueos. El gran templo pagano dedicado a los desvanecidos dioses griegos quedó reducido a un montón de columnas quebradas, pedazos de murallas, suelos resquebrajados y altares destruidos. Las ruinas no eran de mucho

interés para los griegos ortodoxos de noches pasadas, ni para los católicos latinos que ahora gobernaban sobre la ciudad.

Subiendo por la calle de Tzycanisterion, Markus contempló el característico perfil de las columnas dentadas. La gran Acrópolis fue una de las primeras estructuras en erigirse allí. Ofrecía una panorámica envidiable de la ciudad y los alrededores. Constantinopla se extendía hacia el oeste arropada por un abrazo de agua. El Mármara estaba al suroeste, y el Bósforo al noreste. El Cuerno de Oro formaba un suave arco a partir de la enormidad del Bósforo. A pesar de lo maravilloso de la vista, pocas personas acudían a este lugar para admirar el paisaje. Markus tenía la sensación de que *Lady Alexia* alentaba este descuido ejerciendo una influencia muy sutil.

Sintió inquietud cuando aún estaba a cierta distancia de la Acrópolis. Podría no haberla advertido o haber decidido que no merecía la pena arriesgarse si no hubiera estado preparado. El deseo y la determinación que sentía de descubrir hasta el último de los secretos de *Lady Alexia* eran más que suficientes para superar cualquier obstáculo.

Falsinar y Beltramose, al igual que los espíritus, se deshicieron de la sensación con menos facilidad. Markus chasqueó los dedos; un sonido que resonó como una explosión perturbando el silencio que reinaba en la zona.

—Estad alerta. *Lady Alexia* se ha tomado muchas molestias para ocultar su guarida. Tengo la sospecha de que no os costaría demasiado considerar inútil vuestra presencia aquí y marcharos a otro lugar.

La hipótesis parecía haber dado en el clavo a juzgar por la mirada sorprendida que intercambiaron los dos ghouls.

—Estamos con vos, *Signore* —aseguró Beltramose con decisión.

Una expresión de determinación se dibujó en el rostro de Falsinar. Markus escuchó el apagado asentimiento de Infantino.

Se movieron entre los escombros del templo. Tenían todos los sentidos alerta. A parte de la persistente aura de distracción, el lugar estaba desprovisto de cualquier amenaza. Markus siguió a Infantino entre las sombras que proyectaba la luna hasta llegar a un altar.

El espíritu de Vesta se había sumergido en la tierra durante el forzado vuelo de la noche pasada, ignorando la entrada convencional al refugio de Alexia. Infantino la había seguido a pesar de la tensión que le provocaba atravesar objetos físicos. Una vez dentro, el fantasma había buscado una entrada común y había regresado para informar a Markus. Esa entrada estaba escondida bajo el altar. A pesar de las grietas y la erosión del paso de los

años, el altar, dedicado a Atenea, parecía tan sólido como el resto del templo. Markus estaba convencido de que no podría moverlo.

Alexia era muchos siglos mayor que él pero dudaba que la única manera de entrar requiriera el uso de la fuerza bruta. Los Capadocios no se distinguían por ser los vampiros más fuertes. Acordándose del sistema de manivelas que había en las catacumbas debajo de la Iglesia de los Santos Apóstoles, ordenó a Infantino, Domnola y Viator que buscaran cualquier palanca o asidero que se encontrara en el lugar donde ellos estaban, y envió a Riña y Hartmut a que atravesaran la piedra y le informaran de la posición del altar. Falsinar y Beltramose vigilaban.

Una hora más tarde, Markus tenía una opinión aún más alta de *Lady Alexia*. La anhelada aliada se descubrió como una némesis crítica, pero se había ganado el respeto total del veneciano con el complejo sistema de manivelas requerido para mover el altar. Se trataba de un diseño muy ingenioso: cinco pulsadores, separados los unos de los otros en el área que rodeaba al altar, y que debían de accionarse siguiendo una secuencia. Si se presionaba alguno fuera de su orden, las palancas restantes ni siquiera se movían. Había una única manivela dentro del pasadizo que activaba la secuencia, pero Riña y Hartmut carecían de la sustancia física necesaria para ponerla en funcionamiento. Después de anotar el diseño en las páginas de su diario, Markus abrió el túnel y guió la comitiva a través de una serie de escarpados pasadizos en pendiente que se extendían bajo la Acrópolis.

El angosto pasillo desembocaba en una inmensa cámara abovedada. Alexia no estaba allí y tampoco había ningún cuerpo en el centro de la habitación; pero la estancia era la misma que Markus había visto en su visión. Las esferas de cristal que pendían del techo reflejaban la luz de sus lámparas, lanzando haces errantes cuando se movían y dejando entrever las formas cuadriculadas de las estanterías y el mobiliario. Tras una serie de tropezones causados por la desorientación que provocaban los reflejos de la luz, el vampiro encontró unos cuantos candelabros. Rememorando un detalle de su memoria prestada, los encendió. La luz, reflejada en un grupo de espejos astutamente dispuestos y en las esferas que colgaban del techo, inundó la habitación y dispersó las sombras.

Cinco pasadizos tenían su origen en aquella habitación, contando el que habían utilizado para llegar hasta allí. Markus los ignoró por el momento pues estaba excitadísimo con el descubrimiento de la cámara principal. En sus comienzos el lugar debió de ser una cripta, pero las dimensiones eran ahora mucho mayores y además el espacio había sido decorado a modo de

residencia. El suelo estaba cubierto por numerosas alfombras y esterillas. Biombos de pergamino y madera dividían el espacio en pequeñas secciones. La mayor parte de la habitación estaba repleta de estanterías y mesas en las que se amontonaban los libros, pequeños arcones y estuches ornamentados, figurillas que representaban a dioses de diversas culturas y religiones, jarros de cosas suspendidas en densos fluidos, pilas de huesos atados con intestinos deshidratados, rollos de pergamino decorados con marcas arcanas, tablillas de piedra y barro talladas con docenas de lenguajes diferentes y otras cosas no tan fácilmente reconocibles.

Las paredes estaban sembradas de cavidades en las que yacían cuerpos que, como pudo advertir la aguda mirada de Markus, fluctuaban con las inequívocas auras de los espíritus.

—Por Cristo y por Caín —susurró.

—¿Signore? —Falsinar asió la empuñadura de su falcata y se preparó para acudir en auxilio de su señor.

Markus estaba demasiado fascinado con su descubrimiento como para responder. Como no parecía estar preocupado, Falsinar y Beltramose se apartaron a un lado y esperaron a que se les dictaran nuevas órdenes.

El vampiro caminó hasta el cuerpo más cercano y se sorprendió al comprobar que aún era reconocible. El cadáver estaba desecado, la piel como cuero se tensaba sobre el hueso, pero eso poco importaba. Los rasgos de una persona se dibujaban a partir de la piel, el músculo, la grasa y el cartílago que se formaba sobre la base del hueso. Como cualquier Capadocio, y a pesar del avanzado estado de putrefacción, Markus podía reconocer, a través de las sutilezas de aquel mapa de carne, la auténtica apariencia que yacía debajo.

Después de unos momentos de meditación recordó que el cadáver era gemelo de otro que había visto en las catacumbas que se extendían bajo la Iglesia de los Santos Apóstoles. Había dedicado horas enteras a registrar hasta el último rincón de las criptas. Markus no había prestado mucha atención a los cadáveres pero su mente hambrienta de conocimiento había recogido información y los había catalogado inconscientemente. Habiendo establecido la conexión, logró recordar en qué cripta estaba ese cuerpo; en aquella dedicada a Basilio II, que había gobernado Constantinopla en el primer cuarto del siglo undécimo.

Confuso, miró al cadáver que yacía en la cavidad de la izquierda. Reconoció a otro de los emperadores de la ciudad y recordó haber leído el nombre en el sarcófago que estaba bajo la Iglesia de los Santos Apóstoles: Focas, un tirano de principios del siglo siete. Markus se movió de un cuerpo

al siguiente, mirándolos con creciente excitación. Al igual que los cuerpos que se parecían a Basilio y Focas, los otros eran formas perfiladas y momificadas que se asemejaban muchísimo a los emperadores enterrados bajo la Iglesia de los Santos Apóstoles.

Markus vio otros nichos al pasar junto a las entradas de otros túneles. Cogió su lámpara y se apresuró por uno de los pasillos. Éste desembocaba en una cámara circular donde yacían aún más cuerpos. Regresó a la cripta principal y continuó sus investigaciones por la pared opuesta. Los cadáveres de este lado eran más ancianos que los que había visto en el extremo contrario. Mas no pudo reconocer sus rostros. No guardaban ningún parecido con los cadáveres que yacían en las catacumbas bajo la Iglesia de los Santos Apóstoles. Y, pese a que no reconocía esta parte de la colección, Markus sabía que eran como el resto.

No se trataban de cadáveres corrientes, sino de los cuerpos de los no-muertos. La guarida de *Lady Alexia* estaba repleta de docenas de vampiros.

* * *

—¿Cada uno de ellos, *Signore*?

—Sí, por lo menos lo que he visto hasta ahora, Beltramose. —Markus lanzó una mirada inquisitiva por la cámara central de la guarida—. Puedo percibir los espíritus que quedaron vinculados a la carne. Sus auras coinciden con aquellas de los cainitas. No pueden ser otra cosa.

El ghul miró en rededor, su inquietud haciéndose perfectamente evidente.

—¿Son propiedad de *Lady Alexia*?

—De eso no estoy seguro. La forma en la que se mantienen sugiere que fueron obligados. Me atrevería a decir que contra su voluntad. Fíjate cómo está enrollada la tela alrededor de éste. Al principio pensé que trataban de imitar el rito de la momificación egipcia. De hecho, podría ser, pero sólo como una práctica secundaria. Si lo miras más de cerca, podrás ver unas marcas muy tenues sobre la tela. Se trata de un ritual Capadocio. Obliga al sujeto a entrar en letargo y lo mantiene apresado en el profundo sopor sin sueños típico de los no-muertos.

Falsinar regresó después de curiosear los contenidos de las estanterías y las mesas.

—¿Así que no debemos temer que se despierten de pronto?

—No lo creo. Los vínculos se han mantenido durante algún tiempo. Y si su labor hubiera sido vigilar el lugar, estoy seguro de que se hubieran

levantado y pasado a la acción hace ya mucho.

—¿Qué opináis de ellos, *Signore*? ¿Quiénes son y por qué se parecen a los emperadores?

—Ésa es una buena pregunta. —Markus enganchó uno de sus gruesos dedos en el cinturón y frunció sus labios mientras meditaba sobre el enigma—. El hecho de que se encuentren aquí y en estas condiciones dice mucho acerca del esfuerzo de *Lady Alexia*. Sospecho que no nos aclararía el porqué si estuviera aquí. La única forma para comprender sus intenciones es examinando los cuerpos. Eso me llevará algún tiempo, de modo que marchaos y descansad un poco.

—¿*Signore*, cómo vamos a dejaros desprotegido en su guarida?! —Beltramose parecía mortificado—. ¡No podríamos!

—Habéis estado despiertos durante todo el día y buena parte de la noche. A pesar de haber ingerido mi sangre, estáis ya cansados. Puedo ver la fatiga meciéndose en vuestros ojos. No os preocupéis; tengo a los espectros que me avisarán de cualquier posible peligro.

Beltramose refrenó una súplica. Falsinar y él parecían descontentos pero acataron las órdenes sin más protestas. Recogieron sus lámparas y marcharon por donde habían venido.

Se aproximó al grupo más antiguo de cuerpos. Les dedicó una hora, luego otra, y aplicó la totalidad de sus talentos intelectuales y místicos al estudio. Al comienzo de la tercera hora de investigación, Markus sintió por fin que había encontrado al mejor candidato. Aparentemente el cadáver no tenía nada de especial, su aspecto era como el de cualquier otro y estaba tan seco y podrido como el resto. Pero el vampiro sintió que guardaba a un espíritu muy potente en su interior.

Empezó a sentir ansiedad cuando inició el complejo y absorbente ritual. La nigromancia era un arte nuevo y provisto de gran exactitud. Prometía grandes cosas, no obstante, cosas como el arte de comulgar con los espíritus, pero gobernarlos seguía siendo un misterio incluso para los Giovanni. Su familia contaba con unos cuantos siglos de estudio a sus espaldas cuando los Capadocios iniciaron a los venecianos en el clan. Markus, además de sentirse orgulloso por ello, tenía gran talento para ese arte.

Percibió la resistencia a medida que progresaba el ritual. No tenía idea de qué había hecho *Lady Alexia* para asegurarse de que aquellos cainitas no recuperaran la conciencia sin su ayuda. Markus se permitió una tensa sonrisa. *Alexia* se había servido de algunas variaciones de rituales de la carne Capadocios para convertir el cuerpo en un ancla del espíritu. La nigromancia

era una disciplina insignificante en comparación con lo que ella había realizado, pero le ofrecía ciertas ventajas. Su ritual era capaz de ignorar las poderosas auras protectoras que rodeaban a la carne y buscar directamente al espíritu.

Cuanto más fuerte fuera el alma, tanto más sencillo resultaba contactarla. Por desgracia, eso también hacía que fuera más difícil de controlar. Eso era especialmente habitual cuando se trataba con vampiros. El espíritu del sujeto al que estaba examinando había sido pervertido y magnificado por la maldición de Caín. Pese a que había estado sumido durante largo tiempo en el letargo, los esfuerzos de Markus consiguieron agitarlo. La Bestia, la parte más tenebrosa del alma del vampiro, clamó por la necesidad de verse liberada. En la sombra de su furia tumultuosa, Markus percibía que la conciencia del sujeto también desesperaba por la falta de libertad.

Markus no tenía intención de satisfacerla. No estaba interesado en obligar a esta sombra a que lo sirviera, a pesar de lo poderosa que era. Continuó con el ritual, separando al espíritu de la carne encadenada. El espíritu fue recuperando la conciencia de sí mismo a medida que emergía; la Bestia fue retrocediendo de forma gradual hasta convertirse en una tormenta en el horizonte del despertar.

El espíritu resurrecto, todavía vinculado a su carne no-muerta, disfrutaba sin embargo de una cierta movilidad que lo permitía mover sutilmente sus facciones cuando hablaba con Markus.

—... *qqquuiiéennnn*... —preguntó. Era un susurro oído en lo más recóndito de su mente.

Las almas dialogaban entre ellas; el habla de los fantasmas trascendía todas las lenguas reales. En cualquier caso, Markus podía percibir un matiz del carácter físico que había tras la voz silenciosa de la sombra. Era griego. Respondió en esa misma lengua y habló en voz alta.

—Podéis llamarme Markus. ¿Y a quién tengo el privilegio de dirigirme?

—... *nommbreee... Byzzaarr...*

Markus frunció el ceño. El nombre le era familiar, demasiado.

—¿Byzar del clan Capadocio?

—... *sí...*

El veneciano estaba tan sorprendido como confuso. Antes de acometer su misión había estudiado cuanto había podido acerca de los Capadocios y sobre Constantinopla. En esta tarea lo ayudó un tal Nepotiano de Gálata, un Capadocio que había llegado a Venecia cincuenta años antes para intercambiar conocimientos sobre la muerte con los nuevos miembros de su

clan. Nepotiano le había hablado acerca de un Capadocio, Byzar, que se había asentado en la región que habría de convertirse en Constantinopla. Nepotiano aseguraba que la colonia que se formó en aquellos días se llamó Bizancio para honrarlo. Pero Nepotiano dijo que Byzar y su progenie se habían desvanecido en el crepúsculo del segundo siglo, cuando Bizancio fue arrasada por una guerra civil. Algunos creyeron que Byzar había conocido la muerte definitiva en aquellas noches; otros pensaron que tanto él como sus seguidores se habían trasladado a un lugar menos turbulento.

¿Cómo pudo acabar Byzar así? Sumido en un letargo indefinido bajo la ciudad que había recibido su nombre hacía tantos siglos.

Markus sintió un acceso de inquietud. A la luz del descubrimiento de Byzar, la destrucción paralela de Bizancio y el reciente saqueo que había sufrido Constantinopla no podían ser fruto de la coincidencia. Había sido testigo de los movimientos de los hilos de la vida y la muerte en tantas ocasiones como para sospechar del aparente despropósito que implicaban las coincidencias.

—¿Qué circunstancia te trajo aquí?

—... *mi chiquilla... Alexia... ella... nos ha encadenado a todos...*

No debería sentirme sorprendido, pensó Markus. No obstante, pese a la antigüedad de Alexia, ¿cómo pudo una sola cainita subyugar a tantos otros de la sangre? ¡Incluido su propio sire!

—Ésta es entonces tu progenie —dijo en voz alta—. ¿Sois todos Capadocios?

—... *Nnno toddoss... también están los emperadores y nuestros seres queridos.* —El susurro de Byzar se hizo más inteligible a medida que avanzaba la conversación—. *Comenzó con mi progenie hace muchos años. La he visto... visto traer a más.*

—¿Con qué propósito? ¿Acaso tiene la intención de reunir a un ejército de cainitas?

—*Nos obliga a entrar en letargo. ¿Pensáis que la serviríamos si nos liberara? Acabaríamos con Alexia en un abrir y cerrar de ojos si alguien nos liberara.* —El odio que irradiaba el espíritu se transformó en angustia—. *No, no es un ejército. Anhela esculpir el futuro... el regreso de su amor.*

—No entiendo.

—*El propósito de la existencia de Alexia es volver a reunirse con su amor perdido... Andreas... que murió hace tiempo, cuando ella aún era mortal. Pensé que se habría olvidado de la cuestión cuando la Abracé. Pero no fue*

así y, de hecho, nos engañó atrapándonos aquí para que no pudiéramos estorbar sus planes.

Markus no podía entender de qué le serviría a Alexia el haber enterrado a tantos cainitas en ese lugar para traer de regreso a su amado.

—¿Y qué hay de éstos que se parecen a los emperadores que yacen bajo la iglesia de los Apóstoles?

—*No sólo se parecen. Son los emperadores de Constantinopla. Una visión... tuvo una visión en la que Andreas regresaba a la vida... para gobernar una ciudad dorada. De modo que ha ido otorgándole a cada emperador el don del Abrazo cuando la muerte se los aproximaba, encadenando a continuación sus almas a la carne no-muerta para que no pudieran reencarnarse tras un nuevo nacimiento real.* —Anticipándose a la siguiente pregunta de Markus, el aura de Byzar destelló con el matiz bermellón del divertimento—. *Los cadáveres que ocupan los sarcófagos de los emperadores son plebeyos, cuerpos que ella ha esculpido para hacerlos pasar por los auténticos gobernantes de esta ciudad... Ha sido así como ha mantenido su secreto a lo largo de los siglos.*

Asombroso. La sutil influencia que Alexia ejercía sobre la corte bizantina, su naturaleza introvertida y el poder amasado en cantidades fuera del alcance de la mayoría de los Capadocios, todo ello con el único propósito de recuperar a su amor largamente fallecido. Markus supuso que tenía cierto sentido. Entre los numerosos nombres de Constantinopla había estado el de Ciudad Dorada; un mote muy apto hasta hacía poco. La ciudad todavía estaba en pie, mas había pasado a ser una mera sombra de la antigua gloria. Las hogueras de la sabiduría y la cultura se habían extinguido como consecuencia del asalto de los cruzados. Había dejado de ser símbolo de riqueza. Alexia debió sentir pánico al preguntarse si Constantinopla pudo haber sido alguna vez la ciudad de su visión. Quizá ésa fuera la razón por la que había partido en compañía del Nosferatu Malachite, para ir en busca de otro lugar que igualara aquél de su sueño.

Mientras quedaba maravillado por la locura de la que era presa *Lady Alexia*, Markus advirtió también que Byzar debía contar con un alma muy enérgica si podía observar los movimientos de la vampira a través del velo del letargo.

—¿De verdad cree que haciendo esto le devolverá la vida a Andreas alguna de estas noches?

—*Carece de importancia lo que Alexia crea. Ha traicionado a su clan. Debes liberarme junto con mi progenie para que podamos ocuparnos de ella.*

Todos los espíritus clamaron al unísono para que les fuera devuelta su libertad.

—No puedo hacerlo. Este ritual sólo me permite comunicarme y apenas entiendo el modo en que Alexia os encadenó. No me atrevería a invertir el proceso. Debéis contarme cuanto sepáis para que pueda entender mejor vuestra situación.

Espirales pardas y rojizas de frustración florecieron en el aura de Byzar.

—*¿Quién eres tú para darme órdenes? Yo soy Byzar, chiquillo de Cappadocius, guardián de los secretos de la muerte, maestro en el arte de la putrefacción...*

—Sé de vos, venerable Byzar.

Markus no estaba dispuesto a liberar al antiguo sin haber consultado primero a su sire. Era posible, aunque poco probable, que Guisseppi y sus camaradas Giovanni decidieran abandonar a Byzar en sus actuales circunstancias. Teniendo eso en cuenta, Markus podría emplear tanto el tacto como la fuerza para obligar a la sombra a responder. Lo que lo beneficiaría a corto plazo pero que, sin duda, supondría un gran obstáculo en las noches futuras. Byzar ostentaba un gran poder a pesar de haber sido sometido al sueño durante siglos. Dudaba que el antiguo pudiera servirse de sus habilidades en estas condiciones porque de haber podido, ya lo habría hecho. De cualquier forma estaba convencido de que lo liberarían antes o después. Y no deseaba convertirse en el objeto de la ira y venganza de Byzar cuando ese momento hubiera llegado. La alternativa era destruirlo una vez obtenida la información deseada. Mas, en ese caso, tendría que infligir la muerte final a todos y cada uno de los cainitas que había allí por si había algún otro consciente de lo que ocurría y que pudiera perseguirlo con ánimo vengativo en el futuro. No, lo más probable sería que los Giovanni quisieran liberar a Byzar y a su progenie. Siendo el descendiente más directo de Cappadocius, Byzar sería un aliado muy poderoso. Podría ayudar a los Giovanni a obtener el respeto que merecían dentro del clan. Pero hasta que Markus supiera qué hacer con seguridad, debía actuar con suma precaución. El problema estribaba en hacerle ver al antiguo la sabiduría de esta decisión.

—Debéis comprender que os respeto. Comprended también que soy miembro de la progenie de Cappadocius y heredero de los Giovanni. Hace poco que entramos en la sangre, en un momento en el que vos os encontrabais aquí apresado, mas no debéis creer que somos inferiores por ello.

—*¡Te condenarás si no me liberas a mi progenie y a mí! ¡Escucha lo que te digo!*

Markus ya había oído fanfarronadas semejantes en otras ocasiones.

—Os despertaría del letargo si estuviera completamente seguro de poder hacerlo. En estas circunstancias, deberéis decirme cuanto podáis antes de que pueda ponerme manos a la obra.

Reinó el silencio durante unos instantes, luego:

—*Giovanni. Eres Markus Giovanni. Recuerdo... Advenedizos, manipuladores y destructores del alma. Eso dijo Alexia.*

—Está equivocada. Mi familia hace tiempo que viene estudiando el espíritu pero con el propósito de entender el curso de la muerte. Del mismo modo que los Capadocios estudian la carne...

—*No es lo mismo. No sólo es impropio, sino que además es una afrenta contra Dios.*

Markus advirtió el malestar de Infantino y de los demás fantasmas. Moraban en el mismo plano etéreo que el espíritu de Byzar y no tenían problemas para oír sus palabras. Quería enviarlos fuera para que no siguieran escuchando comentarios incendiarios, mas debía mantenerse centrado para no perder la conexión con el antiguo.

—¿También dijo eso *Lady Alexia*?

—*Sí, pero yo estoy de acuerdo. Los secretos de la muerte se encuentran en la carne. El alma inmortal debe permanecer inviolada. Os arriesgáis a vuestra propia destrucción al creer que podréis dominar aquello que sólo Dios entiende.*

Por desgracia, y pese a la frustración de la familia Giovanni, aquel sentimiento estaba bastante extendido entre los Capadocios. Markus pensó que se trataba de una ironía, especialmente en lo que concernía a Alexia. Había despreciado la ayuda de aquellos que mejor podrían haber recuperado el espíritu de su amor perdido y todo por culpa de una interpretación limitada de la doctrina Capadocia. Una doctrina que estaba, de todos modos, obsoleta desde que la familia Giovanni fuera admitida en el clan.

—Y, sin embargo, vuestro sire nos incluyó en el clan debido a nuestra pericia. Deseaba entender de una manera más completa los distintos cursos de la muerte. ¿Acaso cuestionáis su decisión?

—*Cappadocius es sabio y poderoso, pero incluso él es falible. Desde luego es nuestro mayor defecto, mayor incluso que la previsión de muerte que nos sobreviene después del Abrazo.*

—¿A qué os estáis refiriendo? ¿De qué defecto estáis hablando?

—*Las visiones que reciben algunos de nuestra especie. Dios sólo está dispuesto a permitir nuestra existencia porque, incluso seres como nosotros,*

desempeñan un papel dentro de un proyecto mucho más grande. Buscamos las respuestas en la muerte... los escasos oráculos entre nuestra clase anhelan comprender algo en lo más profundo de sus visiones. No obstante, al hacerlo, pierden de vista el conjunto. Ignoran las fronteras y nos ponen a todos en peligro. Incluso Cappadocius se ha extralimitado... se ha esforzado por obtener unos conocimientos que no le pertenecen.

Byzar estaba empezando a hablar entre acertijos y extrañas referencias. El espíritu del antiguo comenzaba a estar agotado, como también lo estaba Markus de mantener el ritual. Se le estaba haciendo tarde. Ansiaba aprender cuanto pudiera de la sabiduría de Byzar antes de que su espíritu volviera a ceder al letargo. Un torrente de preguntas inundó sus pensamientos, pero su último comentario era demasiado tentador como para ignorarlo.

—Se dice que Cappadocius experimenta revelaciones sin parangón. ¿Cómo podría él dejarse limitar por cualquier tipo de frontera?

—*En un tiempo antes de Cristo, cuando los clanes aún se estaban creando, Cappadocius conoció a un vidente muy poderoso. Este hombre, un mortal conocido por el nombre de Sargón, oía la voz de Dios con una claridad sin igual. En el momento más álgido de estas visiones el hombre transcribió Sus palabras... creando así un código con un entendimiento acerca de lo divino jamás conocido con anterioridad. Cappadocius y Sargón debatieron sobre teología y espiritualidad. Cada uno estaba fascinado por las interpretaciones y experiencias del otro. Estas charlas no eran suficientes para saciar el hambre de conocimientos que devoraba a Cappadocius. Mi sire supo de la existencia del Código de Sargón. Dominado por el deseo de ser omnisciente, estaba decidido a hacerse con él... Riñeron. Es posible que, en ese estado de ansiedad febril, Cappadocius asesinara al mortal. O, tal vez, la potentísima magia de Sargón lo transportara lejos de allí. La verdad es que no lo sé...* —La voz de Byzar se desvaneció, y su aura quedó reducida al velo más tenue de volutas de humo. Markus, frenético, vertió lo que le restaba de su menguante fortaleza para mantener la conexión. El espíritu respondió con un parpadeo—... *amistad... Su amistad se rompió y Cappadocius no pudo siquiera echar una ojeada al código. Fue una auténtica locura porque si hubiera dominado sus visiones en lugar de dejarse controlar por ellas... con el tiempo Sargón podría haberle dado el código sin ninguna reserva.*

—Comprendo ahora el defecto del que me habláis. Pero estoy convencido de que Cappadocius habrá amasado una gran cantidad de sabiduría desde entonces. No veo que el haber iniciado a los Giovanni sea un error similar.

—Desde luego que no lo veis. Sí... Cappadocius aprendió de su locura... y comenzó un... modo de estudio más razonable. Sus discusiones con Sargón se convirtieron en la base de un plan de estudios que se transformó en el eje de nuestro clan. Pero... sus objetivos a lo largo de los siglos... nunca se separaron de la intención de descubrir los secretos que Sargón había escrito en su tablilla de barro e incluso tenía la esperanza de poder recuperar el códice algún día.

El relato de Byzar se asemejaba peligrosamente a una fábula y, sin embargo... se rumoreaba que existía una tablilla que contenía los secretos de la apoteosis; el poder suficiente para igualar a un individuo con Dios. Qué maravilla sería poseerla si realmente existiera. *Acaso Byzar quería decir...*

—¿Me estáis diciendo que el Códice de Sargón es real? ¿Qué Cappadocius lo busca todavía?

Se escuchó un eco de risas distante cuando Byzar comenzó a desvanecerse por segunda vez.

—... *sin duda... Llevas contigo un trozo en estos instantes... una llave... que se apartó por precaución.*

—¿Que llevo qué? —Markus acarició la irregular astilla que llevaba guardada en la bolsita que colgaba de su cinturón—. ¿El fragmento de Lilith? Es el amuleto de la Lamia chiflada.

—¿Qué crees... que la sumió... en la locura? —Las palabras de Byzar no eran ya más que el recuerdo de un susurro—. *La Lamia rrrroobbó... a su ssseññorraaa... recuperar... Lazzaaareenos...*

—¿Qué? ¿Qué tienen que ver los Lazarenos? ¡Ni siquiera una Lamia chiflada trafficaría con esos herejes! ¡Decidme a qué os referís!

—... *vaaalerroososs... desierto... prreegúnntaless... túuuu misssmooo...*

No se podía oír otra cosa que el silencio de la tumba.

CONSTANTINOPLA
30 DE JULIO DE 1204

—¿A Egipto, *Signore*?

—De inmediato, Falsinar.

—¿Entonces el refugio de *Lady Alexia* no contenía la información que andabais buscando?

—Por desgracia he tenido que dejar su refugio intacto. Carezco del tiempo necesario para catalogar sus secretos y casi prefiero que ella no sepa que lo he encontrado. Enviaré a Guisseppi un informe relatando todo cuanto he descubierto, incluida la extraña predilección que tiene *Lady Alexia* por poner a dormir a los cainitas. Me es más urgente encontrar el Códice de Sargón.

—Desde luego...

—No hay necesidad de que finjas que entiendes de qué te estoy hablando. Nunca antes había mencionado el Códice de Sargón. Bastará con decir que es un tesoro que cualquier cainita mataría por poseer.

—¿Y está en Egipto?

—Así es, Beltramose. No terminaba de comprender por qué el caballero Ventrue tenía tanto interés en organizar una nueva campaña contra Egipto, especialmente después del desastre que supuso su última cruzada.

—Sospechabais que fue la Lamia quien se lo sugirió, ¿no es así?

—Sí, pero ignoraba cuáles eran sus motivos. Ahora lo entiendo: el fragmento de Lilith. Después de la charla que mantuve con Byzar, he dedicado todas mis habilidades críticas y místicas a estudiar este pequeño trozo de barro cocido durante las últimas noches. Estoy seguro de que el fragmento es un pedazo del Códice de Sargón. Si Byzar decía la verdad, el fragmento fue separado intencionadamente del resto de la tablilla.

—¿Con qué propósito, *Signore*?

—Creo que para que actuara como una llave. Aunque sólo fueran ciertos la mitad de los rumores, el Códice de Sargón contiene secretos que podrían cambiar el mundo para siempre. Y, sin embargo, tengo la sospecha de que sin

este elemento clave será imposible hacer una interpretación precisa del conjunto.

—De forma que la Lamia manipuló a *Sir Hugh* para que organizara una cruzada egipcia, ¿para que ella pudiera encontrar el resto del código? Pero, puesto que ha sido destruida, no tendríamos por qué darnos prisa.

—No es tan sencillo. ¿De qué os enterasteis cuando os envié a los campamentos emplazados cerca de Gálata los dos últimos días?

—Que se ha reunido una gran fuerza que partirá en barco desde el Cuerno de Oro tan pronto como sea finales de agosto... ah.

—¿Entendéis? A pesar de que la Lamia ya no esté e incluso *Sir Hugh* desconozca la existencia del Código de Sargón, una cruzada en Egipto sumirá a la región en un auténtico tumulto. No tendremos forma de averiguar dónde terminará el Código si no lo encontramos primero.

—¿Encontrarlo? ¿Pero no sabéis dónde está, *Signore*?

—Todavía no. Creo que podré usar este fragmento para encontrarlo. No obstante, teniendo en cuenta cómo afectó a la Lamia, siento ciertas reticencias a tocarlo directamente. Trataré de averiguar lo que pueda por otros medios. Pero, dejando a un lado el fragmento, contamos con otras herramientas de investigación más convencionales. En cualquier caso, no ganaremos nada si nos quedamos aquí. Podré seguir examinando el fragmento mientras navegamos y cualquier misterio aún por descubrir será revelado antes de nuestra llegada a Alejandría.

—Ruego me disculpéis, *Signore*, ¿pero no creéis acaso que este movimiento es un tanto apresurado? Debo decir que no siento gran ilusión por viajar a una tierra plagada de sarracenos y cubierta de arena.

—Lo sé, Falsinar, yo me siento del mismo modo. Acechan allí amenazas mucho más peligrosas que los simples sarracenos. Aún así, un sinnúmero de latinos mora tranquilamente en los centros mercantiles de Alejandría y El Cairo. Estaremos a salvo mientras finjamos ser un mercader veneciano acompañado de sus leales criados. Con un poco de suerte recuperaremos el Código de Sargón y estaremos a mitad de camino de Venecia antes de que la cruzada egipcia haya atravesado la mitad del Mediterráneo.

* * *

Markus Musa Giovanni apoyó una mano en la barandilla para no perder el equilibrio, mientras el barco cabalgaba sobre una ola. Las murallas de Constantinopla habían pasado a ser una pared de negrura que apagaba las

estrellas en el horizonte septentrional. No habían transcurrido ni cuatro meses desde la caída de la ciudad. A esta distancia, Constantinopla tenía el mismo aspecto que había tenido antes de que acontecieran esas terribles noches en abril.

Mientras contemplaba la ciudad que ahora se perdía en la distancia, Markus rezó una plegaria por los difuntos. Le faltaban las palabras para elogiar el maravilloso y prometedor lugar que había sucumbido. Había perecido hacía meses y su cuerpo se pudría bajo el sol, y ahora una plaga de gusanos humanos cavaba su madriguera en la carne y se alimentaban de los huesos.

Yo soy uno de esos parásitos, pensó. Me enorgullezco de ser un pensador refinado y, sin embargo, he hurgado en el cadáver de Constantinopla con la misma ansiedad que el resto de los latinos.

Sus camaradas cainitas dijeron que Constantinopla personificaba un ideal utópico. Markus era demasiado pragmático como para sucumbir a la idea del Sueño. Mas ahora no podía evitar pensar si ese ideal no contaría con alguna virtud. Venecia sería siempre su hogar. Aún así, al mismo tiempo que su barco navegaba hacia el sur por el Mar de Mármara, se percató de lo mucho que añoraría Constantinopla.

Markus había viajado allí para asegurar la posición de su familia entre los iluminados del clan de la Muerte y en la gran sociedad de los cainitas. No lo había logrado, pero tampoco abandonaba la Reina de las Ciudades con las manos vacías. Es más, la promesa de un éxito mucho mayor de lo que había imaginado descansaba en una bolsita colgada de su cinturón. Cuando hubiera regresado a Venecia con el Códice de Sargón, los Giovanni ocuparían finalmente el lugar de honor que merecían dentro del clan Capadocio.

Luego, por fin, se les revelarían los secretos fundamentales de la muerte y se convertirían en los principales maestros.

SEGUNDA PARTE
«EL MONTE ERCIYES»

MONTE ERCIYES
26 DE JUNIO DE 1204

La mujer estaba en el umbral del templo en penumbra cuando la visión la sobrecogió. Se detuvo donde estaba y aceptó la marea de sensaciones sin resistirse. A menudo, las visiones ocurrían sin previo aviso, cogiéndola desprevenida y desvaneciéndose con suma rapidez. Aquél era el precio a pagar por los siglos que había dedicado a sintonizar con el incesante flujo del destino.

El significado de una visión no siempre estaba claro, ni siquiera para alguien con tanto talento como ella. Podían presentarse como acontecimientos actuales que se desarrollaban ante su mirada o como impulsos abstractos. Podían ser voces fantasmales o portentos misteriosos. Todos sabían que podía dedicar semanas a desentrañar una visión especialmente enigmática. Pero ésta era bastante fácil de interpretar: una luz perdía intensidad en el horizonte del oeste, por el que se acercaban dos viajeros. Uno llevaba consigo parte de esa luz; un destello parpadeante azotado por los vientos del destino. El otro vestía una máscara de hueso.

Ardió en su mente durante un instante y luego desapareció.

—Llegarán en una semana —afirmó la mujer—. Recuerda, nadie excepto el Nosferatu y lo que lleva consigo deberá entrar.

Familiarizada con la naturaleza arbitraria de las visiones de su señora, la guardaespaldas Qalhara esperó pacientemente de pie a dos pasos de distancia.

—Se hará como digáis, señora. ¿Y Alexia Theusa?

La sonrisa de la mujer era tan fría como su cadavérica piel.

—Todos los Capadocios leales son bienvenidos, Qalhara.

Constancia, chiquilla de Japheth, nieta de Cappadocius, suma sacerdotisa del templo de Erciyes, Oráculo de los Huesos, recogió la cola de su falda y se sumergió en la oscuridad.

* * *

El monasterio Capadocio estaba preparado cuando el Nosferatu Malachite y su séquito alcanzaron las faldas del Monte Erciyes seis días después de que Constancia tuviera la visión y unas nueve semanas después de haber abandonado Constantinopla. Los guardias, cainitas y mortales, los avistaron desde sus estrechos ventanucos de vigilancia dispersos por la superficie de aquel monte que hospedaba al monasterio en sus entrañas y avisaron a Qalhara sin tardanza. La Lamia de tez oscura ordenó a un grupo de iniciados que se situaran en la entrada principal; a su espalda la filosa silueta del Monte Erciyes se recortaba contra el cielo nocturno.

Qalhara echó un vistazo al gigantesco edificio mientras aguardaba la llegada de los visitantes. El monasterio Capadocio no había sido simplemente construido en aquella montaña achaparrada, sino que *era* la montaña. El exterior había sido esculpido en la piedra: grandes columnas y afilados arcos constituían el marco de jeroglíficos e iconografía que ensalzaba tanto la divinidad como la mortalidad. El interior se extendía desde las entradas cercanas a la cima dentada y descendía hasta las entrañas más profundas de la tierra. Las escaleras serpenteaban en la cima y bajaban hasta la oscuridad que reinaba bajo tierra. Túneles laberínticos, creados por razones prácticas y antiguas necesidades, se extendían y creaban una complejidad que hacía imposible cualquier intento por trazar un mapa.

Qalhara se sintió orgullosa de pronto. Aquel sombrío lugar era muy diferente de la tierra donde había transcurrido su vida mortal, de la exuberancia silvestre que daba vida al maravilloso Nilo. Y, sin embargo, era su hogar de una manera que Nubia nunca lo había sido: era un monumento a un linaje sin igual. Ella desempeñaba un papel importante en la preservación de ese linaje. Era la guardiana del oráculo, la defensora de Constancia, la suma sacerdotisa. El codiciado puesto la satisfacía más que cualquier otra cosa que hubiera hecho en sus escasos años de vida mortal.

Dio un paso al frente, preparándose para desempeñar su labor, cuando los viajeros alcanzaron la puerta principal. Con palabras escuetas los saludó y expresó los deseos de la suma sacerdotisa de los Capadocios. El séquito del Nosferatu Malachite parecía decepcionado al conocer la noticia de que no se los admitiría en el templo. Con un gesto tan impávido como la piedra que se erigía por detrás de ella, Qalhara señaló diversas aberturas en la piedra que les serían de ayuda durante las horas de sol. Luego prometió asegurarse de que Malachite estuviera a salvo durante su estancia.

Desde el primer saludo hasta finalizado el ascenso hacia el interior del monasterio *sin* el desagradable séquito Nosferatu, *Lady Alexia Theusa* se

mantuvo tan callada como la roca que los rodeaba. Pese a que la vampira bizantina era una antigua del Clan Capadocio, Constanca no se fiaba de ella y tampoco confiaba en que se hubiera separado completamente de las intrigas de Constantinopla. Por extensión, tampoco Qalhara confiaba en ella. La Lamia le había dedicado a Alexia una sola mirada, mas era consciente de todos los movimientos que la mujer había hecho desde que entraran en el Monte Erciyes.

* * *

—Has jugado a ser su sirviente las últimas tres noches, Qalhara. ¿Qué has aprendido de Malachite?

La guerrera Lamia inclinó su cabeza calva; la tez ébano brillaba con un matiz casi violeta bajo la luz de la lámpara.

—Señora, es reservado y distraído.

—Espero que no por causa de su alojamiento.

El monasterio Capadocio no pretendía ser un lugar de opulencia y comodidad. Tanto los acólitos como los adeptos recorrían los interminables pasillos durante toda la noche, con sus mentes repletas con el vasto misterio de *tanatos*, es decir, la condición de la muerte. Sus cánticos se unían formando un susurro constante que alcanzaba incluso los rincones más apartados del interior del monte. Y, sin embargo, los murmullos eran tan sutiles y suaves que rara vez lograban elevarse por encima del silencio monástico. El canto era como un cosquilleo en la mente, el eco burlón de un pensamiento. Los visitantes, que eran más bien escasos, a menudo tenían problemas para concentrarse debido a esos sonidos fugaces. Tampoco los austeros pasillos y alcobas eran adecuadas para contagiar tranquilidad a los residentes debido a que la decoración estaba exclusivamente dedicada a la muerte: altares de hueso, tapices que retrataban etapas de la putrefacción, estatuas que replicaban diversas manifestaciones de la muerte. A Constanca no le supondría ninguna sorpresa que Malachite encontrara el lugar algo inquietante. En cualquier caso sospechaba que Qalhara tenía algo más en mente.

—No se siente más incómodo por lo que lo rodea que cualquier otro suplicante —se explicó Qalhara—. La inquietud la lleva consigo.

—Es un alma torturada. ¿Y no has visto ninguna señal que indique que le profesa lealtad a Alexia?

Qalhara frunció los labios. Movi6 la cabeza hacia la izquierda y la derecha lo suficiente como para manifestar una negativa.

—Bien. Estoy casi segura de que no es otro de sus peones, pero no est6 de m6s que nos aseguremos en estos tiempos dif6ciles.

Lo cierto era que el malestar de las 6ltimas noches hab6a tenido poco que ver con el despertar de sus sospechas. Hab6a sido testigo de una gran amalgama de peligros y decepciones en el transcurso de los siglos. La confianza de Constanca era un tesoro dif6cil de obtener y muy f6cil de perder.

Pasaron algunos minutos durante los cuales las dos mujeres podr6an haber sido confundidas con delicadas piezas de arte; una tallada en alabastro y la otra en 6bano. La percepci6n de Constanca se repleg6 hacia el interior. No estaba muy sorprendida por los informes acerca del desastre de la Cuarta Cruzada, aunque los detalles siempre lograban inquietarla. Hab6a sabido que la gran turbulencia estaba en perspectiva, pero los presagios eran demasiado generales como para formarse una idea comprensible de lo que estaba ocurriendo. Disfrutaba tambi6n del intercambio de correspondencia con algunos compa6eros cainitas que habitaban en otros lugares del mundo conocido, mas pocos hab6an narrado nuevas an6cdotas en el poco tiempo que hab6a transcurrido desde la ca6da de Constantinopla. Con la llegada de Malachite al Monte Erciyes, tendr6a la posibilidad de entresacar algunas revelaciones de una mente que no era la suya. *¿Qu6 secretos traes contigo, peque6o leproso?* Se pregunt6. *¿Era Constantinopla el fin o acaso s6lo el principio?*

Constanca despert6 de su abstracci6n.

—Malachite ha viajado lejos en cuerpo y en esp6ritu. Acceder6 a su petici6n. Prep6ralo para el or6culo.

Una leve inclinaci6n de cabeza y Qalhara sali6 de la c6mara de meditaci6n tan silenciosamente como hab6a entrado.

* * *

Constanca estaba de pie, tan imp6vida como la muerte, mientras Qalhara guiaba al suplicante a la Sala de la Muerte. Malachite ten6a la mirada sumisa y perdida de uno que acaba de emerger de las largas noches de la ceremonia de purificaci6n. Su piel nudosa y picada de viruela estaba tensa sobre los huesos demasiado grandes de su cr6neo. Sus ojos estaban tan hundidos en su cabeza que no parec6an m6s que dos agujeros negros. A pesar de ser uno de los

desfigurados Nosferatu, vampiros horriblos por causa de la maldición que corría por la sangre de sus venas, Malachite parecía sentirse incómodo.

La sala cavernosa no había sido concebida para alentar la tranquilidad de espíritu de los suplicantes; cada una de sus superficies (paredes, suelo y techo) estaba formada por varias filas de huesos. Los muertos no habían sido olvidados o ignorados. Se les honraba y sus restos unidos formaban una cámara sagrada en la que los Capadocios elaboraban uno de sus rituales más sacros. Cien antorchas, cada una de ellas compuesta por un fémur con un cráneo en uno de los extremos, forraban las paredes. Dentro de las calaveras, un platillo llena a rebosar de sebo humano alimentaba una briosa llama. La luz era trémula y danzarina, pastoreaba las sombras y prestaba cierta vida a los millones de huesos que todo lo rodeaban.

Qalhara murmuró las últimas instrucciones y se retiró a las sombras por la salida de la cámara. Con pasitos vacilantes Malachite se aproximó a Constancia. Los susurros aleatorios, ubicuos en el interior del Monte Erciyes, cobraron la intensidad de un canto rítmico. Cincuenta adeptos, una mezcla de ghouls y vampiros iniciados en los estudios de la muerte, cantaban un mantra desde las posiciones que ocupaban a lo largo de las paredes de la cámara. Sus palabras alentaban el trance que se mecía en el extremo de la mente de Constancia. Se apoyaría en esta sinergia para adentrarse en una realidad más profunda y convocar los secretos del destino.

Malachite se detuvo a un paso del lugar en el que Constancia se erguía, de pie junto a un gran agujero. El Pozo de los Huesos. Constancia percibió que su distracción se transformaba en inquietud cuando miró el abismo.

¿Se quedaría tan cerca si supiera lo que encierra ese agujero? Se preguntó con ironía. Estando familiarizada con la miriada de manifestaciones de vida y muerte que moraba en las cosas, escuchó cómo el Pozo de los Huesos la llamaba. La abertura circular era como los labios de un amante; prometían revelarle todo, proporcionarle grandes conocimientos si ella accedía a entregarse a su Abrazo. No obstante, su voluntad era más enérgica que aquel canto de sirena y Constancia supo mantenerse firme.

Al apartar la mirada del pozo, vio que el Nosferatu había recuperado cierto equilibrio. Estaba de pie; su horrible apariencia contrastaba con la belleza fría de ella. *Está preparado. Es hora de empezar.*

La mujer se deshizo de su túnica ceremonial. Su firme piel de alabastro estaba decorada con dibujos ceremoniales pintados con henna, tinta y sangre. Los diseños eran símbolos secretos de muerte. Se dejó llevar a la deriva por el trance, sintiéndose libre del mundo físico salvo por la cáscara que

representaba su propia carne no-muerta. El plano espiritual se agolpó contra su rostro con fuerza y el susurro que ascendía del agujero se transformó en un aullido anhelante.

Despierta por completo en su naturaleza no-muerta, remontó la barrera que divide el mundo de los vivos del de los muertos y ordenó que ambos planos la atendieran. Sin estar auténticamente viva ni muerta, Constanica caminaba por una senda espiritual conocida como la Senda de los Huesos. Una telaraña mercuriana de conexiones metafísicas y empáticas se formó frente a sus ojos. Ante ella se extendían las hebras del porvenir. Un conjunto cegador de posibilidades fluía desde Malachite. Constanica ansiaba explorar cada hilo pero le debía cierto respeto al suplicante. Archivó la configuración en su mente para un estudio posterior.

—Has traído una muestra —afirmó.

Malachite abrió sus manos y le mostró un pequeño icono de cerámica. *Una bagatela, pero su importancia deriva de lo que contiene. ¡Está tallado con uno de los rostros del Dragón!*

Sabía algo acerca de la conexión que existía entre su antiguo compañero y la caída de Constantinopla, pero le sorprendía que el Nosferatu tuviera también algo que ver en ello. La distracción la había separado un poco del trance, de modo que se relajó y volvió a dejarse llevar por el cántico. Sus preguntas debían esperar pues ella era el conducto a las visiones de Malachite.

Constanica miró el Pozo de los Huesos. Sus pies descalzos se apoyaban sobre un fémur justo al borde. Un paso más, ni siquiera eso, la mera flexión de los dedos, la haría sucumbir eternamente en el abismo. Una vez recuperado el equilibrio del trance, se irguió firme sobre el frágil hueso como si fuera una amplia tabla de mármol. Cuando el cántico hubo alcanzado un ritmo constante, pidió las copas de la tumba. El par de cálices de oro, manchados de negro por la sangre seca, descansaban en nichos escondidos y aparecieron misteriosamente en sus manos, haciéndose entonces evidente el poder del templo. Inmersa completamente en su estado visionario, la suma sacerdotisa y los iniciados hablaron al unísono:

—Todo lo que está muerto lleva consigo el eco de la vida.

Constanica inclinó la mano izquierda de tal forma que las cenizas del cáliz se vertieron. Las cenizas que pertenecían a los muertos y que habían sido depositadas allí después de la cremación de las víctimas de los rituales. La nube de ceniza cayó describiendo una espiral hacia el interior del agujero, alentada por los susurros que recorrían el templo e invocaban a los espíritus que aguardaban su renacimiento.

—Todo lo que vive escucha la llamada de su muerte.

La segunda copa de la tumba vertió su contenido de sangre fresca que cayó como un hilillo empapando el remolino de cenizas.

—Nosotros, que esperamos en el umbral de la tumba, congelados en el instante que media entre la vida y la muerte, buscamos a estos ecos y llamadas para que nos guíen. Convocamos a los restos de los difuntos y a los llantos de los moribundos para que nos respondan.

La Capadocio percibió cómo se retiraba el último de los velos. La entrada al inframundo estaba abierta. Multitud de susurros emergieron del Pozo de los Huesos.

Pese a permanecer firme en su posición, Constanca nadó en el mar de voces etéreas que clamaban por la necesidad de regresar a la vida. No sentía ninguna lástima por ellas. La muerte era parte del ciclo al que estaban unidas. Con el tiempo encontrarían la manera de regresar al plano carnal. Hasta entonces, poseían una capacidad para predecir acontecimientos que le sería de gran utilidad. Con la petición del suplicante como guía, buscaría entre la miríada de susurros para encontrar a aquellos cuyas palabras estuvieran cargadas de verdad.

Mas el mundo espiritual requería un último sacrificio antes de divulgar los misterios de su clarividencia. Varios iniciados enfundados en sus túnicas trajeron a una mujer mortal. Malachite la miró, había sido su sirvienta, y pronunció su nombre. El cántico lo adoptó y lo clamó, y preparó la senda hacia el olvido. Constanca bajó sus brazos. Las copas de la tumba resbalaron entre sus dedos, haciéndose añicos mientras caían al interior del Pozo de los Huesos.

Y entonces la mujer fue enviada al olvido tras ellos.

MONTE ERCIYES
9 DE JULIO DE 1204

Constancia, la pálida piel lavada y limpia de los muchos tatuajes que había llevado sobre el cuerpo durante el oráculo de la noche anterior, se reclinó en sus aposentos. Se había cambiado su túnica ceremonial por otra blanca mucho más simple y anudada con un cinturón. Estaba sentada, tan inmóvil como la piedra, a pesar de que sus pensamientos eran un tumulto.

Malachite había hecho su petición en la Sala de los Muertos: buscaba al Dracón con la esperanza de que el esquivo antiguo pudiera revelarle qué iba a ser del futuro del Sueño. La visión utópica que Constantinopla había representado había servido durante mucho tiempo como un ancla de cordura para la veintena de vampiros desesperados por encontrar un sentido a la eternidad nocturna que brindaba la no-vida. Constancia escudriñó las voces tratando de entresacar las escasas verdades de la legión de mentiras de aquellos que clamaban sus revelaciones en la vasta cámara de hueso.

Pero habló una voz que ella no había escogido, y no lo hizo sobre el Sueño de una utopía de cainitas, sino sobre una destrucción de una escala que ella nunca antes había conocido. Apenas pronunció unas cuantas frases antes de que la hiciera callar. El Nosferatu estaba alterado por la negativa pero no encontró en Constancia ninguna compasión. *Las palabras no eran parte del pago a su ofrenda. Sólo yo las pude oír.*

Hizo que la voz fuera inaudible para los que la acompañaban en la Sala de los Muertos, mientras que sus susurros se abrían paso por su alma:

*Veo huesos convertidos en cenizas. El pozo desplomándose.
Puedo ver el destino que aguarda al clan de la Muerte,
engullido por su propia ambición.
Ve el final del padre destruido por la mano de su hijo.
Ve un nuevo legado construido sobre las cenizas del
antiguo.*

Pero eso fue todo. Al acallar los susurros había silenciado también la voz antes de que terminara de pronunciar su mensaje.

Pese a que carecía del mensaje completo, Constanca no tenía muchos problemas para interpretar lo que contaba. El arte de la adivinación era abstracto pero ella era una maestra con mucho talento. Sus predicciones sólo envidiaban a las del mismísimo Cappadocius. De hecho, algunos iniciados comentaban entre murmullos que la suma sacerdotisa había sobrepasado las dotes de su abuelo y que sondeaba la vastedad de las revelaciones con una pericia sin parangón.

El deseo del clan Capadocio estaba bastante claro, pues era la senda por la que el fundador del clan había pisado desde las primeras noches después de su Abrazo. El venerable Cappadocius ansiaba conocer toda la sabiduría de *tanatos*. A menudo presa por voluntad propia de un profundo letargo, el antiguo vampiro flotaba de una a otra visión. Rara vez se veía completamente libre de estos augurios, ni siquiera en los escasos momentos en los que recuperaba la consciencia. Caminaba por el mundo físico como si se tratase de un sueño.

Los seguidores de Cappadocius perseguían también sus intereses, aunque carecían de sus habilidades de adivinación. Por lo tanto, investigaban la muerte a su manera, por medio de estudios místicos, sabia documentación y experimentación científica. Todos estaban seguros de que alguna noche, aunque pudiera tardar varios siglos en llegar, uno de ellos descubriría los principales secretos de la muerte.

¿Pero es el presagio un método preciso? ¿Acaso este estudio desembocará en la destrucción de nuestro clan? La posibilidad despertó algo en sus recuerdos, sólo para desvanecerse de nuevo cuando trató de concentrarse en ello.

La tercera línea parecía encerrar el quid de la cuestión. Cappadocius era sire —padre— del clan. Su sangre corría por las venas de cada Capadocio. Su poder no conocía más rival que aquellos de sus compañeros Antediluvianos; todos los antiguos vampiros eran sires de uno de los clanes que acechaban en las tinieblas del nuevo siglo. *Y superado sólo por Caín, claro*, razonó Constanca, *un padre para todos nosotros*.

Mas el chiquillo mayor de Cappadocius también era poderoso. En ciertas circunstancias, uno podría ser bien capaz de asesinar a su hacedor. ¿Pero tenía el propósito de intentarlo alguno de ellos?

La respuesta acudió al instante: *Lázaro*.

* * *

—Señora, tan sólo ha transcurrido una noche. Debéis alimentaros antes de consultar nuevamente al oráculo.

—Esto no puede esperar, Qalhara.

—Y el Nosferatu está preparado para partir. Él...

—Entonces asegúrate de que marcha tranquilamente. Vigila a Alexia Theusa. Lo ha estado manipulando hasta que llegaron al monte y no le permitirá partir si no ha saldado su deuda.

—Sí, señora. Regresaré tan pronto como me sea posible.

—Bien, bien. ¡Tú! ¡Reúne a una veintena de iniciados en la sala, rápido!

* * *

Veinte ghouls esperaban, dispuestos en círculo en la Sala de los Muertos, cantando en alto una melodía de reflexión. Los candelabros de las calaveras, que acababan de ser encendidos para la ceremonia, parpadeaban con luces débiles.

Constancia miró atentamente al hipnótico vacío. El hambre y la duda se retorcían en su estómago como un par de serpientes. Sabía que los presagios no eran definitivos. Las circunstancias podrían cambiar, el futuro podría ser alterado por los actos que se realizaran en el presente. Pero el hacerlo suponía un gran riesgo y el curso alternativo no siempre era mejor. De modo que se irguió de nuevo frente al Pozo de los Huesos, para tratar de averiguar cuanto pudiera sobre este misterio.

No iba a canalizar las peticiones de nadie más, de forma que el ritual sólo requería la presencia de menos iniciados. Y, sin embargo, aún debía pagarse un precio. Después de convocar las copas de la tumba, Constancia llamó a uno de los ghuls para que acudiera a su lado. Realizó el acto ceremonial con los cálices manchados y luego se volvió hacia el iniciado. Se trataba de Piotr, un joven cuyos orígenes estaban en las estepas del norte. Aunque era mortal, su piel estaba casi tan pálida y macilenta como la suya propia. Aquel era el legado que había adquirido después de pasar varios largos meses en las profundidades del interior de la montaña. Con una mano delgada asió la coronilla del cabello cortado casi al rape del muchacho. Constancia inclinó su cabeza hacia atrás y hundió los dientes en el cuello desnudo. Sus colmillos rasgaron la yugular de Piotr y succionó la sangre fresca que manaba de la

herida. Sintió cómo vibraba la garganta mientras el chico procuraba continuar con el cántico a la vez que ella se alimentaba.

Bebió la sangre suficiente para deshacerse de la fatiga de la ceremonia anterior. Se irguió y ayudó a Piotr a levantarse. El hombre se tambaleó, mareado; su canto no era más que un tenue murmullo porque la sangre brotaba a borbotones regulares de su garganta. Constancia sintió cómo inundaba la calidez su cuerpo desnudo, cubriendo sus tatuajes permanentes y las nuevas marcas que se había dibujado para la ceremonia. Al retomar el mantra empujó a Piotr dentro del pozo. El ghoull luchó por continuar con el cántico mientras caía al oscuro vacío. Como siempre no hubo ningún impacto de un cuerpo contra el frío suelo. Sólo el abismo.

Constancia se concentró en los espíritus despiertos, buscando a aquel que habló fuera de tiempo. Podía recordar el timbre, el peso del tono. *Femenina, joven, fuerte... Cerca. Está cerca.*

—Habla sin preámbulos de nuestro destino; nosotros que nacimos de las raíces de Cappadocius —ordenó al alma.

Esclavizado por la suma sacerdotisa, el espíritu se mostró ansioso por colaborar. Sus palabras no participaban de la mentira. Con todo su poder centrado en atraer al oráculo, Constancia escuchó el eco de otros que confirmaban y apoyaban la visión. De nuevo hablaron sobre las cenizas y el destino, del clan de la Muerte que sufría por su ambición, de la destrucción del padre a manos de su propia progenie y del nacimiento de algo nuevo que ocuparía el lugar de sus chiquillos.

—¿Por qué sucederá esto?

—*El Sueño...* —Los ecos resonaron en las paredes de marfil cuando una multitud repitió las palabras.

De modo que esto está vinculado con la petición de Malachite, reflexionó tratando de sobreponerse a la sorpresa que arruinaría su estado de trance. Anhela encontrar al último arquitecto del sueño y de alguna manera esta búsqueda significará nuestra destrucción.

Éste era un asunto serio pero no tenía por qué convertirse en un problema. Estaba muy familiarizada con el ciclo de destrucción y renovación. La Senda de los Huesos, la mórbida fe vampírica que predicaba entre sus compañeros de clan, exponía la creencia de que la vida y la muerte pertenecían a una secuencia infinita. Aquellos que practicaban el Camino desarrollaban una actitud de imparcialidad hacia la vida y la muerte. Siendo dos caras de la misma moneda, ninguno de los dos estados era particularmente más

interesante que el otro. Todo lo que estaba vivo tendría que perecer algún día, y todo aquello que había muerto tendría que renacer en algún momento.

Siendo como era la suma sacerdotisa del Camino, Constanca estaba bastante familiarizada con los muchos matices de la vida y la muerte, e incluso entendía algunos de los secretos de la condición vampírica. Se había percatado de que el ciclo acontecía a varios niveles. No sólo los individuos nacían y morían, también les ocurría a las ciudades, reinos, imperios, culturas e ideas. Había un vínculo entre el ciclo de existencia de los individuos y el gran reino del ser.

De modo que podría estar aquí. Constanca había asumido que el clan sobreviviría muchas noches, siendo como eran auténticos expertos en la muerte. Empero, el conocimiento no era equivalente a erigirse como una excepción a las reglas universales. Sin duda los vampiros eran únicos, como las moscas en el ámbar que habían sido atrapados en un momento entre la vida y la muerte, pero últimamente habían empezado a sucumbir al ciclo como tantas otras criaturas. Una noche, la muerte reclamaría y reciclaría incluso a los antiguos.

Con todo, no estaba impaciente por ver cómo terminaba su clan formando parte de las cenizas de la historia. *¿Por qué requiere el Sueño la destrucción del clan Capadocio? Nuestros descubrimientos podrían ser muy valiosos tanto para los vivos como para los muertos. ¿No existe acaso una ruta alternativa?* Sometió estas dudas a las almas susurrantes.

El tejido del que se componían las causas y los efectos era difícil de deshilar incluso desde la perspectiva única de los espíritus. Pero al fin recibió una respuesta. Después de haberla escuchado, Constanca comprendió que el clan Capadocio no era el único que debía morir.

MONTE ERCIYES
11 DE JULIO DE 1204

—Escúchame, Qalhara.

La guerrera Lamia se aproximó a los pies del asiento de hueso. Su rostro, marcado con la amalgama de tatuajes tribales que le debía a sus días de mortal y con los símbolos de clan de sus noches como no-muerta, era tan inexpresivo como siempre. No obstante, tras esa máscara oscura, Constanca percibió la lealtad y ansiedad de su guardiana tan claramente como si Qalhara las expresara en voz alta. Las dos vampiras gustaban de hablar tanto como de recibir la caricia del sol. Por desgracia, en ocasiones hablar era inevitable.

—Háblame de la partida de Malachite.

—Hubo un altercado en las puertas exteriores, señora. Alexia Theusa abordó al Nosferatu.

—¿Exigió noticias de Andreas? —Al ver que Qalhara asentía, Constanca permaneció tan quieta y pálida como el diván, a pesar de que una ciega furia llameaba en su interior. *Teniendo en cuenta las revelaciones de la segunda epifanía es de vital importancia que Malachite sobreviva. Él y otros dos. Y, sin embargo, Alexia amenazaría la estabilidad del ciclo ¡por una sola alma!*
—¿Y?

—Un miembro de la cuadrilla del Nosferatu resultó herido. La lesión no era grave. Intercedí y envié a Malachite al exterior. Alexia Theusa ha pasado los dos últimos días y noches encerrada en la celda vacía de un iniciado. Os aguarda.

—Tráela, le hablaré de su amado Andreas.

* * *

Alexia Theusa entró en la sala de meditación estudiando con curiosidad su escasa decoración. Seguía vestida al estilo de los griegos; llevaba una túnica con un exquisito bordado sobre un vestido de abundante brocado. Pulseras de

plata adornaban sus muñecas y de su cuello pendía un collar en el que brillaban gemas diminutas. Pese a haber sido Abrazada en la madurez, Alexia retenía una belleza que resplandecía incluso a través de la extremada palidez típica de los Capadocios.

A diferencia de ella, Constanca estaba descalza y vestía una simple túnica oscura anudada en la cintura con un cinturón. Su único adorno era la colección de tatuajes que asomaban debajo de las mangas. A pesar de haber entrado a formar parte de los Capadocios cuando todavía era muy joven, hacía tiempo que Constanca había perdido las características que otorgaba la edad física. Parecía estar hecha de porcelana, delgada y frágil comparada con el perfil de estatua que poseía Alexia.

Pese a sus diferencias físicas, las dos mujeres compartían rasgos de personalidad. Serenas e increíblemente seguras de sí mismas, cada una de ellas era una habilidosa practicante de las disciplinas de la muerte. No obstante, la habilidad para predecir de Constanca superaba ampliamente la de Alexia y éste era un detalle que no pasaba por alto ninguna de las dos mujeres. Era uno de los muchos que las había convertido en antagonistas. Debido en gran parte a la desconfianza mutua que sentían, aquélla era la primera vez que hablaban desde hacía trescientos años.

—Tengo entendido que fuiste presa de un fuerte enojo la noche pasada — se mofó Constanca.

Las manifestaciones emocionales suponían una distracción para los seguidores de la Senda de los Huesos. La mente requería disciplina y una concentración estricta cuando se investigaban los misterios de la muerte.

—Un lapso momentáneo —respondió Alexia con una sonrisa beatífica.

—Y varias noches de penitencia como un acólito. Estoy realmente impresionada por tu adhesión al Camino. —Constanca refrenó el placer que sentía al advertir la turbulencia que parpadeaba en el aura de Alexia. Al darse cuenta de que la mujer podría a su vez percatarse de su estado emocional, continuó con el mismo tono calmado—. Me alegro de que tus acciones no hayan causado ningún daño irremediable, hermana. Pero eso no las hace menos imprudentes. Lo mismo podría decirse por tu intención de manipular a un suplicante.

—No me hables de sabiduría, *querida hermana* —escupió Alexia, con una sonrisa que evidenciaba todo su desprecio—. Tu dominio sobre el Pozo de los Huesos es impresionante, pero no te convierte en una criatura omnisciente.

—Al menos yo no me centro en lo insignificante, olvidándome de las demás posibilidades.

Alexia fue engullida por una aureola carmesí. Constancia había percibido esa furia bajo la calmada superficie cuando Alexia llegó con Malachite la semana pasada. La madura belleza de Alexia se volvió dura y cruel cuando la señaló con un dedo acusador.

—No te burles de mí. Sé que Malachite averiguó algo sobre mi Andreas. Y aún así permaneces aferrada a esa actitud mezquina y reservada. ¡Le obligaste a que mantuviera silencio y me has negado el derecho a conocer unos detalles que debo saber!

—Estás equivocada, hermana. Fue elección del Nosferatu y sólo suya lo que habría de revelar. ¿Acaso es culpa mía que tus manipulaciones te nieguen la verdad que andas buscando?

—¿Cómo te atreves?! No me vería obligada a semejantes prácticas si tú no hubieras usurpado el poder de este monasterio. Estoy tan cerca de Cappadocius como lo puedas estar tú...

—Yo no he usurpado nada —repuso Constancia. Ya no estaba atenta a mantener sus emociones bajo control y por ello su cuerpo, debilitado todavía por las dos recientes ceremonias de augurio, se estremeció mientras trataba de ponerse en pie. Se contentó con inclinarse hacia delante con agresividad y dijo—. He servido a Cappadocius y a este clan con una dedicación continua. ¿Y tú? Tú te has escondido, has suspirado por un amor que desapareció en otra vida. Todas las cosas sucumben al ciclo, Alexia. Hace tiempo que tu amado Andreas pasó de ser carne a ser espíritu. Así es como sucede, ¿o lo has olvidado ya?

Lágrimas de sangre se agolpaban en las cuencas de los ojos de Alexia, una mezcla de pérdida e ira.

—¿Sé mejor que la mayoría de qué forma avanza el ciclo! La vida da paso a la muerte, sólo para volver a renacer. ¿Pero por qué no regresa mi Andreas? Le he despejado el camino, he reclamado su regreso a la vida y, sin embargo, él...

—¿Que has reclamado *qué*? —El temor a una herejía sin igual dentro del clan hizo que Constancia se levantara a pesar de su fatiga—. ¿Qué quieres decir, Alexia? ¡No es posible que me estés hablando de resurrección!

El grito de Constancia sorprendió sobremanera a Alexia. Temblaba como una cuerda a punto de quebrarse. Unas salpicaduras rosadas de saliva le mancharon la barbilla y la demencia bailó tras su mirada mientras el entendimiento empezaba a hacerse visible en su rostro. Con una mano, tensa

y transformada en una garra salvaje tan sólo un momento antes, se tapó la boca por la conmoción.

—No... —susurró.

Constancia no esperó una respuesta. Llamó a Qalhara y saltó sobre Alexia con las últimas fuerzas que le restaban. En lugar de apresarla por la muñeca como había pretendido, se asió al pesado tejido de su traje. Alexia gritó y trató de soltar la manga justo en el momento en el que Qalhara irrumpía por la puerta.

Constancia le dio una furiosa sacudida a la túnica. Alexia perdió el equilibrio y sus vestidos se extendieron como las alas de un enorme pájaro oscuro mientras caía. Qalhara estaba sobre ella un momento después.

—¡Detenla! —ordenó Constancia, mientras caía de rodillas debido a un súbito mareo.

Qalhara gritó y se levantó, estupefacta y con la túnica vacía entre sus manos oscuras. Sobrecogida durante un solo instante, arrojó la prenda a un lado y corrió en pos de la desaparecida Alexia. Pero el retraso fue más que suficiente; la habitación estaba vacía, Alexia se había marchado.

Qalhara se apresuró a salir el exterior, aullando órdenes a sus compañeras guerreras. El clamor se propagó con rapidez mientras los residentes del Monte Erciyes se movilizaban para buscar a una de los suyos.

* * *

—Atravesó de un salto una de las murallas y huyó, señora —le explicó Qalhara. Extendió un pequeño trozo de tela—. Encontramos esto en las almenas. Hemos emprendido la caza pero será lenta.

—No me sorprende. Alexia Theusa es algo más que una simple erudita. Ha aprendido otras artes en el tiempo que ha pasado alejada del Monte Erciyes. Ocultarse incluso frente a nuestra percepción es, sin duda, el truco más impresionante de todos. —Constancia aceptó el pedazo de tela con una sonrisa amarga—. Debo admitir que siento cierta tristeza por lo ocurrido, Qalhara. Nosotras nunca nos hemos profesado cariño, pero tenía la esperanza de que Alexia permaneciera leal a las maneras de nuestro clan. Pero ahora...

Qalhara no dijo nada. Esperó a que su señora pronunciara las palabras que habrían de condenar a una de las más antiguas del clan a la destrucción por hereje.

Constancia volvió a hablar después de un largo momento cargado de emoción.

—Ahora parece que mis sospechas se han visto confirmadas. A causa de la locura que deriva de su pérdida, Alexia Theusa ha comenzado a traficar con los Lazarenos.

MONTE ERCIYES
15 DE JULIO DE 1204

—Las hebras del destino se han convertido en nudos enredados —dijo Constanca—. ¿Podrías bendecirme con vuestra sabiduría, venerable Cappadocius?

El silencio pendía con tensión en la pequeña habitación; la criatura permanecía inmóvil en el sencillo féretro de piedra que Constanca tenía delante. Cappadocius, patriarca del clan Capadocio, no había oído ni una sola de las palabras que ella había pronunciado. Constanca no estaba sorprendida de su silencio. Dormía profundamente en un letargo auto inducido. Su conciencia había ido en busca de las verdades primordiales de la existencia y estaba muy lejos de los grilletes que suponían su carne no-muerta.

Muy pocos sabían de la existencia de esta cámara, situada en las entrañas más profundas del Monte Erciyes, tan sólo los más antiguos y merecedores de confianza del clan. Pero incluso ellos se aventuraban aquí rara vez. Era difícil mantenerse firme frente al anciano. Si había que juzgarlo sólo por su estatura, el Antediluviano no parecía uno de los seres más poderosos sobre la tierra. Y, sin embargo, pese a encontrarse en un profundo letargo, el antiguo irradiaba tanta fuerza que hacía que los demás se estremecieran. Su cuerpo proyectaba una resistencia de tal magnitud que la firme piedra que lo rodeaba no parecía más que un delgado parche a su lado.

Tan prodigioso y terrorífico era encontrarse ante la presencia de su abuelo, que lograba hacerla olvidar las cuestiones más nimias como un crisol quema las impurezas de un metal precioso. Constanca retuvo sólo los asuntos vitales en mente.

Los últimos oráculos presentaban dos posibles futuros. En cualquiera de ellos, el clan Capadocio sufriría consecuencias dramáticas. Uno de los futuros auguraba la destrucción del clan a manos de uno de sus miembros. El segundo lo vería sobrevivir pero en un mundo transformado por un poder que rivalizaba con el del mismo Dios. ¿Pero cuál era el futuro que habría de

cumplirse? Como sucedía a menudo en los asuntos del destino, la respuesta recaía en las acciones de un solo cainita.

—Un veneciano advenedizo —murmuró Constancia—, una figura sin relevancia dentro de nuestra sociedad. Dudo de que siquiera conozca el papel que va a desempeñar en esto.

Cargada con el saber de los oráculos, no podía permanecer de brazos cruzados mientras los acontecimientos sucedían. Debía pasar a la acción, pero el curso que debía adoptar no era fácil de escoger. Pese a lo que le dolía considerar siquiera la extinción de su clan, la alternativa era incluso más detestable. *Quisiera que otro de los antiguos me ayudara. Pero Taddeusz, Kiril... o el gran Japheth...*

—Carecen de la maestría necesaria en la *Via Ossium* como para comprender la importancia de lo que nos ocupa —explicó al anciano dormido, como si estuviera justificándose frente a un maestro airado—. Lucharían por salvar nuestro clan sin importar el precio.

Calló durante un instante, y volvió a meditar una vez más el curso que debía seguir. En cualquier caso, no podría ignorar el mensaje de los oráculos.

—No. Eso sería una estupidez. Si ignorase la revelación ocurriría una desgracia mayor. He dedicado mi no-vida a estudiar la Senda de los Huesos. Por tu gracia, fundador, me he convertido en su suma sacerdotisa. No puedo cerrar los ojos a sus enseñanzas como harían ellos. Es nuestro destino, ¿verdad? Estoy casi segura de que no permanecerías sumido en el letargo si conocieras otro proceder.

Realizó un amago de gesto hacia Cappadocius. Pese a que su alma navegaba a la deriva por el éter, parecía tan sólido e inmóvil como siempre. Puede que Constancia no hubiera planeado mantener una conversación con él, pero una parte de ella había tenido la esperanza de ver algo; alguna señal del Antediluviano que indicara que estaba de acuerdo con su decisión.

En lugar de ello, se quedó sola y con el frío consuelo que le proporcionaban sus convicciones.

* * *

Qalhara escudriñó el extraño y rocoso terreno con extraordinaria atención. Habían pasado cinco noches de viaje desde que partieran del Monte Erciyes y aún no habían encontrado ningún signo de vida, pero la guerrera Lamia no languidecía nunca en su vigilia. Descansaba sólo cuando su señora y ella buscaban un refugio que las protegiera de los rayos del sol. Además de la

abrasadora destrucción que prometía a aquellos cainitas lo suficientemente estúpidos como para enfrentarse a su luz, el sol contagiaba a los nomuertos la irresistible necesidad de sumirse en un profundo letargo. Poco importaba con qué valor luchara un vampiro para mantener la consciencia dentro de una cripta o tumba. Cuando el sol ascendía a los cielos, el sueño ejercía sobre él una atracción inevitable. En cualquier caso, el sueño de Qalhara era inquieto. Cuatro iniciados ghouls vigilaban su descanso durante las horas de luz, mas ella odiaba depender de otros pues creía que sólo ella podría ofrecer a la suma sacerdotisa una protección adecuada.

Tampoco la ayudaba el no saber con seguridad por qué razón se apresuraban con rumbo oeste. Constancia no era muy proclive a las explicaciones, pero se había convertido en una criatura aún más apática y reservada después de las últimas dos visitas a la Sala de los Muertos. El encuentro con Alexia había desencadenado su acción; no obstante, las bruscas órdenes que le daba no ofrecían siquiera una pista vaga sobre sus intenciones. Su rumbo actual las acabaría conduciendo al Estrecho del Bosforo y, por tanto, también a Constantinopla. ¿Acaso trataban de dar caza al Nosferatu y a su cuadrilla? ¿Había escapado Alexia por allí? ¿Existía alguna otra razón por la que se dirigían a la ciudad caída? Las constantes preguntas de Qalhara habían sido desdeñadas hasta ahora. Y, al ignorar los planes de Constancia, temía no estar preparada convenientemente para futuros conflictos.

Sólo se le había dicho que debía reunir a un pequeño séquito que viajaría con rapidez. Qalhara y su señora eran las únicas vampiras. Los cuatro mortales —Akil, Hamarta, Dhanep y Palladius— habían sido escogidos principalmente por sus talentos como soldados. Sus monturas eran ghouls, como los iniciados, alimentados con sangre de cainita para mejorar su fuerza y facilitar su control. Vigorizados con la sangre, los caballos podían atravesar el abrupto terreno de Capadocia a una velocidad increíble. Cada noche Qalhara esperaba que Constancia se decidiera a revelarles sus planes. Y más de una vez, en las raras ocasiones en que se detenían para dar descanso a sus monturas, tenía la sensación de que su señora estaba a punto de hablar. Pero, al final, la suma sacerdotisa no pronunciaba palabra alguna.

Qalhara avistó un afloramiento rocoso que les sería de utilidad para montar el campamento y pasar el día. Condujo a su caballo hacia el saliente a la cabeza de los demás. Los iniciados, que bien sabían cuáles eran sus deberes, comenzaron a cavar un par de tumbas poco profundas sobre las cuales habrían de erigir una de las tiendas de campaña. Qalhara vio cómo

desmontaba Constancia y se alejaba caminando unos metros. La Lamia la siguió.

—Si leo los mapas adecuadamente —le comentó a su señora— debemos estar acercándonos a un cruce de caminos. Deberíamos llegar a él mañana por la noche. ¿Debemos tomar rumbo sur o continuaremos hacia el oeste?

Constancia estaba en silencio. Una ligera brisa se arremolinaba en la sencilla túnica de peregrina que vestía.

—Disculpadme, señora, pero si tenéis en mente otro destino que no sea Constantinopla deberíais decírmelo ahora.

—Efectivamente viajamos en dirección a Constantinopla —admitió Constancia.

Envalentonada tras haber conseguido una respuesta por fin, Qalhara preguntó:

—¿Y qué planeáis hacer cuando hayamos alcanzado nuestro destino?

Constancia miró a su protectora de una manera que, entre los antiguos que no habían necesitado respirar desde que Diocleciano fuera emperador, equivalía a un suspiro.

—Muy bien, te contaré un poco. Como sabes, Malachite solicitó los servicios del oráculo en su búsqueda del Sueño. En la segunda visión, me encontré con uno que tiene relación con su búsqueda. Debemos conducirlo al Nosferatu.

—Malachite aún estaba cerca cuando llevasteis a cabo la segunda ceremonia. Podríamos haberle enviado un mensaje y que buscara él a esa persona.

Constancia negó con un decidido gesto de la cabeza.

—Ésta no es una tarea que debemos dejar en manos de subordinados. Hay demasiado en juego.

—No entiendo, señora. ¿Qué tenemos nosotros que ver con el Sueño?

—Ésa es una pregunta que prefiero no responder, Qalhara.

—¿Señora? Soy vuestra guardiana. ¿Cómo podré protegeros si no sé cuáles son vuestros planes?

Constancia se dio la vuelta. Su cabello entre canoso y rubio se dejaba, mecer por otra ráfaga de aire.

—Yo llevaba siendo cainita más de mil años antes de que tú conocieras a tu sire en Nubia. Soy bastante capaz de cuidar de mí misma.

La Lamia quedó perpleja. No había duda de que Qalhara era la subordinada, pero nunca se la había tratado así. Insegura de si debía

disculpase o continuar con sus súplicas, Qalhara observó estupefacta y en silencio cómo se alejaba caminando Constancia, sin mirar atrás una sola vez.

* * *

La semana que siguió las sumió en una rutina inquebrantable. Se detenían para dejar descansar a los caballos cuando era necesario y sólo hablaban para tratar cuestiones de importancia inmediata. Qalhara no se había sentido nunca tan distante de su señora como en este tiempo. Era frustrante e intimidante que Constancia pensara que era indigna de ayudarla a soportar la carga de conocimiento que llevaba consigo. ¿Pero qué podía hacer? Era la sirvienta, sujeto de los deseos de su señora.

Su caballo acababa de coronar la cresta de una colina cuando los iniciados emitieron un grito al unísono. Qalhara se volvió para ver cómo se desplomaba Constancia y caía de la silla de montar. Los hombres situaron sus caballos alrededor de su señora para defenderla de cualquier ataque, mientras que ella llegaba junto a la suma sacerdotisa en un abrir y cerrar de ojos.

Tiene que haber sido un golpe fuerte para derribarla. ¿Cómo he podido no darme cuenta? Pensó Qalhara, pero a continuación casi se echó a reír de alivio. La suma sacerdotisa no había sido atacada. De hecho, se había visto atrapada por una de sus repentinas visiones, una lo suficientemente intensa como para aplastar su sentido de la realidad. Cuando Qalhara se aproximaba a ella, Constancia estaba recuperándose. Pero, teniendo a juzgar por la oscura expresión que había reemplazado a su mirada desorientada, no parecía estar nada contenta.

—¡Llego demasiado tarde! —gimió Constancia, poniéndose en pie tan rápido que obligó a Qalhara a salir precipitadamente del camino. Poseída por una energía frenética, la suma sacerdotisa se abalanzó sobre su montura—. ¡Estará en el Mediterráneo antes de que llegemos al Bosforo! ¡Rápido, debo apresurarme!

—¡Señora! —El alivio que Qalhara había sentido hacía un instante se había desvanecido. El sabor fuerte, agrio y a cobre del sudor sanguinolento impregnó el aire cuando su señora saltó sobre la silla de montar. Constancia había sido presa de una fuerte tensión durante semanas; lo que fuera que acababa de vivir la había situado al borde del abismo. *¡Sucumbiré al frenesí si no se tranquiliza de una vez!*

Pero Constancia estaba demasiado sobrecogida por el pánico como para escuchar la llamada de Qalhara. Sin contar con otra alternativa, la Lamia

elevó un susurro de plegaria a sus ancestros y a Lilith, la oscura reina de su linaje. Se le llenó la boca de una baba sanguinolenta y flemosa que escupió rápidamente sobre la pantorrilla expuesta de la suma sacerdotisa. A diferencia de la mayoría de los cainitas, las Lamias eran las maestras de sus cuatro humores, no sólo de su sangre, y entre otros quehaceres oscuros, podían utilizarlos para influir sobre otras personas, incluso antiguos como la Suma Sacerdotisa de los Huesos. Una tranquilidad letárgica invadió a Constancia un momento después de que la flema hubiera tocado su piel y hubiera sido absorbida por su carne. Se relajó a ojos vista y se apoyó contra el poderoso cuello de su caballo. Sin embargo, no estaba sometida completo, como se pudo observar cuando lanzó una mirada de reproche hacia su guardaespaldas.

La expulsión de la calma había originado cierto enojo en Qalhara; sus propios humores estaban ahora desequilibrados. Lanzó a su señora una mirada desafiante, dando por fin rienda suelta a toda la frustración que había mantenido en jaque durante tanto tiempo.

—No me disculparé por utilizar mis artes contra vos, señora; sólo lo hice para protegeros.

—¿Y eso te da derecho a atacarme? —inquirió Constancia, con un tono callado que volvía aún más amenazadoras sus palabras.

—Cuando podéis llegar a haceros daño si no lo hiciera, sí. Es mi deber; uno que no me habéis dejado desempeñar en las últimas semanas. Por favor, señora, hace tiempo que sé lo que pretendéis. ¿En busca de quién vamos y por qué?

Habiéndose liberado parcialmente de la esclavitud que suponían sus febriles emociones, Constancia meditó la exigencia de su guardiana con su habitual compostura de placidez. Después de un largo minuto, tiempo durante el cual Qalhara tuvo la oportunidad de pensar bien en lo que había hecho, la suma sacerdotisa asintió finalmente.

—Muy bien. Malachite acudió a mí porque buscaba respuestas sobre cómo mantener vivo el Sueño después de la catástrofe de la caída de Constantinopla. No sólo suspiraba por él, sino que pretendía hacerlo realidad. Por ello andaba a la búsqueda de la última persona que había ayudado a darle forma al sueño hace muchísimas noches.

—¿La última? Habláis del Dragón. Os he oído mencionar algo sobre él. Constancia asintió.

—Efectivamente es muy antiguo, uno de los chiquillos del fundador del clan Tzimisce y al menos tan superior a mí en edad como lo pueda ser yo para ti. Pero hace tiempo que se recluyó; creo que no mucho después de que

llegaras al Monte Erciyes por primera vez. Lo que quiere decir que, de los tres que hicieron pasar al Sueño de vago deseo a clara posibilidad, sólo él sobrevive. A diferencia de la mayoría de los Tzimisce que moldean la carne, él nunca tuvo mucho interés en manipular su propia forma. En lugar de ello, se veía como un catalizador que traería el cambio al mundo que lo rodeaba. Algunos dicen que, cuando abandonó Constantinopla se llevó consigo todas las posibilidades de que la Reina de las Ciudades pudiera completar su transformación de Sueño a Realidad.

—¿Y eso qué opinión os merece?

—No es un asunto que me complazca, la verdad.

Qalhara asintió. No estaba muy versada en asuntos esotéricos, pero había aprendido bastante desde que estaba al servicio de Constancia. La suma sacerdotisa era algo más que una mera observadora del Sueño y de sus arquitectos. Ella y el Dracón habían mantenido correspondencia durante varios años, desde antes de que el misterioso Tzimisce se uniera a Michael en Constantinopla. Qalhara aún recordaba algo de la visita del Dracón al Monte Erciyes. Entonces ella era nueva para el clan y sólo había sabido que se trataba de un huésped de gran importancia. Con la perspectiva del tiempo transcurrido tenía una visión más completa del conjunto.

—¿Pidió consultar el oráculo?

—No. Acababa de dejar a sus compañeros, Michael y Antonius. Sólo me expresó su intención de viajar por el mundo durante un tiempo indeterminado. —Constancia calló un momento; un pensamiento comenzaba a formarse en su mente a partir de la chispa de un recuerdo—. Me pregunto si habría visto las hebras de estos acontecimientos convergentes si hubiera consultado entonces a los espíritus en la Sala de los Muertos. En cualquier caso, meditar sobre lo que pudiera haber ocurrido es inútil y me distrae de lo que pretendía contarte. Malachite pretende prolongar el Sueño y tiene la esperanza de que el Dracón lo haga posible. He descubierto que está equivocado. Si el Sueño sobrevive, se transformará en una pesadilla de la que ninguno de nosotros podrá despertar. ¡Y el arquitecto de esa pesadilla no será otro que Lázaro!

Qalhara sintió escalofríos al escuchar el nombre del hereje. Como cualquier otro en el clan Capadocio, había oído hablar del cisma entre Lázaro y su sire, Cappadocius. Sabía que Lázaro y un puñado de sus seguidores habían huido al desierto de Egipto. Él y los llamados Lazarenos habían desaparecido hacía tanto tiempo que eran ya poco más que una leyenda o una historia de fantasmas.

—No hay otra solución, señora, ¡debemos detenerlo! ¿Por qué pensasteis que no debía conocer la situación?

Constancia se irguió sobre la silla de montar y miró atentamente hacia el oeste.

—No es de eso de lo que te mantenía apartada, sino del futuro que habrá de ocurrir si logramos detener a Lázaro. Puesto que si muere el Sueño, también lo hará el clan Capadocio.

—¿Cómo puede ser así? El clan nunca ha tenido nada que ver con el Sueño.

—Una vez más tiene que ver con Lázaro. Tengo la sospecha de que si se le niega la posibilidad de usurpar el Sueño, se vengará de los suyos.

—¿Y qué ocurriría si Lázaro fuera destruido? En ese caso, lo más probable es que acontezca otro futuro, ¿no?

—Ojalá el destino pudiera ser manipulado con tanta facilidad. —Constancia sonrió con amargura—. Me he formulado esa pregunta y muchas otras. Sólo contamos con esos dos cursos de acción y la posibilidad de que Lázaro triunfe es la mayor de las dos. Antes de embarcarme en este viaje puse a dos de nuestros mejores adeptos a averiguar de qué manera podría ser Lázaro destruido o incluso devuelto al redil, pero hace tiempo que ha burlado mis intentos de encontrarlo. Como no tenía garantía de que los adeptos fueran a encontrar algo de importancia, decidí que era necesario pasar a la acción.

—Y dirigiros de inmediato hacia Constantinopla... ¿Acaso ha abandonado Egipto Lázaro? ¿Pensáis enfrentaros sola contra él?

—No soy tan presuntuosa como para creer que mis poderes pudieran igualarse a los suyos. Lázaro es chiquillo de Cappadocius. Es de una generación menor que yo y, por lo tanto, su poder es mayor. Incluso mi sire, Japheth, podría no ser capaz de enfrentarse con él. No, tenía en mente una solución mucho más sencilla. Un personaje de menor rango y poder que Lázaro es el eje de estos destinos futuros; se trata de un primo adoptado, uno de los Giovanni.

Qalhara frunció el ceño. Al igual que su señora, no confiaba en los nigromantes advenedizos. No estaba sorprendida de que alguno de ellos pudiera tener relación con Lázaro.

—Todavía no sé por qué, pero un tal Markus Giovanni es la clave del plan de Lázaro. Si logramos desviar al Giovanni hacia un encuentro con el Dracón, el Sueño pasará a ser un simple recuerdo. Y quizá encontremos una manera de impedir que Lázaro aniquile a los Capadocios en el futuro. —Constancia señaló con un dedo delgado hacia el oeste—. Desgraciadamente acabo de ver

que cuando nosotros lleguemos a Constantinopla hará tiempo que el Giovanni se habrá marchado de allí.

—¿Pero sabéis hacia dónde se dirige?

—A Egipto, claro. Allí Lázaro está protegido por su poder.

—¿Entonces no estamos a tiempo aún? Puede que estemos a muchas semanas de distancia de Constantinopla, pero podríamos tomar rumbo sur hacia el Mediterráneo en lugar de continuar por donde íbamos. Con una embarcación rápida podríamos atracar en Alejandría antes de que llegara ese Markus Giovanni.

—Tienes razón. Olvidé las alternativas por estar demasiado centrada en la visión. —Una sonrisa de arrepentimiento se dibujó en las comisuras de los labios de Constanca—. Y hay uno con el que he estado intercambiando correspondencia desde hace tiempo y que podría encontrarse en ultramar. Tal vez obtengamos lo que queremos con su ayuda.

Qalhara montó sobre su caballo y le hizo dar la vuelta. Constanca no se había movido; estaba sentada muy erguida sobre la silla y sus ojos azul pálido miraban directamente a los de su servidora. La Lamia sintió los nervios de la inquietud. Independientemente de lo que hubiera conseguido, había atacado al Oráculo de los Huesos y seguramente habría de recibir un castigo.

Constanca espoleó a su semental para que se aproximara a Qalhara y habló en un tono lánguido que la guerrera apenas alcanzó a oír.

—Te ruego que me disculpes, Qalhara. No quería que sufieras bajo la carga de conocimientos que sólo yo debo arrastrar. Pensé que no podría confiar en que nadie reaccionara con la suficiente objetividad ante estos terribles augurios. Pero estaba equivocada. Eres mi guardiana. Y puesto que podrías compartir mi destino, mereces saber dónde nos puede conducir éste.

Qalhara no supo qué decir, de modo que asintió rápida y decididamente antes de hundir los talones en los costados de su caballo.

* * *

Los cuatro iniciados contemplaron estupefactos la extraña escena. Una sirviente que desafiaba a su señora y una tranquila discusión acerca de la destrucción del clan ¡o algo aún peor! Era demasiado que asimilar hasta para unos iniciados bendecidos con una perspectiva del mundo mucho más amplia que la de un ser humano corriente.

Los hombres se miraron confusos mientras Qalhara se alejaba a galope, seguida de cerca por Constanca. Palladius se encogió de hombros después de

un momento y espoleó también a su montura. Poco después, los tres restantes lo siguieron.

* * *

—¡Andreas!

Fue un graznido más que un susurro, la única palabra que había pronunciado desde hacía muchas noches. En lugar de perder el significado por la repetición constante, el nombre había demostrado ser su única ancla en medio de un mar de locura.

La criatura que se había deslizado al interior de la ciudad cilicia de Tarso dos horas antes del amanecer, guardaba escasa semejanza con la elegante mujer que había entrado en las habitaciones privadas de Constancia hacía cinco semanas. Un frenético viaje durante la noche, atravesando las abruptas tierras y durmiendo en agujeros arañados en la arena, había pasado factura a Alexia Theusa. Varias semanas de huida sin ingerir otra sangre que la de alguna sabandija ocasional la había convertido en un esqueleto de piel gris cubierto con harapos. Este conjunto de huesos y trapo sólo era capaz de moverse gracias a un gran esfuerzo supremo de voluntad. Pero era el tumulto que acontecía dentro de la mente de Alexia, desbocado después de haber sido controlado durante más de un milenio, la fuente de mayor tensión. Había viajado al Monte Erciyes desesperada por obtener respuestas, mas había tenido que huir presa del pánico y sumida en la ignorancia.

Fue la caída de Constantinopla la que desencadenó su demencia, aunque el problema estuviera presente desde hacía mucho tiempo. Nacida en la opulencia de la Atenas de la antigüedad, Alexia había hallado el amor en un humilde esclavo; el hermoso Andreas, el dulce Andreas. Pasaron juntos todo el tiempo que pudieron, pero era un secreto demasiado grande como para permanecer oculto. Siendo uno de ellos un esclavo y la otra un miembro de la élite, no podrían estar juntos nunca en este mundo. Por ello, Andreas y Alexia tramaron suicidarse de modo que pudieran unirse en la otra vida. Pero también esa posibilidad les fue negada. El padre de Alexia los descubrió; evitó que ella muriera mientras Andreas sucumbía al veneno que había ingerido. Más tarde, avergonzada y exiliada, Alexia escogió suicidarse por segunda vez.

Luego tuvo una visión: Andreas prometía su regreso en carne y hueso, y no como un esclavo, sino como el emperador de una ciudad hecha de oro cegador.

—¡Andreas!

Alexia Theusa buscó por el mundo una ciudad de tales características y, al mismo tiempo, aprendió todo lo que pudo sobre la muerte y las maneras en las que podría hacer regresar a su amor. Después de varios años se encontró con el Capadocio Byzar, que acabó fascinado por ella. Percatándose de la avanzada edad de Alexia, le ofreció la no-vida de manera que pudiera sobrevivir eternamente a la espera de que regresara Andreas. Ella aceptó. Renacida como una cainita, Alexia volvió a recibir la visión de su amor. Luego vio la ciudad, un fantasma de oro que se erigía sobre las ruinas de Bizancio, la colonia en la que moraba con Byzar. La visión que la había mantenido cuerda después del fallecimiento de Andreas renovó sus esperanzas. La ciudad que había estado buscando no existía aún pero, al convertirse en un vampiro, había obtenido también las herramientas que harían posible su visión.

Dedicó los siguientes años a alentar la destrucción de Bizancio y la subsiguiente creación de Constantinopla. Sentía poco interés por el Sueño que extasiaba a tantísimos cainitas, incluido su actual defensor, el atribulado Malachite. Su sueño utópico empezaba y terminaba en su amante. Transcurrieron, sin embargo, los siglos y él no regresó. La duda y la locura empezaron a reptar por los límites de su conciencia. ¿Había ido algo mal? ¿Acaso había malinterpretado la visión? Pero, pese a todos sus intentos, no obtuvo ninguna respuesta. Era una maestra en la disciplina Capadocia de la muerte y tenía bastante talento en otras artes vampíricas, mas Alexia Theusa nunca aprendió a fondo el raro arte de la adivinación. A pesar de sus tentativas, sólo había tenido una visión: Andreas prometiéndole su regreso para reinar una reluciente ciudad de oro.

Y lo que era peor, no podría pedir ayuda a aquellos que tenían las respuestas que necesitaba. Los Capadocios eran más conocidos por su conocimiento sobre la muerte que por sus habilidades con la adivinación. Algunos de ellos, pocos, eran lo suficientemente poderosos como para presagiar el gran futuro lejano y nadie era tan capaz como Constancia, la Suma Sacerdotisa y Oráculo de los Huesos. Pero Alexia no podía acercarse a ellos. Descubrirían lo que le había hecho a Byzar y a los demás. Sería ejecutada por hereje y no podría reunirse nunca con su amor.

Alexia no era el único miembro divergente de las tradiciones Capadocias. Otros habían negado su apoyo al clan y habían sido declarados herejes o algo peor. El más poderoso de ellos era el chiquillo de Cappadocius, Lázaros. Había estudiado la muerte como su sire, pero desde una perspectiva amoral. En las

profundidades de los desiertos de Egipto, Lázaro y sus seguidores buscaban con afán los arcanos secretos de la resurrección. Para el resto del clan de la Muerte, aquello era una abominación pero Alexia pensó que podría ser la única manera de que Andreas regresara a la vida.

Había mantenido sus tratos con Lázaro tan secretos como su usurpación de Byzar y de la progeie de éste, mas Alexia temía que la visión oracular de Constancia revelara sus esfuerzos. Cada vez que se ponía en contacto con la suma sacerdotisa, ésta parecía más aburrida de ella. Alexia dejó de tratarse con otros miembros de su clan y se centró en la utopía onírica que tenía como protagonista a Andreas. Él era la única razón para albergar esperanzas y la ciudad dorada en la que renacería era una promesa de felicidad eterna. Luego llegó la Cuarta Cruzada. Cuando los cruzados se abrieron paso a través de las murallas de Constantinopla, cuando los guardianes del Sueño (Michael, Antonius y el Dragón) fueron destruidos o se desvanecieron, Alexia sintió que su esperanza se dispersaba como el polvo en una brisa... y con ella, su cordura.

—Andreas...

¿Y qué había de *su* sueño? ¿Qué de Andreas?

Los pensamientos de Alexia volvían una y otra vez sobre la misma cuestión desde que huyera del Monte Erciyas; era una duda que la corroía hasta unos huesos ya bien mascados. Viajó sin prestar apenas atención hacia el rumbo. Se dirigía en línea recta hacia Constantinopla pero sin saberlo conscientemente. Se había topado con un camino hacía algunas noches ¿o eran semanas? Y lo había seguido prefiriéndolo al abrupto e incómodo terreno circundante. El camino la condujo hasta un río y luego a un pequeño pero fortificado puerto: Tarso. Atrapada en el tumulto de su mente, no prestó ninguna atención a la distribución de las calles por las que ahora caminaba a trompicones. En algún lugar de su mente sabía que el Apóstol Pablo había nacido en aquella ciudad pero la teología esotérica no contaba con el peso suficiente como para rescatarla de su demencia.

Una figura apareció delante de ella. Se trataba de un hombre delgado, con tez morena y de rasgos afilados. Otras formas surgieron en la periferia. La sangre hirvió en su interior. Sus labios se fruncieron y mostraron los inequívocos colmillos bajo la luz de la luna.

—¡Andreas! —gruñó, prometiendo implícitamente la destrucción de todos aquellos que la pretendieran alejar de su amor.

—¿Veis, señor? —señaló alguien—. Dice vuestro nombre.

—Así es —respondió la figura que se encontraba frente a ella. Su voz era la suave caricia de la brisa en el verano—. A juzgar por vuestra conducta, señora, uno podría pensar que me deseáis algún mal. Os suplico me digáis de qué manera os he ofendido para que pueda subsanar mi error de inmediato.

Alexia se sentía confusa. ¿Qué significaba aquello? Luchó contra su Bestia tratando de comprenderlo. Aquel hombre era un extraño. Su vestimenta, pese a ser de una calidad envidiable, era de corte sencillo. En sus rasgos se adivinaba un linaje egipcio aunque hablaba con un griego perfecto. Y, aunque no reconocía su forma física, podía percibir algo familiar en su espíritu. Un aura lo rodeaba, una con la que sintió una afinidad instantánea. ¿Era posible que su amor hubiera regresado después de todo?

—¿Andreas?

Sucumbió al cansancio cuando la confusión devoró lo último que le restaba de fortaleza. Unas manos fuertes la sujetaron mientras caía. Unos ojos del color del oro miraron con atención a los suyos.

—Ruego nos disculpéis por sujetaros así, señora, pero el suelo no sería tan compasivo. Descansad ahora. Pronto discutiremos acerca del misterio de nuestro encuentro.

Y así la voz tranquilizadora sumió a Alexia Theusa en la inconsciencia.

PRINCIPADO DE ANTIOQUÍA
23 DE AGOSTO DE 1204

La Ruta de la Seda había sido testigo de diversos conflictos durante los últimos años. En más de una ocasión, los cristianos habían intentado traspasar los istmos de Anatolia con el piadoso deseo de capturar Tierra Santa. La región fronteriza entre Antioquía y Trípoli, situada en la ruta desde Bizancio a Palestina y uno de los extremos de la Ruta de la Seda en el oeste, era especialmente sensible a estas incursiones.

Estando en tierra de nadie, Antioquía —una región de llanuras fértiles a unos cuarenta kilómetros de distancia del mar Mediterráneo— había cultivado el hábito de cambiar sus alianzas. Disfrutaría de un pacto con los barones francos para invadir a los sarracenos y mantenerlos a raya durante un año o le haría una oferta a los turcos al momento siguiente para obtener su apoyo en caso de aspirar a la autonomía política. Le era complicado, por tanto, mantener una estabilidad a largo plazo, lo que explicaba por qué las presentes circunstancias de Antioquía eran tan precarias. La llegada de los cruzados a Constantinopla el pasado otoño había agitado las cosas en ultramar. Como estaba poco dispuesto a verse atrapado en el centro de un choque cuando la cruzada avanzase sobre el Bósforo, Bohemundo (actual gobernante del condado de Trípoli y el principado de Antioquía) se distanció de los turcos Selyúcidas a los que había estado haciendo la corte durante los últimos meses. Pero la cruzada se frenó y languideció en Constantinopla, y Bohemundo se vio en la desesperada necesidad de recuperar la amistad de los Selyúcidas. Pocos durmieron, entre ellos el que menos el propio Bohemundo, mientras Antioquía se debatía en un purgatorio entre alianzas.

Pese a la inquietud reinante, los mercaderes continuaron ofreciendo sus productos y Antioquía siguió siendo una ciudad clave. Los hombres se mostraban dispuestos a enfrentar peligros mortales siempre que puedan ganar dinero. Los comerciantes no sólo trabajaban la Ruta de la Seda, sino también las rutas marítimas que atravesaban el cercano puerto mediterráneo de San Simeón.

Y, desde luego, allí donde aguardaban riquezas también había personas que las buscaban. Los salteadores acechaban a lo largo de toda la Ruta de la Seda y atacaban todas aquellas caravanas que transitaban próximas a sus moradas. Dado el flujo de riquezas que la atravesaba, Antioquía demostró ser un lugar de residencia muy apetecible para diversos bandoleros. Tenían la cortesía de no importunar a las caravanas de sus vecinos al dejarlas intactas casi por completo. De hecho, no era extraño que algunos de ellos fueran contratados como guardias o enviados en contra de los comerciantes rivales.

Bedri y sus hombres, Kutuz, Tabib, Hami y Memir eran de este tipo. Los guerreros Selyúcidas no se sentían vinculados más que a sus compañeros y se desplazaban con la voluntad de Alá. Esto los había llevado a Antioquía unos meses antes y desde entonces el trabajo había sido bastante regular. Tras terminar una escolta sin novedad desde Kashgar, Bedri y sus compañeros buscaron la calma sedante que les proporcionaban las pipas de agua. No eran los únicos que se relajaban una vez terminado el día. Varios mercaderes y tenderos se congregaban en los cafés al aire libre diseminados por todo el bazar de Antioquía para comer, beber e intercambiar embustes. Cuando hubieron un lugar en el que sentarse con la pipa de agua y observar el bullicio de la ciudad, Bedri y sus hombres no pudieron pasar por alto la llegada de los peregrinos.

Que unos extraños vinieran a caballo era razón más que suficiente para atraer la atención de los selyúcidas. Era evidente que las monturas provenían de Capadocia, una región conocida por sus hermosos corceles. Y el que a los peregrinos los guiaran dos mujeres, una de ellas tan negra como la noche que acababa de cernirse una hora antes... Bueno, el misterio era lo suficientemente atractivo como para que Bedri, agotado de escuchar las complejas fábulas de Tabib, se sintiera obligado a investigar.

—Nunca he visto un peregrino a caballo —exclamó Bedri al acercarse a los viajeros.

La tradición obligaba a los que peregrinaban a la Meca a hacerlo a pie y de manera humilde. Pero, al aproximarse, se percató de que los cuatro varones y las dos mujeres no tenían aspecto musulmán. Supuso que serían cristianos. Bedri rió entre dientes cuando se vio sorprendido por la inspiración. Podría convertirse en una diversión; por unas pocas monedas les enseñaría alguna pocilga haciéndola pasar por el lugar donde San Pablo ofreció su primer sermón.

—¿Sois cristianos entonces, eh? —continuó Bedri—. ¿Y vuestros elegantes corceles creen también en Cristo?

Kutuz y los demás deambulaban detrás de Bedri, riéndose entre dientes. Su jefe se distinguía por su astuto ingenio y no querían perderse una sola palabra.

Los peregrinos oyeron sus palabras pero ninguno de ellos se molestó en responder. Al parecer, los cuatro hombres eran sirvientes pues uno aceptó sin rechistar las riendas del caballo cuando la mujer pálida se las entregó. Bedri se sintió atraído por las mujeres, pese a que éstas guardaron silencio vestidas con las sencillas túnicas de los mendicantes. Lo ignoraron. No lograría divertirse si sus presas no mordían el anzuelo. ¿Por qué no cooperaban? Al fin y al cabo sólo quería entretenerse un rato.

—¿Acaso habéis hecho voto de silencio?

La mujer pálida (su color enfermizo era aún más evidente en contraste con la piel ébano de su compañera) se volvió hacia Bedri. La mirada se prolongó sólo durante un instante y luego pasó a la figura de oscura tez. Bedri nunca se había sentido tan ignorado. Él era un guerrero, un hombre. ¡Estaba por encima de aquella mujercita! Y, sin embargo, se sentía como una mosca insignificante estando frente a ella.

Se volvió hacia sus compañeros, inseguro de lo que acababa de acontecer. Tabib y Memir estaban haciendo lamentables esfuerzos por tratar de disimular la curiosidad que sentían hacia los tatuajes dibujados sobre la oscura piel de la mujer, pero Hami y Kutuz habían presenciado el desaire. En lugar de compartir su enojo encontraban la situación bastante divertida. ¿Es que todo los divertía? ¡Era intolerable! Su incredulidad se transformó en ira. No estaba dispuesto a permitir que aquel desafío quedara sin respuesta. ¿Cómo se atrevía a ignorarlo?

Bedri avanzó (¡apenas un paso!) y la mujer de tez oscura se interpuso repentinamente en su camino. Era tan menuda como la otra, pero bloqueaba su avance de una manera tan efectiva como lo haría una pared. Estaba claro que no podría ni soñar en posar sus manos sobre la primera de las mujeres, ni tampoco en aquella cuyo aspecto era tan extraño que ni siquiera parecía humana.

—Hazte a un lado, mujer —ordenó Bedri, luchando por conservar su vapuleada dignidad delante de sus hombres... ¡cuyas risas disimuladas estaba oyendo en aquel mismo momento!

—No tenemos nada que tratar con vos. Marchaos —respondió en tono perentorio la mujer de piel de ébano.

Un sorprendido estallido de risas seguido de unos molestos murmullos se levantó detrás de Bedri. La situación ya era lo bastante cómica por sí sola,

pero ahora se habían sumado todos los Selyúcidas para preguntarse ¿con qué autoridad contaba aquella insólita mujer para hablarle así a un hombre? Envalentonado por el apoyo de sus hombres, y pese a lo tardío de la reacción, Bedri se enfrentó a ellas.

—Al actuar de esa manera os convertís en una vergüenza para vuestras familias y para Alá. ¡Hacedos a un lado o sufriréis las consecuencias de vuestra insolencia!

—Encárgate de esto, Qalhara —dijo la mujer pálida—. Esto nos retrasará y necesitamos ocuparnos de asuntos más urgentes.

Bedri abrió la boca para contestar y la mujer de tez oscura imitó su movimiento. Su boca se abrió con amplitud y dejó a la vista los pequeños dientes blancos de su interior. Se aclaró la garganta con un fuerte sonido húmedo y... ¡escupió! Una bola de viscosidad amarilla y biliosa impactó directamente sobre su mejilla. Bedri olvidó adoptar una postura pretenciosa mientras se limpiaba la bilis con gestos frenéticos. ¿Qué clase de salvaje era para hacer una cosa así? Advirtió que sus manos se le adormecían, que no lograba coordinarlas y que un terrible sarpullido se le extendía rápidamente por la piel. Sintió como si le estuvieran envolviendo la cabeza y la garganta en algodón hasta que de repente ya no pudo seguir respirando. Bedri se volvió jadeando hacia sus hombres, sólo para averiguar que también ellos sufrían la misma enfermedad. Tropezaron los unos con los otros, sus pieles en carne viva y llevándose las manos al cuello por la falta de aire. Entonces el algodón le cubrió los ojos y se supo cayendo en una oscura neblina...

* * *

—Una mente frágil —señaló Constancia cuando el más corpulento de los Selyúcidas cayó al suelo y se sacudió siendo presa de alucinaciones morbosas.

Qalhara se encogió de hombros vagamente. Tenía su atención puesta en los cuatro hombres que restaban. Sus horrorizadas expresiones estaban dando paso rápidamente a una resolución furiosa.

—No sé lo que le has hecho, bruja —dijo el hombre que estaba situado en el extremo izquierdo. Era tan parecido al que acababa de desplomarse que cualquiera hubiera podido tomarlos por gemelos—. Pero no abandonarás viva este lugar.

Constancia encontró muy divertido aquel final de frase, mas el continuo retraso comenzaba ya a irritarla. Asintió hacia Qalhara y advirtió a los

iniciados que mantuvieran bien sujetas las riendas de los caballos.

—Tabib, Memir —continuó el hombre—, aseguraos de que éstos no escapan. Hami y yo nos haremos cargo de esta cosa.

—Así lo haremos, Kutuz. Cuidado con sus trucos.

Qalhara avanzó dando una docena de rápidos pasos. Hami fue el primero en desenvainar su espada. Con un fuerte grito cargó contra la Lamia y lanzó una vigorosa estocada a dos manos. Qalhara se adelantó, levantó los brazos y atrapó la hoja por encima justo de la empuñadura. Se agachó y dio un fuerte tirón a la espada, primero hacia atrás y luego hacia abajo y un lado. Hami, que aún sujetaba el arma con fuerza, salió despedido por los aires. Al caer al suelo, perdió el aliento y quedó desarmado.

Tras voltear la pesada arma turca en el aire, Qalhara la cogió por la empuñadura justo a tiempo para frenar la embestida de Kutuz. La Lamia detuvo el ataque con facilidad y envió al fornido Kutuz dando traspiés más allá de su compañero caído. Los otros dos Selyúcidas olvidaron las instrucciones que habían recibido y acudieron raudos a proteger a sus amigos.

Qalhara se volvió, y terminó el giro en una posición que la situó por debajo de la guardia de Memir. La espada que había robado atravesó el abdomen del mortal con tanta fuerza que casi cortó el cuerpo en dos. El segundo hombre contempló la escena estupefacto durante un instante, el último de su vida, pues a continuación Qalhara revirtió la dirección de la espada y la utilizó para traspasar el pecho del hombre como lo haría una broqueta en una pared.

Los otros dos individuos se habían puesto en pie y se dirigían hacia ella desde los dos lados; Hami armado con un cuchillo y Kutuz con la espada extendida a fin de que no tuviera que acercarse a la mujer. Tras realizar un amago de ataque hacia Kutuz, Qalhara le dio una patada en la mano a Hami, arrebatándole así el cuchillo, y a continuación balanceó su arma y la hundió en el hombro opuesto de Hami. La Lamia dejó la hoja atascada en el hueso, se lanzó al suelo y se apartó rodando justo a tiempo de esquivar el ataque de Kutuz. Terminó el movimiento en cuclillas y movió el brazo a la velocidad del rayo. Kutuz sintió la misma sorpresa que los demás al ver que la empuñadura de hueso del cuchillo de Hami sobresalía de su clavícula. Boqueó como lo haría un pez fuera del agua y unas burbujitas rojizas se formaron y reventaron entre sus labios. Luego sus piernas se combaron y cayó al suelo, muerto.

El bazar quedó sumido en un silencio completo salvo por los jadeos de Hami. Tras haberse arrancado la espada de la herida, el guerrero Selyúcida

luchaba por restañar el flujo de sangre.

Qalhara caminó hacia él, con los ojos hambrientos brillando en su rostro estoico.

—Qalhara.

La Lamia se detuvo y miró hacia el lugar que Constancia señalaba con su cabeza levemente inclinada. Un hombre se movía con inusitada gracilidad a través de la multitud de sorprendidos espectadores. Era de mediana edad pero estaba en buena forma. Su piel era del color del caramelo y su mirada ponía de manifiesto su experiencia. Se detuvo a unos cuantos metros y examinó la carnicería; acto seguido, centró su atención en el pequeño grupo de Capadocios. Con una cortesía que evidenciaba su enfado, dijo:

—Soy Zakariah, visir de...

—Sé dónde reside tu lealtad, Zakariah —lo interrumpió Constancia—. Y es con él con quien deseo hablar.

Dado que no sabía muy bien cómo reaccionar ante semejante petición, Zakariah optó por mostrarse ultrajado.

—Permites que tu mascota cometa estos crímenes, ¿y luego te atreves a hacerme semejantes peticiones?

—Lo hago porque te corresponde servir a los que son mejores que tú. No espero que me concedas una audiencia, Assamita, deseo hablar con el Señor de las Sombras. Dile que la Señora de los Huesos aguarda.

* * *

Constancia miraba a Zaratustra desde el otro extremo de la habitación en penumbra. A pesar de contar con la ayuda de sus agudos sentidos apenas era capaz de detectar su presencia. Los vampiros del clan Lasombra eran reconocidos por su dominio de uno de los más antiguos dones cainitas. El gobierno de las sombras requería un gran talento, pero, concentrándose adecuadamente, un adepto era capaz de subyugar con su oscuridad a la antorcha más brillante, dar vida a tentáculos de noche concentrada o conseguir que una sombra atacara a la persona a la que pertenecía. Zaratustra, el regente oculto de Antioquía y Trípoli, era verdaderamente un maestro en este arte. Asimismo, era reservado y paranoico hasta un extremo exagerado incluso entre los cainitas. La consciencia de la arcana criatura daba vida a una figura formada de tinieblas; una forma de sombras que actuaba como representante de su ser físico.

Constancia inclinó la cabeza ante la forma como lo habría hecho al saludar a una persona.

—Me alegro de que nos encontremos por fin, Zaratustra.

—Presumes demasiado. Has asesinado en mi dominio y dictado órdenes a mi vasallo. —Las palabras eran un susurro que flotaba desde las tinieblas.

Constancia realizó un gesto rápido con la mano para indicar que reconocía el poder de Zaratustra sobre la región.

—Me preocupa un tema mucho más importante. Los retrasos que ocasiona el trato con mortales y subordinados no suponen un simple inconveniente, sino que podrían provocar un desastre para todos los de nuestra especie.

—Son palabras graves y tú no eres de las que caen con facilidad en ese grado de exageración. —Pese a que nunca se habían encontrado antes de esa noche, llevaban varios siglos manteniendo correspondencia. No era un vínculo basado en la amistad, sino en el interés—. En cualquier caso, no puedo permitir que esos crímenes queden sin castigo, aun cuando hayan sido cometidos por alguien de tu importancia.

—Sabes que el castigo carece de sentido para nosotros, Señor de las Sombras —le espetó Constancia con cierta irritación—. Pero si necesitas elevar el ánimo de vuestra gente, te ofrezco a uno de mis iniciados para recibir ese castigo.

—La oscura, Qalhara. Ella fue la causante del conflicto.

—Su destrucción sería desproporcionada para semejante transgresión.

—Aún así...

—Desiste, Zaratustra. Si actúas contra Qalhara, debes saber que tendrás que enfrentarte con la ira de sus hermanas Lamia. Asimismo, te verás privado de ese anonimato que tanto valoras. No olvides la influencia que tengo sobre los de nuestra especie. Bastaría con propagar rumores acerca de tu existencia para que todos acabaran por descubrir quién es el auténtico gobernante de Antioquía y Trípoli.

La figura echó a andar sin emitir ningún sonido y la oscuridad de la habitación creció. Al cabo de un rato, las sombras volvieron a hablar:

—Serán dos de tus ghouls, entonces. Uno por cada ofensa cometida contra mi gobierno: el asesinato público y el desaire a mi vasallo.

Constancia aparentó estar considerando la contraoferta, aunque ya había tomado una decisión. Hubiera preferido mantener intactos a sus cuatro ghouls por si se encontraba con problemas en el futuro, pero si perdiendo dos de ellos aceleraba el ritmo de los acontecimientos, que así fuera. Todos los mortales

perdían la vida; a Constanca poco le importaba si dos de los iniciados en los que más confiaba morían antes o después.

—De acuerdo. Escoge a tu gusto cuando hayamos completado nuestro asunto.

Ahora que el orgullo herido de Zaratustra estaba satisfecho, la mayoría de las sombras retrocedieron hacia la figura creada por él y la habitación cobró cierta luminosidad.

—¿Y qué asunto es tan importante como para que exijas una audiencia personal?

—Debo conseguir transporte hacia Egipto de inmediato. Nadie llega a esta tierra sin que tú lo sepas. Estoy segura de que podrías ponerme en contacto con alguien familiarizado con los de nuestra especie y capaz de proporcionarme un pasaje seguro.

—¡Ésa es una tarea sencilla de la que el rebaño puede ocuparse! — exclamó Zaratustra. La habitación quedó completamente a oscuras debido a su acceso de rabia—. Y, sin embargo, ¿¡te atreves a molestarme con ello!?

Constancia levantó una delgada mano.

—El asunto del que te hablo es de tanta importancia que no puedo permitirme el lujo de aguardar varias noches a que mis criados negocien con los tuyos el acuerdo final. Debo insistir en que la situación es sumamente urgente.

—Así lo has expresado —refunfuñaron las sombras. La suspicacia y el enfado impregnaban cada una de las palabras de Zaratustra—. Muy bien. Hay uno que navega hacia Egipto en estos momentos. Es de la sangre, aunque si confías en él será por tu cuenta y riesgo pues se trata de un Seguidor de Set.

Unas conexiones a medio recordar palpitaron en la mente de Constanca.

—Os referís a Ankhesenaten, ¿verdad?

—Al mismo. Aunque, en estas tierras, todos lo conocen como Andreas.

En más de una ocasión, Constanca había sido testigo de cómo se manifestaban los invisibles hilos del destino en situaciones aparentemente casuales, pero no dejaba de ser sorprendente. Sabía algo acerca del Setita Ankhesenaten, aunque sólo por comentarios de terceros con los que ella se comunicaba de forma regular. Estaba más alejado de Caín que ella, pese a que su raza, como sugería el nombre de su clan, debía lealtad sólo al antiguo Set, el oscuro dios de la mitología egipcia. Al ser de una generación tan avanzada, la sangre de Ankhesenaten era mucho más débil que la de Constanca y, además, carecía de los milenios de experiencia con los que ella contaba. Pese a todo, parecía que se había desenvuelto bastante bien en la sociedad cainita.

Había convivido con los no-muertos durante varios siglos y se había establecido como comerciante de buena reputación. Se decía que era un individuo encantador y accesible; había adquirido el hábito de emplear distintas variaciones de su nombre para los diversos lugares que frecuentaba. Así, el Setita se hacía llamar «Andrew» cuando estaba en el Sacro Imperio Romano, «Andreas» en Bizancio y «Ahsan» en Palestina. Oír hablar de Andreas tan poco tiempo después de su enfrentamiento con Alexia Theusa no dejaba de ser curioso, desde luego, aunque Constanca estaba segura de que el vampiro egipcio no era la reencarnación del amante de Alexia. Más bien, el detalle parecía sugerir que Constanca seguía por el buen camino.

—Andreas de Egipto. Sí, sin duda podrá satisfacer mis necesidades.

—Entonces no te retendré más.

Aquél había sido un encuentro entre iguales pero Zaratustra no sentía ningún interés en prolongar el contacto con nadie en quien no confiara completamente; esto es, con nadie en absoluto.

—Un último detalle, Zaratustra. El día se aproxima con celeridad. Quisiera asegurarme de que Andreas no partirá sin que haya tenido antes ocasión de hablar con él.

—De acuerdo. Enviaré un mensajero a San Simeón para pedirle que retrase su viaje hasta que hayas llegado allí. Pero nada más. —La figura de sombras se dispersó, dejándola sola en la pequeña habitación. Zaratustra habló una última vez desde la tenue oscuridad—. Pero no debes esperar más favores de mí, sacerdotisa, o tendré que reconsiderar nuestros acuerdos.

PRINCIPADO DE ANTIOQUÍA
24 DE AGOSTO DE 1204

La Cripta de las Sombras estaba situada bajo un pequeño torreón al sur de Antioquía. Era uno de los muchos lugares en los que Zaratustra se reunía con sus subordinados y visitantes. La oscuridad pendía sinuosa de sus angulosas arquerías y se ceñía en torno a las escasas antorchas que iluminaban las cámaras subterráneas. De las tinieblas emergía una hambruna inquieta que hacía que hasta Constancia experimentara una cierta incomodidad. La sensación se parecía un poco a las emanaciones de los agitados espíritus atrapados en el Pozo de los Huesos, pero carecía de la desesperada humanidad propia de los fantasmas. La oscuridad era aquí una fuerza sin conciencia o disciplina, que se mantenía a raya sólo gracias a la voluntad de su señor Zaratustra.

El visir Zakariah guió a Constancia y a su séquito hasta la cámara principal de la cripta. Era una inmensa habitación ovalada con un techo alto oscurecido por el humo y las sombras. Aunque Zaratustra era invisible a la mirada, se podía percibir su presencia dentro de la sala. Una tensión resonante impregnaba el aire, como una tormenta próxima. Otras figuras acechaban en la hambrienta oscuridad de la habitación pero, a pesar de los sentidos agudos de Constancia, le resultaba imposible asegurar si se trataba de la prole de Zaratustra o de sombras dotada de voluntad propia. Se sintió un poco más aliviada e incluso divertida al advertir el parpadeo de incomodidad que brillaba en el aura de Zakariah. Pese a ser un sirviente leal del antiguo Zaratustra, el visir había sido Abrazado en el seno de los Hijos de Haqim. *La oscuridad viviente es tan extraña para él como lo es para mí.*

Al menos, el Assamita era lo bastante valiente como para mantener su inquietud bajo control. En un tono que rayaba en el aburrimiento, dijo:

—Habéis sido hallados culpables de ofender al verdadero príncipe de Antioquía y Trípoli, Su Excelentísima Oscuridad, nieto de Lasombra y Señor de las Sombras, Zaratustra. ¿Aceptáis vuestro castigo con consentimiento y sin reservas?

—Nos sometemos a su autoridad —respondió Constancia.

Lanzó una mirada a sus iniciados. Los cuatro hombres se encontraban agrupados, mirándose los unos a los otros con desazón. Se habían enterado del castigo apenas una hora antes. No se les había comunicado el destino que aguardaría a dos de ellos, pero sabían que seguramente terminaría con la muerte. Para su sorpresa, los ghouls aceptaron la noticia sin protestar aunque no estaban entusiasmados. Cada iniciado tenía asimilado que su vida había cambiado al convertirse en un iniciado del clan Capadocio. La conducta de los vampiros era muy diferente de la de los hombres mortales. Todas las consecuencias serían aceptadas con el conocimiento de que cada uno había elegido libremente la senda que lo había llevado hasta allí. Como buenos seguidores de la Senda de los Huesos, los iniciados podrían encontrar alivio al saber que sus almas se desplazarían a la siguiente etapa del ciclo una vez hubieran muerto.

Aún así, se hubieran sentido todavía más reconfortados de no haber sido ellos los encargados de recibir el castigo del Lasombra.

Cuatro figuras surgieron de las sombras. Pese a estar envueltas en capas tan negras como la oscuridad reinante era evidente que se trataba de personas de carne y hueso. Se acercaron a los ghouls Capadocios y los sometieron a una severa inspección. Después de unos minutos, durante los cuales los iniciados lucharon por controlar su temor para que éste no se transformara en pánico, las figuras se dividieron por parejas y se acercaron a dos de los hombres. Hamarta y Dhanep se volvieron hacia Constancia, mas ella no tenía nada que ofrecerles. La decisión estaba tomada.

Los dos ghouls caminaban con los pasos arrastrados de los condenados mientras las dos figuras los guiaban. Con bruscos gestos se les dio a entender que debían subirse en el amplio plinto pétreo dispuesto en el centro de la habitación. Una vez que Hamarta y Dhanep hubieron ascendido, los cuatro Lasombra vestidos con sus túnicas ocuparon las posiciones que se correspondían con los puntos cardinales y elevaron los brazos a modo de súplica.

—Presentamos una ofrenda de aquellos que han pecado contra ti —anunció uno—. Juzga su valor, gran Zaratustra.

Alentados por las palabras, varios zarcillos de oscuridad se arremolinaron en la habitación como una nube de murciélagos. Akil y Palladius recularon, mientras Qalhara se preparaba para rechazar cualquier posible ataque. Constancia echó una ojeada a la puerta por la que habían entrado, pero se había perdido en las tinieblas. Las sombras se ciñeron alrededor de las

antorchas y de sus irregulares llamas sumiendo el lugar en la oscuridad durante un largo y terrorífico minuto. Cuando volvió la luz, Hamarta y Dhanep se hallaban suspendidos sobre el plinto, en el interior de una arcana estructura. Creado a partir de las sombras, el complejo diseño capturaba la mirada y petrificaba el alma. Afiladas sondas de púas se hundían en su carne, arrancándoles aullidos amortiguados sólo por las mordazas de sólidas tinieblas. Los hombres trataban de desembarazarse sin éxito de las muchas cadenas, tiras y espinas mientras las motas de sombra se arremolinaban en torno a ellos como un torbellino.

Los cuerpos de los hombres aparecían a la vista en contadas ocasiones, pero era imposible ignorar sus chillidos cada vez más intensos. Una neblina cegó de repente la visión de Constancia. Parpadeó; al limpiarse los ojos, la mano quedó teñida de un tinte carmesí. *Las sombras, se percató. ¡Hamarta y Dhanep están sufriendo tantas heridas que de ellas mana una bruma de sangre!*

Las pequeñas lesiones y otras violaciones que los iniciados estaban padeciendo los mantenían sumidos en la agonía pero sin llegar a matarlos. Finalmente, mucho después de haber superado un punto donde nadie esperaría que siguieran vivos, sus gemidos languidecieron hasta quedar en silencio. El enjambre de sombras se dispersó, dejando tras de sí una obscenidad triturada sobre el plinto. La visión de aquello era más de lo que los iniciados supervivientes podían soportar y perdieron el control. Palladius se desmayó y Akil comenzó a vomitar de manera incontrolable.

—La ofrenda es aceptable —sentenció Zaratustra desde las sombras circundantes—. Tu ofensa ha sido perdonada, Constancia. Te sugiero que partas de mi reino con la debida rapidez. Y cuando regreses a vuestro monasterio, te recomiendo que busquéis una ruta alternativa. No puedo garantizarte que vaya a ser tan complaciente si decides pasar nuevamente por aquí.

Constancia y Qalhara cabalgaron juntas hacia los muelles de San Simeón. Los dos iniciados supervivientes, Akil y Palladius, las seguían e iban a la cabeza de un cuarteto de caballos sin jinete. La urgencia de la misión había dado a los hombres poco tiempo para la reflexión, pero Constancia sentía que el destino de sus camaradas pesaba mucho en sus corazones. *Tendrán que aprender a vivir con ello, pensó. Esta situación podría repetirse nuevamente antes de que haya finalizado el viaje.*

El barco mercante del Setita Ankhesenaten fue bastante fácil de distinguir cuando estuvieron cerca. El *Virtud Dorada*, núcleo de una actividad frenética,

era inmenso aunque con un diseño muy elegante que daba a entender que se trataba de una embarcación muy capaz de alcanzar grandes velocidades en mar abierto. Los marineros subían a bordo y caminaban por los muelles, haciendo los últimos preparativos antes de levar anclas.

Dos hombres vestidos al estilo bizantino, con las cabezas rapadas y rasgos egipcios advirtieron que los Capadocios se aproximaban. La pareja dejó de vigilar las labores de la tripulación y se acercó para recibir a Constancia. El más musculoso de los dos se adelantó para sujetar la brida del caballo, lo que la permitió desmontar con facilidad.

—Sed bienvenida, suma sacerdotisa —la saludó el delgado en griego. En sus afiladas facciones se adivinaba un intelecto astuto, aunque su sonrisa era extrovertida y encantadora. Hizo una breve reverencia cuando Constancia descendió sobre las tablas de madera—. Me llamo Andreas, ¿cómo, podría ayudaros?

Ella le devolvió el saludo con una inclinación de cabeza.

—Me alegra saber que el mensajero llegó antes de que os marcharais. Debo agradeceros que retrasarais vuestro viaje.

—Vuestra gratitud no es necesaria. No habríamos abandonado el puerto aunque no hubiéramos recibido el aviso de Antioquía. —Sonrió y se encogió de hombros—. Éste es el destino final de las muchas visitas a diversos puertos que descansan a lo largo de la costa mediterránea. Llegamos desde Tarso anteayer y sólo ahora partiremos.

—¿Y cuál será vuestro próximo destino?

—Alejandría. Los mercados de Khem esperan los productos que hemos adquirido en el este.

Khem; la Tierra Negra. Lo que los egipcios llamaban su hogar. La palabra no era tan antigua como para que Constancia la hubiera olvidado y sintió cierto placer al escucharla de nuevo después de tanto tiempo.

—Ocurre que tengo la necesidad de llegar a Egipto. Me gustaría que pudieras llevarme a bordo de tu embarcación.

Con otro encogimiento de hombros, Ankhesenaten miró a los Capadocios.

—Los cuatro portáis escaso equipaje con vosotros. Supongo que podría encontraros espacio. Pero vuestras monturas... podrían suponer un problema.

—No te preocupes por eso. Nos aseguraremos de dejarlas en un establo; cuidadas hasta nuestro regreso. —Constancia estaba tan preocupada por sus monturas como lo había estado de entregar a Hamarta y Dhanep al horrible castigo de Zaratustra. Lo que venía a significar que la supervivencia de sus compañeros de viaje era algo irrelevante comparada con la necesidad que

tenía de encontrar al Giovanni errante—. Supongo que no será difícil encontrar un medio de transporte adecuado cuando hayamos llegado.

—Luego está el problema de vuestra acompañante. ¿Es una Lamia, verdad? —Constancia asintió—. Nunca he tenido el placer de viajar en compañía de una Lamia, pero uno oye rumores, ¿comprendéis? Dicen que llevan consigo la peste. —Calló un instante y a continuación señaló con un movimiento de la cabeza el *Virtud Dorada*—. La enfermedad a bordo de un barco es un asunto peligroso.

—Qalhara evitará alimentarse a bordo de vuestra embarcación, mas te pediría que nos detuviéramos a lo largo de la ruta para que pudiera hacerlo.

La Lamia se puso muy tensa al escuchar aquella conversación pero sabía que era por el bien de todos. El don que Lilith les había otorgado con los humores no estaba exento de un precio, una enfermedad virulenta que se extendía a todos los mortales de los que se alimentaran. Qalhara tenía la costumbre de drenar completamente a sus víctimas para así impedir que la epidemia proliferase.

—De acuerdo. Lo más probable es que podamos comprar esclavos en Chipre. —La curiosidad era evidente en los ojos de Ankhesenaten, mas no la expresó en voz alta. Hizo una seña al hombre que sostenía las riendas del caballo de Constancia—. Goreb os conseguirá alojamiento para las monturas. Lo que nos dejará tiempo para discutir mis honorarios.

* * *

—¿Ha habido algún cambio en su actitud, Akil?

—No, señora. Los hombres de la serpiente continúan preguntándonos cuál es el motivo de nuestro viaje pero de una forma sutil.

—Ésas son las costumbres de aquellos que siguen a Set —le explicó Constancia—. Ya sean cainitas o mortales son especialistas en dirigir las conversaciones hacia donde les interesa. Con sus juegos de palabras pueden hacer creer a los incautos que han encontrado a un amigo o aliado leal al mismo tiempo que les hunden sus colmillos de serpiente.

Akil y Palladius asintieron y prometieron tenerlo presente. Qalhara no respondió a la advertencia. Ella provenía de Nubia, al sur de Egipto. Estaba familiarizada con el comportamiento de los Setitas y, a pesar de lo exagerado del aviso, no estaría de más que los iniciados estuvieran atentos.

Constancia guardó silencio durante un tiempo, mientras sopesaba sus opciones. Los Capadocios habían pagado su pasaje a bordo del *Virtud Dorada*

pero no tenían la obligación de divulgar nada más que el destino al que deseaban llegar. Con todo, no podía ignorar la conveniente coincidencia que había supuesto el que Ankhesenaten estuviera en San Simeón y los pudiera transportar en el instante mismo en el que lo necesitaban. Tampoco el hecho de que estuviera muy familiarizado con la tierra de Egipto. Y mucho menos podría olvidar que uno de los nombres por los que se hacía llamar fuera el mismo del largamente perdido amor de Alexia Theusa. Después de varios milenios como vidente, Constancia sabía que las coincidencias no eran otra cosa que presagios. Tratar a Ankhesenaten como a un simple guía sería como ignorar la posibilidad de establecer una alianza útil o descubrir a un posible enemigo. Cualesquiera fueran sus intenciones (un asunto no falto de cierta frustración para Constancia, puesto que aún no había obtenido información valedera de los oráculos), los Capadocios no sabrían nada si permanecían recluidos en sus camarotes durante el tiempo que durase el trayecto.

—Tengo confianza en vuestro control —dijo ella—, pero los Seguidores de Set son astutos y persistentes. Están seguros de que terminarán sabiendo algo a pesar de vuestros esfuerzos por ocultárselo, a menos que les proporcionemos unas respuestas que los convenzan de que no es necesario seguir investigando. Solicitaré una audiencia con «Andreas». Satisfaré su curiosidad y reuniré algo de información útil.

* * *

El camarote de Ankhesenaten era sorprendentemente espacioso comparado con las estrechas habitaciones tan comunes a bordo de otros barcos. Era de esperar, pues por lo que Constancia sabía, los Setitas gustaban del lujo tanto como los Capadocios del ascetismo. Por lo menos, él no era tan absolutamente decadente como otros de su clase. El camarote era opulento sin llegar a agobiar los sentidos o, expresado de otra manera, estaba decorado con buen gusto.

Con un ademán, invitó a Constancia a sentarse y a continuación tomó asiento frente a ella; lo bastante cerca como para crear intimidad pero no tanto como para ser descortés.

—Si el clima nos es favorable, llegaremos a Alejandría dentro de una semana.

—Sospecho que sientes curiosidad por los motivos de mi viaje. — Constancia no estaba por la labor de andarse por las ramas.

—Sí, debo admitirlo. Mas no soñaría con entrometerme en cuestiones en las que sólo vos podéis hacerlo, señora Constanca.

Ella reparó en el empleo de la palabra «soñaría» y reflexionó de nuevo sobre las manipulaciones del destino.

—Aprecio tu cortesía. He pasado todas estas noches a bordo de tu embarcación meditando acerca de nuestro encuentro y si existe una razón más allá de la simple casualidad que haya unido nuestros caminos.

Ankhesenaten tenía bien estudiada la conducta que debía adoptar un oyente educado.

—¿Y a qué conclusión habéis llegado?

En lugar de responderle directamente, Constanca dijo:

—Nuestra gente, la tuya y la mía, lleva muchos siglos enfrentada. Nosotros, los Capadocios, buscamos las respuestas a los misterios de la muerte y los Seguidores de Set salvaguardan celosamente una tierra que oculta secretos inimaginables.

—Sólo protegemos aquello que es nuestro por derecho y herencia —respondió Ankhesenaten, evidenciando cierto enojo a través de su cortés fachada—. Vos...

—Te ruego me permitas continuar. No deseo poner objeciones a vuestro deseo de mantener intacta vuestra influencia sobre Egipto. Desde hace tiempo vengo pensando que mucho de lo que los antiguos aprendieron en aquellos tiempos remotos debe permanecer tranquilo bajo la arena. Sé que, al igual que las criaturas vivas, algunos conocimientos deben permanecer en el olvido. Es el destino de las cosas. —Constanca se permitió una sonrisa frente al desconcierto del Setita. Estaba adentrándose en el reino de lo esotérico—. No obstante, algunos de mi clan no sólo desafiarían el orden de las cosas, sino también vuestra soberanía sobre Egipto.

—Ah... —Los ojos de Ankhesenaten emitieron un brillo de entendimiento—. Los Lazarenos.

—Sí. Dime, Andreas...

—Por favor, pronto llegaremos a Khem. Llamadme Ankhesenaten.

Constanca aceptó la corrección con un suave gesto de la mano.

—Ankhesenaten. Dime, ¿qué sabes de los chiquillos de Lázaro?

—No mucho. Son devotos de la muerte, Capadocios, como vos, que entran en nuestra tierra sin permiso y corrompen nuestros enigmas.

—Bastante aproximado, aunque ni siquiera vuestro clan posee el secreto que anhelan conseguir. —Se percató de cómo había fruncido Ankhesenaten los labios al oír que llamaba «clan» a los Seguidores de Set. Las serpientes

negaban cualquier conexión con Caín. No obstante, lo dejó pasar porque estaba más interesado en saber adónde quería llegar Constanacia—. Creo que tú sabes quién es el dueño de esos secretos, ¿no es así?

Ankhesenaten se concentró completamente en ella.

—A menos que me confunda, estáis refiriéndoos a los resurrectos.

—Nuestra raza está congelada en un instante de limbo. Un momento entre la vida y la muerte. No nos hemos apartado del ciclo, somos sólo un intervalo de tiempo indefinido dentro de un continuo girar. —En su tono se atisbaba la furia—. No es nuestro deber, ni el de ningún otro, forzar un cambio en el ciclo de vida y muerte. Empero, existen algunos que osan hacerlo. Como habéis dicho: los resurrectos. Desafían al ciclo y obligan a los espíritus a vivir antes de tiempo.

—Nosotros entendemos la cuestión de otra forma, pero comprendo a qué os referís.

Constancia estaba convencida de que decía la verdad. Se decía que los resurrectos, a veces llamados momias porque sus cuerpos habían sido embalsamados a la antigua usanza con *mumiyah* o betún, eran los principales enemigos de los Setitas. De la misma forma que el oscuro dios Set había luchado contra su hermano Osiris, lo hacían ahora los Seguidores contra los recién nacidos hijos del dios de la vida y la muerte. Alguna vez se había preguntado si los mercaderes que decían vender «polvos medicinales» (fabricados con los huesos triturados de los cadáveres repletos de betún y con cierto parentesco lejano con los resurrectos), no eran en realidad agentes Setitas con una inventiva especial.

En cualquier caso, las criaturas eran realmente insólitas. Incluso con los años que llevaba investigando, Constanacia conocía a las momias sólo a través de la leyenda y el rumor. Lo que había aprendido hablaba de seres misteriosos con un gran poder. Y, más aún, estaban dotados de la verdadera inmortalidad y, por lo tanto, contaban con los medios necesarios para desafiar a la muerte.

—Entonces comprenderás también que existen Capadocios que anhelan desde hace tiempo descubrir los secretos de la resurrección, aunque al hacerlo desafíen la voluntad de Dios y de los propios Capadocios.

—Qué cosa tan curiosa —dijo Ankhesenaten. En sus labios se dibujó la sombra de una sonrisa, pero sus ojos mostraban seriedad. Las momias estaban muy lejos de ser una frivolidad para los de su clase—. ¿Acaso no es eso lo que Lázaró, vuestro compañero de clan, ha estado intentando averiguar? ¿Por qué no ha castigado vuestro progenitor semejante afrenta?

—No son asunto tuyo las razones por las cuales Cappadocius escoge ciertos caminos y no otros. Todo lo que necesitas saber es que yo he venido para encargarme de Lázaro y de sus chiquillos.

La sonrisa de la serpiente se ensanchó y en su mirada resplandeció una chispa del placer.

—Fascinante. Os deseo mucha suerte.

—Estaría más próxima a lograr mis objetivos si tú me ayudaras.

—Me halaga que creáis útiles mis humildes talentos, señora Constancia. Sin embargo, además de asegurarnos un seguro desembarco en Alejandría, no imagino de qué manera podría yo ayudar a alguien de vuestro poder e influencia.

—Yo te lo diré. Has viajado mucho vendiendo tus productos. Yo necesito a alguien como tú, que me sirva de guía en Egipto. Otros Setitas podrían malinterpretar mis intenciones y carezco del tiempo y la paciencia necesarias para explicar mis razones una y otra vez. Además, podría ser muy beneficioso para ti que lográramos arrancar la espina que tanto incomoda a los de tu orden.

—Señora Constancia —comenzó a decir Ankhesenaten, después de haber considerado la oferta—, confieso que disfruto de vuestra compañía. Sólo por esa razón me siento inclinado a ofreceros mi ayuda.

* * *

—Entonces, señora, ¿cree sólo que andamos tras la pista de Lázaro?

Por el tono de voz de Palladius, Constancia pudo adivinar que tenía en mente una segunda pregunta.

—No temas ser franco conmigo, Palladius. ¿Qué te preocupa?

—No... no me atrevería a poner en duda lo que decís, señora...

El iniciado se removió intranquilo bajo la atenta mirada de la sacerdotisa. Qalhara sostuvo con tanta fuerza el venablo de madera que estaba limpiando que lo hizo crujir. Palladius palideció al advertir la mirada feroz de la guerrera. Con un temblor en la voz, el ghoul llegó al quid de la cuestión:

—¿Creéis que la serpiente podría llegar a dar por válido el embuste de que un grupo tan escaso como el nuestro debe tratar con los herejes?

—Estoy convencida de que no creyó la mentira en ningún momento. Cosa que, por otra parte, es exactamente lo que yo pretendía. Sin embargo, *siente* una enorme curiosidad por conocer mis verdaderos propósitos y cree que podrá averiguarlos si me ayuda. Sin duda los Setitas son grandes maestros de

la seducción, pero no es menos cierto que son muy vulnerables a la tentación. Ankhesenaten me ayudará siempre y cuando desconozca cuál es mi intención principal.

Palladius asintió con vigor y se apresuró a retirarse. Constancia no necesitó comprobar la llamarada en el aura del iniciado para darse cuenta de lo mucho que lo había sorprendido que se le hubiera permitido interrogar de aquella manera a la suma sacerdotisa y que ella hubiera accedido a responderle.

Una vez que el hombre hubo cerrado la puerta del camarote tras de sí, Qalhara dejó a un lado el venablo y miró directamente a Constancia.

—Jugáis un juego peligroso, señora. Sería más sensato reunir a una fuerza mayor para destruir a Lázaro. De ese modo evitaríamos que tuvieran lugar cualquiera de los dos futuros que habéis augurado.

—Hemos hablado de este tema en otras ocasiones —respondió Constancia, sin privar su tono de cierta suavidad—. No tenemos tiempo para reclutar a nadie más. Ten por seguro que si consultáramos con otros cainitas, cuestionarían y considerarían el problema desde todos los ángulos. Forma parte de nuestra naturaleza. Pero estaremos perdidas si nos embarcamos en la reflexión. Eres una persona firme y te lo agradezco. Mas incluso los iniciados plantearían objeciones a mi decisión si no fuera porque están obligados a rendirme lealtad por beber de mi sangre. Y, aunque pudiéramos convencer a otros, éste no es el momento indicado para enfrentarse a Lázaro. Su sangre es extremadamente potente y sólo Caín sabe qué puede haber descubierto durante estos siglos en su exilio del desierto.

—Pero, a diferencia de vos, no cuenta con un soldado como yo entre sus filas.

—Cierto. Pero aún siendo tan hábil como eres, Qalhara, seguramente Lázaro cuenta con un sinnúmero de seguidores que acudirán raudos a su llamada. No, enfrentarse con él directamente es una insensatez. Lo mejor será que encontremos primero al Giovanni.

—¿Y qué sucederá si el Giovanni encuentra a los Lazarenos antes que nosotras a él?

La delgadísima piel de Constancia mostró con detalle el movimiento de cada músculo cuando apretó la mandíbula.

—Tendremos que hacer cuanto podamos para que eso no suceda.

* * *

Qalhara estaba de pie en la proa del *Virtud Dorada*; su mente era un torbellino de pensamientos. Quizá fuera el único ser en quien Constancia confiaba. A cambio de ello, Qalhara ofrecía a su señora una lealtad sin reservas. No obstante, las intenciones de Constancia la inquietaban. Sabía perfectamente que la suma sacerdotisa tenía mucha más experiencia que ella en lo que se refiere a la interpretación de los oráculos, pero los augurios eran de una magnitud tan enorme y compleja que dudaba que unas pocas noches de intenso estudio bastaran para comprender el significado completo de las visiones.

Los acontecimientos se estaban sucediendo a un ritmo vertiginoso y estaba claro de que ya nadie podría convencer a Constancia de que recapacitara. Era muy posible que fuera a tener que actuar de forma independiente pese a las órdenes de su señora. Le desagradaba considerar tal posibilidad, pero no era la primera vez que sucedía. Hacía siglos se había percatado de que los augurios no equivalían a la omnisciencia y había tomado medidas para proteger a la suma sacerdotisa sin que ella lo supiera. Un Capadocio y dos individuos de otros clanes habían perecido a sus manos como recompensa por haber querido exterminar al Oráculo de los Huesos. Estaba convencida de haber hecho lo correcto en cada momento, pero el mantener aquellos actos en secreto la hacía sentir como una traidora. *Y, sin embargo, si Constancia está equivocada, ¿no es acaso mi deber protegerla de sí misma?*

Estos pensamientos continuaron dándole vueltas en la cabeza, como había venido ocurriendo desde que Constancia la informara sobre los verdaderos propósitos del viaje. Por desgracia, y a pesar de todo lo que había meditado, no conseguía llegar a una conclusión. En un intento por liberarse de su frustración, volvió la mirada hacia el sur, hacia la oscura serpentina que era Egipto. No llegarían a Alejandría hasta la noche del día siguiente, de modo que aquella sombra entrevista sería lo único que podría admirar de ese continente que había sido su hogar hacía mucho tiempo. Cuando la Lamia volviera a despertar habrían alcanzado ya la costa.

Seiscientos años. Han transcurrido seiscientos años desde la última vez que vi la tierra donde nací.

Aunque el Delta del Nilo estaba lejos aún de Nubia, Qalhara podía sentir un vínculo con aquel lugar. Había seguido el curso del Nilo desde la parte más baja de Nubia —Wawat— recorriendo todo Egipto y desembocando aquí, en el mar. *Ésta es la última imagen que vi en mi antigua vida, en mi vida como mortal. Y, aquí estoy de nuevo.*

¿Podía otorgarle a aquello un sentido más profundo a su existencia? Había servido a Constancia el tiempo suficiente para saber que existían diversos significados en cada evento y acción que tenía lugar. Se trataba de conexiones que rara vez eran evidentes para una percepción desacostumbrada. Quizá incluso pudiera encontrar un vínculo entre sus recuerdos del pasado y el dilema que le atormentaba en el presente. Pero había transcurrido tanto tiempo... Sus antiguas vivencias quedaban ocultas tras el velo del olvido.

Recordó entonces una cosa. Una imagen que desafiaba su memoria olvidadiza. El acontecimiento que había cambiado su existencia. Como la mayoría de los que se habían abierto camino hasta el clan Capadocio, su experiencia había empezado con la muerte...

Un cadáver: la piel estirada y en tensión mientras los gases de la corrupción amenazan con hacer estallar el cuerpo, los ojos como dos cuencas sangrientas vaciadas por el picoteo de los pájaros hambrientos, gusanos y escarabajos atracándose en la carne pútrida... Aquella había sido su primera exposición a la muerte. Siendo sólo una niña en la selva al norte de Nubia se había tropezado con el cadáver de su primo que había desaparecido una semana atrás. Kutasha había perecido por causa de su legendaria torpeza. El muchacho había resbalado por un empinado barranco y al caer se le había clavado una rama en la garganta. Aún yacía allí, colgado. Una densa nube de moscardones lo sobrevolaba con intención de saborear la sangre que había manado de su cuello y le había empapado el cuerpo. La pequeña Qalhara, que había llegado hasta el barranco escondiéndose de sus hermanos durante sus juegos, no estaba preparada para el horror del descubrimiento.

Sintiéndose tan asqueada como fascinada, la niña no había podido evitar mirar a Kutasha colgado de la rama. Ésta había conseguido abrirse paso por el abdomen hinchado, liberando diversos gases malolientes y la sopa que su primo había ingerido poco antes de morir. La muchacha apenas tuvo tiempo de retroceder antes de que una masa pútrida cayera a sus pies y la salpicara. Qalhara vomitó hasta que no hubo nada más que extraer de su interior. Continuó siendo presa de las arcadas y los espasmos hasta que unos minutos después logró encontrar un lugar donde el aire no estaba viciado.

Y, sin embargo, su curiosidad era mayor que su horror. El cadáver había despertado algo en su interior, una atracción primitiva que la llevó a mantener en secreto el destino del que había sido víctima Kutasha. Regresó las siguientes semanas para observar cómo iba cambiando el estado de

putrefacción del cuerpo de su primo. Cuando quedó de él poco más que hueso, caído hacía tiempo de la rama asesina de la que solía colgar, Qalhara sintió un vacío en su interior. Estaba segura de que podría aprender más sobre aquello pero no en la ignorancia que reinaba en la selva. Kutasha la había mostrado todo lo que había podido. El pesar se adueñó de ella pues deseaba saber más sobre el misterio de la muerte: cómo se transformaba el cuerpo a medida que la putrefacción avanzaba, qué era lo que provocaba aquellos cambios, qué sucedía con la persona que había morado en aquella carne...

¡Qué poder había de tener la muerte para obrar semejantes portentos! Qalhara permaneció allí hasta tarde, ignorando la amenaza del sol poniente y el sutil cambio de sonidos que la selva emitió al anunciar la llegada del gran depredador. Alertada por fin por un instinto ancestral de peligro, se volvió. Vio a una mujer tan pálida como los gusanos que se habían alimentado del cuerpo de su primo. La mujer la miró y sonrió; mostrándole unos dientes sumamente blancos y afilados.

—Sabía que alguien acudía a este lugar para estudiar el cadáver, pero no sabía si te quedarías lo suficiente como para que pudiéramos conocernos —le explicó la mujer. Sus palabras estaban dotadas de un tono exótico, aunque no tenía dificultades para entenderla. Extendió la mano y continuó sonriente—: Ven. Tienes muchísimo que aprender.

A pesar del pánico que la había embargado, Qalhara estaba muy tranquila. Marchó aquella noche en compañía de la mujer, Indira, que le enseñó los misterios de la muerte y los secretos de Lilith, primero como una mentora y después como sire.

Despertó de sus ensoñaciones. Reflexionó sobre el recuerdo con cierta objetividad. Había abandonado África siendo una mortal, pero regresaba como nomuerta. Estaba segura de que existía algún sentido oculto. Puede que incluso una solución a sus preocupaciones sobre el viaje a Egipto.

Justo en el momento en el que el pensamiento empezaba a cobrar forma, escuchó gritos en la cubierta. Una refriega, gritos de dolor y advertencia, y un chillido inhumano. Qalhara reaccionó por instinto. Sus armas estaban en el camarote, pero seguía constituyendo una gran amenaza armada sólo con sus manos y su astucia. Retrocedió hacia el origen del tumulto, y no había recorrido ni dos pasos cuando vio algo pálido que pasaba como un rayo por encima de la barandilla. Entrevió la figura un instante antes de que describiera un arco y se desvaneciera en las aguas con un chapoteo.

A bordo, el griterío continuó reproduciéndose como una cacofonía caótica. Distinguía los sonidos lo bastante bien como para saber que la amenaza había desaparecido con aquel pálido borrón. Qalhara, sin embargo, no bajaría la guardia hasta haberse asegurado que su señora estaba bien. Constancia emergió a la cubierta con su acostumbrada compostura y pidió una explicación. La guerrera negó con un gesto.

—Oí gritos y vi una figura que saltaba al agua. Pero no puedo decir más.

—Algo de las aguas —le explicó a voz en grito el Setita Ankhesenaten desde una de las barandillas. Parecía tan tranquilo como Constancia, aunque uno de los miembros de su tripulación se desmoronó a sus pies. El hombre estaba empapado de la sangre que manaba de los muchos y feos cortes que tenía dispersos en el cuello y el pecho—. De tanto en cuando emergen algunas criaturas que atacan a los marineros desprevenidos.

Qalhara luchó contra la hambruna que sintió al contemplar la sangre. El último de los tres esclavos turcos comprados en Limassol había perecido hacía tiempo. Al girarse para prestar atención a las posibles directrices de su señora, la Lamia vio que Constancia observaba con interés al marinero asesinado.

—Considerando las lesiones infligidas —empezó la sacerdotisa—, debió tratarse de una criatura muy fiera y desesperada.

—Es uno de los peligros de la navegación. Deberíamos de estar bien ahora que la tripulación está alerta —Ankhesenaten hizo un ademán para que dos marineros se deshicieran del cuerpo—. El sol no tardará en salir, señora Constancia, sería mejor que descendierais bajo cubierta.

Qalhara permaneció en su puesto mientras la suma sacerdotisa bajaba a las entrañas del casco y la tripulación regresaba a sus tareas. *Un monstruo marino; qué extraño.*

Pese a lo insólito del caso, aquélla no era la primera vez que se encontraba ante una rareza. Había visto muchas a lo largo de su prolongada novida. Evocó de manera fugaz la ceremonia Lasombra y luego prosiguió con los recuerdos que la habían tenido absorta antes de que el marinero fuera atacado. Mas el pensamiento se había evaporado como la niebla ardiendo bajo el sol. Apretó los dientes, llena de irritación. Estaba convencida de que Constancia habría percibido la relación al instante, incluso a pesar de la inoportuna conmoción.

La respuesta seguía estando allí. Acechaba en las sombras de su memoria. Pero Qalhara no daría con ella recurriendo a los fríos razonamientos de los

Capadocios, tendría que darle caza con su astucia y sigilo, con el ingenio sin igual de una Lamia.

TERCERA PARTE
«EL CAIRO»

ALEJANDRÍA
2 DE SEPTIEMBRE DE 1204

El viaje a Egipto de Markus Musa Giovanni no le estaba reportando las revelaciones que había esperado. Había confiado en arrancarle nuevos secretos al fragmento de arcilla recuperado entre las cenizas de la Lamia. De noche, en el barco cuyos servicios había contratado para el viaje —un pequeño mercante veneciano detraído por una suma exorbitante a la flota que se estaba reuniendo para transportar la cruzada egipcia— Markus se encerraba con el fragmento de Lilith. Tenía que esforzarse mucho para no tocar directamente el fragmento, a pesar de la atracción que le inspiraba. Tras haber visto cómo había enloquecido a la Lamia y había destruido a uno de sus fantasmales servidores, Markus no estaba impaciente por caer bajo su influencia. Tras varias semanas aplicando su prodigioso intelecto y sus conocimientos de lo arcano a su estudio, no había logrado encontrar nada útil. Al final había aceptado la derrota, había guardado el fragmento en una bolsa de cuero y se había resignado a utilizar métodos más directos para dar con la guarida de los Lazarenos.

Por desgracia, esto requeriría más tiempo... un tiempo que él no tenía. Su viaje desde Constantinopla había sido rápido pero la amenaza de la Cruzada egipcia pendía sobre sus espaldas. Quería estar bien encaminado hacia el escondite del Códice de Sargón antes de que la llegada de los cruzados sumiera Egipto en el caos. En especial si, tal como parecía, *Sir Hugh* de Clairvaux estaba reuniendo sus fuerzas para ir en busca del artefacto. Markus tendría dificultades para sacar el Códice del lugar en el que los Lazarenos lo hubieran ocultado. Y tampoco estaba impaciente por enfrentarse a los veteranos guerreros cruzados con el Códice en sus manos.

Como el barco había llegado durante el día, Falsinar y Beltramose eran los que debían ocuparse de hablar con el mercader, Alessandro Sforza. Markus sólo lo conocía de oídas. Ghoul de uno de sus primos, lo habían enviado a Egipto para actuar como representante de la familia en la ciudad mercantil de El Cairo. Con su ayuda, los ghouls de Markus encontraron alojamiento seguro

para su amo y a continuación empezaron a investigar los rumores que corrían por la ciudad. Aquella noche revelaron a Markus lo que habían descubierto. Uno de los rumores que se oía con más frecuencia era el de una nueva cruzada dirigida contra Egipto, hasta tal punto que había ensombrecido toda referencia a la crecida anual del Nilo, que llegaría al delta en unos pocos meses.

—No me sorprende que la noticia de la cruzada haya llegado antes que nosotros —dijo Markus—. Siempre hay barcos más rápidos y se dice que los Assamitas son capaces de enviar mensajes a grandes distancias. Esto hace que sea aún más urgente encontrar el rastro del Códice de Sargón. ¿Qué hay de ese Sforza?

—Es bastante amable y cuanta con una sólida reputación en la zona —respondió Falsinar.

Beltramose asintió mientras lo hacía.

—Hasta el momento nos ha ayudado sin hacer preguntas sobre nuestros propósitos. Y parece un hombre versado en la importancia de la discreción.

—Bien. Es nuestro mejor punto de partida. Hablaré con él para ver lo que sabe sobre los Lazarenos.

Beltramose confirmó que se podía visitar a Alessandro a cualquier hora de la noche. Recorrió con la mirada la cámara abovedada en la que tenían sus aposentos.

—Pero ¿qué me decís de vuestros... eh, *otros* sirvientes?

—Los he enviado a investigar pero no hay garantía de que encuentren algo. Para ellos esta tierra es tan nueva como para nosotros. —Un estremecimiento, a partes iguales emoción e inquietud, recorrió su columna. Era consciente de que se encontraban en una tierra que no sólo era extranjera, sino completamente extraña para ellos. Egipto era un lugar de misterios ancestrales, morada de criaturas poderosas... criaturas que no albergaban demasiado amor por los extranjeros. Y allí él estaba solo, lejos de la protección de su familia o su clan. Markus tenía confianza en sus poderes, pero le faltaba una red fiable de colaboradores que lo mantuviera a salvo y le ayudara a hallar el Códice. Sólo contaba con un par de ghuls, cinco espectros recalcitrantes y la poca información que pudieran obtener de los lugareños. Puede que mereciera la pena arriesgarse a tocar el fragmento de Lilith. Un leve toque, lo suficiente tan sólo para adquirir una noción aproximada del emplazamiento del Códice...

¡No! ¡No debo escuchar los susurros del fragmento! Se agarró la nariz entre el pulgar y el índice y se sacudió de encima la sensación lo mejor que

pudo.

—Vamos. Hablaré con Alessandro Sforza inmediatamente.

Markus descubrió que sus aposentos formaban un ala de una pequeña finca de estilo musulmán. Era una estructura antigua, construida con cierta destreza. Si podía permitirse una casa así, Alessandro debía de ser un hombre de fortuna. Falsinar y Beltramose lo llevaron por un patio central en dirección al ala opuesta. Un criado que los estaba esperando los condujo inmediatamente a un gran salón y les anunció que Alessandro se reuniría con ellos enseguida.

El hombre que se presentó un minuto más tarde era de compleción normal y vestía un caftán típico de la zona sobre un traje de corte veneciano. Ofreció a Markus una cálida bienvenida pero al darse cuenta de que su visitante tenía mucha prisa se dejó de necedades diplomáticas.

Complacido por la perspicacia de Alessandro, Markus le explicó las razones que lo habían llevado a Egipto. Sin ninguna mención a artefactos de la antigüedad o Lamias dementes, le habló de su interés por dar con los Seguidores de Lázaro.

—Decidme, Alessandro, ¿os resulta familiar el nombre de los Lazarenos?

—Lo siento, *Signore* —dijo Alessandro. Poseía una boca demasiado grande y el hábito de acompañar sus conversaciones con gestos vigorosos. Sus amigos y aquellos con quienes hacía negocios aprendían pronto a apartar los objetos delicados cuando llegaba Alessandro—. Pero es un nombre curioso. Supongo que algún día habrá almas miserables que adorarán hasta a las más oscuras figuras que aparecen en la Biblia.

Markus no se molestó en explicarle que el Lázaro del que hablaba no era exactamente el mismo que aparecía en la Biblia.

—Ojalá tuviera tiempo de embarcarme en discusiones teológicas pero me temo que las actuales circunstancias no me permiten pensar en mi placer.

Alessandro se encogió de hombros de manera tan vigorosa que el caftán que llevaba estuvo a punto de caer al suelo.

—Por supuesto, *Signore*. Y ojalá pudiera yo proporcionaros siquiera una migaja de información.

Markus aceptó sus disculpas con un gesto, a pesar de que la inquietud que sentía en el vientre no era tan comprensiva. Ni siquiera un hombre tan bien informado como Alessandro podía saberlo todo. Los Lazarenos apenas eran conocidos fuera del Clan Capadocio; no era de extrañar que un mortal —aun un mortal que tenía tratos con los muertos vivientes— no estuviera al tanto de

su existencia. Pero el mercader podía proporcionarle otras informaciones interesantes.

—¿Y los Capadocios? ¿Habéis oído mencionar en alguna ocasión a estos individuos?

—He oído el nombre. En mis tratos con vuestra familia, por supuesto, pero también en una o dos ocasiones más en esta región. Tengo la impresión de que los Capadocios no son demasiado apreciados en Egipto, aunque ignoro el porqué.

En Egipto, los Setitas guardan con enorme celo los secretos de la muerte. Y la infiltración del hereje Lázaro en este lugar no ha contribuido a mejorar su opinión sobre nosotros.

En voz alta, Markus preguntó:

—¿Nada aparte de eso?

—Nada de importancia, *Signore*. —Otro encogimiento de hombros sacudió por un momento las ropas del hombre—. Me siento honrado de poder ayudar a los Giovanni, pero creo que podréis descubrir más si habláis con uno de vuestros hermanos.

—Tenía entendido que no había ningún Giovanni en Alejandría en estos momentos.

—Eso es cierto, pero no me refería a un miembro de vuestra familia, exactamente. —Alessandro hizo un gesto hacia la pared opuesta—. Hay una numerosa congregación de cainitas en El Cairo. Una mezcla notable: latinos, sarracenos y seguidores de religiones que son aún más extrañas que la de esos adoradores de Lázaro que habéis mencionado. El Cairo es único en muchos aspectos, ¿sabéis? Seguro que alguien tendrá las respuestas que necesitáis.

—Confío en que sea así.

* * *

Markus llegó a El Cairo una semana después de su encuentro con Alessandro. El lugar resultaba tan impresionante como había oído. Las calles eran bulliciosas incluso a altas horas de la noche. Se podían ver incontables variedades de trajes exóticos, lenguas y nacionalidades con solo permanecer parado en un mismo punto durante varios minutos. Habida cuenta de su reciente exposición a la retórica de la cruzada, resultaba especialmente chocante la convivencia de latinos y musulmanes.

No tardó en descubrir que la población vampírica experimentaba una dicotomía similar, aunque con una diferencia intrigante. El cainita que

gobernaba El Cairo era un romano conocido por el nombre de Antonius. Perteneía al clan Ventrue —vampiros tan dotados para el liderazgo como lo estaban los Capadocios para el estudio de la muerte— y llevaba siglos haciéndolo, bajo el título de sultán. El hecho de que compartiera el nombre con otro Ventrue de renombre no era ninguna casualidad. El sultán era progenie del mismo Antonius que durante largo tiempo había sido compañero de Michael y el Dracón en Constantinopla. Para Markus resultaba extraño que un latino y cristiano como Antonius el Joven pudiera mantener el control de una comunidad vampírica predominantemente musulmana.

Claro que era posible que el gobierno de Antonius no fuera tan sólido como las apariencias parecían indicar a primera vista. En las primeras dos noches tras su llegada desde Alejandría, Markus había descubierto que los Seguidores de Set controlaban la práctica totalidad de la actividad mercantil en El Cairo y los territorios limítrofes. Habida cuenta de la posición de El Cairo como nudo comercial, cabía la posibilidad de que la autoridad de Antonius fuera meramente nominal. El auténtico poder entre los muertos vivientes residía en las manos de los mercaderes Setitas.

Era una situación que a Markus no le resultaba desconocida —los Giovanni jugaban al mismo juego con los vampiros Lasombra que ostentaban la autoridad en Venecia— y de haber pertenecido a otro clan, los mercaderes le habrían sido de gran ayuda para sus pesquisas. Pero a pesar de contar con una carta de presentación de Alessandro Sforza, dudaba que pudiera obtener ayuda de los Seguidores de Set. Resultaba frustrante puesto que, siendo como eran muertos vivientes y por añadidura mercaderes, no hubiera podido encontrar otros individuos más afines a él. Con los vampiros no necesitaba esconderse tras un velo de mortalidad, ni envolver sus preguntas en insinuaciones. Podía explicar su propósito de una manera que cualquier cainita entendería, lo que le permitiría ahorrar mucho tiempo y energía. Y los mercaderes suelen estar muy bien relacionados. Gracias a los vínculos que mantenían con el comercio mediterráneo y arábigo, los Setitas estaban muy bien informados. A este respecto no eran muy diferentes de los Giovanni, maestros de la negociación y tan honrados como el que más en cuestiones de negocios: que es como decir, carentes de otra lealtad que la debida a la ley del máximo beneficio.

No obstante, las semejanzas no iban mucho más allá. Los Setitas eran famosos por su naturaleza insidiosa y maquinadora. Otros Capadocios habían advertido a Markus de que sus auténticos intereses iban mucho más allá del comercio. Los Setitas tendían trampas a los curiosos y los tentaban hasta

conseguir que llegaran a acuerdos que pusieran en peligro sus mismas almas. Y, cuando se trataba de muertos vivientes, esta afirmación no era una mera hipérbole.

Si se añadía a esto las fricciones existentes entre Capadocios y Setitas, cualquier trato con los Seguidores de Set había de ser por necesidad un asunto peligroso para Markus. Y como no sentía el menor deseo de colocarse a merced de la duplicidad de las serpientes, el nigromante veneciano decidió investigar primero un camino alternativo.

* * *

La criatura con carne del color de la ceniza dirigió una mirada educada a su invitado.

—Hacía mucho tiempo que no recibíamos a uno del Clan Capadocio. ¿Qué os trae a los dominios del Sultán Antonius, corazón del imperio de Saladino?

Markus aceptó la implícita bienvenida con un gesto de la cabeza y vaciló un segundo mientras volvía a considerar las muchas circunstancias insólitas que se daban cita en la ciudad de El Cairo. Como por ejemplo, las palabras de Jubal, asesor de Antonius, señor de los vampiros de El Cairo. El emperador mortal, Saladino había establecido el sistema educativo de las *madrasah*, abierto al público el recinto regio de al-Qahirah, y erigido la imponente estructura de la Ciudadela para defender la ciudad de los invasores. Y, acaso más importante, como campeón de los musulmanes había arrebatado durante los últimos años del último siglo gran parte de Palestina a los cruzados. Sólo una pequeña parte de una notable lista de logros, por cierto. Pero Saladino había muerto hacía una década. Sin embargo, el legado del rey guerrero era tan importante que se pronunciaba su nombre con la misma reverencia que se depararía al de un gobernante vivo, y no sólo por parte de la población mortal de El Cairo. Jubal hablaba de Saladino con el mismo respeto que de Antonius, al que llevaba siglos sirviendo.

—Debo disculparme en nombre de mi clan, Jubal. A pesar de la fascinación que sentimos por Egipto, tanto el del pasado como el de nuestros días, no somos demasiado bienvenidos por sus habitantes.

El otro vampiro inclinó la cabeza desnuda, que era del color de la potasa y se cubría con un sencillo turbante de seda de la mejor calidad.

—De tanto en cuanto ha llegado hasta mis oídos el rumor de que alguna razón mantenía alejados a los Capadocios de Egipto. Me causa gran dolor

descubrir que es cierto.

—Ojalá pudiera cambiar las cosas con una sencilla palabra. Mas, ay, a pesar de que las circunstancias pueden cambiar, dudo mucho que ocurra esta noche. —Así que rumores. Markus no llevaba en Egipto ni dos semanas y ya había tenido evidencias más que sobrantes del gran poder que detentaban los Setitas en aquella tierra. Jubal no podía por menos que saber que las serpientes negaban el paso a los Capadocios, obsesionados como ellos por la muerte, a aquella tierra empapada de los misterios de la otra vida—. Nada tengo contra los Seguidores de Set. Sin embargo, tengo la sospecha de que, aunque así se lo expresara a ellos, no sentirían mayor inclinación a ayudarme en mi empresa.

—¿Y qué empresa es ésta?

Aquella era la parte más complicada. Markus tenía que encontrar el Códice de Sargón, pero no podía decirlo así, sin más. Sin duda la reliquia tenía que ser de gran interés para cualquier clan. Incluso el que quiera que hubiera engendrado al insólito Jubal. Markus estaba convencido de que el Códice obraba en las manos de uno de los muchos cultos de renegados Lazarenos que excavaban las arenas de Egipto en busca de secretos y a quienes se debía en gran parte la animosidad existente entre Capadocios y Setitas. La cuestión era entonces, ¿sabía Jubal que los Capadocios consideraban herejes a sus primos Lazarenos? Si era así, Markus no podía decir que estaba buscando a un viejo amigo del Monte Erciyes. Era mejor averiguar lo que sabía el cainita antes de explicarse.

—¿Estáis familiarizado con la secta conocida como la de los Lazarenos?

—Seguidores de Lázaro, a juzgar por el nombre —dijo Jubal. Enarcó una ceja, un gesto natural convertido en extraño por la ausencia de pelo en su reseca piel—. He oído rumores, pero nunca se me hubiera ocurrido otorgarles crédito.

—No me sentiré insultado si lo hacéis, si es eso lo que os preocupa.

—Muy bien. He oído que los Lazarenos son una rama de vuestro clan; eruditos de la muerte, igual que vosotros. También..., vaya, he oído que hubo un cisma o algo parecido, hace algún tiempo.

—Un cisma, sí. —Markus se encogió de hombros para dar a entender que no era más que una de tantas inconveniencias que se producían en todos los clanes de tanto en cuanto—. Como le expliqué a vuestro representante antes de este encuentro, he venido a El Cairo por un asunto de negocios de la familia Giovanni. Pero confiaba en que, ya que estaba aquí, tendría la

oportunidad de intentar un... reencuentro con mis antiguos compañeros de clan.

Los rasgos de Jubal siguieron mostrando el mismo desinterés educado pero el revoloteo de su aura reveló que creía que el interés de Markus iba más allá de lo que había afirmado. No obstante, como buen diplomático que era, lo que dijo fue:

—Demasiados hermanos nuestros se entregan al secretismo y el conflicto. Resulta alentador ver que alguien aspira a superar las diferencias que nos separan.

Markus asintió, como si estuviera paladeando la sabiduría de las palabras de Jubal.

—Entonces, ¿os habéis encontrado con alguno de los Seguidores de Lázaro en El Cairo?

—No. Y como consejero principal del Sultán Antonius, es uno de mis deberes dar la bienvenida a todos aquellos que visitan nuestra ciudad. Aparte lo que ya os he referido, sé muy poco sobre ellos. Creo que los Lazarenos prefieren morar lejos de los lugares habitados, aunque ignoro las razones.

Eso también podía decirse de la mayoría de los Capadocios.

—La soledad nos es de gran ayuda en nuestros estudios. Vaya, debo admitir que estoy decepcionado. Si alguien como vos no sabe dónde podría encontrar a mis hermanos, no se me ocurre dónde seguir buscando.

—Lamento muchísimo no poder ofrecer os ayuda en este asunto. ¡Ah! Pero sí que podría ayudar os en otras cosas. Vuestros... negocios para la familia Giovanni. Supongo que estáis buscando nuevas rutas comerciales. En el Oasis Bahariya se venden muchas y magníficas mercancías que no tendrían dificultades para encontrar compradores en los territorios latinos.

—¿De veras? No he oído hablar de él. ¿Dónde se puede encontrar ese oasis?

—Es una parada clave en la ruta caravanera que atraviesa el desierto occidental. Preguntad en el bazar; no tendréis dificultades para encontrar una caravana que se dirija en aquella dirección.

—Os agradezco mucho la información. Al menos mi viaje no habrá sido un completo fracaso.

Jubal se puso en pie y sus labios se abrieron mostrando muchos dientes pequeños y afilados.

—Me complace haber podido ayudar os, aunque haya sido muy poco, Markus Musa Giovanni. Vuestra breve visita ha sido un placer del que seguiré disfrutando durante muchas noches.

—También lo ha sido para mí, Jubal —contestó Markus. Se puso en pie y se inclinó, enorme como era, frente al vampiro de tez grisácea—. Gracias de nuevo por vuestra ayuda.

—No ha sido nada, os lo aseguro. Que Alá os proteja y os conceda rapidez en vuestros viajes.

* * *

—¿Estáis seguro de que encontraremos a los Lazarenos en ese...? ¿Cómo habéis dicho que se llamaba?

—El Oasis de Bahariya —Markus se frotó lentamente la barba con una de sus gruesas manos—. Y sí... tan seguro como podría estar, considerándolo todo. Jubal es tan reservado de modales como cauto de palabras. Pero su aura revelaba que en su consejo había algo más, aparte de su importancia aparente.

Falsinar saludó con un ademán la agudeza de la percepción de su amo.

—¿Y qué es un «oasis»?

—Un pozo subterráneo que alimenta una franja de vegetación en mitad del desierto. He hecho algunas averiguaciones. Parece ser que Bahariya es en efecto, una parada importante en una ruta de caravanas que se viene utilizando desde los tiempos de los faraones.

—¿Hay algo más que tengáis que hacer en la ciudad —preguntó Beltramose—, o queréis que nos preparemos para unirnos a la próxima caravana que salga hacia allí?

—Aún he de ver lo que las sombras han logrado averiguar, pero algo me dice que éste es el camino correcto.

—¿Signore?

—Encárgate de los preparativos, Beltramose.

* * *

—¡Por Cristo y por Caín!

—¿Qué ocurre, Beltramose? ¿Estás herido?

—Un golpe fatal a mi dignidad, Falsinar. ¿No lo has visto? ¿Esa bestia me ha escupido?

—Ah, en efecto. ¿No te explicó Alessandro que los camellos tienen la costumbre de hacerlo?

—Qué criatura más rencorosa. Y no he hecho nada para provocarla.

—Existen costumbres en esta tierra de las que no sabemos nada. Puede que hayas insultado a la bestia sin saberlo.

—Es un *camello*, Falsinar.

—Tan perceptivo como siempre, mi buen Beltramose.

—No pienso ceder a tus transparentes intentos por ofenderme. Ya soy muy mayor para esas cosas.

—Cuánta perspicacia, amigo mío. Entonces regresemos al lugar en el que descansa nuestro amo para que podamos... ¿Beltramose? Mi infatigable camarada. Debo hacerte una pregunta de lo más delicada.

—Utilizaré todas mis facultades para responderla, leal Falsinar.

—Entonces puedo contar con una respuesta coherente. He aquí la cuestión: ¿has limpiado la inmunda expectoración del camello en mi espalda?

—Me asombra que me creas capaz de semejante fechoría. Vamos. Debemos estar allí cuando el *Signore* despierte, para informarle de nuestro éxito.

—Por supuesto. Adelante, Beltramose.

—Vaya, gracias... pero no, no podría. Después de *ti*, Falsinar.

—Insisto.

—Quizá lo mejor sea que compartamos el honor y caminemos a la par.

—En verdad eres dueño de la sabiduría de Salomón.

—Me halagas en exceso, Falsinar.

* * *

Usama ibn Wasir esperaba con el nerviosismo circunspecto de un adicto. En realidad era sólo un hombre excitable. Añádase a esto su impaciencia por transmitir a su amo la última información que había caído en sus manos y tendremos a un anciano capataz de caravana a punto de sufrir un ataque de apoplejía.

Maldijo al lánguido sol que descendía lentamente hacia el horizonte, como si creyera que así apresuraría de alguna manera la llegada del crepúsculo. La cámara en la que paseaba con nerviosismo estaba ya cubierta de sombras. Una celosía cubría la pequeña y solitaria ventana, única fuente de luz de la habitación, y desplegaba un centenar de diamantes dorados sobre la pared opuesta. Las gemas se apagaron al fin y Usama se apresuró a encender un par de lámparas. El cristal tintado de las pantallas teñía de verde pálido la luz, creando la sensación de estar bajo la superficie de un estanque cenagoso. Esto inquietaba a menudo a quienes visitaban la cámara pero a Usama le

parecía que creaba una sensación de calma. Después de que las lámparas hubieran sido encendidas, sólo pasarían unos pocos minutos antes de que el Grande apareciera.

Y en efecto, poco tiempo después, Usama dio la vuelta al llegar a la pared y se encontró con que ya no estaba solo. Cada vez que el capataz de caravanas llegaba a aquel lugar, era recibido de la misma manera: el Grande aparecía como si se materializase de la nada. Usama estuvo a punto de lesionarse en su impaciencia por postrarse de rodillas delante de su oscuro maestro.

—¡Grande, tu humilde sirviente se humilla frente a ti! ¡En verdad no soy más que un gusano, indigno de estar en la gloria de tu presencia!

—Sí, sí, Usama. Ya hemos pasado por esto, y como de costumbre, no voy a llevarte la contraria. —La voz era una caricia sedosa, teñida a partes iguales de humor y autoridad—. ¿Qué noticias me traes esta noche?

—¡Hoy he acordado la incorporación de un mercader latino a una caravana que marcha al Oasis Bahariya!

—Lo encontraría sorprendente de no ser porque ése es precisamente tu trabajo. ¿Debo suponer que hay algo interesante en ese mercader?

—Sí, Grande. ¡Te ruego que aceptes mis disculpas! —Usama dio varios golpes con la cabeza a los intrincados bordados de la alfombra, en parte por amor a la criatura que tenía delante, en parte por la frustración que le provocaba el estar confundiendo sus noticias. Respiró profundamente. El tenue aroma a moho y especias exóticas que despedía su amo lo ayudó a concentrarse—. No era más que una colección de pequeñeces, la clase de cosas que hubiera pasado por alto de no ser porque me ordenasteis que las buscara.

—Háblame de ellas.

—Para empezar, no traté con el mercader sino con sus subordinados. Hablaban la lengua de los venecianos, que yo aprendí de otros sirvientes vuestros mucho más dignos. Ha resultado una lengua de lo más útil, puesto que me permite hacer tratos imposibles para mis rivales... y descubrir cosas que luego os revelo.

—Eres un sirviente leal e inteligente, Usama. Te ruego que continúes. La noche pasa con la velocidad de un camello que escapa de su amo.

—¡Mil perdones, Grande! Esos hombres deseaban unirse a la próxima caravana que saliera para el oasis. Les dije que una partiría dentro de tres días y se mostraron muy dichosos al oírlo. También querían un carromato cerrado. Las mercancías que transportan, me aseguraron, no soportarían una exposición prolongada a los elementos.

La criatura que estaba frente a Usama había escuchado hasta ese momento con aburrida tolerancia. Sus ricos ropajes crujieron pesadamente y las joyas labradas en metales preciosos tintinearón mientras se inclinaba hacia el capataz de caravanas. Unos ojos rasgados y de un brillante color dorado observaron con interés al mortal.

—Es curioso que no tuvieran un carronato propio. ¿Y dices que querían uno cerrado?

—Fueron muy claros al respecto, amo. Recuerdo vuestras palabras sobre ello. Así que después de acordar el precio, los seguí para ver lo que podía averiguar.

—¿Y qué descubriste?

—Los espíe, Grande. Hablaron de regresar con su patrón cuando cayera la noche para informarle de que habían tenido éxito.

—¿De veras? Qué interesante. ¿Y dónde se aloja ese patrón suyo?

—No lo sé, Grande. Por desgracia, mis viejos huesos no pudieron seguir sus pasos. ¡Los perdí en la confusión del bazar! —La vergüenza embargó a Usama—. ¡No hay excusas para mi fracaso!

Un destello de irritación perturbó el suave semblante de la criatura.

—No te atormentes, Usama. Te has portado de manera adecuada. Puede que no sepa dónde se encuentra ahora ese latino, pero sé dónde va a estar.

—¡El Oscuro Dios Set os ha bendecido con una visión, Grande!

—No, Usama —replicó el otro en un ejercicio de paciencia—. Acabas de decirme que han contratado un puesto en la caravana que se dirige a Bahariya.

—¡Por supuesto, Señor! Delante de vuestra brillantez, no soy más que la más indigna sombra de astucia.

—Tampoco te discutiré eso, Usama. Dime, ¿qué nombre daban los latinos a su amo?

Usama se atragantó mientras su mente se esforzaba en recordar.

—Giovanni, Grande. ¡Lo llamaban Giovanni!

Una fría sonrisa de una anchura imposible se dibujó en el rostro enjuto del Seguidor de Set que respondía al sencillo nombre de Bek.

—¿De veras? Qué interesante. Te has portado bien al servicio del Dios Oscuro, Usama. Muy bien, ya lo creo.

* * *

Markus le dio la espalda a las últimas volutas que un día habían constituido la sombra purgatoria de Hartmut. El marinero genovés había tenido la desgracia

de contraer la plaga en Constantinopla y la desgracia aún mayor de que sus huesos hubieran caído en manos de cierto nigromante veneciano necesitado de esclavos espectrales y a quien le importaba bien poco que no pudieran alcanzar las recompensas de la otra vida. La fantasmal sombra se disolvió hasta desaparecer por completo.

—¿Qué le ha pasado? —inquirió Markus y tuvo que esforzarse para permanecer calmado. Los tres espectros restantes se limitaron a guardar silencio, acobardados. El viaje ya era lo bastante complicado sin que las sombras empezasen a causarle problemas.

Al principio, después de que Vesta fuera destruida, habían hecho gestos pequeños pero notables de desafío. Nada demasiado importante —demorarse en cumplir una orden o dar respuestas vagas a sus preguntas— pero semejante testarudez no podía quedar sin castigo.

Estaba demasiado preocupado con sus investigaciones como para tomar otra cosa que las más básicas medidas disciplinarias y éstas estaban resultando menos eficaces desde que llegaran a Egipto. De hecho, la noche después de su llegada a Alejandría, Infantino —con mucho el más fuerte de los espectros— había estado a punto de escapar a su control. Y en las dos semanas transcurridas desde entonces, los espectros habían empezado a mostrar una creciente inquietud, rayana casi en el pánico. Ni la amabilidad ni las amenazas lograban arrancarles una explicación satisfactoria para su actitud. Por lo que pudo colegir, el mundo espiritual de Egipto era más extraño y aterrador que cualquier cosa que hubieran visto hasta entonces. Es cierto que Markus sentía una inquietud soterrada en aquella tierra, pero no comprendía por qué eran tan pronunciadas las reacciones de los fantasmas.

Y ahora aquello. En las noches que precedieron a la partida de la caravana, había hecho que Infantino permaneciera a su lado para advertirle de la proximidad de cualquiera que abrigara malos sentimientos hacia él. Los demás fantasmas debían vigilar a los mercaderes que viajarían en la caravana y ver que más podían averiguar sobre el Oasis Bahariya. Los había agrupado en parejas —Hartmut y Riña, Viator y Domnola— con la esperanza de que eso calmara algo su agitación.

Hartmut y Riña no habían regresado la última noche antes de la partida de la caravana, de modo que había realizado un ritual de convocatoria. Ya sabía que Hartmut iba a regresar solo, porque el collar que era el ancla de Riña había dejado de emitir el característico eco de su alma. Pero no había esperado que se presentara en tan mal estado. El fantasma era apenas un

montón de jirones espirituales que se dispersaron a los pocos minutos de su regreso.

—Hablabas demasiado bajo para poder entenderlo, pero sé que vosotros lo estabais oyendo. Decidme lo que sepáis: ¡Decidme quién lo ha destruido! — Insufló toda su autoridad a cada palabra, pero fue en vano—. ¿Es que creéis que ya no debéis temerme? Sea lo que sea lo que les ha ocurrido a Riña y Hartmut, ellos al menos disfrutaban ahora de la bendición del olvido. Yo puedo hacer que sufráis durante siglos en vuestra patética condición. ¡Y ahora respondedme!

Infantino reunió el valor suficiente para musitar algo sobre muertos ancestrales.

—¿Han sido otros fantasmas? Sería bueno hacerse con los servicios de unos espíritus de semejante poder. —Los tres espectros empezaron a sufrir espasmos de pánico. Markus creyó que iban a atacarlo, a pesar de que no les hubiera servido de nada. Los espectros eran espías excelentes pero no podían hacer gran cosa contra los seres de carne y hueso—. ¡Calmaos! ¿Qué tienen los espectros de esta tierra para que los temáis tanto?

Los espectros se limitaron a guardar silencio.

Aunque no era ni el más anciano ni el más poderoso miembro de su familia, dominaba sin embargo las artes de la nigromancia. No obstante, a pesar de sus interrogatorios, no logró descubrir la fuente del temor de los fantasmas y éstos no quisieron o no pudieron explicarse por sí mismos.

Markus empezó a caminar arriba y abajo del cuarto, frustrado. *Nos jactamos de ser maestros de la nigromancia, pero apenas sabemos nada sobre el mundo espiritual.*

Unos golpecitos en la puerta pusieron fin a sus reflexiones. Falsinar asomó la cabeza.

—Perdón, *Signare*, pero pronto amanecerá. Debemos preparar el carromato y llevaros al lugar convenido, donde se reunirá la caravana.

—Sí, gracias. Estaré preparado en un momento.

Markus lanzó una mirada fría a los fantasmas tras la marcha de Falsinar.

—Podéis guardaros vuestros secretos por ahora. Muy bien. Encontraré la manera de descubrirlos muy pronto... Pero cuando lo haga, puede que supliquéis una destrucción tan apacible como la que han sufrido vuestros tres compañeros.

*EL CAIRO**18 DE SEPTIEMBRE DE 1204*

La suma sacerdotisa Constancia tuvo que hacer un gran esfuerzo para no perder los estribos.

—¿Qué quiere decir que no sabes dónde está? ¿Acaso no es tu deber asegurarte de que todos los cainitas que vienen a El Cairo presentan sus respetos en la corte del sultán?

—Así es, dama Constancia —respondió Jubal—. Pero vuestras palabras hacen referencia precisamente al quid de la cuestión. Markus Musa Giovanni ha abandonado El Cairo.

—Pero seguro que sabes adónde ha ido.

—No podría decirlo con certeza —la expresión de Jubal transmitía la misma educada deferencia que desde el primer momento en que Constancia había puesto el pie en el opulento salón de recepciones de la ciudadela de Saladino—. Como mucho, podría decirnos qué camino ha tomado para abandonar la ciudad. Adónde se ha dirigido desde allí es algo que desconozco.

Constancia le dirigió una mirada gélida. Al darse cuenta de que tendría que solicitar formalmente la información, la Bestia se sacudió en su interior. *¡No tengo tiempo para esta clase de tonterías!*

—Muy bien, docto y sagaz Jubal, te pido con toda humildad que me digas que camino tomó Markus Musa Giovanni para salir de El Cairo.

—Tengo la sospecha de que se encamina al Oasis de Bahariya.

Movido por la mirada inquisitiva de Constancia, Ankhesenaten habló:

»Bahariya es el primero y el más grande de varios oasis que forman la ruta caravanera que atraviesa el desierto del oeste. Casi tres semanas de viaje si el tiempo es bueno, diría yo. Más para una caravana.

Constancia quería saber más cosas sobre el lugar pero eso hubiera requerido hacer ciertas preguntas que no quería que Jubal oyera.

—¿Y sabes cuándo partió hacia ese oasis, Jubal?

—Hace tres noches, puede que cuatro. Podría enviar un esclavo al bazar para encontrar el capataz de caravanas con el que contrató el viaje, si lo deseas. En una o dos noches podría saber muchos más detalles. Entretanto, podría organizar una audiencia con el sultán Antonius. Seguro que está ansioso por tener noticias sobre los recientes acontecimientos del norte.

—Debo declinar tu generosa oferta y tu invitación —dijo Constanca con recato. Había tomado una decisión y con ella regresó el manto de su calma—. Creo que para entonces también nosotros habremos abandonado El Cairo.

Jubal inclinó la cabeza en un gesto de pesaroso asentimiento.

—Puede que la próxima vez que visites la ciudad, entonces.

—Puede. ¿Quién sabe lo que nos depara el futuro?

* * *

La finca de Ankhesenaten era un edificio impresionante de fino mármol construido en un estilo que recordaba más al antiguo Egipto que a las sensibilidades musulmanas, más en boga. Las habitaciones eran grandes y tenían techos elevados y asombrosas vistas de la campiña circundante, al norte de la ciudad de El Cairo. El mobiliario estaba compuesto en su mayor parte de sillones bajos y pilas de almohadones, mientras que los muros estaban adornados con frescos coloridos y los suelos estaban cubiertos de mosaicos de diseños tan complejos que casi resultaban mareantes. A pesar del lujo del interior —o quizá por su causa—, Constanca pasaba casi todo el tiempo en el patio de la gran finca, que tenía unas cuantas palmeras y una fuente por toda decoración.

Era allí donde se encontraba ahora, cara a cara con Ankhesenaten, abrumada por una necesidad de respuestas que amenazaba con anular su autocontrol. La paciencia era una consigna entre los ancianos como ella pero, desde que abandonara el aislamiento del Monte Erciyas se había sentido compelida a actuar, presa de una inquietud comparable a la de un vampiro con muy pocos años en la novida. No le gustaba aquella sensación. No obstante, había contado con llegar a Alejandría antes que el Giovanni. Tras unas pocas pesquisas mundanas había averiguado que lo más probable era que Markus se encontrara ya en El Cairo. Se había dirigido a toda prisa hacia el sur, sólo para descubrir que se le había vuelto a escapar. Hasta entonces no había sentido pánico; era muy poco probable que Markus encontrara a algún Lazareno en las grandes ciudades. Pero su rastro había tomado un nuevo rumbo, en dirección a uno de esos lugares remotos y desiertos que sus

compañeros de clan —herejes o no— solían elegir para llevar a cabo sus rituales. Su oportunidad pasaría muy pronto.

Vestía un traje sencillo y estaba tan inmóvil como la fuente de mármol que formaba el elemento central del patio. Y sin embargo irradiaba una tensión palpable que imponía silencio incluso a la omnipresente Qalhara.

—¿Qué sabes de ese Oasis de Bahariya? ¿Qué hay allí que pueda interesar a un cainita?

Ankhesenaten estaba contemplando las ondas provocadas en la superficie de la fuente por el agua que vertían las bocas de las serpientes que rodeaban su borde.

—Os ruego mil perdones, Dama Constanica —dijo al fin, sin apartar la atención del agua—. Os prometí mis servicios como guía. Pero me temo que voy a ser incapaz de cumplir con mis obligaciones a plena satisfacción.

—¿Vas a decirme que no sabes nada importante sobre ese oasis?

El Setita se volvió hacia Constanica, con las manos unidas a la espalda.

—No puedo ayudaros porque ignoro ciertas cosas que me permitirían cumplir con los deberes contraídos al entrar a vuestro servicio. Hace quince días, a bordo de mi navío, me asegurasteis que pretendíais actuar contra los Lazarenos que emponzoñan Khem. Y sin embargo, desde vuestra llegada, todas vuestras pesquisas se han dirigido hacia ese tal Markus Giovanni. Si no estoy confundido, los Giovanni son mercaderes venecianos que bucean en las aguas de la hechicería. Sin embargo, cuando hablasteis con Jubal sugeristeis que era... ¿cuál es la frase que utilizan los latinos...? «De la sangre». Muy bien. ¿Qué relación tiene este Giovanni de la sangre con vuestros renegados Lazarenos?

—Eso no es de tu incumbencia, serpiente. —La suma sacerdotisa volvió toda la fuerza de sus casi dos mil años de novida contra Ankhesenaten—. Contratamos un servicio, un servicio que puedes realizar a la perfección sin conocer todos los detalles de mis propósitos. Si cruzas esos límites, pones en peligro tu existencia.

—No... no me tomo estas palabras a la ligera. —Aunque saltaba a la vista que estaba asustado, Ankhesenaten trató de no dejarse intimidar. Con visible esfuerzo, continuó—. Y os advierto que debéis hacer lo mismo con las mías. Aunque es cierto que sois anciana y poderosa, sabed que ni vos ni miembro alguno de vuestro séquito volverá a ver el Monte Erciyas si llegara a ocurrirme alguna desgracia mientras esté a vuestro servicio.

—No eres más que un cachorro. ¿Cómo te atreves a amenazarme?

—Soy un sirviente leal de Set, pasado y futuro señor de Khem. Y a vos se os ha concedido paso por estas tierras bajo mi protección. Mis hermanos saben de este arreglo, y del mismo modo lo sabrían sin demora si me ocurriera algo. Puede que a vuestros ojos sea un cachorro pero ¿poseéis vos y esa Lamia amaestrada que os acompaña el poder suficiente para desafiar al Walid Set entero?

Aunque estaban hablando en griego, la serpiente había utilizado el término árabe al referirse a sus hermanos, para de este modo subrayar que allí era Constanca la extranjera y no él.

Permanecieron inmóviles durante largos segundos, luchando contra las emociones desbocadas que libera la Bestia al emerger. No eran los únicos que tenían que extremar el autocontrol para no ceder a un estallido de violencia. Qalhara esperaba a un lado, en silencio e inmóvil, pero preparada para moverse en un mero instante para proteger a su señora. El guardaespaldas del setita, Goreb, estaba similarmente preparado. Tras diez segundos que duraron un siglo, Constanca se volvió. Obligó a brotar a un suspiro de sus inhumanos pulmones —el primero en varias vidas mortales— y empezó a caminar con paso contenido alrededor de la fuente con forma de serpiente.

—Estás familiarizado con lo que algunos de la sangre llaman el Sueño, ¿verdad? Bien. No me sorprende. Ha inflamado el deseo de muchos de los nuestros y aun de aquellos como vosotros que se jactan de un origen diferente al de los Hijos de Caín. Sabrás entonces que se ha afirmado que Constantinopla fue la encarnación más fiel de este Sueño. Caída la ciudad y destruido Michael, los cainitas griegos y latinos han sucumbido a un frenesí de confusión. En este mismo instante, siguen reclamando que alguien se alce como campeón del Sueño, tal como hizo Michael en su día. Buscan con avidez una ciudad que reemplace la gloria de Constantinopla, ávidos en tal medida que su pasión rivaliza con la omnipresente sed de sangre.

La apacible cadencia del habla de Constanca apaciguó el temperamento excitado de Ankhesenaten. El reciente altercado fue apartado en su mente —aunque no olvidado— mientras se dejaba atrapar por el embrujo de sus palabras.

—Continuad.

—Yo he visto las hebras del destino que mantienen unido al presente con el futuro. Existen dos posibilidades. En una de ellas, el Sueño sigue existiendo; en la otra, queda recluido en el reino de la memoria.

—Ah. —Ankhesenaten tocó con un dedo la superficie del agua y contempló cómo se extendían por ella unos patrones de ondas nuevos—.

Entonces ese Giovanni amenaza de alguna manera el futuro del Sueño con sus planes para encontrar a los Lazarenos. Y vos estáis aquí para detenerlo y salvar el Sueño.

—Casi has acertado, Ankhesenaten. Pero yo no actúo para preservar el Sueño. Pretendo asegurarme de que muere.

La luz de la luna derramó una fría película sobre el pelado cráneo del Setita mientras levantaba la cabeza. Constancia se encontraba justo al otro lado de la fuente, con la mirada perdida en el cielo de la noche. Los ojos dorados de Ankhesenaten se movieron rápidamente de un lado a otro mientras ponderaba las posibilidades e implicaciones.

—Hmmm. Entonces tratemos de verlo desde la dirección contraria. El Giovanni pretende aliarse con los Lazarenos para tratar de renovar el Sueño.

—Algo parecido.

En realidad, Constancia no sabía con certeza para qué había venido Markus Musa Giovanni a Egipto. Los oráculos no le habían revelado este detalle, sólo que encontraría a Lázaro si ella no intervenía a tiempo. Apenas había oído mencionar alguna vez a Markus Giovanni hasta las últimas noches, de modo que su aparición en las visiones había sido una sorpresa. Sin embargo, allí donde flaqueaban los oráculos, ella había aplicado la razón. El estallido de Alexia Theusa en el Monte Erciyes confirmaba una sospecha que Constancia había albergado durante mucho tiempo: que la propia Alexia era una hereje. Como Capadocia de mayor preeminencia en Constantinopla, no hubiera sido raro que hubiera convertido o manipulado a otros compañeros de clan, incluido Markus Giovanni. Según parecía, lo había enviado hacia el sur, hacia Egipto, mientras ella se encaminaba al Monte Erciyes. Aparte de esto, Constancia se negaba a especular. Descubriría la verdad muy pronto, cuando alcanzara al Giovanni... y entonces lo enviaría en una nueva dirección.

Constancia apartó estos pensamientos con facilidad; carecían de relevancia para lo que Ankhesenaten debía hacer. Sólo era necesario persuadirlo de que el éxito de la causa de Constancia era de importancia vital.

—Supongo que te preguntarás por qué he actuado con tanta prontitud para impedir que esto ocurriera.

—Me he planteado esa pregunta con cierta frecuencia.

—Junto a nosotros, los Capadocios, vosotros los Setitas deberíais ser los que mejor comprendierais la importancia de lo que voy a decirte ahora: si no intercepto a Markus Giovanni a tiempo, dará de alguna manera al hereje Lázaro la oportunidad de convertirse en el penúltimo poder de toda la

creación... así como el deseo de suplantar al mismísimo Dios y apartar a tu oscuro señor, Set. Y no sólo lo intentará... De hecho lo conseguirá.

* * *

—¿Qué ocurre, Qalhara?

La Lamia alzó su tatuada frente.

—No he dicho nada.

—Tu silencio expresa más que mil palabras en boca del mejor de los oradores. —Constancia volvió a contemplar las estrellas que brillaban al otro lado de la ventana de sus aposentos—. Y no olvides que la lectura de las auras se cuenta entre mis habilidades.

—Muy bien, señora. Ha sido sorprendente. Nunca hubiera creído que fuera posible seducir a una de las serpientes.

—¿Eso crees que ha ocurrido con Ankhesenaten? No le he contado ninguna mentira. Y no le he prometido nada que no pudiera concederle.

—No, no lo hicisteis. Habéis sido mucho más sutil, señora.

Constancia se volvió mientras unas líneas de regocijo partían los severos planos de su rostro.

—Capto desaprobación.

Qalhara no replicó nada.

»¿Sí? Bien. Eres consciente de la decisión que he tenido que tomar, Qalhara. Si Lázaros alcanza el apoteosis, el ciclo será desbaratado para siempre y toda la existencia será arrojada al caos. Sin embargo, oponerse a ello provocará la desaparición de los Capadocios. No existe una tercera vía. Pero la opción no es tampoco tal, porque si Lázaros alcanza la condición divina, nuestro clan, y con él todo lo que es, experimentará tales cambios que su supervivencia carecerá de sentido.

Aunque siguió en silencio, Qalhara flexionó la mandíbula, como si estuviese masticando las palabras de su señora hasta reducirlas a un tamaño manejable. Al fin, le devolvió a Constancia su mirada.

—Eso es lo que habéis dicho, señora. Y os respondo ahora lo mismo que otras veces: con tales cosas en la balanza, ¿no deberíamos haber reunido mayores fuerzas que dos ghouls y nosotras dos?

—No olvides a nuestro leal guía. —Viendo que Qalhara no estaba de humor para bromas, Constancia continuó con más seriedad—. El futuro se encuentra en un equilibrio precario y nuestro clan nunca ha sido muy organizado. Hubiéramos tardado demasiado en alcanzar un consenso, y no

digamos en reunir una fuerza apropiada. Y a pesar de que estamos solas tú y yo, y viajamos lo más deprisa posible, el tiempo se nos agota rápidamente.

Los hombros de Qalhara descendieron una fracción de centímetro. También ella sentía la presión del tiempo. Sin embargo, estaban pasando algo por alto. Algún detalle que hubiera disipado sus persistentes dudas. Casi había dado con él la última noche que habían pasado a bordo del *Virtud Dorada*. De no haber sido por la interrupción de la oscura forma que se había sumergido a las aguas oscuras... Qalhara se sacudió de encima el pensamiento. Tales contemplaciones sólo servirían para entumecer su atención y en ese estado sería inútil como protectora de Constancia.

—Puedo sentir tu preocupación —dijo la suma sacerdotisa—. Ojalá las cosas fueran diferentes. Pero como no es así, debemos responder a ellas de manera apropiada. Ahora que Ankhesenaten está seguro de que un grave cataclismo se abatirá sobre su amada tierra si no nos presta su ayuda, hemos superado el último obstáculo para alcanzar el éxito.

Se formó un promontorio entre las cejas de Qalhara.

—¿No os estáis adelantando, señora? Aún no hemos cogido al tal Markus.

—Cierto. Pero eso cambiará muy pronto. Al amanecer estaremos a pocas horas de El Cairo, una vez que Ankhesenaten termine de preparar nuestro viaje. —Constancia hizo una pausa mientras sus dientes de marfil refulgían suavemente a la luz de la luna—. Y, de verdad, Qalhara, ¿crees que un solo Giovanni podía suponer alguna dificultad para nosotras?

* * *

Ankhesenaten llamó a la pesada puerta y se ajustó la manga de su túnica de color azul. Se abrió un pequeño panel en la madera y al otro lado aparecieron una brillante tez olivácea y unos oscuros ojos castaños bajo unas cejas negras. Ankhesenaten asintió y dijo una frase en una lengua que ya era antigua cuando se erigió la primera pirámide. El panel se cerró tan deprisa como se había abierto y la puerta se abrió de par en par un instante mas tarde.

Con un movimiento tan fluido como el agua, Ankhesenaten penetró en el patio. Goreb venía apenas un paso detrás, tan silencioso y constante como su sombra. El fornido ghoull que les había dejado pasar echó los cerrojos de hierro y se aseguró de que la puerta estaba cerrada a cal y canto. A continuación saludó a Ankhesenaten con un gruñido y volvió a asumir la misma pose vigilante que le daba el aspecto inamovible de la Esfinge. Ankhesenaten volvió su atención hacia el interior de la casa. Más o menos

una docena de personas caminaban por el patio, esclavos y criados que realizaban recados y tareas diversas para sus amos. Su actividad mantenía siempre el mismo ritmo constante, al margen de la hora del día. Aquéllos que se nutrían del oscuro regalo de Set podían descansar mientras la carroza de Ra atravesaba los cielos pero sus criados no podían permitirse semejante lujo.

Ankhesenaten apenas había tenido tiempo de apreciar la bulliciosa actividad que se desarrollaba a su alrededor cuando una mujer voluptuosa, ataviada con velos de seda y engalanada con un tesoro entero de brazaletes y otra bisutería de calidad, entró desde el otro lado del patio. Recordó haberla visto en anteriores visitas: era Ghaliya, una esclava muy capaz y valorada por sus amos.

—Que el Oscuro Dios te guarde —dijo la esclava, mientras saludaba con la cabeza a los dos visitantes. Ankhesenaten le devolvió el saludo y dijo que quería que lo llevaran ante su amo sin perder un instante. Con un aleteo de las pestañas teñidas con khol, Ghaliya los llevó por un pasillo jalonado de columnas. Se detuvo frente a una entrada cubierta varios hilos de cuentas brillantes. Entonces, con una reverencia, desapareció. Goreb, vigilante como siempre, se situó a un lado de la puerta, mientras Ankhesenaten atravesaba la cortina y entraba.

La cámara, de grandes dimensiones, estaba cubierta de alfombras y almohadones de seda. Ricos tapices colgaban de las paredes y unas lámparas de aceite dispuestas con notable gusto sumían la habitación en una atmósfera acogedora. En el centro, reclinado en aparente intimidad con un joven cuyo sexo no pudo determinar Ankhesenaten, se encontraba el mercader de especias Setita, Bek.

Aunque de una opulencia extravagante, la cámara parecía una covacha mugrienta comparada con el pavo real que era Bek. Bordados y más bordados cubrían hasta el último centímetro de su túnica, bajo la cual asomaban las sedas en una desbordante crecida de colores. Ankhesenaten no estaba seguro de haber visto antes todos los colores que cubrían el cuerpo de Bek, ni siquiera en sus viajes más exóticos. El oro y la plata brillaban en sus dedos y muñecas, y las gemas preciosas colgaban de sus orejas y alrededor de su cuello. Había reinos enteros que poseían menos riquezas que las que llevaba el gran Setita en su persona. Y como si quisiera de alguna manera compensar la obscenidad de las riquezas que lucía, Bek era de una complexión asombrosamente severa y se movía con gracia sinuosa.

—¡Hermano mío! —exclamó el mercader de especias. Apartó al joven con delicadeza y se puso de pie en medio del traicionero suelo cubierto por

los almohadones. Con los brazos muy abiertos, atrajo a Ankhesenaten hacia sí y le dio un abrazo caluroso—. ¡Ha pasado tanto tiempo! Siéntate, por favor. ¿Tienes sed? Todo cuanto poseo es tuyo. No tienes más que dar la orden y te lo traerán antes de que las palabras hayan abandonado el aire.

—No soy merecedor de los honores con que me distingues —replicó Ankhesenaten.

—¿Cómo puedes decir tal cosa? La sed te ha nublado el juicio; debe de ser eso. Ven, haré que te traigan una jovencita que acaba de sufrir sus primeros cambios. ¿O preferirías un hombre, vigoroso y en el cénit de su salud? No soportaría levantarme otra noche si permitiera que siguieras pasando hambre un segundo más.

Ankhesenaten no pudo por más que sonreír ante el efusivo humor de Bek y sus expansivos modales.

—De veras, no puedo. Vengo por un asunto de la máxima urgencia y no pudo permitirme ni un momento de descanso en tu magnífica casa.

—Se me parte el corazón al saber que pasaremos tan poco tiempo juntos. —La voz de Bek era tan jovial como de costumbre pero un fulgor astuto había aparecido en sus ojos. Cada vampiro de la secta dedicaba todos sus esfuerzos al beneficio del Walid Set, tanto en las prácticas mercantiles como en las más sutiles seducciones del Dios Oscuro. Bek siempre estaba dispuesto a dar un golpe por los fieles, fuera en un sentido meramente comercial o en el más amplio de lo espiritual—. No obstante, que nadie pueda decir que Bek no es sensible a las necesidades de sus invitados. Dime, ¿en qué puedo ayudarte esta noche?

—He oído que cierto mercader veneciano, un tal Markus Giovanni, viaja en una caravana que se dirige al Oasis Bahariya.

—Ah, sí. Del Clan de la Muerte —afirmó Bek.

—Así es —Ankhesenaten se sintió un poco decepcionado. Bek operaba desde los confortables confines de su casa de El Cairo mientras que a él sus negocios lo llevaban hasta lugares muy lejanos. Había esperado que la llegada de un miembro del Clan Capadocio fuera una noticia para Bek, igual que lo había sido para él, pero su camarada Setita se había enterado por otras fuentes. Tras pensarlo un segundo, decidió que no era tan importante. Él veía más mundo que el mercader de especias, pero esto no garantizaba siempre un mayor conocimiento de las cosas que en él ocurrían. Bek reunía gran cantidad de información gracias a su red de espías y contactos mercantiles. Su habilidad resultaba más impresionante, si cabe, habida cuenta de que hacía apenas tres siglos que había accedido al círculo interno del Walid Set. El

hecho de que estuviera al corriente de que la familia de los Giovanni había llamado la atención de los Capadocios era otra prueba de su sabiduría.

—Acudo a ti a causa de las responsabilidades encomendadas a tus manos capaces —continuó Ankhesenaten mientras se desvanecía su fugaz decepción. Los deberes de Bek para con el Walid Set iban más allá de lo conocido. Además de aumentar la participación del clan en el comercio de las especias, estaba encargado de asegurarse de que los muertos vivientes de otras tierras no hacían negocios en Egipto—. Considerando tus esfuerzos para minar el comercio de otros cainitas, supuse que los movimientos de éste por nuestra patria no te serían desconocidos.

Bek hizo un gesto lánguido.

—Me complace que los esfuerzos que hago en beneficio del Walid Set no hayan pasado inadvertidos.

—Hermano mío, ¿le ofreciste al Giovanni ayuda para encontrar transporte en la ruta de Bahariya?

—¿Qué interés tienes en los Capadocios, si me permites la pregunta?

La voz de Bek era tan suave como hasta entonces, pero ahora contenía una nota de cautela. Hasta el momento no estaba claro adónde quería llegar Ankhesenaten con sus preguntas. Bek no quería decir nada que pudiera poner en peligro su posición entre los Seguidores de Set.

—En otras circunstancias, ese Capadocio y tus planes para con él no serían de mi incumbencia. De hecho, no tendría más que alabanzas para ti por tus esfuerzos. Sin embargo, las actuales circunstancias son únicas. Necesito encontrar a ese cainita. Te lo ruego, hermano mío, dime cuáles son tus planes.

—Muy bien. Vi la posibilidad de poner fin a una nueva expansión cainita antes de que se estableciera y propinar al mismo tiempo un fuerte golpe a uno de mis rivales. He enviado un mensaje a varios de nuestros hermanos en el desierto occidental. Reclutarán a unos forajidos que me son conocidos y saldrán al paso de la caravana antes de que llegue a Bahariya.

Se produjo un leve tintineo de metales preciosos cuando Bek abrió los brazos para indicar que la suerte de la caravana estaba echada.

Ankhesenaten tuvo que esforzarse para mantener los estribos. Si Markus moría, con él se perdería su oportunidad de encontrar a los Lazarenos o de formar una provechosa relación con el Oráculo de los Huesos. No podía permitir que Bek le arrebatara eso.

—Para el Walid Set sería una verdadera desgracia que Markus Giovanni fuera destruido de forma prematura.

Bek contestó con más irritación que preocupación.

—La caravana partió hace ya cuatro noches y yo envié el mensaje a los asesinos la misma noche de su marcha. No hay forma de saber cuándo se encontrarán los dos grupos.

Ankhesenaten esbozó una sonrisa que no tenía el menor atisbo de calidez.

—Seguro que una figura de tu influencia y recursos es capaz de ponerse en contacto con nuestros hermanos antes de que alcancen la caravana.

—Hasta yo tengo limitaciones. Puedo enviar un mensaje, sí, ¿pero quién sabe si llegará a tiempo?

—Esperemos que sea así. —La frágil sonrisa de Ankhesenaten era lo único que contenía la marea de su cólera. Al acudir allí había asumido que Bek respondería gustoso a su petición. Ahora veía con claridad de que el mercader de especias había alcanzado una posición lo bastante importante en el seno del clan como para tratar de desafiar a sus mayores—. No exagero cuando digo que este asunto es de la máxima urgencia. Markus Giovanni debe ser capturado, no destruido. Podría poseer conocimientos de gran valor para el Walid Set... conocimientos que no deben llegar al Oasis de Bahariya.

Bek frunció los labios, mientras sus ojos se posaban con languidez sobre un tapiz cercano.

—Si la necesidad es de veras tan desesperada como sugieres, puedo poner todos los medios necesarios para comunicar tus deseos a los asesinos. Por supuesto, eso significará que corra la voz entre nuestros hermanos.

La implícita amenaza estaba clara. Bek no creía del todo lo que le había dicho. Las demandas de Ankhesenaten podían estar motivadas por deseos personales en vez de por los intereses del Walid Set. Si era así, Bek se aseguraría de contar con testigos suficiente entre sus hermanos Setitas. Ankhesenaten no estaba preocupado. Constancia le había revelado lo suficiente —aun descontando la exageración con la que había pretendido engañarlo— como para comprender la magnitud del peligro al que se enfrentaban. También le habían ayudado a situar en su contexto preciso los desvaríos de la loca con la que se había encontrado en Tarso.

—Mis alabanzas por tus esfuerzos, hermano. Quiero ayudarte con todos los medios a mi disposición. De hecho, se me ocurre una idea. Si pudieras prestarme una de tus mejores monturas, yo mismo podría salir tras la caravana y llevar en persona el mensaje a los asesinos.

—Pues claro. Puedo tener algo preparado para mañana por la noche, estoy seguro.

—Hermano mío, te tienes en muy poca estima. Yo estoy seguro de que todo puede estar dispuesto antes de que haya pasado una hora.

CAMINO AL OASIS DE BAHARIYA
30 DE SEPTIEMBRE DE 1204

La ruta de las caravanas había sido hollada por vez primera en tiempos de los faraones. Aunque en los tiempos que siguieron, habían pasado al olvido dinastías —de hecho, civilizaciones enteras—, la ruta seguía allí. De hecho, los últimos años habían visto crecer el tráfico por el desierto occidental, como consecuencia del esplendor del comercio durante el reinado de Saladino. A pesar de que el gran gobernante musulmán había muerto diez años atrás, la ruta comercial seguía existiendo. Por lo que Markus Giovanni sabía, perduraría aún durante mil años más y él sólo podía rezar para ser tan longevo como ella.

Tenía tiempo de sobra para pensar en cosas como ésta, habida cuenta de las condiciones de su viaje al Oasis de Bahariya. Había decidido mantenerse oculto del resto de la caravana. No podía aparecer por las fogatas del campamento cada noche sin tener una buena razón para no mostrarse durante el día. Así que permanecía casi todo el tiempo dentro del carromato cerrado que Falsinar y Beltramose le habían procurado para el viaje. Pasaba los días entregado al sueño y las noches al estudio, interrogando a sus servidores espectrales o contemplando el fragmento de arcilla arrancado tiempo atrás al legendario Códice de Sargón y encomendado al cuidado de Alexia Theusa. Por desgracia, ninguna de las dos actividades le dio demasiados frutos.

Markus emergía sólo al caer la noche para alimentarse de alguno de los componentes de la caravana. Prefería beber poca sangre de cada mortal y se servía de muchos de ellos al mismo tiempo. Esta manera de alimentarse requería mayor esfuerzo pero drenar toda la sangre de una persona tras otra hubiera acarreado innecesarias complicaciones. Las víctimas de su sed dormían mal y despertaban fatigadas al día siguiente, pero tales cosas no eran insólitas en el severo clima del gran desierto occidental. De esta manera Markus se mantenía en el pináculo de sus fuerzas. Sólo Cristo y Caín sabían qué peligros podían acecharlo en el camino y Markus estaba decidido a que no lo sorprendieran falto de ellas.

No fue un viaje muy cómodo pero Markus se consoló con la certeza de que era sólo temporal... y de que el tiempo no era ya un factor tan importante. La noche antes de que la caravana saliera de El Cairo, mientras Markus esperaba a que sus fantasmas regresaran, Falsinar y Beltramose se habían enterado de que la cruzada egipcia había terminado antes de que un solo barco abandonara el Cuerno de Oro. Los viajeros que llegaban a El Cairo desde Alejandría habían extendido la noticia de la inminente invasión, lo que había provocado no poca preocupación entre sus habitantes. Pero los barcos que arribaron a Alejandría menos de una semana más tarde de la llegada de Markus habían traído consigo nuevas más halagüeñas, que no tardaron en llegar a El Cairo y al interior de las tierras del Islam. El líder de la cruzada, *Sir Hugh de Clairvaux*, había sido destruido. Los detalles de lo ocurrido variaban según el narrador. Algunos aseguraban que se había tratado de un asesinato, otros que de una rebelión en las filas de sus soldados y otros que de una maldición mortal. Markus suponía que la verdad se encontraba a partes iguales entre todas las explicaciones pero en todo caso, fuera cual fuese la causa, el resultado era el mismo. *Sir Hugh* había logrado reunir la cruzada gracias a su influencia personal. Con su desaparición, no quedaba nadie con el carisma suficiente como para dirigirla. En aquel mismo momento los cruzados se estaban ya dispersando para embarcarse en otras empresas más personales.

Sin la amenaza de una invasión inminente, Markus podía tomarse todo el tiempo que necesitara para buscar el Código de Sargón. Había considerado la posibilidad de enviar un mensaje a Venecia y esperar en El Cairo a que su familia le enviara ayuda. Pero ya que estaba en Egipto y se habían hecho todos los preparativos para sumarse a la caravana, no podía contener por más tiempo su curiosidad y su sed de conocimiento.

Alguien llamó suavemente a la puerta del carromato. Los agudos sentidos de Markus habían captado las familiares pisadas de sus criados antes de que llegaran, así que les abrió sin vacilar. Falsinar y Beltramose entraron. Como todas las noches transcurridas hasta el momento, descansarían allí.

Quedaban unas pocas horas hasta el anochecer; Markus vio que el campamento estaba preparándose ya para pernoctar.

—Buenas noches, *Signore* —dijo Beltramose mientras su esbelta figura atravesaba el umbral—. Hay poco que contar. El día ha sido igual que los últimos quince.

—Las dunas se hacen más grandes y resulta imposible impedir que la arena encuentre los lugares más incómodos para alojarse entre la ropa y la

piel —añadió Falsinar— pero por lo demás no hemos visto nada digno de mención. ¿Qué dicen las sombras?

Markus sacudió la cabeza.

—Desde que perdimos a Hartmut y Riña en El Cairo, han sido casi inútiles. Las he interrogado concienzudamente pero no he podido encontrar más razón para sus temores que el hecho de que esta tierra les parece extremadamente rara y peligrosa. Sólo he podido obligar a Infantino a apartarse de mi lado y siempre regresa con historias sobre extrañas figuras y criaturas pavorosas que pueblan el reino de los muertos. Ni siquiera mis habilidades han servido para arrancarle información de utilidad sobre el curso que estamos siguiendo o nuestro destino.

—Debo admitir —dijo Beltramose— que el saber que los muertos temen esta tierra no me ayudará a dormir con facilidad.

—No tienes de qué preocuparte. Sea lo que sea eso que temen, no es más capaz que ellos de afectar al reino de lo físico. Algunos sustos, nada más.

Sus palabras parecieron tranquilizar a los ghouls, que se echaron a dormir. Pero Markus hubiera querido sentir la misma confianza que fingía.

* * *

—¡Aaaaaah!

—¡Beltramose, te lo ruego! Acababa de sucumbir al abrazo de Morfeo.

—Culpa a las sombras de nuestro amo por mi estallido. Una de ellas acaba de atravesarme. El escalofrío de su contacto aún perdura en mi carne, como un viento gélido.

—Es extraño, amigo mío. Creía que los fantasmas no querían apartarse del lado del amo Giovanni.

—Y sin embargo estoy tiritando de manera incontrolable. Estoy cansado de estos juegos. Voy a buscar al amo y pedirle que recoja a sus mascotas.

—Está alimentándose en el campamento. Puede que sea mejor esperar a que regrese, no vayan a descubrirlo...

—¡*Chiton!* Silencio, Falsinar. Detecto un movimiento con siniestras intenciones.

—¿Cómo puedes asegurar tal cosa en la oscuridad de la noche?

—La suerte del momento. Mira; asómate por la grieta que tiene la puerta. Ese punto, unos metros a la derecha de la duna, ¿lo ves? Donde pusieron la letrina cuando nos detuvimos para pasar la noche.

—No veo nada.

—Sí, pero hace un momento había un centinela allí donde no ves nada.

—Se habrá movido.

—Ayudado por una forma que se levantó de las mismas arenas y blandía un par de espadas curvas de aspecto cruel. El afortunado reflejo de la luz de una de las fogatas sobre el metal atrajo mi atención en el momento preciso.

—La falta de sueño y el molesto contacto de los fantasmas ha atrofiado tu percepción, amigo mío.

—Puede. Claro que, también es posible que nuestro amo ordenara a las sombras que nos advirtieran de cualquier peligro de la única manera que... ahhh ¡Sí! Tan pronto lo he dicho, el escalofrío me ha abandonado.

—Confío, buen Beltramose, que todo esto no sea una elaborada broma concebida para privarme de mi precioso sueño.

—Regresa a la cama entonces, Falsinar. Pero no aceptaré responsabilidad alguna si amaneces muerto.

—Hmmm. Tal vez sea mejor que me levante y te ayudé a echar otro vistazo. Sólo para demostrar que temes sin razón, por supuesto.

—Por supuesto. Eres un santo por soportar mis... eh, ¿Falsinar?

—¿Qué ocurre ahora?

—Puede que mis nervios sigan jugándome malas pasadas pero juraría que esos crujidos y la arena que cae sobre nuestras cabezas sugieren que hay alguien en el techo de nuestro carromato.

—Qué curioso. Bueno, puede que las dos figuras a las que he visto acercarse, con las armas desenvainadas y dispuestas, pretendan acabar con nuestro visitante.

—¿De veras? ¿Tú crees que es posible?

—Beltramose. Hemos entrado voluntariamente al servicio de una criatura que sufre de la maldición del mismo Dios, con la esperanza de beneficiarnos de las migajas de riqueza y poder que nuestro amo crea conveniente arrojarnos. Las circunstancias no suelen favorecer a los que son como nosotros.

* * *

Markus estaba contento de haber seguido obligando a Infantino a vigilar el perímetro cada noche, a pesar del esfuerzo que eso le suponía. El fantasma había regresado, más dueño de sí que desde hacía semanas, trayendo consigo noticias preocupantes. Infantino no sabía cuántos atacantes eran pero al

menos había dos cainitas entre ellos. Dado que se encontraban en pleno desierto egipcio, no había duda de que se trataba de Setitas.

Las serpientes y sus seguidores mortales habían irrumpido ya en el perímetro de la caravana, tras despachar a los centinelas y los mercaderes que dormían con siniestra eficacia. Markus no era tan ingenuo como para creer que se trataba de un golpe de mala suerte. El Cairo estaba cubierta por un barniz de civilización en el que los muertos vivientes convivían en una tensa pero duradera armonía. Los asesinos Setitas de aquella noche eran la prueba de que la sutil gasa de la tregua no se extendía a los desiertos circundantes. Su objetivo era él; el resto de la caravana era una víctima inconsciente y accidental.

Las serpientes descubrirán que no les va a ser fácil cumplir este encargo, se prometió Markus.

Lucharía contra ellas con toda la fuerza de los poderes a su disposición. En apresurada preparación del enfrentamiento, se atracó de sangre. El líquido fluyó como un trueno por sus venas, aprestando a la acción a sus miembros muertos. Pasó como una crecida por su mente, en una neblina roja, dejando tras de sí un diluvio de frenético fuego. Se había llenado hasta tal extremo que sus arterias eran cables tensos que serpenteaban por todo su cuerpo. Sus venas trepidaban con cada latido. Su boca era una raja carmesí, y tenía empapados los dientes de saliva sanguinolenta. Su barba era una maraña rígida manchada de sangre que empezaba a resecarse. La urgencia de su banquete provocó regueros de sangre que le empaparon la túnica gris hasta teñirla de ébano.

Los cuatro hombres que arrastraban los pies a su alrededor estaban igualmente manchados de sangre. Había matado apresuradamente a los mercaderes, impaciente por tomar su sangre. A continuación había vertido una porción de vitae sobre sus víctimas, con lo que les había devuelto una pálida semblanza de vida. Aquellas criaturas eran débiles y patéticas en comparación con los poderosos cadáveres de caballeros que Markus había creado en Constantinopla meses antes. Pero esta vez carecía del tiempo necesario para realizar la compleja ceremonia requerida, puesto que en aquel mismo momento el campamento entero estaba despertando, alarmado. Sin embargo, aquellos cadáveres esclavos estorbarían por lo menos las acciones de los Setitas que estaban a punto de atacarlo.

Era irónico, desde luego. Las serpientes habían matado ya a los centinelas de la caravana y sólo Dios sabe a cuántos de los mercaderes que dormían. Si hubiera sido un auténtico maestro de las artes de la muerte, Markus podría haber ordenado a aquellos cadáveres que se levantaran en el mismo lugar en

el que habían caído. Se decía que los Capadocios de antaño eran capaces de convocar legiones de muertos en un instante, criaturas que emergían de sus olvidados lugares de descanso bajo la tierra. Markus no era ningún novicio en las artes de la muerte, pero podía darse por satisfecho con animar a aquellos cuerpos que podía tocar directamente con el poder de su sangre. Al menos le costó muy poco crear a aquellos servidores. Seguía lleno de fuerza gracias a la enorme cantidad de sangre ingerida. Su poder debía de ser suficiente para...

Una bocanada de aire fue la única advertencia del ataque. De repente, Markus vio que una figura embozada en una capa y con una pesada espada entre las manos golpeaba al más lejano de los cadáveres. El golpe hizo un sonido húmedo y el atacante se desvaneció sin más antes de que el reanimado esclavo cayera a la arena endurecida con un gemido casi aliviado.

—¡Quietos! —ordenó Markus a los cadáveres restantes mientras se volvía con las espadas desenvainadas. Frente a él no había más que la noche del desierto... o eso parecía al menos. Al igual que los Nosferatu y los Assamitas, los Setitas dominaban el maldito arte de la ofuscación. El atacante esperaba hacerle creer que no había nadie allí hasta que fuera demasiado tarde. Pero la percepción de Markus trascendía el reino de lo físico. Su consciencia era demasiado disciplinada como para dejarse engañar con tanta facilidad por la mente de otro. Su espada corta golpeó con tal fuerza que el Setita retrocedió tambaleándose. Desaparecido su camuflaje, la figura del Seguidor de Set parpadeó y apareció al fin. Su adversario tenía la apariencia de un reptil, de un lustroso negro con irregulares manchones de color. Sendas rejillas de color dorado lo miraban desde lo alto de un semblante que no era de este mundo. Una boca amplia y carente de labios se abrió y en su interior pudieron verse dos colmillos largos y afilados como agujas. Aunque retorcida por los poderes oscuros hasta convertirse en una cosa monstruosa, quedaba en aquella criatura lo bastante de humano para que Markus pudiera saber que era mujer.

Gritó algo en egipcio antiguo —una lengua que Markus no había tenido la oportunidad de aprender— y adoptó una postura defensiva más cauta. Su cimitarra era más larga que la espada corta y la daga que empuñaba Markus, pero el gran tamaño del Capadocio le proporcionaba un gran alcance en comparación con los finos brazos de reptil de la criatura. No sabía si era muy diestra en las artes de la lucha pero su grito sugería que había llamado a otros en su auxilio.

Con una sonrisa sanguinolenta en los labios, Markus trató de aprovechar su ventaja.

—Rodeadla —ordenó a los cadáveres, y retrocedió un paso. La Setita respondió con nuevos gritos y con una impresionante demostración de esgrima, balanceando la cimitarra en una serie de maniobras destinadas a mantener a raya a los cadáveres. Aún no sabía que las criaturas carecían de toda instrucción marcial pero su ignorancia no duraría mucho.

La Setita poseía ciertos rasgos propios de una serpiente, pero seguía estando hecha de carne y hueso... sustancias ambas que estaban sometidas al poder de un Capadocio. Markus empleó ahora ese poder de control y, recurriendo al atronador imperio de la sangre, envió un susurro de muerte a la mujer serpiente. Musitó una antigua maldición veneciana para enfocar su mente (por lo que sabía, otros Capadocios utilizaban trucos diferentes) y sonrió al ver que la rigidez de la muerte se abatía sobre su enemiga. Sus músculos y tendones se endurecieron y se helaron y quedó paralizada en mitad de un ataque. Desequilibrada, la serpiente cayó a la arena. Los débiles gemidos que brotaban de su garganta no supusieron más que una pequeña distracción mientras Markus le cortaba la cabeza. Sólo resultó un poco desagradable porque la hoja del espada corta no era lo bastante larga para la tarea.

Pensando que era mejor evitar el cuerpo a cuerpo con otros Setitas, recogió un arco de curioso diseño y una aljaba llena de flechas de los restos putrefactos mientras terminaban de descomponerse a toda velocidad. *Unas cuantas flechas deberían dar algo que pensar incluso a una serpiente invisible.*

Tras reanimar de nuevo a su caído esclavo, se dirigió hacia el carromato, seguido de cerca por el siniestro séquito. Ahora que se había enfrentado a la manera en que los Seguidores de Set nublaban la mente de sus adversarios para hacerse invisibles, estaba preparado para responder a nuevos intentos similares. Mientras atravesaba el creciente tumulto del campamento con sus cadáveres esclavos tras de sí, detectó dos formas sombrías más. Las criaturas abatieron a dos aterrados mercaderes desde la oscuridad mientras sus aliados mortales luchaban de manera más convencional. Markus las dejó hacer. La muerte de unos pocos mercaderes tenía muy poca importancia a escala global y su lucha serviría para cubrir su retirada.

Estallaron unas llamas unos metros más adelante. Markus se encogió instintivamente mientras su Bestia interior se amedrentaba al ver el fuego. En aquel momento apareció un mercader corriendo en su dirección, aunque no estaba claro si pretendía atacarlo o ayudarlo. El hombre vio a Markus —la enorme forma sanguinolenta, seguida de cerca por un cuarteto de criaturas

desangradas que avanzaban arrastrando los pies— y huyó aún más deprisa de lo que había llegado. Empezó a gritar que un monstruo estaba conduciendo a los muertos pero su voz se vio engullida muy pronto por el estrépito circundante, aunque no antes de que Markus recobrara la cabeza.

La suerte me ha permitido llegar hasta aquí con vida. Confío en que me siga protegiendo unos pocos minutos más.

Tras rodear una tienda medio caída, se encontró de frente con su carromato, que estaban envuelto en llamas. Sus sentidos sobrenaturales captaron los vacilantes alaridos que proferían quienes estaban atrapados en su interior mientras sucumbían a la conflagración. Vio las siluetas de dos figuras detrás de la pira. Haciendo acopio de valor para enfrentarse al terror de la llama, Markus reunió a sus creaciones y avanzó.

—Invocáis al desastre —declaró— al permanecer ajenos de esta manera a cuanto os rodea.

Beltramose y Falsinar giraron sobre sus talones y lo reconocieron cuando tenían ya las armas preparadas para atacar. Los dos hombres compartieron un breve escalofrío al reparar en la presencia de los cadáveres que acompañaban a su señor.

—Estáis en lo cierto, *Signore* —replicó Falsinar, que había sido el primero en recobrar la compostura. Apuntó con la falcata al carromato, que ahora estaba completamente cubierto de llamas—. Hemos permitido que eso nos distrajera.

Beltramose logró de alguna manera combinar desazón y extremada atención mientras escudriñaba los alrededores con la mirada.

—Acabábamos de terminar con esto, *Signore*. Un momento más y habríamos empezado a buscaros.

—Hmmm. Y a juzgar por la manera en que os sonreíais antes, debo suponer que sois los responsables de la destrucción de un carromato que tan buenos servicios nos estaba prestando.

—¡No ha sido por capricho, os lo aseguro!

—No. ¿Y cómo es que vosotros, caballeros, estáis aquí, de una pieza, mientras otros se consumen en vuestra pira?

—El mérito de la idea es todo de Beltramose, *Signore* —dijo Falsinar mientras examinaba los alrededores con aire un poco más despreocupado que el de su compatriota—. Estábamos rodeados: una criatura en lo alto del carromato y dos de sus sicarios acercándose a la puerta. Entonces Beltramose sugirió que utilizáramos la trampilla que instalamos en el suelo para que vos pudierais entrar y salir con la máxima discreción.

—Acabábamos de utilizarla cuando... algo echó la puerta abajo e irrumpió —prosiguió Beltramose—. Yo no veía nada en la oscuridad pero me agarró por el tobillo con mano de hierro. No tenía espacio para utilizar la espada así que recurrí a la daga. Conseguí acertarla con un golpe de suerte y la criatura apartó la mano con tal velocidad que me arrancó la daga de la mía.

Los dos hombres compartieron una sonrisa y Falsinar reanudó la narración.

—Como si fuera obra de la fortuna, los dos hombres acudieron a ayudar a su amo. Beltramose cerró la trampilla mientras yo me deslizaba por debajo del carromato a tiempo de empujar al segundo de ellos a su interior.

—Habíamos vertido el contenido de varias lámparas de aceite con el fin de cubrir nuestra retirada —terminó Beltramose—. Sin embargo, hubo algunos momentos de incertidumbre en los que no estuvimos seguros de que el carromato fuera a incendiarse antes de que escaparan sus ocupantes.

Markus no pudo por menos que compartir la sonrisa de sus hombres, a pesar de que todas sus pertenencias habían quedado reducidas a cenizas. Un objeto en particular ocupaba el lugar de honor en sus pensamientos.

—Inspirada solución, caballeros. Aunque me congratulo por el hecho de que hayáis logrado escapar a una muerte casi cierta, admito mi consternación por la pérdida del fragmento de Lilith.

—¡Pues poned fin a esa consternación, *Signore!* —Falsinar le tendió una pequeña bolsa—. Creí que aún podía seros de alguna utilidad, así que la cogí mientras Beltramose abría la trampilla.

—Excelente. Deja que lo guarde; será mejor que...

—*Signore* —lo interrumpió Beltramose—, si os disponíais a decir que es mejor que nos marchemos antes de que nos topemos con más criaturas como aquéllas, debo señalar que ya es demasiado tarde.

Markus, que había interrumpido su vigilancia unos segundos para guardar la bolsa, vio ahora que media docena de figuras ataviadas con túnicas avanzaban hacia ellos, con las ensangrentadas armas preparadas. No supondrían ningún problema, teniendo en cuenta la destreza con las armas de Markus y sus hombres. Pero también percibió las formas imprecisas y nebulosas de otros tres Setitas.

—Hay un trío de cainitas entre ellos, caballeros. Se ocultan a vuestra vista, así que tendré que ser yo quien se ocupe de ellos. Dejo en vuestras manos el lidiar con los mortales.

—Supongo que vuestras sombras no nos servirán de nada aquí, *Signore* —dijo Falsinar.

—Podría obligar a una de ellas a manifestarse. Incluso aquellos que sirven a los nomuertos han huido impulsados por el terror al toparse de frente con un espíritu. Pero ahora mismo no siento su presencia. Los tres estamos solos en esta batalla.

Beltramose esbozó una sonrisa tensa.

—No olvidemos a nuestros cuatro nuevos amigos.

—En efecto. Al menos nos servirán para algo.

Tan cerca como estaban de las llamas, le costaba darle la espalda al carromato. Pero, aunque Markus sentía el calor, era una suerte no tener que contemplar la voraz y titubeante danza del fuego. *Espero que ponga tan nerviosos a los Setitas como a mí. Voy a necesitar toda la ventaja con que pueda contar.*

Los enemigos se les acercaban con aire confiado. Eran dos veces más que Markus y sus hombres —eso sin contar que eran tres Setitas contra un solo Capadocio— y el carromato incendiado cortaba la retirada. Markus sabía que tenían que golpear fuerte y deprisa o los derrotarían. Ordenó a los cadáveres que se situaran a un lado con los brazos abiertos y a continuación sacó el arco que le había arrebatado al Setita. Los egipcios aceleraron su avance al ver que Markus aprestaba el arma, aunque aún se encontraban a una docena de zancadas de distancia. Markus tensó la cuerda con la confianza de un experto y gritó:

—¡Patead la arena!

Los hombres que se acercaban no entendían el veneciano. Creyendo que se trataba de un grito de guerra, algunos de ellos se rieron mientras otros respondían con maldiciones. Markus los ignoró por el momento, con su atención puesta en los cadáveres esclavos. Los muertos revividos sintieron el poder de su voluntad y empezaron a dar patadas para levantar finas nubes de arena. La arena se topó con una nada sólida y dibujó las formas de dos Setitas que se aproximaban por el flanco. Su posición apenas quedó al descubierto durante una fracción de segundo, pero esto bastó para que retrocedieran, sobresaltados. Ahora sabían que Markus podía verlos; no serían tan descuidados en el futuro.

La tercera serpiente, confiada igualmente en su poder para confundir las mentes, se acercaba desde la dirección opuesta. Alargó el cuello para ver lo que les estaba ocurriendo a sus hermanos. La primera flecha se le clavó en el pecho, a escasos centímetros del corazón, y sobresalió por su espalda. La herida habría sido traumática para un mortal pero para un muerto viviente era poco más que una molestia. La segunda flecha fue más eficaz. Se le clavó en

la cara, justo por debajo de las cejas y en el ángulo preciso para que la punta se partiera. La punta serrada destrozó el ojo del Setita, junto con una parte considerable de su lóbulo frontal. La fuerza del impacto derribó al vampiro. Se hizo visible en el aire y cayó al suelo envuelto en una nube de arena. Aunque no había sido destruido, pasaría algún tiempo antes de que pudiera rehacer su cerebro lo suficiente para hacer algo que no fuera estremecerse de manera espasmódica.

—Esto ha sido un regalo para nosotros, caballeros —dijo Markus mientras arrojaba el arco a un lado.

Los seis bandidos mortales lanzaron gritos de sorpresa pero no se abandonaron a sus deseos de venganza mientras seguían avanzando. Aunque no eran soldados, saltaba a la vista que aquella no era ni de lejos la primera batalla en la que participaban. Intercambiándose nombres y frases cortas, maniobraron con rapidez para rodear a Markus y a sus hombres.

Markus no estaba preparado para una respuesta tan disciplinada, así que ordenó a Falsinar y Beltramose que retrocedieran y se situaran más cerca del fuego. El calor y el crepitar seguían provocándole un agudo terror en las entrañas pero ahora no podía permitirse el lujo de sucumbir al miedo. *Soy un Capadocio. Soy un Giovanni. ¡No traeré la vergüenza a mi linaje en un lugar como éste!*

Perdida la oportunidad de enfrentarse a los Setitas restantes, Markus se abalanzó sobre sus sicarios. Falsinar y Beltramose extrajeron coraje del ejemplo de su señor. La batalla estaba igualada, aunque por poco. Markus llevaba casi noventa años siendo vampiro y antes había pasado otros treinta como mortal. La mayor parte de este tiempo la había pasado dedicado al estudio de la muerte y los espíritus, pero en conjunto debía de contar con aproximadamente una década de instrucción marcial. Aunque Beltramose y Falsinar no habían tenido demasiada ambición en sus días como *condottieri*, esto no se debía en modo alguno a una falta de destreza con las armas. Y el carromato incendiado les ofrecía una considerable ventaja táctica. Aunque el calor era opresivo, impedía que los rodearan y deslumbraba a los atacantes.

Aunque estaban conteniendo a sus enemigos, Markus no tardó en perder los estribos. Los superaban en número, sí, pero eran simples mortales. Los Setitas seguían ahí fuera, haciendo pedazos a unos torpes cadáveres que no podían hacer otra cosa que encogerse impotentes para tratar de evitar los golpes de sus invisibles atacantes.

—¡Ya basta! —bramó Markus—. ¡No podéis verlos, cascarones inútiles! ¡Tratad de cogerlos! ¡Cogedlos y no los soltéis o encontraré las almas que

moraban acobardadas en el interior de vuestros patéticos pellejos y urdiré para ellas tormentos que al Diablo jamás se le hubieran ocurrido!

Uno de los bandidos trató de propinarle un golpe mortal mientras Markus gritaba. El Capadocio se revolvió con desesperación y desvió el arma, que se le clavó profundamente en el hombro. La hoja de la cimitarra se quedó atascada en el hueso; mientras el desconcertado bandido trataba de recobrar su arma, Markus sucumbió al fin a la Bestia.

Con un movimiento ascendente, clavó a su enemigo la daga y la espada corta. Dejó las armas en el cuerpo de su víctima y se volvió hacia la siguiente. El bandido, que había acudido en auxilio de su camarada, golpeó sin titubear. Markus se hizo a un lado, recibió un golpe oblicuo y agarró el brazo del arma del bandido con una de sus enormes manos. El miembro del mortal se encogió, convertido en una cáscara sin vida en un mero instante. El hombre cayó al suelo, lanzando unos gritos que eran a partes iguales de agonía y de terror. Markus recogió la cimitarra del bandido caído y le propinó tres fuertes golpes para acallar sus gritos.

Los tres egipcios restantes —Beltramose acababa de abatir a un cuarto unos momentos antes de un terrible tajo en el abdomen— adoptaron una posición defensiva. Markus y sus hombres estaban heridos pero no habían sufrido pérdidas mientras que el número de los bandidos se había reducido a la mitad. Uno de ellos miró a su alrededor, buscando la ayuda de sus amos.

Los dos Setitas se encontraban cerca, pero estaban ocupados. La visión podría haber sido divertida de no haber sido tan desesperada la situación. Los cadáveres reanimados estaban distrayéndolos tanto que los cainitas tenían dificultades para mantener la concentración necesaria para su camuflaje. Los vampiros propinaban golpes y tajos a las patéticas criaturas, que se aferraban a sus ropas con manos torpes. Una de ellas había conseguido incluso encaramarse a la espalda de un Setita. No hacía nada más que permanecer allí pero estaba tan resuelta a hacerlo que el Seguidor de Set no había conseguido aún quitársela de encima.

Markus lanzó un rugido de desafío y se abalanzó sobre el más cercano de los bandidos, decidido a abrirse camino matando hasta los vampiros egipcios. Empuñaba la cimitarra con torpeza pero la furia de sus golpes obligó a su enemigo a retroceder, protegido por los desesperados movimientos de su propia arma. Falsinar abatió a su adversario, cambiando el signo de la batalla, y corrió a auxiliar a su señor. Entonces los Setitas lograron al fin reducir a los cadáveres a trozos tan pequeños que la última chispa de vida los abandonó y se apresuraron igualmente a ayudar a sus hombres supervivientes.

El bandido cayó bajo los golpes combinados de Markus y Falsinar mientras las dos serpientes caían sobre ellos. Falsinar retrocedió, tan desesperado frente al Setita como lo había estado el bandido frente a Markus apenas unos segundos atrás. Pero estaba solo, puesto que Markus se enfrentaba ahora a un vampiro que era su igual en tamaño y furia, con la misma piel escamosa y los mismos movimientos sinuosos de la mujer a la que había combatido antes. Los enfurecidos cainitas no perdieron el tiempo con ataques místicos sino que se fundieron en un atropellado entorchado de espadas.

El Setita le hizo un profundo corte a Markus en el costado y el dolor arrancó al Giovanni de su frenesí asesino. Retrocedió tambaleándose y obligó a la herida a cerrarse pero su enemigo se apresuró a aprovechar el momento y le hizo un nuevo corte en el muslo. El golpe hizo que Markus se tambaleara, mientras su mente, con renovada claridad, pensaba con tanta rapidez como le era posible. No tenía la menor duda de que estaba en desventaja ni de que las cosas empeorarían muy deprisa si no cambiaba de táctica inmediatamente.

Primero trató de conseguir que el Setita perdiera el equilibrio pasando al ataque. En realidad no fue más que una finta pero consiguió lo que se proponía. A continuación, Markus trató de desarmar a su oponente. Puede que lo hubiera conseguido con su espada corta pero la cimitarra no era tan obediente en sus manos. La hoja golpeó con un tañido la empuñadura de la espada del Setita y los dos combatientes perdieron el ritmo de sus movimientos. Markus tropezó en el suelo irregular de arena y se encontró a escasos centímetros de distancia del semblante inhumano de la serpiente. Los ojos dorados se cernieron sobre los suyos y una extraña laxitud se apoderó de sus miembros. El peligro que corría pareció perder su inminencia; lo único que le preocupaba de repente eran aquellos dos hermosos orbes dorados. Sintió una tensión en la garganta y entonces se dio cuenta de que era la mano del Setita. Una curiosidad, pero insuficiente para conseguir que apartara su atención de aquellos ojos hipnóticos.

Entonces un viento frío y acerado atravesó su mente.

¡Infantino! El fantasma había pasado a través de Markus y la momentánea frigidez de su contacto bastó para que recobrar el sentido. El pánico y la furia regresaron en tropel y los utilizó para invocar el poder de su sangre. Su gran mano agarró al Setita por el brazo y sujetó a su adversario con todas sus fuerzas mientras le escupía un denso chorro de sangre que se desparramó por el rostro y los hombros de la serpiente. Si a la primera Setita le había

susurrado un atisbo de la podredumbre del sepulcro para paralizarle los miembros, ahora había escupido toda su fuerza marchitadora.

—Polvo al polvo —gimió.

Al mismo tiempo, el Setita profirió un chillido ahogado. Se apartó del Capadocio con la fuerza de la desesperación mientras su cuerpo se deshacía y se convertía en densa ceniza al contacto de aquella sangre corrosiva. Se disolvió la carne suficiente para que se le cayera el brazo. Apenas siguió apretando un instante el cuello de Markus antes de desintegrarse. El Setita retrocedió tambaleándose, sostenido por el poder de la novida a pesar de que gran parte de su torso y la parte inferior de su cara se habían deshecho. La otra serpiente, que ahora tenía dificultades para habérselas con Beltramose y Falsinar, lanzó una mirada hacia su camarada. Interrumpió su ataque y corrió hacia él mientras Markus se preparaba para propinar el golpe de gracia.

—La muerte es mi reino —gruñó Markus con la boca llena de sangre—. Vamos, venid los dos y dejadme que os muestre sus secretos.

Con un jadeo, el Setita herido respondió algo ininteligible. Su compañero miró la herida y a continuación dirigió su mirada de reptil hacia Markus. No sin titubeos, la serpiente alzó la cimitarra.

—¿Pones en duda mi poder? —dijo Markus—. Otra lección, pues —indicó a Falsinar y Beltramose que permanecieran donde se encontraban. Él mismo estaba rodeado por los restos de los que habían sido sus cadáveres esclavos. Vomitó sangre sobre ellos. Como antes, despertaron en cuestión de segundos. Se alzaron cuatro cuerpos entre Markus y los Setitas, sus incontables heridas ignoradas por obra y gracia de la magia de los Capadocios.

La serpiente herida emitió otro graznido, más urgente. Su compatriota asintió. Con la espada preparada para defenderse de cualquier ataque, prestó su otro brazo a su camarada para que pudiera apoyarse en él. No dijo nada pero sus ojos dorados se clavaron en los de Markus y le prometieron venganza en alguna noche futura. Entonces los dos se esfumaron en el aire y desaparecieron en la oscuridad del desierto.

—Corred si queréis —les gritó Markus—. ¡No podéis esconderos de mí! ¡De hecho, vuestros mismos servidores serán los artífices de vuestra destrucción!

Markus dio media vuelta, caminó con zancadas tensas hasta los bandidos caídos y vertió su sangre sobre ellos. Se alzaron como lo habían hecho los mercaderes, cadáveres dotados de vida por su voluntad.

—Marchaos. Buscad a vuestros antiguos amos. Seguidlos día y noche. ¡Aseguraos de que nunca olvidan el precio pagado por haberse cruzado en el camino de Markus Musa Giovanni!

Diez cadáveres se perdieron en la noche. Muy pronto reinó un silencio roto sólo por el crepitar del carromato incendiado y los tenues sonidos de los pocos mercaderes supervivientes que se lamentaban de su tragedia.

Los dos ghouls se apartaron de la forma impasible de su señor. Con paso titubeante, Falsinar se acercó al Setita caído —que, a pesar de que apenas tenía cerebro con que pensar, estaba tratando de arrancarse la flecha del cerebro— y lo decapitó. Beltramose, a pesar de sus heridas y su fatiga, vigiló por si se producía un nuevo ataque. Entonces Markus se estremeció y cayó de rodillas sobre la arena manchada de sangre.

—Se han marchado —gimió—. Los cadáveres los seguirán durante unos pocos días antes de que mi poder los abandone. No pueden hacerles nada pero deberían asustarlos lo bastante como para que nosotros podamos llegar al oasis.

—Bien... muy bien —contestó Falsinar tras intercambiar una mirada preocupada con Beltramose—. Pero vos, *Signore*... ¿cómo os encontráis vos?

Markus levantó su semblante hirsuto y manchado de sangre.

—Estoy igual que tú: cansado, herido y harto de esta maldita tierra y todo cuanto hay en ella. Mi cuerpo se curará y os daré a beber mi sangre para que vuestras heridas se cierren también. Pero para hacerlo necesito sustento.

Los ghouls se miraron. Falsinar se rascó el cuello.

—Los mercaderes, caballeros. Traedme a todos los supervivientes. Nos llevarán a nuestro destino, aunque no como ellos habían esperado.

* * *

Llegaron al Oasis de Bahariya dos noches más tarde, conducidos por el único mercader al que no habían abatido las espadas de los bandidos o la sed de Markus. Aseguraron a Habib que, como pago por sus servicios, recibiría los cinco caballos y dos camellos que habían sobrevivido al ataque de los Setitas y que ahora los transportaban a ellos. Habib, que no era ningún necio, sabía que tendría suerte si recibía el regalo de su propia vida y llevó al enorme monstruo extranjero a la casa de su primo. Intimidado, reconoció que solía parar allí cuando la caravana se detenía en El Bawiti, el mayor asentamiento de la región del oasis. Ahora cobijaría a Markus y sus hombres durante su breve estancia.

Al menos Markus esperaba que fuera breve. La batalla en el desierto le había dejado muy claro que se encontraba en tierra enemiga. Aunque lograra encontrar a los Lazarenos, dudaba que pudiera contar con su ayuda. Ellos se jactaban de sus herejías contra el Clan de la Muerte; realizaban sus estudios en aquel lugar a despecho de los deseos del mismísimo Cappadocius. ¿Qué interés podían tener en ofrecer ayuda a un Capadocio? Y su hostilidad sería segura si demandaba que le entregaran el Códice de Sargón. Lo mejor que Markus podía esperar era curiosidad académica frente a una oferta del propio de los Giovanni. Lo suficiente para que lo admitieran en su refugio y una vez allí pudiera robar el Códice.

Esta parte del plan requería aún cierto desarrollo. A pesar de que Markus no era en modo alguno reacio a causar las máximas penurias a los Lazarenos en el nombre de su familia y de clan, no tenía sentido pensar que lo iban a dejar marchar con el Códice de Sargón debajo del brazo sin decir nada. Tenía la esperanza de que las respuestas se presentaran por sí mismas una vez que se encontrara en el refugio de los Lazarenos.

—¿Es éste el lugar? —preguntó Markus en un árabe con mucho acento. Habib respondió con un gesto temeroso. La casa era típica del lugar, baja y construida con ladrillos de arcilla. Dos, puede que tres habitaciones con una puerta desgastada y un par de ventanas diminutas. Markus desmontó y se alisó la túnica, que había recogido entre las pertenencias de un mercader para reemplazar a su ropa, desgarrada y manchada de sangre. Tras indicar a Habib que se reuniera con él con una sacudida de la barbilla, le entregó las riendas de su caballo a Falsinar.

—Aquí estamos, caballeros —les informó en italiano—. Dado que no veo un corral por ninguna parte, atraeremos una atención innecesaria si dejamos a todos estos animales aquí. Capté el marcado aroma de un establo cuando entrábamos en este triste poblacho. Llevad los animales allí y regresad luego.

—Pero si no hablamos el idioma local —repuso Falsinar—. ¿Cómo se supone que vamos a entendernos?

—Si no podéis explicaros con monedas, ofreced uno de los animales como pago. Mientras tanto yo explicaré nuestros deseos al primo de Habib.

Cuando regresaron, una hora más tarde, Falsinar y Beltramose descubrieron que no había ningún primo allí. Habib parecía más aturdido que nunca, aunque no estaba claro si ello se debía a la confusión, a la preocupación por el paradero de su primo o a cualquier otra cosa. Markus había dejado que el hombre se acurrucara en un rincón de la habitación

principal y ahora estaba contemplando con mirada vacía el polvo y la tierra que cubrían el suelo.

—Debo disculparme en nombre de nuestro anfitrión —dijo Markus a sus servidores—. Por lo que he podido colegir, los parientes de Habib han olvidado que venía la caravana. El querido primo y su familia ni siquiera están aquí y han dejado su casa en un estado bastante penoso. No obstante, nos servirá durante unas pocas noches. No es el refugio más seguro pero me protegerá durante el día y es lo bastante corriente como para no atraer la atención si alguien trata de encontrarnos.

Falsinar y Beltramose aceptaron las palabras de su señor sin hacer ningún comentario. Markus los había invitado en otras ocasiones a lugares cuyos moradores habían desaparecido por razones varias. Curiosamente, todas ellas parecían estar mal cuidadas y el polvo cubría todas las superficies. Ambos hombres habían aprendido a no prestar demasiada atención al polvo ni a las explicaciones que Markus les daba con respecto a las convenientes ausencias. Sin embargo, no ahorran esfuerzos para limpiar concienzudamente cualquier superficie sobre la que fueran a dormir o a comer.

Les costó mucho hacerlo ahora, exhaustos como estaban tras el viaje. Markus les había dado sangre en abundancia tras la batalla, la suficiente para curar hasta las heridas más graves. Puede que los Capadocios no fueran los cainitas más fuertes o los más rápidos pero posiblemente fueran los más resistentes. La sangre vampírica concedía a los ghouls humanos un aguante asombroso, que les había permitido permanecer conscientes y alerta durante los últimos y difíciles días del viaje. Pero con todo, Falsinar y Beltramose seguían siendo mortales. La fatiga que sentían se expresaba en todos sus movimientos pero por encima de todo en la ausencia de la cháchara que normalmente los distinguía.

Aquello no le pasó inadvertido a Markus.

—Sólo faltan unas pocas horas para el alba, caballeros. Permaneced vigilantes hasta entonces. No creo que corramos peligro. Podéis alternar las guardias durante el día para recobrar las fuerzas. Mañana por la noche empezaré a buscar el templo de los Lazarenos.

—Sí, *Signore* —dijo Falsinar—. Con vuestra venia, yo empezaré ahora a buscar la letrina.

La ocurrencia hizo reír a los tres italianos. Habib guardó silencio. Mientras Falsinar salía de la casa en busca de un lugar para desahogarse, Markus se inclinó sobre el mercader.

—Puede que también a él le venga bien probar la sangre —dijo tras un momento de reflexión—. Y a nosotros podría convenirnos contar con un lugareño favorable a nuestros intereses...

Su aguzado oído captó el suave crujido de unas botas sobre la arena endurecida. Al principio creyó que se trataba de Falsinar, que regresaba a la casa. Sin embargo, el hombre acababa de marcharse... y, en todo caso, no podía estar acercándose desde tres direcciones diferentes...

—¡Beltramose! ¡A las armas! —exclamó Markus. Giró sobre sus talones y sacó la espada corta de la vaina en el preciso instante en que la destartalada puerta cedía hacia dentro. Detrás de su señor, Beltramose se arrastró hacia su espada larga mientras varios vampiros irrumpían en la habitación.

CUARTA PARTE
«OASIS DE BAHARIYA»

CAMINO AL OASIS DE BAHARIYA
2 DE OCTUBRE DE 1204

—Una caravana entera masacrada —observó Ankhesenaten con algo más que un poco de curiosidad. Señaló con la barbilla un cercano grupo de montículos de grandes dimensiones que, tras haber pasado unos pocos días bajo el calor del desierto, se encontraban en avanzado estado de descomposición—. Hasta los animales pasados a cuchillo, según parece.

Constancia frunció los labios mientras observaba la masacre. La contemplación de la muerte, aun a semejante escala, no molestó más a la sacerdotisa ahora que en ninguna de las anteriores ocasiones en que se había encontrado con ella. Era la palpable falta de aprecio por el paso de la vida a la muerte lo que la desagradaba.

—Esto no es obra de unos sencillos bandidos. Tal cantidad de caballos y camellos hubiera alcanzado un buen precio en el mercado, ¿no es así?

—Oh, desde luego. Demasiado elevado como para desperdiciarlos de manera tan descuidada. A menos que los bandidos hubieran creído que no podían llevárselos todos.

—En ese caso hubiera sido mucho más sencillo dejarlos sueltos. —Hizo avanzar a su camello para poder examinar el resto de la masacre. Para su sorpresa, la bestia, de ordinario renuente, cedió sin protestas—. Aquí no eran los animales ni las mercancías el objetivo de los atacantes. Creo que podemos hacer una suposición razonable sobre la identidad de los responsables. Ah. Sí, esto debería valer.

—¿Habéis encontrado algo? —la montura de Ankhesenaten no estaba cooperando así que tuvo que golpearla con la fusta hasta que se arrodillo y permitió que bajara al suelo.

Constancia ya había desmontado de su camello. Ignoró al Setita mientras recorría un área azotada por el viento situada al otro lado del campamento. Su mente estaba enfocada en las cosas que el lugar podía revelar. Sin embargo, una parte de sus pensamientos no dejaba de volver a la misma idea que la había atormentado noche tras noche desde que se pusieran en camino. Habían

venido a toda velocidad desde El Cairo y sus camellos habían conseguido recorrer una notable distancia a pesar de ocasionales demostraciones de testarudez. Qalhara y los iniciados, Akil y Palladius, entendían bien las razones por las que era imperativo para Constancia alcanzar a Markus Musa Giovanni lo antes posible. Ankhesenaten había sido igualmente persuadido. El Seguidor de Set había accedido a prescindir de los placeres de que solía disfrutar cuando viajaba y se había prestado a marchar tan ligero de equipaje como Constancia y sin más compañía que la de su guardaespaldas, Goreb. Y sin embargo, a pesar de forzar a sus monturas hasta más allá de los límites de la paciencia y la resistencia —aquella excedida mucho antes que ésta— y a pesar de que sólo se detenían cuando se veían obligados por la proximidad del sol, no habían logrado alcanzar a Markus Giovanni. Le habían ganado terreno, en efecto —de hecho, se encontraban ahora más cerca de él que nunca— pero no importaba lo cerca que de él que llegaran a estar si no lograban alcanzarlo.

Entonces, al fin, percibió el perturbador residuo de un aura que sólo había captado en sus visiones. Con la consciencia tensa hasta un grado de extrema percepción, Constancia reanudó sus investigaciones tratando de descubrir dónde era más intenso el residuo.

Ankhesenaten llegó a su lado, con el alargado rostro iluminado por el interés.

—¿Qué ocurre?

—No la molestéis.

La voz de Qalhara era tan baja y tan seca como la brisa que jugueteaba con el borde de la túnica del Setita.

Sobresaltado a pesar de sí mismo, se recobró rápidamente y le ofreció a la Lamia guerrera una sonrisa cándida.

—No te había oído.

Qalhara asintió. Los meses de viaje con Ankhesenaten le habían enseñado que la acosaría con toda clase de preguntas hasta que obtuviera el menor atisbo de información, así que decidió ahorrarles a ambos la ordalía.

—La Señora Constancia está buscando el lugar más idóneo para explicarle lo que ha ocurrido aquí.

—Aparte de lo obvio, quieres decir. Sí. Bien. Es tan ducha en su arte que puede ver cualquier lugar en cualquier momento, ¿no?

—No temas, Seguidor de Set —respondió Qalhara—. Aún no ha alcanzado la verdadera omnisciencia.

Ankhesenaten abrió la boca para discutir el calificativo utilizado por la criatura pero Qalhara levantó una mano de ébano para pedirle silencio.

Constancia había dejado unas marcas en la arena al caminar. Ahora se encontraba en el centro de un tosco pero completo círculo arcano. Era un triste sustituto para las energías enfocadas del Salón de los Muertos, pero bastaría para la tarea que le aguardaba. Canalizando el ancestral y refinado poder que palpitaba por todo su ser, el Oráculo de los Huesos llamó de regreso los secretos de varias noches antes.

La brisa se diluyó hasta convertirse en una serie de soplos débiles y dispersos y al fin cesó por completo. Los camellos, impelidos por sus mentes sencillas en busca de seguridad frente a la sutil tensión que irradiaba la pálida, esbelta y muerta mujer, se agolparon y se apartaron. A pesar de que estaba inmóvil como una estatua del tiempo de los faraones, la intensidad de la quietud de Constancia atrapó la atención de todos los presentes del mismo modo que había perturbado a los animales. Hasta el taciturno Goreb dejó de vigilar el desierto circundante.

Constancia volvió al fin en sí e inclinó la cabeza para dirigir una mirada afilada a Ankhesenaten.

—Mi hermano de clan ha atraído la atención de muchos aparte de la nuestra.

—¿Habéis descubierto lo que ocurrió aquí, entonces?

—Nada demasiado importante. —Desechó la cuestión con un ademán y se encaminó hacia los camellos, que parecían indecisos entre darse a la fuga o someterse a la dominancia de la mujer—. Markus Giovanni sobrevivió a un ataque hace sólo dos noches.

—Si la caravana no hubiera sido atacada, estaría aún a una noche de Bahariya, más o menos. —Ankhesenaten hablaba casi para sí. Lanzó una mirada a su alrededor y entonces hizo un gesto a Goreb con la cabeza, en dirección a sus monturas. En voz más alta, dijo—. En estas condiciones y cabalgando sin descanso, uno podría llegar en cuatro, puede que tres noches. Si todavía se dirige allí...

—No tengo razones para creer otra cosa.

Con diestra elegancia, Ankhesenaten montó el camello que Goreb había obligado a arrodillarse.

—Entonces será mejor que también nosotros nos apresuremos. Porque si vuestros temores son ciertos, no hay forma de saber qué males pueden acontecer si ese hombre llega a Bahariya antes que nosotros.

* * *

A pesar de que estaba viendo las luces que brillaban en la oscuridad del desierto, a escasos kilómetros de distancia, Constancia no estaba de buen humor. Tener que montar en uno de los lacónicos camellos que Ankhesenaten les había proporcionado para el viaje era la menor de sus irritaciones. Estaba totalmente concentrada en su cada vez más problemático hermano de clan, Markus Musa Giovanni.

Habían viajado lo más deprisa posible. Y sin embargo no había duda de que Markus había llegado a Bahariya antes que ellos, puede que una noche antes. Claro está que eso no significaba nada por sí mismo. Las visiones de Constancia no hacían referencia explícita al oasis. Pero sus instintos, afinados a lo largo de los siglos, le decían que la posibilidad de impedir un encuentro entre Markus y los Lazarenos disminuirían cuanto más tiempo pasara en aquel lugar. Puede que los Lazarenos prefirieran el aislamiento, al igual que los Capadocios convencionales, pero Constancia tenía la certeza de que aquel enclave de verdor en mitad de la nada había de atraerlos. Al igual que otros lugares más renombrados —y más conspicuos— como la Gran Pirámide y el Templo de Horus, aquel lugar poseía un conocimiento íntimo de la muerte. Su cariz resultaba sutil pero inconfundible.

—¿Qué hay aquí, aparte del oasis? —se preguntó.

Ankhesenaten le dirigió una mirada intrigada.

—¿Perdonad?

Ella señaló con un brazo que bajo la luz de la luna resultaba casi traslúcido.

—Este oasis y las llanuras que lo rodean. Inocentes a simple vista, pero contienen una historia. Historia de una clase que sólo es propia de la tierra de Khem.

—Ah. ¿Os referís al estudio de la muerte? Los Capadocios no parecéis pensar en otra cosa. Se remonta a antes de mis tiempos, pero recuerdo algo sobre unos gobernadores, en los últimos días del imperio, que alcanzaron una autoridad significativa en este lugar. Por aquel entonces, la influencia de otras culturas hizo que la práctica de la momificación se abriera a otros que no eran los faraones y... otros de los que no hablaré aquí. —El Setita hizo una pausa para escupir flema manchada de sangre sobre la arena—. Muy pronto, no sólo los nobles sino cualquiera que se lo pudiera permitir, era momificado al morir. Pero el procedimiento prescindía de muchos de los importantes detalles

tradicionales. Por lo que sé, las sacerdotisas de la zona trataron de conseguir que se recuperara la pureza del proceso. Puede que incluso desarrollaran nuevos métodos.

—No me extraña que una cosa así atrajera a una hueste de Lazarenos.

Sintiendo en el comportamiento de Constancia algo más de franqueza de lo habitual, Ankhesenaten se arriesgó a formular una pregunta por su propio interés:

—¿Es que son muchos, entonces? Me refiero a los Lazarenos.

—Los suficientes. —Un fuego frío refulgió tras los ojos de Constancia. Justo cuando parecía que no iba a decir nada más, la suma sacerdotisa continuó con un tono bajo y contemplativo, como si estuviera hablando para sí—. No puedo decirlo con certeza, a pesar de las visiones. He buscado mucho tiempo pero he encontrado muy poco. Si tuvieran una sola madriguera, los habríamos encontrado hace tiempo. Se dispersan, solos o en grupos pequeños, para poder entregarse a sus herejías en las largas noches... pero al final, ¿cuántos? Pocos, espero. Lázaros fue siempre muy selectivo con aquellos a los que dejaba acercarse y más aún con aquellos a los que otorgaba su oscuro don. Algunos de ellos acechan en este lugar, eso es seguro. Pero no todos. ¿Y Lázaros? Las escasas ocasiones en las que he logrado atravesar el velo que lo protege, lo he visto vagando. Ninguna barrera es lo bastante alta para hacerlo desistir de su búsqueda de los secretos de la resurrección...

Constancia salió de repente de sus ensoñaciones. Ankhesenaten se preguntó si se habría extraviado hasta los lindes de una visión pero la pregunta se le atragantó mientras toda la fuerza de la antigua del Clan Capadocio se concentraba sobre él.

—Entonces, ¿aquellos que practicaban los ritos de la momificación no tenían lazos con vuestro ancestral enemigo?

Ankhesenaten apretó las mandíbulas. Antes habían hablado de la resurrección. Las momias que siguieron al más grande de todos ellos, Horus, a su vez el vástago del opresor, Osiris, y la zorra hechicera, Isis. Este conflicto estaba en la base de casi todas las actividades emprendidas por el Walid Set, de una u otra manera.

—Me avine una vez a discutir tales asuntos con vos como muestra de cortesía, pero estas sagradas cuestiones no son para los oídos de los profanos.

—No necesito conocer los detalles. Simplemente me pregunto si los Lazarenos podrían haber...

Entonces hubo un grito, seguido por el sonido apagado del acero al atravesar la carne. Qalhara ya estaba cabalgando hacia allí, seguido no muy

lejos por Goreb. Encontraron a Palladius, uno de los iniciados, que se había caído del camello y estaba tratando de ponerse en pie. El animal estaba inmóvil y observaba con un solo y disgustado ojo a su jinete. Palladius señaló más allá.

—¡Algo me ha atacado, desde el camino! Lo he golpeado pero...

Qalhara y Goreb desmontaron y rodearon al animal por lados opuestos. Goreb profirió un grito y lanzó un tajo a la criatura que acababa de alzarse en la arena, con la espada de Palladius clavada en el hombro. La cimitarra de Goreb cercenó el brazo que estaba tratando de alcanzar el arma clavada. Con un gesto reflejo, Qalhara atrapó la mano cortada en el aire. Estuvo a punto de arrojarla a un lado pero entonces se detuvo para mirarla con más detenimiento.

—Un momento —dijo. Se volvió hacia Constancia, quien se volvió para aceptar la extremidad que le ofrecían. Goreb se preparó para golpear de nuevo pero un sutil movimiento de Ankhesenaten bastó para detenerlo. La criatura, por su parte, trató con aún más torpeza de arrancarse la espada que sobresalía de su carne.

—Muerto hace pocas noches —sentenció Constancia tras examinar la mano. Se acercó al cadáver, que dejó de convulsionarse cuando estuvo a su lado—. Y sin embargo permanece bastante vivo. La pregunta es: ¿quién te ha creado? ¿Nuestro querido viajero, Markus Musa Giovanni? ¿O te has escapado de algún agujero Lazareno?

El cadáver dotado de vida no dijo nada. Carecía de la chispa de auténtica vida, necesaria para formar palabras... para hacer cualquier cosa que supusiera un acto de voluntad, de hecho. Susceptible, no obstante, al poder nigromántico de Constancia, permaneció inmóvil mientras ella daba una vuelta a su alrededor.

—A juzgar por el estilo de su ropa —se aventuró Ankhesenaten— yo diría que es... es... uno de los miembros de la caravana.

Constancia se permitió un leve gesto afirmativo.

—Teniendo en cuenta la causa de la muerte y el grado de putrefacción, tengo que estar de acuerdo. Una suerte para nosotros, entonces. Porque puede enseñarnos dónde se encuentra su creador.

Alzó una mano. Una solitaria gota de color rubí se formó en la palma y emprendió un lento viaje en dirección a su muñeca. Las palmas de las dos manos de Constancia tenían cortes abiertos siglos atrás, grietas sanguinolentas que ella había decidido no curar. Le permitían convocar la sangre necesaria para realizar la magia de muerte sin recurrir a la tosca aplicación del cuchillo

sobre la carne. Constancia colocó la palma manchada de sangre sobre la frente del cadáver. Éste se puso rígido. Su cuerpo, ya en avanzado estado de descomposición, empezó a pudrirse a gran velocidad. Los demás observaron con diferentes grados de curiosidad y repugnancia cómo se deshacía la carne en gruesos copos pegajosos; cómo caían al suelo los órganos tumefactos, convertidos en una masa húmeda e indistinta; cómo se separaban del hueso los músculos y los ligamentos y se secaban hasta quedar reducidos a fragmentos quebradizos. Al cabo de un minuto, lo único que quedaba era un frágil esqueleto. Entonces, también éste empezó a desmoronarse, una breve llovizna de polvo denso que no dejó más que unos pocos fragmentos de cráneo cubiertos de polvo en la palma de la mano de Constancia.

—Era, en efecto, una criatura creada por Markus —dijo mientras se limpiaba los restos de la mano—. Qué divertido. Le ordenó que persiguiera a los que habían atacado la caravana.

—¿Divertido?

Constancia obsequió a Ankhesenaten con un destello de sonrisa.

—Era un sirviente muy tosco, creado con la menor cantidad posible de magia Capadocia. Aunque hubiera podido vagar por el desierto durante varias noches, no hubiera supuesto una verdadera amenaza para nadie.

El Setita aceptó la afirmación con un gesto dubitativo de la cabeza.

—¿Y qué ha revelado sobre su creador?

—¿Aparte de que posee un sentido del humor bastante negro? Mucho, en verdad. Puedo sentir su aura. Joven pero poderosa. Ahora podremos seguir mejor su rastro, sin necesidad de detenernos para interrogar a los lugareños a la menor dificultad.

»Estamos cerca. Muy cerca en verdad.

* * *

Llegaron al Oasis Bahariya pocas horas antes del alba. Era un lugar muy amplio, compuesto por una serie de asentamientos. Cabalgaron hasta El Bawiti, el mayor de ellos. Los gobernadores de los antiguos faraones habían morado allí, y era el lugar por el que pasaba la práctica totalidad del tráfico mercantil que atravesaba la zona, tanto en los tiempos antiguos como en la actualidad. Cientos de almas tenían allí sus moradas, si no miles. Constancia no vio más que una parte pero las formas bajas que se extendían por la noche del desierto parecían sugerir que las casas eran numerosas. A aquellas horas,

el número de luces que se veían podía contarse con los dedos de una mano. La quietud y el silencio cubrían el lugar como una niebla.

—Deberíamos buscar un lugar para levantar nuestra tienda —dijo Ankhesenaten—. El amanecer no tardará.

Constancia sacudió la cabeza. Puede que, de no haber encontrado el cadáver, hubiera accedido. En un lugar tan grande como aquel, en plena noche, no hubieran tenido la oportunidad de empezar a buscar a Markus hasta la noche siguiente. Ahora, sin embargo, ella podía sentir el residuo dejado a su paso por Markus Giovanni. Tenían tiempo suficiente para dar con él antes de la salida del sol.

El fragmentado resplandor del aura de Markus los llevó hasta una pequeña casa situada en una zona miserable del pueblo. Constancia se puso tensa de impaciencia sobre la silla. Su camello volvía a mostrarse terco y se negaba a arrodillarse para que ella pudiera desmontar. La tensión escapó de su habitual reserva y la suma sacerdotisa bajó de un salto, como la chica que había sido incontables siglos antes. Se encontraba aún a media docena de pasos de la casa cuando sintió otros residuos espirituales: el sutil escalofrío de las vidas mortales al ser apagadas. Con ellos regresó la cautela e indicó a Qalhara que se aproximara.

—La muerte ha estado aquí. Yo diría que la pasada noche.

Qalhara ya estaba alerta. Se colocó delante de su señora y examinó la casa de arriba abajo, así como las demás casas que formaban la pequeña plaza en la que ahora se encontraban. Al no percibir peligro inmediato, asintió. Las dos mujeres se aproximaron juntas a la puerta, mientras Akil y Palladius vigilaban los alrededores. Ankhesenaten y Goreb permanecieron junto a los camellos, contentos de dejar el asunto en manos de los Capadocios por el momento.

Más cerca, Constancia distinguió cortes recientes en la vieja puerta de madera. Se veían arañazos y otras señales de violencia en los ladrillos de arcilla del edificio. Intercambió una mirada con Qalhara. Aquellas señales no auguraban nada bueno pero ninguna de las dos mujeres sentía amenazas inminentes. Constancia volvió a buscar el aura de Markus pero la zona era una mezcolanza de una media docena de auras en conflicto. Estaba segura de que él había estado allí y no hacía mucho. En cuanto a si seguía o no en la casa, no hubiera podido asegurarlo. Demorarse en el exterior no revelaría la verdad. Con una sacudida de uno de sus finos dedos, indicó a Qalhara que anunciara su llegada.

Qalhara había levantado la mano para llamar a la puerta, cuando su oído sobrenaturalmente aguzado percibió un tenue arañar al otro lado del edificio.

Se movió por instinto. Sacó un venablo de la aljaba que llevaba a la espalda y corrió hacia el otro lado. Allí, tratando de salir con dificultades por una ventana estrecha, había un hombre ataviado con ropas latinas. Tenía una mata de cabello negro y ensortijado y una prominente espada por nariz.

Al principio no reparó en la presencia de la Lamia, concentrado como estaba en soltar la vaina de su espada de algo a lo que se había enganchado en el interior de la cabaña. Entonces con un movimiento brusco movió la cabeza a un lado —el lado opuesto al que se encontraba Qalhara— y profirió un áspero susurro en italiano:

—¡No veo nada! Será mejor que no sigas intentando que haga el ridi... ¿Qué dices? ¿En la otra dirección?

Constancia y un curioso Ankhesenaten doblaron la esquina en el mismo instante en que el hombre, con un gruñido de esfuerzo, giraba la cabeza hacia ellos. La punta de la lanza de Qalhara se encontraba apenas a un centímetro de distancia de su característica nariz y la expresión de la Lamia revelaba que no vacilaría en utilizarla.

—Oh, demonios —dijo Beltramose.

OASIS DE BAHARIYA
6 DE OCTUBRE DE 1204

El flaco individuo, una auténtica colección de tics nerviosos, estaba sentado con la espalda apoyada en una pared. Miraba constantemente a su alrededor, se sobresaltaba de vez en cuando y farfullaba entre dientes. El visible cardenal que decoraba su sien sugería la causa de su penosa condición pero Constancia apenas prestaba atención a su comportamiento. Estaba más interesada en su desaparecido amo y en contrastar todo cuanto le acababa de decir con lo que había sabido y sospechado hasta entonces.

Él primer oráculo, muchos meses atrás en el Monte Erciyes, le había revelado la destrucción del clan y la muerte del propio Cappadocius. Ahora ella estaba segura de que ese destino estaba en manos de Lázaro. Esto la preocupaba a pesar de que comprendía a la perfección la naturaleza del ciclo de la vida y la muerte. Cuando le llegara al fundador la verdadera hora de la muerte, todos debían permitir que ocurriera, fuera quien fuese el agente de la destrucción. Tratar de impedirlo sería entrometerse en el ciclo mismo.

Y allí residía el mayor de los peligros. Porque si Markus Giovanni caía bajo la influencia de los Lazarenos, su herético líder no tendría la necesidad de usurpar el puesto del Clan Capadocio. En lugar de hacerlo, Lázaro trataría de alcanzar el apoteosis... o, lo que es peor, lo alcanzaría. Los cainitas acudirían a su lado por docenas, en la creencia de que personificaría un nuevo Sueño. Y lo personificaría, sí, a su manera. Pero sería un Sueño mancillado, pervertido por un poder desconocido para cualquiera, salvo el propio Creador. Transformaría el mundo, destruiría el ciclo.

Había supuesto que el viaje de Markus Giovanni tenía el objetivo de reunirse con alguien que pudiera ayudarlo a firmar una alianza entre los Giovanni y los Lazarenos; la herética Alexia Theusa, según parecía. Fueran cuales fuesen las razones de la familia Giovanni para hacerlo, ella asumía que Lázaro trataría de alcanzar la condición divina con la ayuda de algún secreto arcano poseído por los hechiceros venecianos. La suma sacerdotisa se había

estremecido con solo pensar que los nigromantes pudieran poseer semejantes conocimientos.

Pero si había que dar crédito a aquel esclavo mortal, Beltramose —y no había forma en que alguien como él pudiera ocultar la verdad a la Suma Sacerdotisa de los Huesos—, Markus Giovanni no había venido a Egipto siguiendo las directrices de Alexia Theusa. Más bien al contrario, en realidad. Constancia seguía sin confiar en los nigromantes que Cappadocius había atraído al clan —los Giovanni eran demasiado ambiciosos— pero al menos suponía cierto alivio el saber que no pretendían unir sus fuerzas con los Lazarenos.

La sorpresa y la conmoción habían venido cuando había descubierto la fuente de todo aquello: el Códice de Sargón. Que estaba en manos de los Lazarenos y era el medio que Lázaro pretendía utilizar para alcanzar la divinidad. En aquellas condiciones, no cabía más que alabar el coraje del Giovanni, que había soportado tales penurias tratando de apoderarse del Códice. Pero estaba loco si creía que podía lograrlo. Era asombroso que hubiera llegado tan lejos... ¿O no? Se decía que el Códice contenía la fórmula para alcanzar la apoteosis. Entre sus inconexos desvaríos, Beltramose había afirmado que su amo poseía la clave para completar el código, un fragmento arrebatado a Alexia Theusa.

¿Tanto han crecido los poderes de Lázaro que es capaz de manipular los acontecimientos desde la distancia para de ese modo cumplir con su propia profecía?

Era posible. Pero fuera la que fuese la influencia utilizada por Lázaro, Constancia no permanecería de brazos cruzados mientras sus perversos sueños se hacían realidad; el Sueño debía morir. Por desgracia, variar el curso de Markus Giovanni ya no bastaría para lograrlo. Tendría que recuperar tanto a Markus como al Códice de Sargón. Ella sola, y con la ayuda tan solo de una Lamia guerrera, dos iniciados mortales, un Seguidor de Set en quien no podía confiar y el guardaespaldas de éste. Esbozó una sonrisa casi inapreciable.

—¿Señora?

—Estaba calibrando nuestras posibilidades, Qalhara.

—Pretendéis ir en busca del Giovanni, pues.

La sonrisa se ensanchó.

—Debo admitir que ahora desearía que hubieras sido más persuasiva cuando trataste de convencerme en el Monte Erciyes de que pasara a la acción.

—También yo. Pero estáis en lo cierto. Más vale actuar ahora que llegar con un ejército demasiado tarde. —Qalhara se volvió. Se había mostrado más introspectiva que de costumbre desde que iniciaran el viaje. Había dicho casi todo lo que la preocupaba pero algún pequeño detalle seguía acechando en las profundidades de su mente—. Lo que más me intriga, señora, es por qué dejaron a ése con vida.

Constancia miró al neurótico Beltramose, que no dejaba de farfullar sus desvaríos.

—Míralo, Qalhara. ¿De qué le sirve ahora a nadie?

* * *

—Una pesadilla de terrible naturaleza se ha apoderado de mí, Falsinar.

—¿Dudas de mí? Mírate a ti mismo entonces, amigo mío. ¿Qué cruel broma estás intentando gastarme, presentándote ante mí de semejante guisa?

—... Ah. ¿Ves? Dirige tu mirada por toda esta tosca cámara. Las únicas mujeres que veo son hermosas, pero de la manera más aterradora que uno pueda imaginarse. Gris y apagada como la muerte, aquélla. Negra y aterradora como la noche, la otra. ¿Qué revela eso sobre mí? ¿Estoy condenado a morir sin ser amado, sin progenie que pueda llevar el orgulloso nombre de mi familia?

—Sí, vaya, era más bien una pregunta retórica, Falsinar. Pero no perdamos demasiado tiempo en votos románticos. Mira ahí, otra de las malditas serpientes que nos han acosado a lo largo de todo el viaje por esta tierra maldita. Ésta parece bastante normal. Pero mira: es lampiño como un reptil. ¿Y qué me dices de sus ojos? Fríos como la más letal de las áspides.

—... Sí, estoy de acuerdo, su ropa es hermosa y de la mejor calidad. Pero ahora no me molestes con cuestiones de guardarropa. Mi cordura es de mayor importancia.

—¡Alto! ¿Qué otra cosa he dicho? Bien, tu falta de simpatía queda anotada.

—Eso ya lo has dicho, amigo mío. Pero me niego a creerlo. No, no es más que una pesadilla, el resultado de un cordero poco hecho y demasiado poco sueño. Despertaré muy pronto, y entonces verás...

TEMPLO DE LOS LAZARENOS
6 DE OCTUBRE DE 1204

Markus Giovanni despertó en la oscuridad. Una negrura absoluta y persistente que desafiaba hasta a su visión sobrenatural. Alguien como él, no obstante, no lo fiaba todo a la vista. Utilizando sus restantes sentidos, no menos aguzados, empezó a explorar su prisión.

La celda era pequeña, apenas tres pasos de lado. Extendió los brazos hacia arriba y saltó con todas sus fuerzas, pero a pesar de su estatura no logró encontrar el techo. Aquél no era el primer enigma con el que se encontraba. Mientras trataba de percibir las dimensiones de la habitación, no había encontrado ninguna puerta. Las cuatro paredes estaban hechas de sillares unidos entre sí con astuta destreza, sin que se pudiera encontrar entre ellas el menor atisbo de una puerta secreta o siquiera una abertura cegada. Por lo que él sabía, bien podía ser una habitación estanca. Aspiró varias veces tratando de comprobarlo pero no logró averiguar nada. Tendría que hacerlo durante mucho tiempo antes de que se le agotara el aire. ¿Y qué demostraría eso? La verdad era que no necesitaba respirar. Era mejor invertir el tiempo en asuntos más productivos.

Investigó las paredes una segunda vez, en esta ocasión con el mismo detenimiento exhaustivo que había utilizado en las catacumbas situadas bajo la Iglesia de los Santos Apóstoles. A pesar de sus intentos por guardar la calma, para cuando terminó con la tercera pared estaba al borde de un frenesí rabioso. Retrocedió un paso, gruñendo su furia contra un universo que lo ignoraba... y entonces avistó unas luces distantes encima de su cabeza. Estrellas. Se extendían al otro lado de una oscuridad poco más sólida que el cielo nocturno. Era la pared superior de su prisión. A pesar de que era difícil calcular las distancias con un puñado de estrellas como único punto de referencia, Markus llegó a la conclusión de que la abertura de la celda se encontraba, como mínimo a treinta metros de distancia.

—Muy astuto —dijo Markus. El descubrimiento le había devuelto la calma.

—Sí, ¿verdad? —replicó una voz. Poseía la suave confianza de la autoridad suprema y sin embargo no era jactanciosa ni presumida—. Una solución sencilla para un problema de lo más engorroso.

Markus apenas logró disimular su sorpresa. Sus sentidos no le habían proporcionado el menor indicio de que hubiera alguien más en las proximidades. Siguió conversando despreocupadamente mientras trataba de descubrir dónde se escondía su visitante.

—El medio más seguro, aunque manejable al mismo tiempo, de mantener prisionero a un cainita, queréis decir.

—Eres tan rápido de pensamiento como he llegado a creer, Markus Musa Giovanni.

—Resulta bastante obvio, dada mi actual posición.

Markus pensó que no debía sorprenderse por el hecho de que su carcelero conociera su identidad. Quienes les habían tendido la emboscada en Bahariya sabían perfectamente lo que estaban haciendo. Lo habían reducido en cuestión de segundos, utilizando el mismo rigor que él había usado contra la mujer Setita. Por ello, tenía una idea bastante aproximada sobre su identidad. La pregunta que ahora presidía sus pensamientos era si habían estado jugando con él para llevarlo allí desde antes que dejara Constantinopla o si se trataba más bien de que los Lazarenos habían sabido aprovechar una ocasión propicia.

—Esto último —replicó la voz—. Ah, no te sobresaltes tanto. Tus pensamientos gritan, literalmente. Lo encuentro refrescante. Los pensamientos de la mayoría son una confusión de fragmentos inconexos. Los tuyos, en cambio, son claros y están bien formados, como un recipiente de cristal. Debes sentirte orgulloso, chiquillo. Posees una mente poderosa, aunque indisciplinada.

Las palabras no tranquilizaron a Markus, y no le gustó que le llamaran indisciplinado. Aun en sus tiempos de mortal, su brillantez había sido tan digna de mención como su estatura.

—No estoy hablando de inteligencia, chiquillo. Por este desierto vagan criaturas con el intelecto de un gusano. Y sin embargo sus mentes poseen el poder de reducir a polvo montañas enteras. Puede que fuera así como se formó el desierto. —La voz se permitió una risilla—. No, no hablo de inteligencia sino de disciplina. Es lo mismo que ocurre con las artes que has estudiado. Te has aplicado con diligencia y has alcanzado grandes cosas. Con la mente podría ser igual. Pero no estamos aquí para dar ni recibir lecciones, ¿verdad, Markus Musa Giovanni?

—Supongo que no; aunque ignoro cuál es el orden del día. —Conforme la luna iba remontándose en el cielo le era posible distinguir más detalles, pero había poco que ver, aparte de las paredes desnudas. Quienquiera que fuese el extraño, permanecía oculto en la noche. En algún lugar por encima de Markus, eso desde luego. Sólo podía distinguir una franja ligeramente más oscura en una de las paredes, a media altura. *¿Una ventana, acaso, desde la que los Lazarenos pueden espiar a su nueva mascota?*

—No hay necesidad de mostrar amargura, chiquillo. Estamos en el umbral de un gran descubrimiento.

Dos voces más asintieron entre murmullos, un coro griego para el solitario visitante. *¿Cuántos de ellos hay ahí, observándome como si fuera un espécimen?*

—Tu llegada no hubiera sido más oportuna de haber sido planeada —continuó el visitante—. Me pregunté durante largos meses si debía convocar la última pieza del enigma de Sargón. Ya había dominado los secretos de Códice; lo único que faltaba era la referencia final, extraída hace tiempo en preparación de mis estudios. Entonces descubrí que ya estaba de camino, en manos de uno de mis propios hermanos descarriados.

Markus se pegó a la pared mientras comprendía al fin quién era el desconocido. Su mente se inundó de pensamientos y sólo logró mantener el hilo de la conversación con gran esfuerzo.

—Así que tú... pretendes alcanzar la apoteosis.

Las otras voces repitieron la palabra, un susurro ansioso que resonó por todo el pozo.

—El Códice de Sargón posee el potencial de hacer muchas cosas, pero ésa es la mayor de todas.

—¿Y tú le quitaste el fragmento de Lilith intencionadamente?

—De no haberlo hecho hubiera sido una tentación demasiado grande tener el código entero frente a mis ojos. Si hubiera intentado utilizarlo sin un conocimiento completo de su potencial habría provocado un desastre. —Otra risa apacible, carente de presunción—. Después de todo, a pesar de que el tiempo carece casi de importancia para nosotros, la emoción del descubrimiento puede derribar hasta las barreras del más cauto, ¿no estás de acuerdo?

En otras circunstancias, podrían haber sido una pareja de eruditos debatiendo delante de sus contemporáneos. Markus se preguntó si aquello sería intencionado, una burla con el fin de que tuviera tiempo de darse cuenta de su situación. Al menos le daba la oportunidad de recobrar la compostura.

—Pero habrías sabido lo que decía la porción cuando la arrancaste. Tu tentación no habría sido contenida.

—Me decepcionas. Sin duda has podido sentir el poder atrapado en el interior del fragmento.

—Sí, sí. Lo he sentido. —Markus volvió a pensar en la oleada de ilimitada vitalidad que había experimentado—. De modo que no se trata de unas palabras perdidas, sino de un componente.

—De hecho, el código es la suma perfecta del misticismo caldeo. Cada palabra es crítica, pero también lo es la textura de la piedra, la posición exacta de cada carácter en relación con los demás. Es tanto arquitectura como texto.

—De modo que quitar el fragmento de Lilith equivaldría a quitar la piedra angular en una arcada —dijo Markus que, a pesar de sí mismo, empezaba a sentirse excitado por las revelaciones que le estaba proporcionado aquella charla—. El patrón completo del código seguiría siendo comprensible, pero no podría soportar peso.

—Una metáfora un poco tosca, pero apropiada. Trabajé con mi hermano de más confianza. Instruido en el misticismo caldeo, se presentó voluntario para examinar los contenidos del código y quitarle un fragmento esencial. Su censura había de mermar lo mínimo el contenido, al tiempo que creaba una duda insuperable sobre la manera en que se relacionaba con el todo.

—Todo un desafío, me parece. ¿Y cómo podías estar seguro de que tu voluntario no intentaría dominar el Código?

—Yo mismo lo he conseguido sólo tras décadas de estudio. Él sólo tuvo unos pocos meses. —El regocijo que sentía resultaba perfectamente visible en la voz—. Y además, para evitar que en el futuro sintiera esa tentación, acabada la tarea lo destruí.

Las demás voces confirmaron el destino del hermano y la sabiduría del amo.

—¿Y por qué me revelas esto a mí?

—Muy simple. Quería que estuvieras completamente informado antes de elegir.

Markus levantó la mirada hacia lo alto del pozo.

—¿Qué elección se presenta ante mí, Lázaro?

El Matusalén se echó a reír como si acabaran de contarle una anécdota sobre un viejo amigo.

—Has sido muy incisivo hasta ahora, Markus Musa Giovanni. ¿No es evidente? Debes decidir si vas a unirme a mí o vas a ser destruido.

* * *

Un aroma familiar atrajo la atención de Markus. Su olfato hipersensible captó el olor de la sangre fresca pero por debajo de él...

—¿Falsinar?

No hubo respuesta en forma de palabras pero el rumor de unas botas y el áspero crujido de la tela confirmaron que había alguien sobre él. No era Lázaro ni uno de sus sicofantes. La antigua criatura y sus lacayos se movían con tal sigilo que no sabía muy bien cuándo se habían marchado, aunque sus tentaciones se habían interrumpido varias horas atrás. *Por lo que yo sé, igualmente podrían seguir ahí arriba.*

En cambio Falsinar llevaba a su servicio tanto tiempo que sus movimientos, e incluso su olor, le resultaban tan familiares como los propios. Aunque nadie respondió a sus repetidas llamadas, cada vez aumentaba su certeza de que su antiguo criado estaba en algún sitio, encima de él. Siguió sin saber lo que podía estar haciendo hasta que oyó un tintineo de metal contra la piedra, seguido por un denso gorgoteo líquido. El aroma de la sangre se extendió por el aire, intenso e inmediato. Miró a su alrededor mientras las primeras gotas de sangre caían sobre la arena. Provenían de un surco vertical en el que había reparado en su anterior examen de las paredes. Más ancho que otras aberturas, resultaba ser un canal por el que ahora fluía la sangre. El fluido seguía caliente y parecía haber sido arrebatado a su dueño pocos minutos atrás: un animal grande, a jugar por su fuerte olor.

A pesar de haberse atracado con mercaderes y animales durante las últimas noches, Markus estaba sediento. Se agachó y empezó a lamer el líquido con avidez. Sólo después de que su necesidad se hubiese apagado un poco, empezó a preguntarse si la sangre estaría drogada... o algo peor. Del mismo modo que cultivaba él la lealtad de sus ghouls administrándoles su sangre en pequeñas dosis, podía otro cainita apoderarse de la suya. Normalmente requería de varias dosis pero ¿quién sabía qué innovaciones podían haber descubierto aquellos herejes durante el tiempo que habían pasado en el desierto? Se apartó del chorrillo goteante y se limpió la barba, lleno de consternación.

—No temas —le informó la voz de Lázaro—. No hay más que la esencia de un camello en esa vitae. Y especias para frenar la coagulación, por supuesto. Sigues siendo tu propio dueño... puede que más que nunca, alejado como estás de las cadenas de la familia y el clan.

—Si es así, ¿por qué estoy en este pozo? —repuso Markus, dotado por la rabia de la Bestia del valor necesario para desafiar a un Matusalén.

—¡Silencio! —declaró uno de los miembros del coro griego—. ¿Cómo osas mostrar tamaña falta de respeto a nuestro amo y señor?

—No, Andel. Permítele que se exprese. —Pero las siguientes palabras de Lázaro no revelaron ni un ápice de su anterior humor—. Tu rabia está mal dirigida, chiquillo. Has venido aquí a robar. Si tus recursos y tu potencial no me hubieran impresionado, en este momento tus cenizas estarían mezcladas con la arena del desierto. Eres libre de elegir tu destino... pero no creas que eres libre *antes* de tomar esa decisión. Si decides unirme a mi causa, serás elevado desde ese pozo como Cristo lo fue hacia los cielos. Si decides permanecer atado a los caminos del pasado, verás el sol por última vez cuando llene de luz el pozo en el que te encuentras.

—Entonces mi decisión ya está tomada. Me someto desde este mismo momento.

Los Lazarenos compartieron una carcajada que pareció devolver la ligereza al momento.

—No es tan sencillo —dijo el llamado Andel—. Debes desear con el corazón y la mente entrar en el redil. Una decisión tomada meramente para evitar la destrucción carecería de peso.

Markus les devolvió la carcajada, aunque sin auténtica alegría.

—¿Y debo decidir antes del amanecer? Ya siento cómo se apodera de mí el letargo. ¿Queréis que encuentre esa verdad en mi corazón en la próxima hora?

—Se han producido epifanías en menos tiempo —señaló Lázaro—. Pero no, no espero que tomes una decisión esta noche. Estarás a salvo de la luz del próximo día. Pero permanecerás en esta celda hasta que me hayas dado una respuesta, libremente y sin reservas.

Entonces Markus oyó sólo unos pasos, los de Falsinar mientras se apartaba del borde del pozo. Se imaginó al ghoul siguiendo a los silenciosos Lazarenos. *¿Le han ofrecido la misma alternativa que se abre ante mí? ¿Y también a Beltramose? ¿Están los dos ahora con los Lazarenos?*

A pesar de que llamó a gritos a los herejes y a sus sirvientes hasta que la garganta se le quedó en carne viva, Markus no recibió respuestas.

* * *

Un extraño dolor lo inundó. Era similar a la sed de sangre pero era su mente la que ardía de deseo, no su cuerpo.

El fragmento.

Un escalofrío lo recorrió al pensarlo, una punzada de miedo y anhelo combinados. Había tocado la cosa una sola vez y la había llevado encima un millar de leguas sin sucumbir a su tentación. ¿Por qué ahora, cuando ya no estaba en la bolsa que colgaba de su cinturón?

Sin advertencia, brotaron jirones de memoria por toda su mente, como restos de un naufragio arrastrados por un oleaje furioso y rompieron contra la costa de la razón. Retrocedió tambaleándose y su pesado cuerpo chocó contra el muro implacable. Cuando recobró el sentido, se encontró tendido en el suelo, en una posición muy poco digna. Una baba rosada le manchaba toda la barba y comprendió que estaba desvariando.

Estoy actuando como un novicio, se censuró mientras se ponía trabajosamente en pie y trataba de recobrar la compostura. Hasta entonces había asumido que los susurros del fragmento se debían a la proximidad a su persona. Pero ahora se daba cuenta de que la distancia no tenía nada que ver. De hecho, la distancia no había tenido nada que ver cuando Sir Hugh había caído bajo el influjo de la Lamia. *¿Soy tan débil de voluntad como ese templario? ¡No! Yo soy un Giovanni y un Capadocio. Soy un hombre de razón y de intelecto. ¡Un trozo de cerámica no puede controlarme!*

Contenido el frío anhelo, el remolino de recuerdos remitió. Se irguió por completo y se limpió la boca mientras una sonrisa separaba sus labios.

—No es una mente tan indisciplinada, ¿eh, Lázaro?

Y sin embargo no creía en sus propias bravatas. Había conseguido rechazar las tentaciones del fragmento pero el hormigueo que aún sentía en el fondo de su mente sugería que la victoria era sólo momentánea. El fragmento de Lilith lo había infectado.

¿Cuánto tiempo me queda antes de sufrir el mismo destino que la Lamia y el templario? ¿Cuánto tiempo antes de que me convierta en un peón sin mente? O... ¿acaso lo soy ya?

Markus sintió un escalofrío de diferente naturaleza mientras consideraba la posibilidad de que ir en busca del Códice de Sargón no hubiera sido en realidad una decisión suya. ¿Qué clase de idiota podía creer que sería capaz de afrontar los peligros de Egipto, penetrar en una fortaleza de los Lazarenos y escapar con una reliquia de semejante poder? ¿Es que no era más que un correo?

Pero el fragmento ha sido devuelto a su lugar, el códice está completo. ¿Por qué sigue llamándome?

Como si quisiera darle una respuesta, una nueva y poderosa sensación estuvo a punto de abrumarlo. Markus logró contenerla, pero el esfuerzo hizo que la frente se le cubriera de sudor sangriento.

—¿Es que no has acabado conmigo? ¿Qué servicio podría prestarte desde esta prisión?

Sabía que no era sólo el fragmento sino el códice entero el que lo llamaba. Ansiaba la libertad. Quería que Markus fuera libre, para volver a unirse con él en una comunión permanente... un abrazo cuya trascendencia superaría con mucho su transformación de mortal a nomuerto.

Y, a pesar de que se le encogieron las atrofiadas entrañas al pensarlo, una parte de él anhelaba aquella unión con idéntica pasión.

* * *

La criatura llamada Lázaro se encontraba frente al Códice de Sargón con infinita quietud de cuerpo y espíritu. Anhel y Osia esperaban junto a la puerta de la cámara, observando con asombro reverente cómo devolvía su amo el fragmento de Lilith al lugar que le correspondía.

Sus seguidores habían recopilado diversos textos de los antiguos egipcios, entre los que habían encontrado algunos rituales que permitían fundir minerales para formar una sola cosa. Pero Lázaro había utilizado argamasa vulgar para unir las dos piezas. Usar energías arcanas sobre el códice sería la ruina de cualquiera que fuera lo bastante necio como para hacerlo... y podía provocar también la destrucción de la reliquia. Porque, a pesar de la energía espiritual que contenía, el Códice de Sargón seguía siendo un pedazo de arcilla creado varios siglos antes del nacimiento de Cristo. Era más resistente que la arcilla convencional pero a pesar de todo podía sufrir daños e incluso ser destruido. Así, Lázaro no escatimaba esfuerzos para tocar la tableta sólo cuando era estrictamente necesario y extremaba las precauciones cuando canalizaba sus poderes vampíricos cerca de ella. Había buscado el códice durante demasiado tiempo como para perderlo ahora por un descuido.

Incluso la separación del fragmento había sido decidida solo después de grandes deliberaciones. Durante años se había preguntado si habría sido una decisión acertada. ¿Y si no podía recuperar el fragmento o devolverlo a su lugar correspondiente? Por fortuna, ya no había que preocuparse por estas cosas. El códice volvía a estar completo. La reliquia irradiaba una sublime

tensión que Lázaro sentía sólo gracias a su íntima familiaridad. No era tan intensa como una llamada... tal vez una invocación, si se quiere decir así.

Lázaro se enfrentó a la tentación con la determinación de milenios de autodisciplina. El códice era un portal a la trascendencia que suplicaba que lo utilizaran, pero él lo haría en circunstancias de su propia elección. No había sobrevivido tanto tiempo actuando de manera imprudente. Como muy temprano, se arriesgaría a alcanzar la apoteosis en unas pocas semanas, tras haber revisado todos los detalles de sus descubrimientos una vez más.

—Pronto —dijo Lázaro; sus seguidores recogieron el eco de la palabra—. La espera terminará muy pronto.

* * *

Markus estaba seguro de que el sol iba a consumirlo. Sin duda, la conversación con Lázaro había sido una especie de perverso juego del gato y el ratón, concebido para dejarlo sumido en la agonía de la esperanza hasta que llegara su muerte definitiva. En la intranquilidad que había seguido a la llamada del fragmento, parte de él deseaba la destrucción. *Más vale morir conservando el control de mi destino que seguir viviendo como la marioneta de una voluntad incomprensible y ajena.*

Pero justo cuando los primeros tonos salmón empezaban a extenderse por el círculo de cielo que había sobre él, escuchó el chirrido de unas ruedas metálicas. Un gajo de negrura consumió la creciente luz con lenta parsimonia. Haciendo acopio de voluntad frente al letargo del amanecer, logró permanecer despierto el tiempo suficiente para ver que una gruesa losa de piedra cubría por entero la abertura del pozo.

Despertó la noche siguiente como de costumbre, más o menos una hora después de que se extendiera la oscuridad. Había dormido tan profundamente que no se había enterado cuando, con la puesta de sol, habían vuelto a abrir la boca del pozo. Permaneció inmóvil, convencido de que había alguien en el pozo, sobre él. Pero sólo estaba el círculo de noche. Entonces comprendió qué era lo que lo estaba distraendo: un murmullo en la base del cráneo. *El Códice*. Se sacudió la llamada de encima lo mejor que pudo concentrándose en encontrar algún modo de escapar.

Para empezar, canalizó la sangre para restañar las pequeñas heridas que había sufrido durante su captura. Esto le provocó una molesta aunque soportable hambre. La recibió con los brazos abiertos y la utilizó para amortiguar el anhelo que el fragmento atizaba en su interior.

A continuación, trató de convocar a sus servidores fantasmales. Conocía una manera de escapar de aquel lugar, pero necesitaría su ayuda para acometer el ritual. El problema era que le habían quitado los amuletos que ligaban los espíritus a su voluntad. Al igual que la mayoría de sus hermanos Capadocios, sus carceleros carecían de experiencia con los fantasmas. Por el momento ésa era la especialidad de la familia Giovanni. No obstante, los Lazarenos no eran tan necios como para no reconocer un objeto arcano cuando lo veían. Le habían quitado todo cuanto pareciera tener algún valor o utilidad, desde las armas al fragmento de Lilith, pasando por los collares de hueso y las bolsas de órganos en polvo. Seguía pudiendo contactar con los fantasmas sin los amuletos, pero sólo si se encontraban cerca. Controlarlos le resultaría mucho más complicado pero se había quedado sin alternativas.

Envió su llamada al más allá pero no encontró nada. O habían sido destruidos o se encontraban más allá de su alcance. *Espera... ¿Infantino?*

Markus trató de enfocar la esperanzadora voluta. Se le acercó lentamente, invocada por la autoridad de su voluntad.

—Veo que prestas atención a mis palabras —dijo Lázaro—. Tus pensamientos son más disciplinados esta noche.

Markus levantó la mirada hacia el pozo, aunque seguía siendo incapaz de captar otra cosa del Matusalén que no fuera su voz.

—Aprendo deprisa.

—Eso parece. Y, del mismo modo, hay mucho que yo podría aprender de ti.

—Me halagas.

—En absoluto. Los Giovanni estudian un arte de lo más interesante, que podría beneficiarnos enormemente.

La mención de su familia hizo que se le ocurriera una idea. Sus ansias de saber eran genuinas. Puede que existiera un modo de acceder a los términos de Lázaro y al mismo tiempo alcanzar el fin que se había propuesto y que lo había llevado a Egipto.

—Confieso que tu oferta me seduce. Pero ¿cómo puedo saber que seré algo más que un simple esclavo sometido a tu influjo?

—Si fuera ése mi deseo, podría controlarte tan fácilmente como si fueras una marioneta.

Markus se estremeció al escuchar su prosaico tono.

—Muy bien. Pero has hablado de los Giovanni. ¿No preferirías contar con la ayuda de todos los Giovanni en lugar de sólo la mía?

—Habla con franqueza, chiquillo. ¿Qué es lo que quieres?

—Continuemos nuestro diálogo como iguales, no como carcelero y prisionero. —Markus se concentró en la verdad de sus palabras y recluyó los planes que ocultaban en las profundidades de su mente—. Deja que vea con mis propios ojos lo que me prometes y lo consideraré con todo cuidado. Además, si acepto tu oferta, recomendaré a mi patriarca que la familia Giovanni te preste también su ayuda.

Un diálogo cuchicheado descendió desde las alturas. Markus no captó la mayor parte de lo que se decía pero tuvo la sensación de que aquellos que servían a Lázaro le estaban aconsejando que no lo liberara. Se prolongó durante varios minutos hasta que una sola y autoritaria palabra del Matusalén provocó un silencio.

—Muy bien —dijo Lázaro desde arriba—. Me parece razonable que hablemos como hombres de intelecto, sea lo que sea lo que ocurra después.

Volvió a sentir que se aproximaba Falsinar, así como otros cuyos movimientos no le resultaban tan familiares. El débil tañido del metal y el crujido del cuero y el cáñamo resonaron por el pozo. Al poco, empezó a ver una silueta angulosa que se balanceaba en el espacio y un arnés de inteligente diseño empezó a descender. Era un poco pequeño para el corpachón de Markus pero se ajustó las correas con la mayor prontitud. En cuestión de unos pocos momentos, lo izaron hasta la abertura, situada en mitad del pozo.

Un simple pasillo se extendía hacia la oscuridad. Había dos figuras delante de él, y otras tres dentro del túnel. La más cercana accionó una polea que terminó de sacar a Markus de las profundidades. Aunque vestía la ropa de un morador del desierto, la forma voluminosa de Falsinar resultaba inconfundible. Entonces Markus se percató de que carecía de toda aura apreciable y que su rostro era una máscara vacía. De pronto su anterior silencio cobró sentido. Ya no era Falsinar. La magia de la muerte había infundido vitalidad a su cadáver para crear un cuerpo animado. El otro hombre era un extraño pero saltaba a la vista que también se trataba de un mórbido autómatas.

Markus no tuvo tiempo de contemplar el rostro de su antiguo servidor porque las otras figuras se adelantaron. Cada una de ellas estaba ataviada con una túnica gris y sus capuchas levantadas hacían que fuera imposible distinguir un solo rasgo de sus facciones con la tenue luz que entraba por el pozo. La de la izquierda era la más alta, mientras que la de la derecha poseía una complexión más robusta que resultaba evidente aun bajo los pliegues de la túnica. Ninguna de ellas atrajo su atención como la figura del centro. Aunque estaba oculto tras su túnica, Lázaro poseía tal aura de poder que

Markus tuvo que apartar la mirada. Él era físicamente superior pero el Matusalén irradiaba tal potencia y ancianidad que a su lado se sentía como un niño torpe.

—Acompáñanos, Markus Musa Giovanni —dijo Lázaro—. Veamos si podemos ponernos de acuerdo.

* * *

El códice era una tenue pero constante distracción en los pensamientos de Markus. Percibía su emplazamiento mientras caminaba con los Lazarenos: este hecho podía resultarle de utilidad, dado que la curiosidad intelectual era sólo una de las razones por las que había solicitado que lo liberaran.

Por desgracia, su insistente llamada, combinada con la abrumadora presencia del Matusalén, hacía que le resultara difícil mantener el hilo de la conversación, y mucho más prestar atención a los alrededores. Hizo lo que pudo y tomó nota de los estrechos pasillos con los que se cruzaban, el atisbo de jeroglíficos desgastados que cubrían las paredes, las puertas de las otras cámaras junto a las que ocasionalmente pasaban, pero todo ello se volvió confuso en su mente. Un recuerdo más distintivo dejaron en su mente los pocos moradores del lugar. Ataviados con las túnicas sencillas que la mayoría de los Capadocios solía preferir, los Lazarenos mostraban más deferencia hacia su amo de la que Markus había tenido hasta entonces y, al igual que él, evitaban siempre su mirada. Aparte de los tres cainitas que lo guiaban, contó sólo unos pocos más; los cadáveres animados como Falsinar eran mucho más numerosos. Markus no se molestó en contarlos y se contentó con asumir que su número superaba las dos docenas.

—Pareces incómodo —dijo Lázaro mientras uno de los sicofantes, Osia, los llevaba por un corto pasillo. Varias puertas daban acceso a cámaras idénticas, amuebladas con un jergón y una sencilla silla de madera. Se detuvieron frente a la última de ellas, tan pegados por culpa de la estrechez del pasillo que resultaba incómodo—. Sería una pena que tu petición no hubiera sido más que un ardid.

Markus trató de esconder su pánico admitiendo una parte de la verdad.

—No... no todas las noches se conoce a alguien de tu venerable edad. Estar en el fondo del pozo, enfrentado a una destrucción inminente, me dio valor. Ahora temo dar un mal paso.

—No supongas que has evitado la destrucción ya, chiquillo —se burló Lázaro. Entró en la sala y ordenó con un gesto a los demás que esperaran en

el pasillo—. Son muy pocos los que puedo tener por mis iguales. Pero estoy seguro de que has visto los ancianos suficientes en el Monte Erciyes como para saber guardar la compostura.

—Nunca he estado allí —dijo Markus mientras seguía al antiguo al interior del cuarto. Sintió la preocupación y desaprobación de los demás Lazarenos pero se marcharon sin rechistar cuando su amo hizo un pequeño ademán. Sólo Falsinar se quedó; el otro cadáver se había marchado hacía rato a cumplir con algún otro encargo.

—¿No? Qué lástima. Es un lugar de iluminación. Sus muchas cámaras y bibliotecas contienen revelaciones de gran interés para cualquier estudioso de la muerte.

—Creía que habías huido de Erciyes hace tiempo. Y sin embargo hablas de él con familiaridad.

—Estoy lo bastante familiarizado con el lugar y con aquellos que moran allí. Otros pueden llamarme hereje y renegado pero eso no puede impedir que acceda a cualquier lugar que pueda beneficiar mis estudios. El Monte no es tan seguro como podrías creer. Sí, lo he visitado en más de una ocasión. He absorbido hasta el último jirón de conocimiento que puede encontrarse en sus muchos pasillos y lo he sumado a mi propio entendimiento. —Lázaro inclinó la cabeza en un gesto extrañamente meditabundo—. Resulta impresionante lo que nuestros hermanos han descubierto a lo largo de los siglos. Podemos arrancarles sus secretos a los muertos y gobernar sus restos pero sólo estudiamos los ecos del alma que quedan en el cadáver. Hasta yo asumía que los elementos auténticamente vitales del alma quedaban más allá de nuestro alcance una vez que ésta era separada de la carne y llevada más allá del firmamento. Es irónico, ¿no crees?, porque los ecos del cadáver están unidos al alma inmortal, ¿o no?

Markus estaba fascinado a pesar de sí mismo.

—Eso es lo que yo creo.

—¡Exacto! Lo que tú crees; lo que los Giovanni creen. ¿Fue ésa la motivación que llevó a tu familia a estudiar la nigromancia? ¿O se formó esta creencia como consecuencia de este estudio? No importa; lo que importa es que vuestros estudios atrajeron la atención de Cappadocius. Os habéis convertido en parte del clan... pero el resto de vuestros hermanos sigue ignorante a los caminos del espíritu. ¿No era deseo de mi sire que compartierais vuestros conocimientos?

—No todos comparten los deseos de Cappadocius.

Markus y sus hermanos Giovanni no estaban lo que se dice impacientes por divulgar los secretos de la hechicería espiritual. Eran muy cautelosos a la hora de entregar su confianza. Y sin embargo Augustus, patriarca de la familia Giovanni y sire del sire de Markus entre los no-muertos, había sido convencido de que compartiera sus conocimientos de nigromancia a cambio del honor de ser aceptados a pie de igualdad en el clan. Pero la confianza obtenida por este acto se había perdido cuando vio que a muchos incomodaban los Giovanni y las prácticas de las artes oscuras. Los Giovanni no eran parias heréticos como los Lazarenos pero tampoco les daban la bienvenida con los brazos abiertos, como Markus le había dicho en una ocasión a sus servidores. Se les ocultaban secretos: el raro arte de la adivinación, los manejos más secretos del Monte Erciyes y otras cosas. Puede que los Capadocios se ablandaran con el tiempo pero los Giovanni estaban decididos a que sus secretos siguieran siendo sólo suyos hasta entonces.

—Los demás os dan la espalda —observó el Matusalén—. Algunos aseguran incluso que sois tan heréticos como yo. Asombroso, ¿no? Semejante ignorancia por parte de aquellos que debieran estar abiertos a toda posibilidad...

—¿Entonces propones que nos unamos en nuestras respectivas herejías? —dijo Markus con un atisbo de humor—. Puede que algunos Capadocios desconfíen de nosotros, pero de esto a compartir vuestra consideración y vuestro destino hay mucha diferencia.

—¿Y cuál es mi herejía, chiquillo? ¿Acaso no es una cuestión de interpretación arbitraria? Los Capadocios siguen la Senda de los Huesos. La existencia responde a un ciclo de vida y muerte. ¿Dónde está la herejía en querer acelerar ese ciclo? No lo quebranta; únicamente lo apresura. De hecho, ¿no es nuestra circunstancia la verdadera herejía?

—El vampirismo no es más que una pausa en el ciclo —afirmó Markus, aunque su tono revelaba su falta de certeza—. La resurrección usurpa el más fundamental de los dones de Dios.

Lázaro se echó a reír.

—Una visión muy poco lógica. Me permito sugerir que es la Maldición de Caín la que usurpa el don. El Señor castigó a Caín por desafiar Su plan al matar a Abel. A pesar de la maldición del vampirismo, Caín no puso fin a su desafío. Creó a otros como él, otros que permanecerían fuera del ciclo. ¿Y qué ha hecho Dios al respecto? ¡Nada!

La réplica de Markus fue confundida por una floración de dudas entre sus convicciones. El ciclo se consideraba sagrado, el reino de Dios y sólo de

Dios. *¿Pero quién dice que es así? Es lo que se nos enseña a todos los miembros del clan. ¿Acaso mis creencias no son más que el dogma de los Capadocios, aprendido al mismo tiempo que los caminos de la novida y la magia de la muerte?*

—Yo no soy diferente de otros Capadocios —estaba diciendo Lázaro—, ni soy diferente al padre de todos nosotros.

Markus temblaba de indignación y confusión. No conocía la mente de Cappadocius mejor que la de Dios, pero a pesar de ello las palabras de Lázaroapestaban a herejía.

—Das muchas cosas por sentadas, Lázaro. Si él condenara tus actos, lo habría hecho saber hace tiempo.

—¿Crees que no lo ha hecho? Quizá no a la manera de aquellos que poseen una mente literal. Pero nunca, en las raras ocasiones en que regresa por entero a este mundo, me ha condenado. —Una fría carcajada sacudió la tela de su capucha—. Y, por supuesto, puedo encontrar sus bendiciones en el Códice de Sargón.

—¿Porque él lo buscó igual que tú? Las acciones similares no tienen por qué compartir el mismo propósito.

—No porque él buscara el código, chiquillo. *Porque él lo escribió.*

*AL NORTE DEL OASIS DE BAHARIYA
7 DE OCTUBRE DE 1204*

—Bastante vulgar para ser un templo —señaló Ankhesenaten.

Constancia ignoró su sarcasmo, pues su atención estaba puesta en la siguiente loma. El afloramiento rocoso era el único hito del paisaje digno de mención en muchos kilómetros a la redonda pero había asumido que no contenía nada de interés hasta que el aura de Markus Giovanni los había conducido directamente hasta allí.

—Podemos asumir sin temor a equivocarnos que los Lazarenos tienen ahí una guarida subterránea. Tiene sentido, considerando el terreno y su afán de mantenerse en secreto.

—Bueno, sí —respondió el Setita, sin molestarse en disimular su irritación. Llevaban tanto tiempo juntos que ninguno de los dos se molestaba en tratar de ocultar el hecho de que sus personalidades chocaban—. Entonces, ¿vamos a anunciar nuestra presencia?

Constancia contestó sacudiendo la cabeza durante un minuto entero y se volvió hacia Qalhara con una ceja enarcada. Era evidente que un asalto frontal no se planteaba siquiera, pero dejó que la Lamia sugiriera el próximo movimiento. Qalhara era mejor estrategia que ella.

—Creo que ésa es la entrada principal —dijo Qalhara—. No parece demasiado imponente pero ¿os dais cuenta de cómo forman esas rocas una posición defensiva? No, debe de haber otras entradas.

—Con tiempo acabaríamos por encontrarlas pero el tiempo no es un lujo del que dispongamos. ¿Poseen los Setitas algún medio de encontrar entradas secretas?

—¡Por supuesto! Fue el primer don que nuestro Oscuro Dios nos concedió. —La risa de Ankhesenaten no se transmitió a sus ojos. Cuando continuó, lo hizo con tono más grave—. Vamos. Habéis dicho que sobrevendría una calamidad si vuestro Capadocio viajero cayera en las garras de los Lazarenos. Bien, hace dos noches que se lo llevaron y el mundo sigue intacto. Creo que puede que me haya dejado convencer para ayudaros en algo

que no es más que una riña sin importancia. ¿Por qué debería seguir ayudándoos?

Constancia hundió los dedos en la dura arena del desierto. Las pruebas soportadas a lo largo de los últimos meses empezaban a poner a prueba sus nada desdeñables reservas de paciencia.

—Cree lo que quieras, serpiente. Pero piensa en esto antes de irte: sea cual sea el peligro real, te ofrezco la posibilidad de atacar un templo Lazareno. Ésa sería una hazaña digna de reconocimiento entre los tuyos, ¿verdad?

—Más bien la posibilidad de acudir caminando a mi propia destrucción. —Ankhesenaten gruñó—. Me comprometí a ofreceros paso franco por mi tierra, pero no tengo interés alguno en el suicidio.

—Entonces te libero de tus compromisos.

El Setita esbozó una leve sonrisa, sorprendido.

—Debes comprender que no seguiréis contando con mi protección si llegarais a encontraros con alguno de mis hermanos.

Constancia alzó una mano en un gesto que pretendía desechar las cautelas del Setita.

—Hay asuntos más importantes que me preocupan en este momento.

Ankhesenaten observó a la Capadocia, luego a la Lamia y a continuación dirigió una mirada a su guardaespaldas.

—Muy bien, Suma Sacerdotisa. Sabed que no os deseo ningún mal pero no puedo garantizaros cuál será el resultado de nuestro próximo encuentro.

Una sonrisa se dibujó en la boca de Constancia pero no respondió a la implícita amenaza del egipcio. Qalhara y ella observaron a los Setitas mientras bajaban por la ladera y se marchaban en sus camellos.

—Hay potencial en él, si antes no sucumbe a su ego.

* * *

—Bruja impía —dijo Ankhesenaten, de buen humor, mientras cabalgaban en dirección sur—. Hemos aprendido una importante lección, Goreb. El Walid Set no es el único cuyos @servidores utilizan la manipulación. Admito que me he dejado acobardar por su poder e influir por su categoría. Pero he aprendido la lección. Y he descubierto algo más, ¿verdad?

Goreb se volvió hacia él, mientras la curiosidad hacía una pequeña mueca en sus facciones impasibles.

»Ahora conozco el emplazamiento de un templo de los Lazarenos, Goreb. La Suma Sacerdotisa Constancia puede seguir buscando entradas secretas y a

su extraviado Giovanni todo el tiempo que le plaza. ¡Yo reuniré un contingente de guerreros de Set y borraré este nido de amantes de los cadáveres de la faz de Khem!

* * *

—Si tuviéramos fuerzas suficientes... —Habían regresado la noche antes, a poco de la salida del sol, pero Qalhara reanudó la discusión como si no hubiesen pasado un día entero en letargo.

—¿Es eso lo único que te preocupa? —Constancia se volvió. Su piel fina como el pergamino estaba aún más pálida de lo habitual y sus ojos azul hielo contenían el espectro de un desastre—. Este lugar esconde siglos de enterramientos, de esas «momificaciones» egipcias. Puedo sentir los cuerpos que descansan bajo la arena, como un campo sembrado de muerte. Podría recoger la cosecha en cualquier momento: ¡Un ejército de muertos a mi disposición! Pero no nos servirá de nada si no llegamos a tiempo de impedir que Lázaro se haga con el Giovanni.

—Convocad a vuestro ejército, entonces —dijo Qalhara, mientras la preocupación hacía que le hirviera la sangre. La tensión de las visiones, de la decisión tomada por su señora, empezaba a pasar factura. Nunca había visto tan frenética a su ama—. Puede que carezcan del poder de los cainitas pero dadme un centenar de caballeros muertos y yo acabaré con cualquiera que pretenda interponerse en nuestro camino.

—Un cuello de botella.

Sorprendidas, las dos mujeres se volvieron. Habían requisado una casa en las afueras del oasis, más segura que el lugar en el que habían encontrado al ghoul de Markus Giovanni. Y era precisamente éste quién hablaba ahora. Beltramose, a quien habían arrojado a un lado cuando su amo fue raptado, que había recibido un golpe en la cabeza que le había hecho perder el sentido y a quien habían dejado por muerto en un rincón. Desde que ellas lo encontraran, había estado como aturdido, apenas consciente de lo que sucedía a su alrededor. Pero la expresión de aturdimiento que había presidido sus facciones durante las dos pasadas noches había desaparecido, reemplazado por otra de nerviosa determinación.

—¿Qué has dicho?

Beltramose sacudió la cabeza.

—No he sido yo. Ha sido Falsinar. Dice que si enviamos un contingente importante por la entrada principal del templo se creará un cuello de botella.

Unos pocos podrían conteneros a todos mientras los demás escapaban con Markus.

La Lamia guerrera le mostró varias filas de dientes afilados.

—¿Qué sabrás tú de...

—Qalhara. —Constancia había recobrado la compostura casi por completo y estaba mirando al ghoul con gran interés—. No me había percatado antes. Este hombre tiene dos auras.

—¿Cómo es posible?

—Claro. Un alma se aferra a él, como un náufrago a un resto flotante. Es muy curioso.

—Entonces, ese tal Falsinar... ¿es un espíritu?

—Los Giovanni ya estudiaban la nigromancia antes de que Cappadocius los incluyera en su rebaño. Yo diría que este mortal ha de poseer alguna destreza en el arte, para tener una mascota como ésa.

Beltramose se encogió en su rincón, como si pudiera escapar a la mirada de Constancia.

—¿Qué? Falsinar no es nada de eso.

—El golpe le ha reblandecido el cerebro, mi señora.

Constancia volvió a examinar al ghoul con todo cuidado, y le dio varios empujoncitos mientras llevaba a cabo su evaluación.

—Puede. Me da igual cómo percibe las cosas; lo que importa es que el espíritu parece poseer algún conocimiento sobre el templo Lazareno.

—¡Sí! —exclamó Beltramose—. ¡Así es!

—¿Conoce alguna otra entrada aparte de la que está junto a las rocas?

—¿Cómo queréis que...? ¿Qué ocurre, Falsinar? ¿Es que no has estado escuchando? Para eso están aquí. ¡Entonces hazlo, y dame un instante de paz!

Las mujeres intercambiaron una mirada de perplejidad.

—¿Qué ocurre?

Beltramose se desplomó, exhausto.

—Me ha preguntado si podría servir para ayudar a nuestro amo y señor el que lo comprobara.

Mientras Constancia lo miraba, una voluta de humo se separó del cuerpo del ghoul y revoloteó en dirección al edificio.

—Muy curioso, en efecto.

* * *

Falsinar apenas podía moverse, tan paralizante era su temor. Pero no tenía elección: debía aventurarse de nuevo al desierto si quería ver libre a su amo, si esperaba escapar de aquella pesadilla.

El viaje fue tan angustioso como la primera vez que había cruzado el páramo: una llanura cubierta de fisuras de las que brotaban vapores tóxicos, recorrida por espectros voladores y aullantes que levantaban a su paso nubes de arena en las que él se enroscaba, el destello espectral y los gemidos resonantes de cosas en la vastedad de la noche...

No, esta vez fue, si tal cosa era posible, peor aún que la anterior. Al menos entonces no había comprendido las circunstancias. El recuerdo de aquella noche seguía siendo una herida abierta en sus pensamientos. En carne viva por el terror que sentía, lo abrumó el recuerdo de su propia muerte...

Buscaba una letrina, por encima de todas las cosas. Entonces hubo un susurro de movimiento y una montaña cayó sobre su cabeza. Despertó en una pesadilla, una cámara que estaba llena a rebosar y al mismo tiempo poseía infinitas dimensiones. Las velas parpadeaban con una danza que prometía la demencia si se contemplaba demasiado tiempo, y una figura embozada en una túnica de oscuridad se erguía sobre él... ¡y derramaba sangre sobre su cara!

Se levantó y, mientras huía, lanzó una última mirada a la cámara. La figura no se había movido... y tampoco lo había hecho el cuerpo de Falsinar. Se vio a sí mismo sobre una losa de piedra, con la cabeza ladeada en un curioso ángulo. Su mente se encogió sobre sí misma, incapaz de aceptar lo que veía. Cuando volvió a tener un pensamiento consciente, estaba junto a un montón de grandes rocas en una llanura desértica y aparentemente quemada. Conservaba vagos recuerdos de cámaras apenas iluminadas y túneles laberínticos, de un puñado de figuras ataviadas con túnicas y de muchas formas que se movían de acá para allá arrastrando los pies. Todo estaba envuelto en una extraña palidez, telarañas que le nublaban la visión por mucho que se frotara los ojos.

Mientras recobraba el sentido, Falsinar comprendió que había pasado a su lado un grupo que llevaba a Markus. Una fuerza invisible mantenía a su amo inmobilizado mientras unas criaturas putrefactas lo cargaban como si fuera un fardo. Falsinar quería acudir junto a su amo, pero tenía miedo de aventurarse en aquel lugar terrible. Sin embargo, el mundo exterior no era más acogedor. Se encontraba en una planicie desértica y cuarteada sobre la que tronaban y crepitaban con relámpagos unos nubarrones oscuros. La desesperación hizo

presa de él y sintió que la nada empezaba a reptar por los linderos de sus sentidos.

Un pensamiento se apoderó de él, apartó la oscuridad y lo llenó de fuerza y determinación. *¡Beltramose!*

Falsinar apenas recordaba haber atravesado el desierto. Su misma vaciedad resultaba horripilante. Un viento colérico soplaba sobre él como una colosal e invisible bestia. A su alrededor, más allá del alcance de su vista, acechaban cosas, dispuestas a atacar en cualquier momento. La luz decolorada sugería una especie de día, pero era imposible de asegurar con las densas nubes que se agolpaban sobre su cabeza. Parecían impulsadas por una voluntad maléfica, que le escupía céfiros de punzante oscuridad. Unos rayos verdes restallaban cada vez más cerca mientras corría, crispándole los nervios y llenándole la nariz de un aroma fétido.

Sólo el recuerdo de su firme compañero le dio fuerzas para continuar. Ni siquiera sabía adónde estaba dirigiéndose, pero sí que estaba seguro de que Beltramose se encontraba más cerca con cada paso que daba. Por fin llegó al oasis, pero ya no era tal como él lo recordaba. Las palmeras eran ahora dedos muertos y astillados que trataban de desgarrar el cielo furioso. La hierba era de un enfermizo color verdoso y parecía tan afilada como para perforar la piel. Y, lo peor de todo, acechaban criaturas por entre la desolación. Nunca logró verlas con claridad, ni hubiera querido de haber podido hacerlo. El menor atisbo bastaba para arrancarle gritos desgarradores a su garganta.

Falsinar se obligó a guardar silencio y reptó en dirección a la covacha de la que había salido una vida entera atrás. Beltramose estaba dentro, tirado en una esquina, con la espada larga medio desenvainada. Temió lo peor hasta que reparó en el revelador subir y bajar del pecho de su amigo. Con un grito de alivio, corrió a su lado.

—Idiota —dijo una voz fría.

Falsinar giró sobre sus talones y buscó a tientas la falcata, pero ya no estaba en su cinto. Había dos hombres y una mujer al otro extremo de la habitación. Estaba tan preocupado por Beltramose que hasta entonces no había reparado en ellos. Los tres destacaban en medio de aquella neblina que lo cubría todo con estremecedora claridad. El que había hablado no era un hombre, sino más bien un muchacho de unos catorce años, con la piel decorada de manera extraña y unos ojos hundidos y enfebrecidos. El otro hombre, un robusto turco de mediana edad, lucía una docena de crueles heridas por todo el cuerpo. Era difícil asegurar la edad de la mujer, porque gran parte de su rostro y de la parte superior de su cuerpo estaban destrozadas,

como si hubiera caído desde gran altura. Los tres se movían con extrañas convulsiones y saltos, como si el tiempo no fuera, constante en aquel lugar. Pero por muy perturbadoras que fueran las tres criaturas, Falsinar sintió algo muy familiar en ellas.

—Deberías ser libre —continuó el joven—, pero en lugar de pasar al otro lado, regresas corriendo a buscar a tu amigo. Ahora ya lo tienes.

—No me dais miedo —replicó Falsinar, aunque su lastimoso tono de voz sugería lo contrario.

Las risotadas del trío sonaban como el revoloteo de una bandada de insectos sobre unas losas. La mujer se adelantó con sus torpes andares y lo señaló con el brazo destrozado.

—No es a nosotros a quienes debes temer, Falsinar. Si las criaturas que infestan esta tierra no te cogen, nuestro «amado señor» lo hará.

—¿De qué... de qué estáis hablando? ¿Quiénes sois?

—¿No nos reconoces después de todo el tiempo que hemos pasado juntos? —El joven fingió sentirse consternado—. ¿A tus viejos amigos Infantino, Viator y Domnola?

Falsinar sacudió la cabeza pero al tiempo que lo hacía sintió que las palabras del muchacho eran ciertas. Nunca había visto a las personas cuyas almas había esclavizado Markus. Sin embargo aquellos tres no eran extraños para él. Todos habían pasado varios años al servicio de los Giovanni, ellos en el mundo espiritual, él en el reino de lo físico. Falsinar había llegado a reconocer su presencia sin siquiera darse cuenta de ello. *Pero si puedo verlos...*

—¡Ah! Por fin comprende —se mofó Infantino—. Sí, amigo mío. Ahora eres como nosotros, un alma condenada a sufrir en este infierno en la tierra.

—No puede... Yo acababa de...

—Sí, sí. Al menos tu fin fue rápido. Lo preferiría a la lenta agonía de la enfermedad.

Una comprensión entumecida lo recorrió por entero.

—¿Por qué?

—Es diferente para cada uno de nosotros —dijo el turco con un vozarrón. Infantino asintió.

—Puede que para ti haya sido más fácil, puesto que en este lugar el velo que separa los mundos es muy fino. Sólo nuestro estimado amo podría decirlo con certeza.

—¡Sí, Markus! ¿Por qué no estáis con él?

—No nos ha llamado... y no lo hará, si Dios nos tiene la menor misericordia. —Infantino dirigió una mirada furiosa y medio enloquecida a las paredes circundantes—. Nuestro destino ya es bastante horrible sin tener que seguir atravesando esta tierra egipcia.

—Pero si... —*Si es que soy como vosotros*—... si es tan terrible como decís, sólo Markus puede protegernos. ¡Debemos ir en su busca!

Viator se adelantó y Falsinar advirtió que el cuerpo del hombretón era transparente en algunas zonas.

—Nos iremos, sí, cuando el sol esté en lo alto. Pero no con él.

—Lejos de aquí —afirmó Domnola—. Para escapar juntos de esta tierra.

—Es una penosa existencia, pero es la única que tenemos —dijo Infantino—. Y sólo podremos lograrlo si vamos juntos. Ven, Falsinar. Si te quedas aquí estás perdido.

Falsinar miró a los tres espectros, condenado cada uno de ellos a ostentar por toda la eternidad las señales de su horripilante muerte. Podía sentir su desesperación, compañera de sus propios sentimientos de agonía y pérdida. Miró la destartalada cabaña y la forma herida de Beltramose. Lo bastante cerca como para tocarse pero separados para siempre por un velo de gasa.

—No. No puedo abandonar a mi amigo. Es lo único que me queda.

—Entonces que Dios tenga piedad de ti, Falsinar. Porque en este lugar no encontrarás ninguna otra.

TEMPLO DE LOS LAZARENOS
7 DE OCTUBRE DE 1204

Markus se irguió, boquiabierto.

—No... Byzar dijo que Cappadocius y Sargón fueron contemporáneos.

—¿Byzar? Creía que había sido destruido hace tiempo. ¿Dónde te encontraste con...? No; eso puede esperar a otra ocasión. —El tono de Lázaro se volvió despectivo mientras buceaba en sus recuerdos—. Recuerda que mi sire adoptó el nombre de Cappadocius tras su Abrazo. Su pasado mortal es un misterio que nadie ha logrado desvelar. Él estaba tan deseoso de hacer que cayera en el olvido como su progenie de aprender los secretos de la muerte. Algunos de nosotros, sus primeros vástagos, conocíamos pequeñas partes de la verdad... los suficientes para disuadir a la mayoría de la idea de seguir investigando. Aparte de mí, sólo Byzar fue lo bastante curioso como para seguir investigando. Pero no excavó lo bastante hondo.

La duda y la curiosidad eran sendos gusanos en la mente de Markus. Puede que no estuviera de acuerdo con todo lo que Lázaro decía pero a pesar de ello el resto de las afirmaciones del Matusalén eran lo suficientemente sólidas como para impedirle desechar sin más aquella aseveración. Al final, el estudioso que había en su interior se llevó el gato al agua. Al fin y al cabo, no había nada de malo en escuchar.

—¿Y cuál es la gran verdad?

—Ah, ojalá yo hubiera podido descubrirla con una simple pregunta. Ay, sólo conseguí recomponerla pieza a pieza tras largos años de estudio. —La túnica suelta se arremolinó alrededor de sus pies mientras se volvía como si quisiera disfrutar de una visión mejor de sus recuerdos—. Antes de su abrazo, el venerable Cappadocius era un visionario mortal que respondía al nombre de Sargón. Sufrió revelaciones de trascendentes maravillas y agonías, mensajes del mismísimo Dios en los que se revelaban verdades no experimentadas hasta entonces por hombre alguno. Tan grande era su sabiduría que, aún en medio de sus alucinaciones, Sargón fue capaz de transcribir lo que había presenciado.

—El código —musitó Markus.

—Es imposible mantener los objetos de importancia mística ocultos a los ojos de los cainitas. Más tarde o más temprano, acaban por percibir su existencia. Así ocurrió con la tablilla en la que Sargón refería sus visiones. Pero su importancia era tan grande que Sargón utilizó toda su habilidad para mantenerla escondida hasta que él mismo pudiera comprenderla. Ni siquiera los poderes de los muertos vivientes pudieron hallar su escondite. Sin embargo, era posible que un tesoro aún mayor se escondiera en el interior del visionario. Sargón fue Abrazado, al menos en parte, a fin de que los cainitas pudieran acceder a los secretos divinos que había puesto por escrito. —Lázaro guardó silencio. No se oía más que el suspiro del viento que soplaba sobre la lejana boca del pozo. Entonces continuó—. La maldición de Caín no sólo lo transformó en un muerto viviente. La criatura que había sido Sargón perdió el recuerdo claro de sus visiones... y también olvidó el paradero de su código. Durante mucho tiempo he meditado sobre esta ironía pero hasta la noche de hoy sigo sin haber encontrado la respuesta para lo ocurrido. La sangre de Caín es en verdad muy poderosa; puede que ahogara el vínculo que unía a Sargón con lo divino. O puede que el Señor en persona decidiera imponer este castigo a Sargón por haber recibido el Abrazo. Sólo Él lo sabe con certeza.

—Y de ese modo Sargón renació como Cappadocius.

—Sí. Y la ironía de su creación lo atormentó durante milenios. Ha pasado toda su inmortalidad consagrado a un infructuoso esfuerzo por recobrar sus perdidas visiones.

Muchas preguntas pugnaban por abrirse camino en el interior de Markus, demasiadas como para darle voz a cualquiera de ellas. Eligió una al azar.

—Pero Cappadocius es famoso precisamente por sus visiones. Si él es... era... Sargón, ¿cómo pudo el código permanecer oculto tanto tiempo?

—No hay respuestas sencillas por lo que a los oráculos se refiere. Ni allí donde el Señor está involucrado. —Se oía una sonrisa en la voz de Lázaro—. Nuestra misma existencia es fiel testimonio de esta verdad, ¿no te lo parece? La respuesta radica en la divinidad, chiquillo, y en las manifestaciones de la fe de los mortales que desafían hasta a los más poderosos de nosotros. Sargón demostró en verdad gran astucia al ocultar su tablilla de aquella manera. Después de haber encontrado su escondite, pasaron treinta años antes de que yo lograra dar con la manera de penetrar en él sin peligro, y otros cinco antes de que estuviera seguro de que podía sacarlo intacto de allí. No es ningún milagro que el gran Cappadocius no lograra encontrarlo, y menos aún que no

lo recuperara. Considéralo otra ironía: él estaba demasiado próximo como para ver las pistas.

—Y ahora que tú tienes el código buscas la apoteosis. ¿Con qué fin?

—Tú asumes que es por el poder. No; lo que busco son las respuestas a las cuestiones fundamentales de la existencia, de una vez y para siempre —dijo Lázaro—. La tablilla de Sargón es la clave para comprender el plan de Dios... puede que hasta para explicar la maldición que afecta a los de nuestra raza.

—Pero... —Markus estaba haciendo un gran esfuerzo por digerirlo todo—. Espera. ¿Para qué me necesitas a mí? El último fragmento del Código de Sargón está en tus manos. Si alcanzas la divinidad, ¿qué importancia puedo tener yo?

Un suspiro asombrosamente humano brotó del interior de la túnica de Lázaro.

—Aunque la apoteosis revelará mucho de lo que ahora permanece oculto, sería una necedad pensar que alcanzaré una omnisciencia total... al menos al principio. Mis seguidores seguirán siéndome de gran ayuda. Y tú, con tu perspectiva única sobre el reino del espíritu, lo serás especialmente. ¡Piensa en ello, chiquillo! Imagina la posibilidad de derribar las últimas barreras de la ignorancia, arrojar a un lado los últimos grilletes de mortalidad que aún nos maniatan. Tú buscas las mismas respuestas que yo. Mira lo que has logrado hasta el momento. Mira los riesgos que has corrido sin más dirección que el rumor y la leyenda. ¿No te excita saber que el descubrimiento definitivo está al alcance de tu mano?

A duras penas hubiera podido Markus negar el estremecimiento que recorrió todo su cuerpo al pensarlo. *¿Con sólo unas pocas palabras astutas voy a ignorar todo cuanto me han enseñado sobre los Lazarenos?*

Aún distaba mucho de hacer tal cosa. Sin embargo, tenía muchas cosas que considerar... y, desde luego, la menos importante de ellas no era cómo llevar a la práctica su impreciso plan de sacar el Código de Sargón de aquel lugar.

—Mis disculpas, Lázaro, pero estoy bastante abrumado por tantas revelaciones. Necesito estar a solas para reflexionar sobre todo lo que me has dicho.

—Muy bien. Pronto amanecerá. Quédate aquí durante el día; regresaremos a medianoche. —Señaló la forma silenciosa de Falsinar—. Dejaré a tu criado aquí para que se cuide de ti. No pienses que puedes someterlo a tu voluntad; ahora es una criatura mía.

Markus entendió a la perfección. A pesar de que su celda había mejorado, seguía siendo un prisionero.

El Matusalén se movió hacia la puerta con fluida elegancia.

—Sólo tú puedes decidir lo que debes creer, Markus Musa Giovanni. Pero no tardes demasiado en tomar una decisión. El futuro no espera.

* * *

Markus consideró sus opciones hasta que el letargo se apoderó de él. La llamada del código permaneció con él durante todo el día, zumbando en el interior de su cabeza como un enjambre de abejas. Durante el sueño lo acosaron imágenes de ancestrales recuerdos y al llegar la noche despertó sintiendo una fatiga casi mortal.

No podía seguir soportándolo: resistir al código con una mano y librar una batalla de intelectos contra Lázaro con la otra. Había llegado el momento de escapar. Había confiado en que se presentara por sí sola una manera fácil de robar el Código de Sargón y escapar pero no había ocurrido así. Aunque podía sentir el emplazamiento de la tablilla, no tenía manera alguna de saber qué corredores podían conducir a la salida. Había confiado en que el destino le ofreciera una oportunidad conveniente pero parecía que tendría que recurrir a sus propias habilidades.

Sintiendo algo más que una leve trepidación, volvió a pensar en el ritual que había considerado por vez primera la pasada noche. En realidad era poco más que una teoría extrapolada a partir de sus estudios; ni siquiera se hubiera planteado su uso en otras circunstancias. Nunca había tratado de entrar en el mundo espiritual.

Para conseguirlo, necesitaría la ayuda de un espíritu poderoso. Antes había sentido la presencia de Infantino pero no había garantías de que el fantasma siguiera cerca. Ahora que sabía que Falsinar estaba muerto se le ocurría una segunda posibilidad pero para ello sería necesario que el alma del ghoul hubiera sobrevivido al trauma de la muerte. Si era así, sería el equivalente a un recién nacido en el mundo espiritual: útil para tareas básicas pero absolutamente inadecuado para el ritual que Markus tenía en mente.

Sería peligroso y eso significaba que no podría ni siquiera intentar llevarse el código. Era imposible prever la reacción que podía producirse si la reliquia atravesaba la frontera que separaba la vida de la muerte. No soportaba la idea de dejar la cosa en las manos de los Lazarenos, pero la alternativa era quedarse allí. *Y si me quedo, muy pronto perderé el control y me convertiré*

en esclavo del código. O Lázaro sentirá la influencia que tiene sobre mí. En cualquier caso, significaría mi fin.

No era ni de lejos un plan perfecto. Pero por lo menos faltaba algún tiempo para que Lázaro tratara de alcanzar la inmortalidad. Si Markus tenía suerte, podría recurrir a otros miembros de su familia para que le arrebataran el código. Ahora que podía sentir su llamada, no importaba dónde lo escondieran los Lazarenos. *Más tarde o más temprano, será nuestro.*

* * *

Para su sorpresa, cuando convocó a los espíritus, la respuesta fue inmediata, casi como si Infantino hubiera estado esperando su llamado. Había algo extraño en la sombra pero su vibrante energía resultaba inconfundible. Markus sintió una oleada de alivio. Sin los amuletos, le hubiera resultado muy difícil obligar al espectro a acudir. Así las cosas, el esclavo sería fácil de controlar una vez que se encontrara cerca.

Cuando la humeante aura apareció ante sus ojos, Markus habló sin preámbulos.

—Tenemos poco tiempo. Debo desgarrar el sudario que separa nuestros mundos. Debes enfocar toda tu voluntad sobre mí para que pueda pasar al otro lado. ¿Comprendes?

El eco de un susurro fue la respuesta afirmativa pero Markus no empezó de inmediato. Era una apuesta desesperada. No tenía ninguna de las herramientas que en condiciones normales utilizaría para un ritual como aquél, salvo su sangre y su voluntad. En aquella tierra la barrera era bastante delgada pero no obedecía a las mismas leyes que las sustancias físicas. Si Infantino y él no tenían la fuerza suficiente para abrir una brecha, la reacción podía destruirlos. Infantino ya estaba muerto, así que Markus no se preocupaba demasiado por su suerte. Pero le tenía bastante apego a su hirsuta forma.

Antes de que Infantino empezara a tener ideas peligrosas, Markus dio un empujón al espíritu con su voluntad. La nebulosa aura se estremeció como el humo sacudido por una bocanada de viento. No sabía muy bien cómo afectaban estos empujones a los espectros pero asumía que a todos los efectos equivalían a golpear el flanco de un caballo con una fusta.

Se situó en el centro de la habitación y empezó a murmurar las frases en latín que le permitirían sumirse en el estado de trance. La calma se apoderó de él rápidamente y hasta la repicante canción del código perdió intensidad hasta

fundirse casi en la nada. Sintió el característico hormigueo de las extremidades y se llevó la muñeca izquierda a la boca. Sus colmillos se clavaron en la fría carne y la sangre brotó de la herida obedeciendo su voluntad. Con pasos medidos que remedaban el ritmo de su cántico, Markus recorrió los estrechos confines de la habitación. Su muñeca vertía sangre en patrones intrincados que iban creando un mosaico rojo sobre el suelo y las paredes. Se había alimentado bien con la sangre del camello pero el ritual iba a poner a prueba sus reservas. El cántico era el ancla que le permitía mantenerse centrado a pesar de que el hambre estaba empezando a convertirse en una cosa voraz que amenazaba con liberarse de sus cadenas.

Al fin el patrón quedó completo. El tono de la canción cambió, reemplazado por un susurro que hablaba de muerte y de reinos ajenos a todo cuanto pudiera concebir una mente cuerda. Una película de escarcha cubrió la habitación entera y todo cuanto había en ella y Markus se estremeció a pesar de la resistencia de su carne muerta. El frío que lo atenazaba era mucho mayor que cualquiera que pudiera conocer el mundo de los mortales. Sus dientes castañeteaban y tuvo miedo de perder el ritmo del cántico. Siguió adelante por pura testarudez e inercia y por fin el plateado resplandor del velo que separaba la vida de la muerte se hizo visible.

Alargó la mano y asió la barrera, que se agitó en sus manos como una gigantesca criatura marina. Más que verlo, Markus sintió a Infantino, que estaba imitando sus acciones al otro lado. Siguió cantando con los dientes apretados y tiró del sudario con todas sus fuerzas. Se resistió con tal fuerza que Markus se vio zarandeado y chocó con la pared. Pero a pesar de todo siguió agarrado a ella y volvió a intentarlo. Esta vez hubo un sonido desgarrador que provocó fragmentos de cristal en sus entrañas y sopló desde el inframundo un viento fétido que lanzó el jergón contra el techo y lo hizo pedazos.

Sólo tenía un instante antes de que el desgarrón se cerrara y apenas podía sobreponerse a la fuerza del viento furioso que soplaba desde el otro lado. Llamó a Infantino pero el fantasma había salido despedido en el momento mismo en que se había abierto la grieta y ahora estaba tratando de ponerse de nuevo en pie.

Markus había pasado un pie al otro lado cuando la puerta de la celda se abrió de con tal fuerza que la madera se partió al chocar contra la pared. Entrevió varias figuras ataviadas con túnicas que pasaban junto a Falsinar y redobló sus esfuerzos. Dos brazos se cerraron alrededor de su cintura mientras él se lanzaba al otro lado y cruzaba la abertura. Con Markus al otro lado, el

ritual estaba completo. El desgarrón en el velo se cerró con un trueno, partiendo por la mitad al desgraciado que había sujetado al Giovanni.

El pobre cainita chillaba de agonía mientras la terrible lesión empezaba a arrojarlo al letargo. Era una herida terrible; había perdido la parte inferior del abdomen y las dos piernas, pero la sangre de Cappadocius era en verdad muy resistente. Puede que en otras circunstancias el Lazareno hubiera sobrevivido y tal vez al cabo de un siglo más o menos hubiera podido regenerar toda su carne perdida. Pero estaba atrapado en mitad del mundo espiritual con Markus, que estaba hambriento por culpa de la sangre que había perdido y del esfuerzo realizado. El tufo de la sangre y las vísceras del Lazareno, derramados por todas partes, arrojó a Markus en brazos del frenesí. El instinto anuló a la razón y cayó sobre el mutilado cainita con un hambre feroz.

Lo salvó de la diablerie —el acto de consumir el alma de un hermano de raza— una hoja curva que le atravesó la espalda. El dolor fue muy intenso, como si le hubieran perforado el alma, pero sirvió al menos para que recobrarla el sentido. Arrojó a un lado el cuerpo del Lazareno y se retorció para librarse de la mordedura de la espantosa arma. La hoja cedió y las puntas que jalonaban su hoja le desgarraron la carne con una agonía aún mayor. Se volvió para enfrentarse a su atacante mientras llamaba a Infantino con un grito.

—Aquí estoy, amo —declaró Infantino, con una sonrisa tan retorcida como el arma sanguinolenta que empuñaba.

Conmocionado ya por la furiosa sed de sangre que se había apoderado de él, y aturdido en medio de la vasta desolación del mundo espiritual, Markus no pudo hacer otra cosa que mirar boquiabierto a la criatura que había sido su esclavo fantasmal.

El espectro tenía, en su mayor parte, el mismo aspecto que varios años atrás, cuando Markus lo viera por vez primera: un joven de elevada estatura muerto de fiebres. Pero ahora sobresalía de su cuerpo un apéndice imposible para un ser humano. La hoja que había atravesado a Markus se movía al extremo de un miembro de múltiples tendones que sobresalía del vientre de Infantino, como una especie de obsceno cordón umbilical. Su superficie no tenía pelo y era dura, como el caparazón de un cangrejo, y el centenar de diminutos dientes que la recorrían por completo prometían desgarrar la carne de Markus con la misma crueldad que el primer golpe. Infantino, se movía también como un cangrejo, de lado, rodeando a Markus y obligándolo a dar vueltas en el mismo lugar para no perder de vista al fantasma.

Markus trató de controlar su asombro.

—¿Cómo... cómo te atreves? ¡Soy tu amo y señor!

—Ya no —fue la respuesta. Los ojos del espectro eran los orbes hinchados de un demente—. Puedo sentir la influencia de tus amuletos... pero ya no están en tu poder. El Lazareno los arrojó a un armario para estudiarlos más adelante. Sin embargo, yo habré sido destruido mucho antes de que eso ocurra, tal como ya les ha sucedido a Viator y Domnola. ¡Sólo quedo yo y he jurado que seré el último de tus esclavos!

La hoja volvió a atacar, pero los sentidos de Markus —extrañamente aguzados en aquel lugar desconocido— percibieron el golpe un instante antes de que se produjera. Se hizo a un lado mientras el arma se clavaba en el suelo. La herida lo estaba frenando y no se trataba de una lesión mundana que pudiera restañarse con facilidad recurriendo al poder de la sangre.

—Vuestras almas vagan eternamente por este lugar, inútiles y olvidadas —declaró con una mueca—. ¡Yo os di un propósito!

—¡Impediste que alcanzáramos la paz! Terminamos por anhelar el abrazo del olvido pero tus malditos encantamientos nos negaron incluso esta salida. —Infantino alzó los brazos y sus dedos se convirtieron en sendas garras hechas de la misma y rara quitina que formaba su hoja—. Venía para asistir a tu patético final en este lugar, pero Dios me ha sonreído al fin con un regalo. Te ha traído aquí para que pueda vengarme.

Infantino no estaba sometido a las limitaciones de un ser de carne y hueso. El espectro se retorció y transformaba en su ataque como ninguna cosa que hubiera en el mundo de los vivos. Markus retrocedió y estuvo a punto de tropezar en el suelo irregular. Trató de dar con alguna táctica, algún medio de escapar, pero Infantino no le daba tiempo para pensar. Sólo el retorcido laberinto que era el reflejo en el inframundo del templo de los Lazarenos le proporcionaba alguna ventaja. El diseño difería del verdadero —había emergido en una habitación mucho más grande que su diminuta celda— pero los pasillos eran igualmente estrechos. Huyó por una abertura y corrió eligiendo su camino al azar. Los pasillos disminuían la eficacia de los movimientos laterales y los tajos de Infantino pero Markus no podría seguir corriendo eternamente. Empezaba a sentirse torpe y lento, una sensación que se parecía a la casi olvidada de la embriaguez de sus días mortales. La retorcida espada de su enemigo le hizo jirones la espalda de la túnica. Rebotó en una pared y dio un giro afortunado que lo llevó por un pasillo ascendente y sinuoso. El laberíntico curso le ofreció un momento de alivio frente al arma de su enemigo pero los gritos de Infantino seguían llegando desde muy cerca.

Entonces las paredes desaparecieron. Un vasto espacio lo rodeaba, una llanura agrietada que se extendía hasta el infinito bajo un cielo cubierto de rayos y moratones. La sorpresa conspiró con el dolor y la fatiga para hacerlo caer. Estaba tratando de levantarse cuando Infantino irrumpió de un agujero en la tierra.

El espectro se detuvo al ver a su presa de rodillas frente a él.

—¿Cómo te sientes, mi amo y señor? ¿Qué te parece conocer sólo el miedo y el dolor? ¿Ser tratado como una bestia de rebaño? ¡Ahora muere, sabiendo que sólo has probado una gota de lo que nosotros hemos sufrido!

Infantino se echó atrás para golpear con la espada y las garras. En ese momento una forma salió disparada de las rocas que rodeaban el agujero y lo sujetó desde atrás. El espectro rugió de frustración y su extraño apéndice se sacudió y restalló como un látigo por encima de su cabeza, tratando de ensartar a su adversario.

Markus hizo acopio de sus escasas fuerzas y cogió una piedra del suelo grisáceo. Tambaleándose, se arrojó entre las manos convulsas de Infantino. Utilizó la piedra para propinar al espectro una serie de golpes en el cráneo, al mismo tiempo que las garras le hacían terribles heridas en el cuerpo. Se convirtió en un duelo de voluntades; la victoria correspondería a aquél de los dos que pudiera resistir un segundo más que el otro.

Infantino cayó al fin, pero sólo después de que la sustancia de su espíritu hubiera sido reducida a una pulpa viscosa.

Markus se desplomó un instante después. Todos los cortes que había sufrido ardían con una agonía gélida y le pesaba el cuerpo como si le hubieran colgado de él una docena de anclas de barco. Sus sentidos vagaban, presa del delirio, pero hizo un esfuerzo por recobrar la consciencia el tiempo suficiente para saber quién había acudido en su ayuda. La figura se le acercó, tambaleándose a causa de las heridas que también había sufrido. No pudo reconocer su cara a través de la neblina que le oscurecía la visión pero reconoció la voz inmediatamente.

—¿Signore? —dijo Falsinar—. Venid; os llevaré a lugar seguro.

OASIS DE BAHARIYA
15 DE OCTUBRE DE 1204

Tras siete noches de letargo, el sonido de unas voces extrañas despertó a Markus. Aunque la situación empezaba a resultar rutinaria, no por ello la apreciaba más.

Al menos esta vez no estoy en ningún pozo.

Se encontraba de hecho en lo que parecía ser una granja, construida con ladrillos de arcilla en el mismo estilo que todas las edificaciones que había visto en aquella tierra. Empezaba a estar cansado de Egipto, pero después de haberse enfrentado a la furia de Infantino, cualquier lugar en el mundo de los vivos era una bendición.

Sentía un dolor apagado en todos los rincones de su cuerpo que hacía que hasta permanecer tendido resultara incómodo. Al menos eso significaba que su cuerpo estaba curándose, aunque con mucha mayor lentitud de la que hubiera sido normal si las heridas le hubieran sido infligidas por un hombre o un animal. Pasaría algún tiempo antes de que volviera a estar entero pero aquella noche se encontraba ya lo bastante bien como para levantarse de la cama y caminar un poco.

O puede que no, pensó mientras un mareo hacía que se tambaleara tras dar unos pocos pasos. *Necesito sangre.*

Beltramose acudió corriendo a la habitación a la primera señal de movimiento.

—¡Signore! ¿Estáis seguro de que estáis lo bastante recuperado para levantaros?

—La debilidad pasará —gruñó Markus—. Pero debo alimentarme. Ahora mismo.

Beltramose ladeó la cabeza y salió del cuarto. Las voces de la habitación continua interrumpieron su diálogo y Markus oyó que su ghoul pedía un recipiente de vitae. El silencio siguió aun después de que el larguirucho criado regresara con un jarro de arcilla en la mano.

—Es la misma sangre con la que os hemos alimentado toda la semana. La dama Constanca dijo que...

—¿Quién has dicho?

Beltramose señaló con el jarro.

—Una especie de sacerdotisa. Nos ha sido de la máxima ayuda para traerlos desde el otro lado.

—¿Una especie de sacerdotisa? —Markus no pudo evitar una carcajada—. Amigo mío, reduces a una de las antiguas de nuestro clan a unas pocas palabras.

—Sí, bueno. Quiere hablar con vos, si os encontráis con fuerzas.

—¿Es que ahora eres su criado, Beltramose? No; no te disculpes. Yo también siento ganas de conocerla. Dame sólo unos momentos. —Bebió un largo trago del jarro. Había sabores extraños en la sangre que resbalaba sobre su lengua. Supuso que el fluido habría sido sometido a algún ritual Capadocio con el fin de potenciar sus virtudes curativas. O puede también que contuviese un filtro para esclavizar su voluntad, del mismo modo que él utilizaba su sangre para mantener la lealtad de sus ghouls. Pero si era así, tras haberla consumido siete noches seguidas, ya no estaba en condiciones de resistirse a su influjo. *Más vale disfrutar del poder curativo de la sangre. Más tarde habrá tiempo de sobra de determinar si vuelvo a ser un peón.*

* * *

Markus no estaba tan nervioso frente a la Suma Sacerdotisa de los Huesos como lo había estado con el hereje Lázaro. Sí, las circunstancias eran diferentes, pero hubiera esperado que aquel encuentro fuera igualmente tenso. Constanca era una criatura de antigüedad, influencia y poder tremendos y su sire le había dicho que había sido la principal asesora de Cappadocius que se había opuesto a la entrada de la familia Giovanni en el clan. Pero Markus encontró su fría apostura y su poderoso intelecto sugerentes, incluso atractivos. Constanca poseía los rasgos hundidos propios del clan pero su mortal palidez era menos propia de un cadáver envejecido y más de una visión idealizada de la muerte.

Mayor aprensión le provocaba la visión de la Lamia que aguardaba con aire protector junto a la suma sacerdotisa. La criatura cubierta de escarificaciones y tatuajes, con piel de carbón y mirada letal, era completamente diferente a la monstruosidad marchita y gris que había morado en el subsuelo de Constantinopla. Sin embargo, y a pesar de saber que

aquella Lamia había enloquecido por influencia del fragmento de Lilith, dudaba que pudiera volver a sentirse cómodo cerca de alguna de ellas.

Sin embargo, fue la tercera de las figuras la que provocó una respuesta inmediata y más extrema por su parte. Con el mero acto de ponerse en pie, el esbelto y lampiño vampiro transmitía tan sutil elegancia que Markus recordó al instante el enfrentamiento sucedido unas pocas semanas atrás.

—¿Me engañan mis ojos, Suma Sacerdotisa? ¿Acaso tenéis tratos con serpientes?

—Buenas noches también a ti, Markus Musa Giovanni —replicó el Seguidor de Set con tono templado.

—¡No te atrevas a burlarte! ¡Tus hermanos masacraron una caravana entera tratando de destruirme!

—Sin embargo me arriesgaría a decir que saliste muy bien parado de aquel encuentro.

La Bestia se revolvió en su interior, haciendo bullir la sangre que acababa de consumir. Aún no estaba entero, pero le enseñaría a aquella criatura el precio de...

—Calmaos. —Constancia apenas había alzado la voz pero su tono se abrió camino por el creciente frenesí como una grieta en la superficie de un estanque helado—. No tenemos tiempo para esta farsa.

—Cierto —asintió la serpiente—. He venido a parlamentar, no a ser atacado.

—Ojalá tus hermanos hubieran sido tan civilizados —gruñó Markus. Una mirada de Constancia hizo que tirara de las riendas de su creciente furia—. Mis disculpas, Dama Constancia. Quejarse sin saber cómo están las cosas es más propio de animales.

La dama bajó ligeramente la barbilla.

—En ese caso permite que te ilustre, porque el mundo entero ha sido puesto en peligro por tu ignorancia.

A Markus se le antojó muy severo el reproche pero la dura mirada de la Lamia le previno contra cualquier conato de protesta. Constancia hizo un gesto y todos se sentaron. Los tres en los banquillos que habían ocupado cuando entrara en el cuarto y él apoyándose en la repisa del hogar frío que ocupaba una de las paredes de la pequeña vivienda. Beltramose se retiró para recoger el dormitorio.

—Markus Musa Giovanni, esta noche los cuatro tenemos cosas de la máxima importancia que discutir. Ya me conoces, aunque sólo sea por mi

reputación. Ésta es Qalhara, mi guardiana y protectora. Y éste es Ankhesenaten, representante del Walid Set.

Debe de referirse a la recuperación del Códice de Sargón. Había esperado que su familia pudiera hacerse con él para a continuación llevarlo al Monte Erciyes o conservarlo, según lo creyeran convenientes los ancianos. No obstante, era preferible que lo tuviera Constancia a permitir que Lázaro tratara de alcanzar la divinidad.

—No pretendo faltáros al respecto, pero si estáis aquí por las razones que presupongo, ¿no es un asunto que atañe sólo a los Capadocios? ¿Qué derecho tiene la serpiente a estar aquí?

—Por favor; aún estoy en esta habitación. —Ankhesenaten le dirigió una sonrisa exasperada—. Hazme el favor de incluirme en las conversaciones.

—Ha sido nuestro guía, permitiendo que no fuéramos intrusos en su tierra y ahorrándonos así encuentros desagradables con otros de la sangre. —Constancia lanzó una mirada de soslayo al Setita—. Aunque ese servicio ha tocado a su fin, esta noche está aquí por un asunto diferente.

Ankhesenaten se inclinó hacia delante, como si quisiera insertarse físicamente en la conversación.

—Pero volvamos a eso. Como estaba diciendo antes de que nos interrumpiera este pintoresco Capadocio, la noche que nos separamos fui presa de emociones elementales. Regresé armado con razón y cortesía, para anunciar mi intención de limpiar esta llanura de los Lazarenos que la han infestado.

»En este preciso momento se están reuniendo las fuerzas —continuó—. Mis hermanos llegarán antes de que termine la semana y no harán distinciones entre los heréticos Lazarenos y los leales Capadocios.

—Así que nos urges a escapar antes de que lleguen aquí. —Markus sacudió la cabeza, intrigado—. ¿Cuál es tu plan, serpiente? ¿No te lograría más alabanzas el poder cercenar la cabeza de Lázaro y Constancia de un solo golpe?

—Demuestras tu ignorancia sobre los hijos del Dios Oscuro. No albergo hacia vosotros ningún mal sentimiento, pero sí hacia aquellos que pretenden usurpar lo que es nuestro por derecho divino. A pesar de nuestras diferencias, la Dama Constancia ha mostrado respeto hacia mí en nuestros tratos. Preferiría que este acuerdo continuara en beneficio de todos, en lugar de veros caer a los tres a manos del Walid Set. —El vampiro egipcio enarcó una de sus cejas sin pelo—. De hecho, a pesar de que no hemos tenido el mejor de los comienzos, no me opondría a incluirte también a ti en el acuerdo.

Un bastardo encantador, eso no se lo voy a negar. Más que un respeto pesaroso, Markus sentía vergüenza por haberse comportado como un latino sin modales... igual que tantos otros tunantes que había visto entre las fuerzas de los cruzados. Él se enorgullecía de su intelecto. ¿Es que no era más que una fina piel, que unos meses en tierra extraña bastaban para quitar?

—Apreciamos tu cortesía —estaba diciendo Constancia— y la oferta que nos haces mejora sobremanera mi opinión de ti y los tuyos. Pero no hay peligro de que nos veamos atrapados en el asalto. Ahora que Markus ha emergido del letargo, actuaremos contra el templo de los Lazarenos mañana mismo.

Ankhesenaten miró a Constancia y luego a Markus, sorprendido.

—¿Con qué fin? Ahora que ya tenéis a vuestro hermano de clan, ¿qué esperáis conseguir regresando allí?

—Basta decir que los Lazarenos han robado un objeto erudito de gran valor para nosotros. Debemos recuperarlo y devolverlo al Monte Erciyes.

—¿Y cuál es ese objeto?

Constancia hizo un ademán.

—Un tratado escrito por un erudito caldeo sobre los axiomas en los que se basa el campo de estudio de nuestro clan. El Códice de Sargón es muy viejo y no creo que tenga demasiado interés para un Seguidor de Set. Su valor para los Capadocios es el de una pieza de museo.

Ankhesenaten se encogió de hombros para expresar que, por lo que a él se refería, el Códice de Sargón no era más que otra rareza cainita.

—También nos han robado objetos parecidos a nosotros. Confío en que no pretendáis llevaros objetos de similar valor para el Walid Set.

—Dejaremos tales objetos allí, para que podáis recuperarlos en vuestro asalto. Sin embargo, si albergas sospechas, ¿por qué no te unes a nosotros?

Una cálida sonrisa reveló los brillantes y blancos dientes de Ankhesenaten, contrastados con su carne color caramelo.

—Me hacéis un gran honor, señora. ¿Cómo podría dejar pasar una oferta tan generosa?

* * *

—Está claro que tienes muchas preguntas, Markus Giovanni.

—No sólo sobre estas últimas noches, sino sobre los últimos meses. — Lanzó una mirada a la puerta por la que Ankhesenaten había desaparecido para hacer los preparativos de la aventura de la noche siguiente. Mientras

permanecía sentado junto a la suma sacerdotisa, con la muda presencia de Qalhara en una esquina por toda compañía, se posó sobre el cuarto un silencio centrado en él con tanta claridad como un cántico ritual. Estaba maravillado por el poder desnudo de Constancia, tan diferente de la apremiante pujanza de Lázaro. *Y diferente también del de los Giovanni. ¿Cómo entonces...?*—. Tengo entendido que vuestra intervención fue crucial para hacerme volver desde el Purgatorio, señora.

—Mi comprensión del mundo espiritual se reduce a las artes de la adivinación. Si tú no te hubieras esforzado, aun en los brazos del letargo, por regresar, y si el velo hubiera sido más grueso que un pergamino, te habrías quedado en aquel lugar para siempre. —Sus pálidos ojos lo recorrieron con una mirada crítica—. Fue un comportamiento de lo más absurdo, Giovanni. ¿Qué hizo que te arriesgaras a entrar en la tierra de los muertos?

—Un agudo sentido de supervivencia. Las únicas alternativas eran permitir que mis cenizas se mezclaran con el polvo del desierto o unirme a ellos. —Al igual que la traición de Infantino, el acontecimiento estaba aún demasiado reciente como para recordarlo. No obstante, las dudas surgidas durante el tiempo pasado entre los Lazarenos no tardarían en desaparecer—. Pero ya basta de hablar de mí por el momento. Ya debéis de saber que Lázaro tiene el Códice de Sargón en su poder y que planea llevar a cabo la apoteosis. Lo que me asombra es que hayáis venido hasta aquí sola. ¿Era una misión diplomática? ¿Pretendíais disuadirlo de que lo intentara?

Las plácidas facciones de Constancia se contrajeron en un gesto de lo que Markus hubiera jurado que era consternación. Su aura cambió con demasiada rapidez y no pudo discernir las tonalidades que le permitían atisbar los sentimientos. Sacudió la cabeza con lentitud mientras sus rasgos recobraban la severa calma de antes.

—Eres tan perspicaz como esperaba. Asistí a la predicción de un oráculo en la que se aseguraba que Lázaro trataría, en efecto, de alcanzar la divinidad. Pero su éxito no será como él espera. No suplantará a Dios, aunque alcanzará un poder inaudito. Tú has vivido muchos años en Constantinopla; ¿sabes lo que era eso que llamaban el Sueño? Bien, adquirirá una nueva forma cuando Lázaro se convierta en un dios en la tierra. Su progenie suplantará a los hijos de Caín y sobrevendrá un conflicto que desgarrará la tierra y consumirá incontables almas. Al final, el Sueño se habrá convertido en una pesadilla perversa y el ciclo quedará arruinado para siempre.

—El ciclo; Lázaro lo mencionó cuando estaba tratando de ganarme para su causa. Él asegura que los cainitas arruinan el ciclo con su mera existencia.

—Es una lástima que una mente tan poderosa pueda perderse en la locura. Ha ocurrido más de una vez entre los nuestros, aunque raramente nos damos cuenta de ello hasta que es demasiado tarde. —Se detuvo y lanzó una mirada a Qalhara—. Como has dicho, vine aquí con la idea de persuadir a Lázaro. Ahora me doy cuenta de que fue una necedad creer que existía una posibilidad.

Markus captó algo levemente extraño en las palabras de la sacerdotisa, pero no podía aspirar a comprender la mente de un Matusalén. *Después de todo, tras pasar tres noches con Lázaro, lo entiendo menos aún que cuando sólo era una criatura de rumor y leyenda. ¿Por qué iba a ser Constancia más fácil de comprender?*

—¿Qué pretendes hacer ahora? —preguntó.

—No tenemos alternativa. Lázaro no debe conseguirlo.

Markus alzó la mano en un gesto que pretendía llamar a la calma.

—¿Quieres destruirlo? Seguramente es demasiado poderoso para nosotros, y más aún con todos sus seguidores allí.

—Estás en lo cierto. Lo más importante es que recuperemos el código. Si se le priva de esta oportunidad, los eventos profetizados desaparecerán del reino de la posibilidad. En su lugar, se desplegará un nuevo futuro.

—Pero promete ser igualmente difícil de conseguir. Toda la realidad de Lázaro está centrada en la tablilla de Sargón. —De pronto se dio cuenta—. Por Cristo y por Caín. Han pasado tantas noches... ¡Podría llevar a cabo la ceremonia en cualquier momento!

—Tu insólita fuga ha prevenido esa posibilidad por ahora —intervino Qalhara—, si hemos de creer a tu mascota fantasma.

Markus sintió un mareo.

—Pero Infantino...

Constancia desechó sus temores con un ademán.

—Tu hombre lo llama Falsinar. De hecho, sólo él ha demostrado ser capaz de ejercer alguna influencia sobre el espíritu. No puedo decir que esté muy familiarizada con las artes que estudia tu familia, pero en las actuales circunstancias, tu fantasma nos ha sido de gran utilidad.

A pesar de que sus recuerdos sobre la travesía por la tierra de los muertos eran fragmentarios, recordaba que el fantasma de Falsinar había acudido en su ayuda.

Pero yo no lo tenía bajo mi control; ¿cómo es posible que haya perdurado? ¿Tan fuerte es su vínculo con Beltramose?

Estaba impaciente por estudiar esta fascinante circunstancia cuando no hubiera asuntos más urgentes que requirieran de su atención.

—¿Así que Lázaro ha estado más preocupado por los medios que utilicé para escapar que por su búsqueda de la omnipotencia?

Constancia lo favoreció con una sonrisa fría.

—El nido de herejes entero está sumido en la confusión. Sólo ha empezado a calmarse las últimas noches.

—Es el momento perfecto para golpear, el momento en que se relajan por vez primera.

—Qalhara dijo esas mismas palabras. Y ahora que por fin has recobrado la consciencia, no tendremos mejor oportunidad.

—Sigo demasiado débil para ser de gran ayuda, señora. Dadme unas pocas noches más y las cosas serán diferentes, pero a pesar de ello seguiremos siendo un grupo demasiado exiguo y débil en comparación con los Lazarenos.

—No tienes por qué preocuparte por eso, chiquillo. No he estado ociosa mientras esperábamos a que te recuperaras.

Teniendo en cuenta sus propios talentos, Markus se hacía una idea aproximada de lo que podía lograr el poder de Constancia.

—Aun así, ¿no sería prudente esperar a que estuviera recuperado del todo?

—Si esperamos demasiado, dejaremos pasar nuestra oportunidad. He utilizado mi poder de adivinación para determinar que esta noche tendríamos las máximas posibilidades de éxito, pero tú sólo acababas de despertar. No, como muy tarde debe ser mañana. —Indicó las marcas rojizas que cruzaban sus blanquecinos antebrazos cubiertos de vello—. De todos modos, tú labor no será la de un guerrero. Sólo tú estás lo bastante familiarizado con el lugar como para mostrarnos dónde puede estar el código.

Markus sentía que su miedo y sus deseos estaban en conflicto. Tal vez por causa del prolongado letargo, ya no sentía la misma y desesperada necesidad de apoderarse del código. Su tentación se había reducido a poco más que un susurro tentador. Puede que tuviese que soportar aquella llamada durante el resto de su existencia... ¿pero qué podía pasar si trataba de hacerse con la reliquia? ¿Lo devoraría la locura, tal como le había ocurrido a la Lamia?

—Seguramente el fantasma de Falsinar...

—Tu hombre dice que el espíritu le tiene miedo al código. De ningún modo se acercará a él. No, el fantasma ha encontrado un magnífico modo de entrar en el templo pero nos será de muy poca ayuda una vez que estemos allí.

—¿Y el Setita? Admito que me he precipitado al asumir que era del mismo temperamento que las serpientes que me atacaron pero ¿creéis que ha sido sabio invitarlo a que nos acompañara?

—Ankhesenaten es un hombre más cultivado que muchos de sus hermanos de clan pero en el fondo sigue siendo un Seguidor de Set. Asegura que pasará una semana hasta que lleguen sus hermanos, pero no sería imposible que estuviera... equivocado, por decirlo así, con respecto al momento concreto de su aparición. Mientras esté a nuestro lado, contaremos con cierto grado de protección frente a ellos. Y es lo bastante inteligente como para saber que los beneficios potenciales derivados de una alianza con nosotros superan con creces la gratificación inmediata que le proporcionaría nuestra destrucción.

* * *

—No le habéis contado nada de la otra profecía.

—Me pareció más conveniente dejar que pensara que su suposición era correcta.

»¿Quieres decir que desapruebas mi decisión?

La sombra de una sonrisa revoloteó sobre el rostro de Qalhara.

—En absoluto, señora. No hay manera de saber cómo hubiera reaccionado ante la verdad, aun en el caso de que hubiéramos tenido tiempo de contársela. Resultará mucho más útil habiéndose convencido a sí mismo de lo que habría sido si hubiéramos tenido que recurrir a la persuasión.

—Confiemos en que se le pueda influir con la misma facilidad para cumplir con la segunda parte de la profecía una vez que nos hayamos apoderado del código.

* * *

—Despierta, Beltramose. Necesito un poco de compañía en medio de tan insólitos acontecimientos.

Despertado de repente, el ghoul estuvo a punto de lanzarse al cuello de Markus.

—¡Signore! Me alegro tanto de volver a veros despierto y de una pieza.

—Yo también me alegro de verte. —Examinó al hombre con detenimiento—. ¿Ése es Falsinar?

Beltramose asintió. Se sentía mucho más a gusto con el espíritu de su camarada flotando sobre su cabeza de lo que lo hubiera estado jamás con los fantasmas capturados por Markus.

—No siempre puedo verlo, pero lo siento cerca. Es una sensación muy extraña.

—Bueno, saludos también para ti, Falsinar. Te agradezco que intervinieras cuando me encontraba a merced de Infantino.

—Dice... —Beltramose hizo una pausa—. Disculpas, *Signore*. Supongo que vos podéis oírlo.

Estaba loco, había dicho Falsinar, con palabras distorsionadas y apagadas por la barrera que los separaba. *Nunca escaparemos de este lugar sin vos para guiarnos*.

Markus había escuchado las palabras sin apenas dificultades, pero le sorprendía que Beltramose lo hubiera conseguido también sin contar con instrucción alguna.

—Tu lealtad es digna de encomio. Confiemos en poder estar muy pronto lejos de aquí.

Salieron a la noche y sintieron una bocanada de viento que prometía que el alba no tardaría en llegar. Markus caminaba en silencio, observando las sencillas construcciones que formaban la granja, los campos que permanecerían en barbecho hasta la primavera y las tumbas recientes que sin duda cobijaban a aquellos que hasta hacía poco habían considerado aquel lugar su casa.

—¿Sabéis dónde ha ido Constanica con esos dos ghouls?

—¿Signore? —Beltramose bostezó—. Sus sirvientes han estado vertiendo una mezcla de sangre y otras sustancias extrañas sobre aquella franja de desierto. Primero ella había estado allí, aunque no sé para qué sirve la mezcla.

—¿Sabes qué hay ahí? No parece nada más que una vulgar llanura.

—La sacerdotisa y esa mujer de aspecto demoníaco estaban discutiendo la misma noche que escapasteis. La dama Constanica dijo algo sobre tumbas a centenares.

—Es cierto, Falsinar y tú habéis sido testigos de muchas cosas curiosas. —Markus dio a su sirviente una palmada en el hombro—. Vamos; queda una hora larga hasta el alba. Querría oír todo cuanto ha ocurrido estos últimos días y noches... y en especial cualquier impresión que podáis tener con respecto a nuestros recién hallados aliados.

TEMPLO DE LOS LAZARENOS
16 DE OCTUBRE, DE 1204

Markus apenas podía dar crédito a sus ojos. Ciento veinte cadáveres marchaban por el desierto, prometiendo una muerte violenta a cualquier hombre o bestia que se cruzara en su camino. Los Capadocios no apreciaban especialmente las artes de la guerra pero a pesar de ello eran capaces de realizar asombrosas demostraciones de fuerza cuando era necesario. La legión de caballeros muertos se había alzado justo antes de la llegada del alba y había pasado todo el día marchando en dirección al templo de los Lazarenos. Montado en un camello, a medio kilómetro de distancia, Markus casi podía sentir su voraz ansia de destrucción.

—¿Cómo habéis podido crear sin ayuda un ejercito así?

—El ritual es difícil de aprender, y no digamos de dominar. Sólo aquellos que han demostrado su habilidad siglo tras siglo pueden tener acceso a sus secretos. —Constancia no parecía diferente que la noche pasada pero no podía evitar que una cierta tensión se transmitiera a su voz—. Me cuesta mucho obligarlos a seguir esta ruta. No me distraigas con más preguntas.

Un pelotón de diez se separó del grupo principal y se movió hacia ellos. Qalhara levantó un hueso envuelto en una tela manchada: un amuleto que la suma sacerdotisa había creado para permitir que su guardaespaldas dirigiera un pequeño grupo de cadáveres.

—Vamos; debemos apresurarnos si queremos estar en posición cuando los muertos inicien el asalto.

Markus ofreció a Ankhesenaten una sonrisa maliciosa mientras espoleaba a su camello.

—Será mejor que tus amigos Setitas se den prisa o no les quedará nada que asaltar.

* * *

El pasadizo seguía el curso de un arroyo subterráneo que se había secado hacía mucho tiempo. Las toscas paredes estaban adornadas con jeroglíficos, lo que sugería que la caverna no había sido construida por sus actuales moradores.

Sólo Ankhesenaten y su guardaespaldas mostraron algún interés por los caracteres pintados. Constanica y Qalhara estaban demasiado ocupadas manteniendo a los cadáveres bajo control mientras que Beltramose y los otros dos neófitos Capadocios tenían preocupaciones más mundanas. Markus estaba concentrado tratando de recordar; cada paso que daba le traía un nuevo recuerdo sobre su estancia en el templo. A pesar de que no había visto ninguna demostración del poder de Lázaro, no podía por menos que preguntarse si las fuerzas que Constanica había reunido bastarían para desafiarlo. El código era un premio demasiado importante como para pensar que cualquiera de ellos no iba a recurrir a todo su poder.

—Falsinar dice que estamos muy cerca —susurró Beltramose—. ¿Cuándo va a empezar...?

Un clamor de sorpresa se levantó desde el otro extremo del corredor: gritos de alarma, aullidos de pánico que instaban a acudir a toda prisa a defender el templo.

—He enviado el ejército de muertos a la entrada principal y a la otra que nos descubrió el fantasma —les explicó Constanica—. Una vez que los libere de mi control, atacarán con gran furia a todos aquellos con los que se encuentren, aunque seamos nosotros. Los Lazarenos deberían de estar muy ocupados conteniéndolos.

Qalhara sostenía el hueso cerca del bajo techo del pasillo, donde todos podían verlo a la tenue luz proyectada por la vela que llevaba Palladius. Permanecieron inmóviles, tensos de excitación nerviosa, hasta que los sonidos perdieron su inmediatez.

—¡Vamos! —ordenó al fin la Lamia. Los caballeros muertos que la seguían salieron corriendo, seguidos por cainitas y sus sirvientes. La piedra tosca del túnel no tardó en dar paso a los sillares cortados del templo propiamente dicho. Los pasillos eran ahora más grandes y las lámparas de las paredes daban más luz, así que pudieron avanzar más deprisa, aunque Qalhara ordenó que los cadáveres animados siguieran en vanguardia.

Constanica miró a su alrededor. El prolongado ritual de invocación había tenido su precio. Sus sirvientes y ella habían escogido a un cierto número de mortales de la comunidad del oasis para que les proporcionaran las enormes cantidades de sangre que necesitaba para controlar un ejército de semejante

tamaño pero una vez que los había liberado, eso había dejado muy poca sangre para ella. Durante algún tiempo tendría dificultades para volver a utilizar la magia de la muerte. Era un precio elevado para algo que no les proporcionaría más que una distracción, pero no se le ocurría otro modo de mantener ocupada la atención de Lázaro mientras ellos se dirigían en busca del códice.

—Ahora está en tus manos, Markus Giovanni.

Los murmullos del códice seguían sin ser más intensos que en la granja, pero la herida más reciente le ardía como si la estuviera colocando frente a una llama. Siguiendo a su instinto y su inspiración, Markus se internó en el templo de los Lazarenos.

* * *

Al destino le complacen estos pequeños giros, pensó Constanca mientras atravesaban pasillos y subían por escaleras. Había tratado de prevenir el encuentro del Giovanni con Lázaro pero había llegado tarde. Había tratado de dar con el modo de liberar a Markus, pero éste había escapado por sí solo. Sólo que su libertad no había importado demasiado, dado que Lázaro tenía al alcance de la mano el instrumento de su apoteosis. Así que ahora se adentraban en la guarida del enemigo, dispuestos a afrontar graves peligros para poder salvar al mundo de la ruina.

Durante la pasada semana no había tenido tiempo de realizar rituales de adivinación, pues toda su atención había estado concentrada en el ejército de cadáveres. No tenía ni una pista sobre el desenlace de aquella aventura. *¿Acaso me precipito hacia mi propia destrucción?*

La mano de la muerte se cernía pesadamente sobre el pequeño grupo, de eso no había duda... y no sólo en la forma literal de los cadáveres que en aquel preciso momento estaban atacando a un par de Lazarenos y sus servidores también muertos. El hecho de ignorar el futuro provocaba en ella una sensación extraña, tan raro le resultaba.

Aun para aquellos que pueden ver las hebras del destino, el futuro sigue siendo un misterio.

* * *

Para cuando Markus descubrió por fin la sala que contenía el códice, habían topado, increíblemente, con sólo dos grupos de Lazarenos, formado cada uno

de ellos por un puñado de cadáveres dirigido por un par de cainitas. La mayoría de los Lazarenos estaba ocupada repeliendo el masivo ataque de diversión, cosa que Markus y los demás habían aprovechado para atravesar los pisos inferiores casi sin llamar la atención.

Hasta el momento el plan era un completo éxito pero faltaba mucho para que pudieran reclamar la victoria.

—¿Estás seguro de que la tablilla se encuentra al final de esas escaleras? —preguntó Constanica.

—Tan seguro como podría estarlo. Este grupo estaba aquí para custodiar algo. —Señaló los cuerpos de los Lazarenos y los dos muertos de Constanica que habían caído en la alcoba. No le explicó que, a pesar de que la canción del código no había aumentado de intensidad, él había sentido una certeza creciente conforme recorrían los pasillos en dirección a aquel lugar.

—Sólo hay un modo de saberlo —intervino Ankhesenaten—. Puede que conviniera enviar algunos de tus guerreros a echar un vistazo.

—¡No! —El grito de Constanica hizo que hasta Qalhara se sobresaltara cuando estaba a punto de ordenar a los muertos que avanzaran—. Podrían destruir el código inadvertidamente. Debemos ir solos. Déjalos aquí para guardarnos la retaguardia.

Markus esperaba un desastre con cada paso que daba hacia el umbral cubierto de sombras. Pero no había más que un penetrante silencio.

Las escaleras desembocaban en un amplio rellano, al otro lado del cual había una sólida puerta reforzada con una estructura de hierro. Markus se adelantó y descubrió enseguida que estaba cerrada y atrancada. Qalhara, cuya sangre de Lamia le proporcionaba una fuerza colosal, aceptó el desafío de la puerta. Hizo un ruido tremendo pero muy pronto la boca negra de un umbral se abrió delante de ellos.

Con no poca inquietud, los cainitas penetraron en la cámara.

* * *

Habida cuenta de lo traumático que había sido su primer encuentro con el fragmento de Lilith, Markus había esperado alguna gran agonía o epifanía cuando contemplara el Código de Sargón. Sin embargo, tenía un aspecto asombrosamente mundano, una tablilla de arcilla bien preservada sobre la que se veía una fila tras otra de abigarrados caracteres caldeos. Ni siquiera hubiera podido decir a qué parte correspondía el fragmento de Lilith hasta que detectó una pequeña muesca en uno de los lados. El trozo desaparecido no llegaba a

mutilar el texto pero ahora se daba cuenta de lo hábil que había sido quién lo había utilizado para extraer el trozo con el nombre de Lilith. Alguien — Lázaro, era de presumir— había vuelto a colocar el fragmento con notable destreza. Sólo una grieta del tamaño de un pelo sugería que alguna vez había faltado.

Sólo cuando se dio la vuelta comprendió que había estado leyendo las inscripciones de la tablilla en voz alta. Unos pálidos ojos azules se clavaron en los suyos y la furia desatada de un vampiro anciano le hizo retroceder con paso vacilante.

—¡No vuelvas a mirarlo si en algo valoras tu existencia inmortal! — exclamó Constancia—. ¡No me importa el papel que los oráculos te hayan asignado en nuestro destino, pero no permitiré que provoques un nuevo desastre!

Markus trató de explicarle la influencia que el Códice poseía sobre él pero estaba demasiado nervioso como para expresarse con claridad.

Ankhesenaten no tuvo problemas en decir lo que pensaba.

—¿Así que nada más que una pieza de museo? Algo me dice que ese códice esconde más que eso, mi señora.

—Ahora no, Setita —repuso la suma sacerdotisa. Desenrolló un pedazo de tela que parecía no ser más que otro pliegue de su túnica y empezó a envolver la reliquia con extremo cuidado.

—Creo que este es el momento idóneo, a menos que queráis que todo el Walid Set os persiga por toda la eternidad.

Constancia se volvió hacia él con una de sus delicadas cejas enarcadas.

—Sólo lo harán si tienen una razón para ellos. Si lo que estás sugiriendo es que vas a marchar con tus hermanos para denunciar mis agravios contra los Setitas, me veré obligada a ordenar que seas destruido.

Goreb se situó delante de su amo en el mismo instante en que Qalhara aprestaba uno de sus venablos. Ankhesenaten estaba temblando, pero logró mantener el tono firme.

—Éste es un callejón sin salida y se nos agota el tiempo.

—¿Pretendes negociar aquí y ahora? —gruñó Constancia mientras apretaba el pequeño fardo contra su pecho.

—Creo que la ocasión me es muy propicia. He aquí mi oferta: dejaré que conservéis esa tablilla y os ofreceré un salvoconducto para salir de Egipto, a cambio de un solo favor.

—¿Y cuál es?

El Setita alzó las manos y se encogió de hombros.

—Eso lo dejaremos para el futuro. Pero debéis concederme lo que os pida, cuando os lo pida.

—¿Cómo osas...?

Constancia avanzó hasta que la punta del arma de Goreb estuvo apoyada contra la tela que ahora protegía al códice. Debilitada por la invocación de un ejército de caballeros muertos, podía tardar un momento en acabar con aquella estúpida serpiente. ¿Y luego qué? ¿Huir a través del desierto, con Lázaro y un ejército de Setitas pisándole los talones? Un punto muerto, en efecto. Sus palabras fueron el gruñido de un depredador.

—Muy bien, Ankhesenaten. Pero te lo advierto, ten cuidado no vayas a morder más de lo que puedas tragar.

Una explosión de ruido procedente de la base de las escaleras se tragó cualquier posible réplica. Markus reconoció la voz que bramaba por encima de los gritos y el entorchocar de las armas. Se puso en pie, mientras el miedo borraba todo rastro de debilidad y confusión.

—¡Viene Lázaro!

TEMPLO DE LOS LAZARENOS
16 DE OCTUBRE DE 1204

Markus se precipitó hacia la puerta.

—¡Hacia las escaleras! ¡Rápido!

—Acabas de decir que Lázaro está ahí abajo —protestó Ankhesenaten—. Y si es él el que lanza esos gritos, no parece muy complacido.

—Puedes quedarte aquí si quieres, serpiente, pero será tu tumba. ¡Nuestra única posibilidad de escape está por ahí! —Algunos trataron de dar con otra salida pero enseguida vieron lo que Markus ya había visto. La cámara abovedada era muy segura: no había otras salidas.

Estaba un paso detrás de Akil y Palladius; en principio habían dejado a los ghouls protegiendo la entrada. Vampiros y mortales huyeron por las amplias escalinatas en dirección a los ruidos de lucha y emergieron a una locura. Quedaban siete caballeros muertos y todos ellos estaban luchando con desatado salvajismo contra tres cainitas. Markus reconoció al instante a la lugarteniente de Lázaro, Osia. El hombre de buen porte y facciones angulosas que había junto a ella poseía un aura llameante que lo identificaba como Lázaro. La túnica del Matusalén ya no era más que un montón de jirones de tela pero su carne estaba intacta, parecía haber evitado casi todos los golpes de las criaturas de Constancia. El tercer vampiro era una criatura retorcida hecha de pelo salvaje y jirones. Luchaba con una furia semejante a la de los guerreros animados. Markus entrevió por un instante el rostro de la criatura y con asombro comprendió que no era otra que la Dama Alexia Theusa.

Por Cristo y por Caín, ¿qué le ha ocurrido? ¿Dónde están la templanza y la reserva? ¡Si no es más que un animal!

Con mucho gusto renunció al misterio de la degeneración de Alexia y se entregó a la más imperiosa cuestión de encontrar una salida en medio de aquel caos. Por el momento los cadáveres estaban logrando contener a los vampiros, pero la sala era demasiado estrecha como para tratar de ganar cualquiera de los tres túneles que salían de ella.

—¡Debemos empujarlos hacia aquel túnel! —ordenó a los iniciados Capadocios. Éstos observaron la rabiosa masa de muertos vivientes que se encontraba a apenas a dos metros de distancia y a continuación le dirigieron una mirada de estupefacción y miedo.

—Tiene razón —dijo Qalhara desde atrás. Su tono tenía un deje peligroso que motivó al instante a los ghouls. Aunque temían por sus vidas, Akil y Palladius recordaron al instante su deber y se precipitaron hacia la lucha. La Lamia también se movió: le hizo sitio a su señora y se preparó para atacar con sus venablos.

Lázaro, que se las estaba viendo sin dificultades con cuatro de los cadáveres, advirtió la presencia de los intrusos en el mismo momento en que Constancia atravesaba el umbral de la entrada. Reparó en la forma llena de cicatrices de Markus y en el semblante pálido de la suma sacerdotisa. La furia por haber sido traicionado retorció su rostro hasta convertirlo en una máscara inhumana. Un terrible grito escapó de sus labios:

—¡Giovanni!

—¡Ahora! —ordenó Qalhara, al tiempo que elevaba el amuleto de hueso para dar mayor énfasis a sus palabras. Los caballeros muertos farfullaron y gruñeron como respuesta mientras los iniciados Capadocios proferían incoherentes gritos de guerra. Osia fue arrastrada al suelo por los guerreros. La redujeron a sanguinolentos pedazos de cartílago y hueso que implosionaron, convertidos en cenizas, mientras la muerte definitiva la reclamaba al fin.

Akil y Palladius atacaron a Alexia, pero la estrechez de la sala los perjudicaba más que a ella. Cogió a Palladius por la muñeca y su contacto bastó para dejarlo paralizado como una estatua de maravilloso detalle. El ghoull perdió el equilibrio pero no pudo hacer nada para corregir su caída. Los caballeros muertos no distinguían amigos de enemigos; cualquiera que se pusiera a su alcance se convertía en su presa. Cayeron sobre el paralizado Palladius con la misma ansiedad que le habían mostrado a Osia. Akil lanzó un grito por su caído camarada y Alexia aprovechó la distracción para clavarle un par de cuchillos finos como agujas en un lado de la cabeza. Boqueó como un pez fuera del agua y entonces la demente Alexia lo sujetó por la cintura y salió corriendo con él por el pasillo opuesto.

Los cadáveres restantes se abalanzaron sobre Lázaro... o al menos, saltaron para hacerlo. El anciano vampiro se había enfurecido más allá de toda medida al ver al traidor Markus con Constancia, y con el Códice de Sargón en las manos. Perdió por completo el control; le salieron unas garras

de las manos y describió con ellas un amplio círculo a su alrededor. Una de las manos topó con la frente del primero de los cadáveres. La cabeza de la criatura estalló en un chorro de sangre mientras el cuerpo seguía adelante impulsado por la inercia. Chocó contra la pared que había detrás de Lázaro y por fin, disipada su fuerza vital, cayó al suelo.

Al mismo tiempo, el anciano movió el otro brazo y dispersó a su alrededor una resplandeciente llovizna de gotas carmesí. Cada gota de la potente sangre que caía sobre uno de los guerreros muertos ardía por un instante como un rescoldo... y a continuación la carne circundante detonaba en una putrefacción espontánea. Enormes pedazos de los cuerpos de los guerreros quedaron reducidos a cenizas y las partes que se salvaron no pudieron seguir sosteniéndose.

Lázaro pasó sobre los trozos convulsos, chorreando sangre por las palmas de las manos y con la Bestia danzando en los ojos.

* * *

Ankhesenaten y su guardaespaldas asistían a la masacre desde la seguridad relativa de la arcada situada en la base de las escaleras. Beltramose se pegaba aún más a la pared y le hablaba con murmullos a la vacía escalinata.

—Nos rodea la locura —dijo Ankhesenaten a Goreb—. Estos Capadocios van a destruirse unos a otros mientras sus sirvientes conversan con espíritus.

El taciturno guardaespaldas gruñó.

—Confío en que su locura no sea contagiosa.

—Todo lo contrario, amigo mío. Si se destruyen sin necesidad de que los empujemos a hacerlo, nos ahorrarán mucho tiempo y energía. Podríamos entonces dedicar todas nuestras energías a acabar al fin con los servidores de nuestro Gran Enemigo.

Goreb respondió con un nuevo gruñido, que esta vez no se vio acompañado de palabras.

»Hmmm; puede que tengas razón —asintió Ankhesenaten—. Estos cainitas poseen un don natural para conseguir que hasta los planes más sencillos fracasen. Sólo podemos contar con nosotros para que las cosas se hagan bien. Pero por ahora, permanezcamos ocultos a la espera de ver cómo terminan las cosas.

* * *

Constancia sintió la onda expansiva del aura de Lázaro mientras éste avanzaba hasta el centro de la cámara. Sólo era una generación mayor que ella, pero cuando se trataba de un poder de la escala de aquellos a quienes separaban unos pocos pasos del propio Caín, eso suponía un abismo muy importante. También sintió que Lázaro estaba conservando los estribos por un margen muy estrecho. De no haber sido por el Códice de Sargón —que ahora ella sostenía frente a sí como si fuera un escudo— hubiera arrojado su virulenta sangre sobre ella, y sobre Markus y Qalhara, que estaban a su lado.

—Giovanni —gruñó Lázaro, mientras abría y cerraba las manos con una furia apenas contenida—. Podríamos haber desentrañado juntos los secretos de la eternidad. Pero en cambio, has optado por la senda de los errados y confundidos.

—Lázaro, te lo suplico —dijo Markus al tiempo que abandonaba la sombra protectora de Constancia... o, para ser más precisos, la que proyectaba el código—. En este asunto hay más de lo que tú sabes. Constancia es una renombrada maestra de oráculos. Ha profetizado un desastre si alcanzas la divinidad.

—Por supuesto. —Le espetó a Constancia con toda su vehemencia—. Chiquilla de Japheth. No me sorprende que estés detrás de esto. Estoy al corriente del errado amor que le profesabas a nuestro progenitor. No puedes salvarlo de sí mismo. No te marcharás con el código.

Constancia se mantuvo firme a pesar del escalofrío que sentía en el alma.

—Estás equivocado, Lázaro. La divinidad no está hecha para alguien como tú.

—No vamos a parlamentar, mujer. Entrégame la tablilla voluntariamente y puede que veas otra noche. Si no lo haces, te destruiré donde estás.

—¿Y arriesgarte a destruir también la obra maestra de Sargón? No te creo. —Señaló el pasillo con la cabeza—. Qalhara, nos vamos.

—¡No!

El grito los sorprendió a todos, al igual que la forma que salió despedida como una flecha hacia Constancia. Qalhara respondió con la misma rapidez. Era la misma figura pálida que había atacado a un marinero en la nave *Virtud Dorada*... sólo que esta vez la Lamia tenía su venablo a mano. Su golpe fue un rayo impreciso que cayó sobre el atacante al mismo tiempo que éste caía sobre la Suma Sacerdotisa de los Huesos. Alexia Theusa se tambaleó, con el venablo clavado profundamente en la carne de su muslo, pero eso no la apartó de su objetivo. Agarró el Códice de Sargón con manos ansiosas.

—¡Devuélvelo ahora mismo!

Constancia oyó un crujido procedente de la reliquia mientras Alexia trataba de arrebatárselo de las manos.

—Contente, hermana... ¿o es que quieres que la tablilla sea destruida?

—¡El código es eterno!

Un destello de lucidez pasó por un momento frente a la quebrada demencia de los ojos de Alexia.

Lázaro sacudió una mano y un chorro de vitae dejó una marca rojiza de advertencia en el suelo.

—¡Suéltalo, Constancia!

—Te rodeas de necios y locos, Lázaro —gritó Constancia mientras trataba de conservar el código y evitar que se rompiera—. Y tú, mi hermana. ¿Crees que este objeto le devolverá la vida a tu amado? Andreas regresará, sí... ¡pero para entonces hará mucho tiempo que tú te habrás convertido en polvo!

—¡Mientes! —chilló la loca, y entonces, de un poderoso tirón, logró arrebatarse la tablilla. Chorreó saliva sanguinolenta sobre la tela que envolvía el Código de Sargón mientras ella gritaba—. ¡Con esto, podré usurpar la voluntad de Dios y me reuniré al fin con Andreas!

Lázaro se estremeció, presa de una furia paralizada, mientras las mujeres luchaban. El Matusalén no pudo seguir controlando su rabia cuando Alexia Theusa le arrebató el código a Constancia. La Bestia rompió sus grilletes en un instante terrible... y Lázaro, encolerizado, arrojó un chorro de sangre. La razón regresó al instante pero ya era demasiado tarde. Ni siquiera alguien con el poder de Lázaro podía dar marcha atrás en el tiempo.

Markus vio que el Matusalén lanzaba su ataque. Con un grito inarticulado de advertencia, se apartó del arco rojizo. Qalhara se movió con la misma velocidad y se arrojó al suelo para proteger a su señora con su cuerpo.

Consciente sólo de su nuevo tesoro, Alexia se percató del ataque cuando las densas gotas carmesí cayeron sobre sus hombros y su rostro... y la parte superior del Código de Sargón.

No tuvo siquiera tiempo de gritar antes de que su torso se deshiciera en una nube de podredumbre. La vitae de Lázaro devoró el envoltorio del Código de Sargón en el mismo instante. La potente magia de la sangre y la reliquia divina se encontraron y chocaron con un estruendo que estremeció el mundo.

Cayó sobre la cámara una lluvia de fragmentos de arcilla en medio de un estallido ensordecedor que era como el trueno de los mismos cielos. La onda expansiva los arrojó a todos como si fueran marionetas y hasta la roca se dobló y se agrietó a su alrededor.

Un dolor tanto físico como espiritual hizo que Markus se tambaleara. Su cuerpo, débil todavía por causa de las recientes heridas, se estremeció mientras el templo empezaba a implosionar en una nube de polvo y piedra. Y la canción del código le fue arrebatada, dejando una grieta rasgada en el tejido de su alma. La vaciedad se hinchó y se hinchó, y por un momento pareció que iba a arrojarlo a una locura que rivalizaría con la de Alexia.

Pero su agonía no era nada comparada con la que Lázaro estaba sufriendo. El Matusalén profirió un terrible alarido de pérdida. Brotó sangre de sus heridas en una nube cada vez más grande que amenazaba con engullir la cámara y extenderse mucho más allá. Mas la insólita magia de sangre no pudo completar su amenaza, porque el suelo de la caverna cedió entonces y un centenar de toneladas de desierto cayó retumbando sobre sus cabezas.

*ALEJANDRÍA**11 DE NOVIEMBRE DE 1204*

Un mes más tarde, su fuga del desplome del templo de los Lazarenos seguía siendo una neblina de sensaciones astilladas en la memoria de Markus.

Sólo había sido consciente de que tiraban de él y lo sacaban entre escombros, y luego huían a toda prisa de un colosal sumidero. Entonces todo se había vuelto oscuridad y pérdida. El agujero de su alma tardó ocho noches en aliviarse lo suficiente como para que pudiera volver a ponerse en pie. Para entonces se encontraban ya de camino a Alejandría, pues Ankhesenaten había sido fiel a su palabra y había ofrecido paso libre por Egipto a todos los supervivientes. Durante el viaje Markus compartió un carromato cerrado con Qalhara, que había sufrido unas heridas terribles al proteger a su señora del derrumbamiento.

Beltramose y el espíritu de Falsinar lo atendieron y le explicaron lo mejor que pudieron lo que había ocurrido. La escalera en la que los Setitas y ellos se habían ocultado los había protegido durante los primeros momentos. Irónicamente, la cámara que cobijaba al código había terminado por ser el medio de su escape. Mientras el resto del complejo se hundía, una grieta se había abierto en su techo abovedado, y la habían utilizado para llegar al desierto.

Por lo que se refiere a las fuerzas Setitas, Ankhesenaten había sido menos sincero. Algunas de las bandas de serpientes estaban ya esperando en el exterior. Al oír su llamada corrieron hacia ellos y los llevaron a lugar seguro.

Había una enorme y atronadora cavidad allí donde había estado el Templo de los Lazarenos, coronada por una colosal nube de polvo que no dejaba de ascender. Para cuando la apresuradamente organizada caravana se puso en marcha hacia Alejandría, el polvo empezaba a asentarse sobre el cráter.

De Lázaro y sus seguidores, no había ni rastro.

Markus sentía una mezcla contradictoria de confianza y pesar, no sólo por la pérdida del código, sino por la posible muerte de Lázaro. No había estado de acuerdo con todo lo que el Matusalén le había dicho pero no podía evitar

sentir un fuerte vínculo con una figura de tan poderoso intelecto. *En otras circunstancias, ¿quién sabe qué descubrimientos podríamos haber hecho juntos?*

—Raramente se manifiesta tal capacidad de concentración en alguien tan joven —comentó Constanica desde la puerta del cuarto. Ataviada con una túnica de color crema de corte arábigo, parecía tan dueña de sí como siempre. Gracias a su formidable constitución y a los esfuerzos de su guardaespaldas, había sobrevivido sin sufrir más que pequeñas heridas que no habían tardado en curarse.

—¡Señora! No me había dado cuenta de que estuvierais aquí. ¿En qué puedo ayudaros?

—He venido a despedirme, chiquillo. Ankhesenaten me ha dicho que el *Virtud Dorada* estará preparado para levar anclas con la manera del amanecer. Les he pedido que te lleven a Europa.

Markus frunció su ancho ceño.

—Creía que iba a llevaros a vos de regreso al Monte Erciyes.

—Qalhara sigue demasiado débil para viajar por mar. Hemos cambiado nuestros planes. Y el Setita confía en tener tiempo para ganarse el interés de un miembro de una influyente familia de mercaderes venecianos.

—¿De veras? Vaya; ha resultado ser una agradable sorpresa en comparación con otros hermanos suyos con los que me he encontrado. —Una sonrisa frunció la oscura franja que era su barba—. Puede que resulte un viaje interesante, teniendo a alguien como él para conversar.

Siguió con tono más serio.

»Me han hablado de vuestra actitud hacia mi familia y debo admitir que he respondido con cierta desconfianza hacia vos. Pero los acontecimientos sucedidos en el templo, a pesar de haber terminado en un fracaso para nosotros, me dan esperanzas para el futuro de los Giovanni en el seno del Clan Capadocio.

—Sí. El futuro de los Capadocios... —Constancia se perdió un instante en la introspección—. Tus palabras me recuerdan algo; una promesa que le hice a un cainita de otro clan. Me preguntaba si podrías hacer algo por mí, como, una prueba de que ese futuro es posible.

—Si está en mi mano, señora...

—Oh, es bastante sencillo, pero importante para nuestras relaciones con los Nosferatu. ¿Conoces a un hijo de los Nosferatu que moraba hasta hace poco en Constantinopla y que respondía al nombre de Malachite?

Markus asintió.

—No somos íntimos, pero nuestros encuentros han sido gratos.

—Tras la caída de Constantinopla, Malachite ha emprendido una travesía que lo convertirá en una figura de relevancia en el mundo de los cainitas. Beneficiaría al Monte Erciyes contar con un representante a su lado en las noches futuras. —La suma sacerdotisa volvió sus oscuros ojos hacia Markus—. Sería bueno para el clan, y muy positivo para la reputación de tu familia, que tú fueras ese representante, Markus Musa Giovanni.

El dolor por la desaparición del código menguó un ápice gracias al orgullo que embargó a Markus.

—Será un honor, dama Constanca.

* * *

—¡*Signore!* —Beltramose saltó del navío y se reunió con su amo en el embarcadero—. Un barco magnífico, este Virtud Dorada. Sería digno rival de cualquiera que pudiera salir de nuestros astilleros.

—Te perdono esa blasfemia, Beltramose. Y recuerda, que a pesar de que volvemos victoriosos, no nos conviene relajar la guardia en el momento del triunfo.

—¿Victoriosos, *Signore?* —respondió con un susurro el fantasma de Falsinar—. ¿Cómo es eso posible? El código ha sido destruido.

—Hay que ver las cosas con perspectiva —replicó Markus. Lanzó una mirada de soslayo al espectro, que refulgía junto a Beltramose. Se estaba mostrando tan solícito como cualquiera de los fantasmas que Markus hubiera gobernado en el pasado... sólo que Falsinar no estaba sometido a su voluntad. El vínculo con su compatriota vivo parecía suficiente para sustentarlo. *Es inevitable que lo acabe sometiendo a mi influjo. No obstante, hay tiempo de estudiar esta curiosidad con más detalle.*

—¡Perspectiva! —exclamó Beltramose.

—En efecto. He estado tratando de conseguir que los Giovanni obtuvieran el respeto que merecen en el seno del Clan Capadocio. El Código de Sargón hubiera sido un regalo tremendo, sí, pero no regreso ni de lejos con las manos vacías. —Lanzó una mirada a su alrededor, pero los marineros que trabajaban en el muelle a aquellas horas estaban demasiado ocupados como para perder el tiempo espionando—. He obtenido el favor de la mismísima Suma Sacerdotisa Constanca, después de todo. Y soy el único cainita que sabe lo que hay en la guarida de Alexia Theusa.

»Y a pesar de que el Códice de Sargón ha sido destruido, ¿quién puede asegurar que sus secretos no podrán ser recuperados una noche?

* * *

Constancia observaba desde el balcón mientras el *Virtud Dorada* se preparaba para levar anclas. Al este empezaban a asomar los primeros rayos de luz, pero aún faltaban algunos minutos antes de que tuviera que buscar cobijo.

—¿Estáis segura de que el Giovanni mantendrá el rumbo hasta encontrarse con el Nosferatu? —preguntó Qalhara. Aunque seguía débil por las heridas, estaba tan resuelta y preparada para acudir en defensa de su señora como siempre.

—Está lo bastante sometido a mi influencia; una suave petición es para él como la más urgente de las órdenes —afirmó Constancia—. Ahora es cosa de Malachite asegurarse de que el Sueño toca a su fin.

—¿Y qué nos depara el futuro, señora?

—Lázaro ha fracasado en su intento de alcanzar la divinidad, Qalhara. Puede incluso que haya sido destruido por su temeridad. Pero no he visto ningún cambio en el destino de nuestro clan. Sea él la causa y tras haber sobrevivido por algún milagro vaya a volver para vengarse, o sea el artífice algún otro Capadocio que no he previsto, parece que nuestro tiempo en este mundo está marcado.

Qalhara observó a su señora.

—¿Es posible que sea así como ocurren las cosas?

—Sólo Dios puede decirlo. Pero mientras quede tiempo, hay que tener esperanza. En los acontecimientos de las últimas noches se ha renovado la mía. —Se volvió hacia el interior de la habitación, donde asomaban bajo la solapa abierta de una alforja de cuero varios fragmentos de arcilla grabados con diminutos caracteres caldeos—. Puede que aún haya un modo de imponerle un nuevo rumbo al destino.